

Selección RNR



DESDE que
te DIJE ADIÓS

Isabelle Cruz



Romance Actual

Desde que te dije adiós

Isabelle Cruz



1.ª edición: septiembre, 2017

© 2017 by Isabelle Cruz

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-827-3

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Érika Gael, mi maestra y apoyo en esta gran aventura.

Para Lola Gude, por su gran labor y por haberme hecho sentir bienvenida en la familia BdB desde el primer contacto.

Para Marcela Antillón y Adriana Burgos por su asesoría en la cuestión legal; para Mónica Toledo por la idea de reestructurar el inicio de la historia y para todas las integrantes de ese grupo especial de amigas por su retroalimentación y apoyo constante a lo largo de los años; para Mariana Pelayo y Ángeles Mondragón por haber leído el manuscrito tan pronto y para todas aquellas personas que esperan leer esta historia desde hace tiempo.

Mi más sentido agradecimiento a cada una por haberme acompañado en esta parte del camino.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Nota de la autora

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Promoción

Nota de la autora

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares, personajes, eventos e incidentes que aquí se presentan son producto de la imaginación o se muestran de forma ficticia. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Asimismo, se ha hecho uso de la licencia literaria para tratar los temas legales y de la creación de fragancias.

*«I have loved to the point of madness; that which is called madness,
that which to me, is the only sensible way to love».*

Françoise Sagan

CAPÍTULO 1

En un gesto de hastío o tal vez de desesperación, él se mesó los cabellos.

—¡No te pongas así! Créeme, lo he pensado mucho: es lo mejor para todos.

Aquella sentencia fue un golpe brutal; cada palabra, una herida. Ella no podía dar crédito a sus oídos. Si había algo de lo que estaba segura apenas unas semanas atrás era que la gran historia de amor que estaba viviendo duraría para siempre; pero, de algún modo, su pareja, el dueño de su alma y de su felicidad, aquel que creía ser el amor de su vida, se había plantado frente a ella para decirle que no quería verla más; que la relación se había vuelto complicada; que lo ahogaba...

El aire escapó de sus pulmones, sus manos empezaron a temblar. Para su eterna vergüenza, perdió cualquier vestigio de control: ignoró los airados reclamos de su orgullo, rogó, suplicó, intentó hacerle cambiar de opinión. Pero la decisión estaba tomada. ¡Fue tan doloroso darse cuenta de que sus lágrimas solo conseguían irritarlo! Las fuerzas la abandonaron de súbito, agachó la cabeza y, entre labios resecos, apenas pudo articular:

—¿Cuándo te vas?

—En cuanto quede listo el papeleo. No debe tardar mucho.

Ella asintió casi imperceptiblemente. En medio de una extraña sensación de irrealidad, se dio media vuelta y empezó a avanzar con pasos de ciego. De pronto, sintió algo húmedo y suave bajo las plantas de sus pies: la arena de una playa desierta, iluminada apenas por los pálidos rayos de la luna. El mar, inmenso y poderoso, se extendía frente a ella; murmuraba una invitación, extendía una promesa de paz. Avanzó un paso, luego otro, pero al sentir el agua fría contra la piel tuvo miedo. Miró hacia atrás. Él le había dado la espalda. Había empezado a alejarse sin importarle que nunca se volverían a ver. Apretó los puños, irguió la cabeza y se permitió una última lágrima antes de cobijarse con ese líquido manto.

En medio de la oscuridad, Lucía Durán abrió los ojos. Temblaba todavía, la

funda de su almohada estaba empapada. Agradecida, recordó que no estaba sola y buscó el reconfortante calor del hombre que dormía a su lado. Se colocó con cuidado sobre su pecho.

—¿Lucy? —dijo él, estrechándola de manera automática—. ¿Qué pasa, *chérie*?

—Shhh, nada. No pasa nada. Vuelve a dormir.

TRES DÍAS ANTES

A pesar de haber vivido casi dos años en aquel departamento en la colonia Condesa, este seguía trayéndole a su dueña, Lucía Durán, una sonrisa a los labios. Era pequeño, pero estaba bien iluminado. Viejo, pero lo estaba renovando poco a poco. Caliente en verano y frío en invierno, pero ubicado en una de las colonias más *chic* de la ciudad y, además, era enteramente suyo... o lo sería en algunos años cuando acabara de pagar la hipoteca.

Compartía el espacio con su mejor amiga y compañera de trabajo, Cecily Giraud, canadiense de ascendencia hindú, quien no solo llegó a aportar fondos a la causa, sino que trajo consigo una inmejorable compañía, una presencia tranquila y optimista, intereses similares, oídos siempre dispuestos a escuchar, cenas caseras y Orden. Así, con O mayúscula.

Finalmente, Lucía había dado con la compañera ideal. Alguien tan organizada como ella había tenido, desde sus tiempos de estudiante, muchos disgustos por culpa de compañeros que organizaban fiestas y tardaban días en recoger botellas y vaciar ceniceros o que dejaban el fregadero repleto de trastos sucios o abandonaban sus toallas mojadas en el suelo del baño.

A Dios gracias, con Cecily la historia era otra. Todas las semanas hacían una limpieza general y con cierta regularidad dedicaban algunas horas a meterse a detalle en alguna sección de su vivienda.

Esa tarde en particular, estaban concentradas en la librería que dividía parcialmente sala y comedor.

—Si no me hubieras obligado, Ceci, este mueble se habría quedado así hasta el final de los tiempos. No sé por qué me resistía tanto a deshacerme de estos papeles.

Con el sacudidor que traía en la mano, Cecily señaló el estante donde Lucy había acomodado documentos, libretas de notas y libros de texto de sus tiempos de estudiante en Versalles.

—Porque tratándose de perfumes, *friend* —dijo la canadiense con una sonrisa indulgente—, eres obsesiva. ¡Aunque guardar tus apuntes de la escuela es demasiado! Sobre todo, después de dos mudanzas internacionales. Estoy segura de que tú eras... ¿cómo le dicen aquí a las personas que se pasan estudiando todo el tiempo y solo sacan las mejores calificaciones?

Lucía frunció unas cejas oscuras, casi negras, que destacaban el color de hierba de sus ojos, y se inclinó hacia el estante al que su amiga se refería. Lo había dejado para el final porque sabía que esa tarde se desharía de todo aquello. Con cierta reticencia empezó a formar una pila sobre la mesa de centro. Tal vez podría ocupar el espacio con la linda colección de arte que había visto en una librería hacía poco.

—*Matada* o ñoña, pero de una vez te digo que para mí no es un insulto. Además, tú sabes lo exigentes que son en el ISIPCA¹. En cada una de estas hojas hay mucho trabajo invertido.

—Lo sé, pero ya cumplieron su función. —Abrió uno de los cuadernos y empezó a hojearlo—. ¡Mira, este es del 2004! Y lo has usado ¿cuántas veces desde que vivimos juntas? Déjame, lo pienso, mmm: ah, sí, *nunca*. Pero te sugiero que no lo tires. Tal vez puedas necesitarlo más adelante.

Lucía giró los ojos al cielo y le puso el montón que había reunido entre las manos.

—¡No molestes y ponte a trabajar!

De buen grado, su amiga hizo lo que le pedía, concentrándose en quitar grapas y clips de los papeles que irían a parar al reciclado, mientras movía la cabeza al ritmo de la música latina que Lucy había elegido como fondo para la actividad.

Consternada, Lucy echó un vistazo a la pila que crecía. Desde el momento en

que decidió que esa limpieza era impostergable, había querido realizarla de un modo rápido y eficiente. Porque esos papeles no solo estaban impregnados de esfuerzo, sino, también, de una profunda melancolía.

Por esa razón había procrastinado tanto. Tenía miedo de despertar los fantasmas del pasado, de recordar a la joven que había sido diez años atrás. Sin embargo, ya estaba escrito que debía enfrentarse a aquellos espectros, pues, inesperadamente, escuchó de labios de su amiga una frase que le erizó los vellos de la piel:

«Solo cerrando las puertas detrás de uno se abren ventanas hacia el porvenir».

—Mmm, *catchy*. Esta es tu letra, ¿verdad? —inquirió, mostrándole una servilleta maltratada por el tiempo.

Lucía no pudo responder. Había sido catapultada a otro país y otro tiempo. Se vio a sí misma tomando una infusión, sola, un día lluvioso en el cual la tristeza le tenía el alma humedecida. Su grueso libro de texto esperaba en el fondo del bolso, pero la revista que alguien había olvidado sobre la mesa del bistró le había llamado más la atención y se puso a leerla. No tenía ánimo de estudiar, extrañaba a su madre, su casa, su idioma, su comida... y lo extrañaba a él, estupidez mayúscula, y a lo que no pudo ser.

«Solo cerrando las puertas detrás de uno se abren ventanas hacia el porvenir», aseguraba Françoise Sagan en esas páginas. La mirada de Lucía, su conciencia, todo su ser, se detuvieron en aquella frase, como magnetizados. Sus labios las pronunciaron entonces, sin voz, varias veces.

De pronto le pareció que el destino estaba allí, hablándole en blanco y negro y ella, cansada ya de llorar, decidió tomarlo en serio. ¿Acaso no estaba en un lugar precioso? ¿Podía o no acceder a la mejor olfateca del mundo? ¿Estaba o no rodeada de cultura, de personas interesantes, de cosas por aprender, de nuevos retos? La respuesta a todas esos interrogantes era, por supuesto, afirmativa y entonces se dio cuenta de que solo quedaba una última cuestión por responder: ¿tenía o no la capacidad y la voluntad para salir adelante?

—Lucy, ¿estás bien?

La aludida parpadeó, se acomodó los rizos detrás de las orejas y sonrió sin mucho entusiasmo. Dijo que sí a pesar de que estaba siendo abrumada por los

recuerdos.

—Ah, ah. Tú tienes una *something face*. Te propongo algo, yo termino aquí y tú preparas unas margaritas.

—¿Ahorita? —preguntó con asombro.

—¿Por qué no? Ya sabes lo que pienso: no hay nada que conduzca mejor a una buena confesión que unas cuantas copas de tequila.

A la mañana siguiente, Lucía se paró a trabajar con una ligera resaca, pero con el alma más ligera. La perspectiva de ir al trabajo siempre le alegraba el día.

Años después de tomar la trascendental decisión de reinventarse, de hacerse fuerte, tal como se lo había contado a Cecily la tarde anterior, había cosechado los frutos de su esfuerzo: acababa de graduarse cuando la contrataron en las oficinas centrales de *AIR Fragrances* en Montreal, empresa que tenía representación en tres continentes y cuyos empleados se dedicaban con entusiasmo a desarrollar fragancias para aromatizantes ambientales, productos para la limpieza del hogar, para el lavado de la ropa y el cuidado del cuerpo. También contaban con un pequeño catálogo de perfumes y fragancias finas, hechas, en ocasiones, *a la medida* para algún cliente selecto.

En *AIR* podía dedicarse a hacer lo que la apasionaba y ¡le pagaban por ello! Por si eso fuera poco, tuvo la suerte de que, tras laborar un par de años en Canadá, consiguió su cambio a México para regresar al lado de su madre, quien había estado delicada de salud. ¿Qué más podía pedir?

Crear su propio perfume.

Y, ahora, también estaba por alcanzar ese sueño.

—¿Lista Ceci? —preguntó a través de la puerta del baño—. Se nos hace tarde.

Su amiga emergió a los pocos segundos con una expresión que evidenciaba su mal humor.

—Recuérdame la próxima vez que proponga tomar algo a base de tequila, que

cuatro es mi límite, ¿ok?

Lucy se tragó una risita.

—¿O sea que no hay desayuno? Me parece que hoy era tu turno de prepararlo.

Con paso cansino, Cecily se dirigió a la cocina y sirvió un vaso con agua dentro del cual soltó un par de analgésicos efervescentes.

—Imposible. Vámonos ya, te compro un chocolate y un *croissant* en el camino.

1 Escuela de perfumería en Versalles, Francia.

CAPÍTULO 2

En el bufete jurídico Elizondo, Quintero y asociados podía respirarse el aroma a dinero. Ocupaba la totalidad del undécimo piso de un edificio erigido sobre una de las avenidas más conocidas en Ciudad de México y varios árboles de maderas preciosas habían sacrificado sus troncos para forrar no solo el suelo sino también algunas de las paredes del recinto y también para transformarse en las librerías y pesados muebles que lo decoraban.

El área de recepción, abierta y espaciosa, era comandada por dos jóvenes recepcionistas, tan lindas como el ramo de flores frescas que lucía el mostrador y se renovaba semanalmente. Una vez dentro, las zonas de trabajo se distribuían en dos rectángulos concéntricos. En los dos pasillos largos del rectángulo exterior estaban las oficinas de los dos socios fundadores, de los nuevos socios, de los abogados junior, de la contadora y el corredor público. El archivo y los servicios se encontraban en uno de los lados cortos del rectángulo y había un par de salas de juntas en el otro. Desde el rectángulo interior se apoyaba a los abogados por medio de seis secretarias, un número variable de pasantes y cantidades industriales de café y galletas.

A pesar de esa eficiente estructura, el ritmo de trabajo de los abogados era muy intenso y ese día en particular podía calificársele de brutal, especialmente para dos de ellos, Juan Carlos Legarreta, especialista en derecho corporativo y mercantil, y la abogada *junior* Fabiola del Villar, quienes estuvieron renegociando a lo largo de tensas e interminables horas la deuda de una compañía constructora con los bancos acreedores.

Una vez que Laura, la secretaria de Juan Carlos, escoltó al cliente hacia la salida, Fabiola se dejó caer en una de las sillas de la sala de juntas.

—Te felicito, Juan Carlos. Por un momento creí que la negociación se iba a atorar, pero lograste sacarla adelante.

Él sonrió a medias.

—Me gustaría decir que se debió a mi innegable carisma, pero la verdad es

que la solución que propusimos es la mejor para todos y los banqueros suelen ser gente muy práctica.

Fabiola lo estudió con disimulo por debajo de sus pestañas. Aunque se empeñara en ironizar, Juan Carlos era muy simpático y tenía una personalidad magnética; también era una de las personas más decididas, rectas y trabajadoras que conocía.

Por otro lado, no dejaba de ser complicado. Su humor podía cambiar en cuestión de segundos y el hombre genial se volvía malhumorado o taciturno y entonces su lengua podía cortar como la más afilada de las navajas.

A pesar de ello, a la licenciada no le espantaba esa faceta abrasiva de la personalidad de su jefe. Su padre era general en el ejército y estaba acostumbrada a los modos bruscos. Tal vez por eso hacían tan buen equipo. De un tiempo a la fecha estaban tomando cada vez más casos y, afortunadamente, su récord de triunfos iba también en aumento. Incluso se rumoreaba que existía la posibilidad de hacerlo socio en un futuro cercano.

Después de todo, trabajar con el licenciado Legarreta había resultado una buena estrategia para ascender peldaños en su carrera.

—Pues aun así fue un buen trabajo. Te invitaría a cenar, pero sé que tendrás alguna actividad pendiente. ¿Qué toca hoy: ejercicio, preparar tu clase o algún tema de la fundación?

—Ejercicio, abogada. No podemos permitirnos tener brazos de niña.

—Esa es una afirmación sexista —se quejó ella.

—Lo sé —respondió él con satisfacción—, y siempre te hacen caer.

Su intercambio fue interrumpido por Laura, quien llevaba años dedicada en cuerpo y alma a que los asuntos de su jefe caminaran de la mejor manera posible.

—Juan, el mensajero ya se llevó los paquetes que querías mandar a Monterrey y tu cita para la videoconferencia con tu cliente de Aguascalientes quedó reprogramada para el próximo martes a las cuatro. ¿Necesitas algo más?

—¡Excelente, Lau, gracias! Oye, ¿no tuviste problemas? Martínez es muy especial y piensa que todos debemos acomodarnos a sus horarios.

Por toda respuesta, ella le guiñó un ojo.

Juan Carlos sonrió entonces.

—No sé qué haría sin ti —exclamó con sinceridad.

—Ojalá lo recuerdes la próxima vez que tu cliente de OCESA² te ofrezca boletos gratis para la ópera. Puede que a ti no te guste ese tipo de música, pero hay otros que la disfrutamos.

—¿Cuándo me vas a perdonar haberlos rechazado? —dijo el abogado con exagerada contrición—. Es más, te prometo que la próxima vez que hable con él le pregunto si hay otro evento de esos en puerta y te consigo entradas.

Laura le dedicó una mirada analítica como para asegurarse que no estuviera bromeando.

—Está bien, y que conste que lo dijiste enfrente de testigos.

Mientras tanto, Fabiola lo observaba. A pesar de que nunca lo había visto en ropa informal y de que un buen sastre era capaz de disimular defectos, estaba segura de que su torso distaba mucho de parecer blandengue. No había forma de simular el ancho de la espalda, ni el grosor del cuello. Talla dieciséis y medio, según la camisa que le había regalado la Navidad anterior y que ya se había puesto varias veces.

Antes de que Juan Carlos se diera cuenta de que lo analizaba con tanto detalle, ella se desperezó en su silla y se puso de pie.

—Pues que disfrute, abogado. Nos vemos mañana.

Una de las ventajas de tener amigos con influencias es que las puertas se abren con mayor facilidad. Las puertas, por ejemplo, de ese moderno centro deportivo, en horarios flexibles y hasta con entrenador especializado. De otra forma, a Juan Carlos se le complicaría mucho entrenarse.

Eran las nueve y media de la noche y aún había varios autos en el estacionamiento. Juan Carlos avanzó por el largo pasillo, cuyo techo era golpeado repetidamente por la lluvia. Inspiró hondo, alguien le enseñó alguna vez a apreciar el aroma de la tierra mojada. Estaba exhausto, pero no iba a

permitirse usar eso como excusa. Se dio unos pocos segundos para absorber ese ambiente de calma y, echando los hombros hacia atrás, entró con decisión al edificio.

Las bocinas del salón de *box* retumbaban con una canción; a voz en cuello, el entrenador instaba a sus alumnos a golpear con todo. «Estridente y, para colmo, el volumen es demasiado alto», sentenció el abogado. Pero tenía que admitir que funcionaba. Varios de los hombres y también de las mujeres que entrenaban allí parecían decididos a destrozarse a puñetazos a los *dummies* y los sacos de entrenamiento. En los vestidores se cambió tan rápido como pudo y se apresuró a dirigirse al gimnasio, deseando al mismo tiempo que Manuel, su entrenador, lo hubiera esperado y se hubiera ido.

Y allí estaba el hombretón, saltando a la cuerda con agilidad a pesar de su voluminosa musculatura. En cuanto lo vio, suspendió sus brincos, se pasó una toalla por la cabeza calva y le dijo con una sonrisa:

—Ya era hora, señorito. ¿Qué, estaba muy buena la telenovela?

Juan Carlos soltó una carcajada.

—Ni te imaginas. ¿Qué toca hoy?

La franca cara de Manuel adquirió una expresión malévola.

—Sangre, sudor y lágrimas, como siempre, Juan Carlitos —anunció moviendo las cejas. Antes de hacer sus estiramientos agregó—: Anda, empieza a calentar de una vez por todas.

Juan Carlos hizo rotar sus hombros, brazos, cuello, torso... Luego avanzó tan rápido como pudo por entre los conos que el entrenador había ya dispuesto como obstáculos. Al poco tiempo, como solía suceder, se había olvidado de todo. Esa era una de las razones por las que entrenaba con regularidad: los problemas y complicaciones de la vida diaria desaparecían durante ese lapso. Y los fines de semana, cuando jugaba *handball*, daba rienda suelta a su espíritu competitivo y ventilaba la agresividad acumulada a lo largo de cinco días. En resumen, el deporte para él no era un simple añadido para mantenerse en forma o cuidar de su salud, era un salvavidas.

Manuel cumplió su palabra. Lo hizo levantar pesas, hacer remo, barras, lagartijas, abdominales y también, ¿por qué no?, subir y bajar por la cuerda hasta

que los músculos de los brazos y la espalda le quemaban. Cuando terminaron, Juan Carlos estaba empapado en sudor.

—¡Buen trabajo! —dijo Manuel con aprobación—. Pasa a la zona de recuperación, Angélica te está esperando.

Juan Carlos se sorprendió.

—Pero ella sale a las nueve, ¿no?

—Cierto, pero me dijo que te esperaría. No debería hacerlo, pero ¿qué quieres? Por alguna extraña razón, le caes bien. Aunque ella dice que cuando sale más tarde encuentra menos tráfico hacia su casa, sospecho que tu linda cara también tiene algo que ver.

—Eres un idiota —dijo Juan Carlos y, con unos brazos que le pesaban el triple de lo normal, empujó su silla de ruedas hacia la salida.

Manuel soltó una risita y antes de que la silla desapareciera de su vista llamó:

—¡Nos vemos mañana!

A lo que el abogado respondió con un lánguido gesto de la mano.

Cerca de la zona de vestidores, Angélica leía en una revista las indiscreciones amorosas de los artistas: que si un cantante se había caído en el escenario, que una actriz había mostrado los calzones por culpa de un vestido demasiado revelador, que si alguien más se había hecho cirugía; pero en cuanto vio llegar a Juan Carlos le dedicó una sonrisa especial. Titubeó a los pocos segundos. Manuel ya se lo había advertido: si quería llevarse bien con ese cliente en particular, debía tratarlo como a todos los demás. No podía demostrar ninguna señal de lástima o conmiseración.

Al principio quizás, cuando lo conoció y se enteró de su historia, eso fue lo que sentía, pero ahora miraba a este cliente con admiración y respeto. El hecho de que un hombre parapléjico pudiera enfrentar la adversidad de tal forma que no solamente destacara en su carrera sino también en el deporte le parecía inspirador.

—Hola —le dijo—, ¿qué tal el entrenamiento? ¿Pesado?

—Ya sabes cómo es Manuel. Estoy seguro de que en otra vida trabajaba en la Inquisición. Me duele todo.

Angélica soltó una risita.

—Vamos a prepararte, pues. Después de esta sesión te sentirás como nuevo.

Con movimientos practicados, Juan Carlos trepó a la mesa de masajes y se puso el delgado traje elástico que debía usarse para la presoterapia. Ella le auxilió solo a acomodar la parte de la espalda, a lo largo de la cual corría una escalofriante cicatriz.

«Su columna se fracturó en cinco partes», le había contado Manuel. «Le dieron treinta y ocho puntadas en el pómulo, seis en la nariz y otras cuantas en un ojo».

Más de una vez ella había pensado que, dentro de todo, había sido una suerte que esos rasgos varoniles, que seguramente lo hicieron un conquistador en otros tiempos, no se hubieran echado a perder. El abogado tenía solo una delgada línea a lo largo de la mejilla, la cual se disimulaba con la barba crecida que mantenía siempre muy bien recortada.

Tomó él entonces sus piernas sin vida y las acomodó para poder recostarse boca arriba. Luego tocó el turno de Angélica, quien le puso las botas especiales que cubrían hasta sus muslos, las mangas y la pieza que envolvía el vientre; programó el aparato, bajó el nivel de luz y puso una agradable y tranquila música de fondo.

—¿Cómodo? —preguntó antes de salir.

Juan Carlos asintió.

—Perfecto, nos vemos en veinte minutos.

Soltando un suspiro, Juan Carlos empezó a relajarse y se prometió dejar una espléndida propina.

2 Compañía dedicada a la organización de conciertos en los foros más importantes de México.

CAPÍTULO 3

En cuanto se apearon del coche, el fresco aire de la mañana les dio la bienvenida llevándoles el delicioso aroma de tierra mojada, lavanda y cedro proveniente de las jardineras cercanas. Como todos los días, Lucy y Cecily caminaron hasta la entrada principal, esperaron a que el guardia les diera acceso, cruzaron el patio, subieron los escalones del edificio A, donde se encontraban sus oficinas, y le dieron los buenos días a la recepcionista.

—*Oh, shit!* —maldijo Cecily—. Olvidé mi credencial en el auto, *friend*. Sube tú, te veo en un rato.

—¿Estás segura? Puedo esperarte. Todavía tenemos unos minutos.

—No tiene sentido. Adelántate, no tardo. —Y mascullando entre dientes lo mucho que odiaba el «estúpido aparato» donde debían escanear su identificación, salió del edificio.

«¡Pobre!», pensó Lucy, divertida. «Predigo un largo período de abstinencia en su futuro próximo».

—¡Buenos días, amiguis! —exclamó Julien a sus espaldas.

Lucy se volvió hacia el recién llegado con sorpresa; no le había visto llegar. Algo asombroso en realidad, ya que el evaluador en cuestión medía más de dos metros de estatura. Lo saludó con afecto, esperó a que avisara por aquel medio electrónico que había llegado a tiempo para iniciar sus labores y juntos subieron a la segunda planta, comentando los acontecimientos del fin de semana. Cecily y ella habían ido a un concierto. Él había hecho un viaje relámpago a Cuernavaca con su novio para asistir a una boda.

Las puertas del elevador se abrieron y ambos salieron al pasillo.

—¿Ya tienes fecha para el lanzamiento? —preguntó él con complicidad.

Entusiasmada, Lucía comentó:

—¡Ya casi! Tuvimos algunos problemitas en la producción y Edmond no había querido programar nada hasta que se resolvieran, pero ya quedaron. Ahora solo falta concretar con Juliette Lucas la fecha en la que pueda venir a México.

Julien puso una mano sobre su corazón.

—¡Juliette Lucas! ¡El rostro perfecto para el perfume perfecto! No sabes cómo te admiro, amiga. Estoy seguro de que el evento será *maravilloso*. No dejes de presentármela, ¿eh? O al menos, consígueme su autógrafo.

—Dalo por hecho —respondió Lucy divertida, al tiempo que le estrechaba la mano.

Fue en ese momento cuando la arrogante cabeza de Edmond Doudelet, director de *AIR* en Norte y Latinoamérica, se asomó por la puerta de su oficina. Casi todas las mujeres de la empresa lo consideraban muy guapo y Lucía no era la excepción. Cabello castaño, rasgos simétricos, cuerpo estilizado. Parecía recién salido de una novela de Jane Austen, sobre todo por su garbo y modales refinados; aunque también podría decirse que, al igual que algunos de aquellos señores de alcurnia, a veces pecaba de flema y de altanería.

Esa falta de sencillez, una mala experiencia con los hombres y, principalmente, el hecho de que fuera su jefe, fueron importantes obstáculos que en un principio provocaron que la perfumista rechazara sus avances. Pero cuando él perdía su barrera de frialdad, resultaba una persona encantadora: culto, caballeroso, detallista, aficionado a las artes y apasionado del mundo del perfume. Era innegable que tenían mucho en común y se dio a la tarea de demostrárselo a Lucía con cautivadora tenacidad.

Ahora su relación iba viento en popa.

—*Good morning*, Lucy. —Su mirada autoritaria se posó en las manos unidas y su ceño se contrajo apenas—. ¿Podrías pasar a mi oficina un momento?

—Alguien amaneció de malas —canturreó Julien un poco más alto de lo que hubiera querido. Entonces Edmond arqueó la ceja y él, haciendo alarde de cobardía, se apresuró a soltar la mano de su compañera y fue a esconderse a su oficina.

«¿Todo bien?», iba a preguntar Lucía, pero el gesto de su novio indicaba justamente lo contrario. Apuró el paso hacia él, dudando tan solo una fracción de segundo ante la máquina expendedora de café que la tentó a medio pasillo.

Un asomo de sonrisa pasó por los labios de Edmond.

—Toma tu café, *chérie*. Sé que no lo perdonas.

Ella aceptó agradecida.

—¿Gustas uno? —preguntó mientras la máquina molía y mezclaba. Bien pronto el reanimante aroma de la bebida flotó en el aire.

Edmond rechazó su ofrecimiento y la esperó de pie detrás de su escritorio. Una vez que ella entró a su oficina, le pidió que cerrara la puerta y soltó a quemarropa:

—Ya tengo los resultados del laboratorio, Lucy. —Ella se tensó de inmediato—. Tenía razón, la competencia usó nuestra fórmula.

A Lucy se le cerró la garganta y, aunque hubiera podido hablar, no tenía idea de qué decir. La noticia que acababa de recibir era terrible: finalmente quedaba probado que *AIR* era víctima de espionaje industrial. Olvidándose del café, se incorporó y avanzó lentamente hacia donde su novio apretaba la quijada en un evidente esfuerzo por mantener la calma.

—Lo siento tanto —murmuró levantando la vista hasta sus ojos color avellana.

Él hizo un brusco movimiento de cabeza, como queriendo decir: «sí» o «gracias» y entonces, de forma totalmente inesperada, la estrechó entre sus brazos con todas sus fuerzas.

Acomodando la mejilla contra su pecho, Lucía se abandonó al abrazo a sabiendas de que, ese día, Edmond necesitaba consuelo y que, por tanto, la fachada de discreción que ambos se esforzaban por mantener pasaba a segundo plano. Empezó a acariciarle la espalda, queriendo comunicar en esos rítmicos movimientos su cariño y solidaridad.

Mientras escuchaba su respiración pausada y los latidos de su corazón, recordó cómo habían empezado los problemas en el área de hogar, cuando un cliente muy importante de productos para lavar ropa se había pasado a la competencia. Inmediatamente, Edmond localizó al gerente de compras y le preguntó abiertamente la causa de su decisión. Aquel hombre le respondió que sus competidores les habían ofrecido unas fragancias muy parecidas a menor precio y le aclaró que no había nada que pudiera hacerles cambiar de opinión.

Pero el futuro dueño de *AIR* no era el tipo de persona que se quedaba con los brazos cruzados, sobre todo tratándose de negocios. En cuanto los nuevos

productos salieron al mercado, se hizo de muestras y comprobó con sorpresa que los aromas de sus competidores eran *demasiado* parecidos a las propuestas de *AIR*. Empezó a sospechar juego sucio, pero no podía basarse en su propia impresión para hacer una acusación tan grave. Por esa razón las había mandado analizar y ahora tenía pruebas de que su experimentada nariz había estado en lo cierto.

—¿Y qué va a pasar ahora? —quiso saber Lucía.

Él soltó una lenta exhalación y depositó un beso en su cabeza.

—Pues que las cosas aquí dentro se van a poner feas por un tiempo, *chérie*. Un primer paso será instalar cámaras de seguridad. Después, quién sabe. Mi padre quiere hacer pruebas de polígrafo. —Lucía alzó abruptamente la cabeza. La expresión de Edmond era sombría—. ¿Puedes culparlo? Es posible que esta sea la punta del iceberg. Ahora no estamos seguros de cuáles de los proyectos que hemos perdido se deben a competencia desleal.

Parecía imposible asimilar lo que estaba escuchando. Rehusaba a creer que alguien dentro de la compañía fuera el espía. ¿Cómo averiguarlo? ¿Cómo se impactaría el ambiente laboral cuando las nuevas medidas se dieran a conocer? Edmond la soltó entonces.

—Eso es todo, *chérie*. Te dejo que te vayas a trabajar. Solo quería darte un *heads up* y pedirte que te mantengas alerta. Tu proyecto es uno de los más importantes que tenemos por el momento.

—Pero tú no crees que... —No terminó la frase. Edmond tenía razón. No había opción, tenían que ser precavidos—. Tienes razón, amor. ¿Nos vemos para comer?

Edmond asintió distraídamente. Antes de salir, Lucía le echó una última mirada de preocupación. Visiblemente molesto, tenía la mirada perdida en dirección del patio, donde se erguían dos astabanderas: en una ondeaba lánguidamente la colorada hoja de maple; en la otra, el águila y la serpiente.

El resto de la mañana, Lucy no pudo sacarse de la cabeza ni la inquietud ni la angustia ni la indignación que la noticia de Edmond le había causado. Era difícil aceptar que algún compañero la traicionaría, *los* traicionaría a todos, pero también era cierto que habían ocurrido cosas que ella había atribuido a su propia distracción, cuando bien podían deberse a que alguien había estado husmeando en sus proyectos.

Como aquella vez que los documentos del *body splash* en el que trabajaba se traspapelaron; y unas semanas después encontró desacomodadas las muestras para su perfume, aunque había creído entonces que la señora de la limpieza las había movido al sacudir. ¿Y qué de la ocasión cuando encontró abierto el cajón del escritorio que creyó haber cerrado con llave? Incluso las preguntas de sus compañeros acerca de sus proyectos ahora le parecían sospechosas.

«¡Diablos! ¿Será posible?»

Tristemente, sí. Pero si su perfume peligraba, no iba a quedarse de brazos cruzados. *Nadie* iba a sabotear su arduo trabajo. ¿Cómo saber? ¿Cómo protegerlo? Las cámaras de seguridad tardarían al menos un par de semanas en ser instaladas: Edmond necesitaría primero solicitar cotizaciones, compararlas, levantar una orden, más el tiempo en que tardaran en llegar los equipos y montarlos... Sí, dos semanas como mínimo. ¿Y mientras?

Para el mediodía, ya tenía un plan. Canceló su cita para comer con su novio y le avisó que iba a salir.

Regresó un poco tarde (su amigo el lector óptico ya se encargaría de delatarla con Recursos Humanos) con la cajuela cargada de plantas y su arma secreta en el bolso. Lo primero que hizo, en vez de revisar sus correos como era su costumbre, fue pasar directamente a la oficina de su evaluador favorito.

—Decidí redecorar mi espacio, Julien y, como siempre has dicho que te encantan mis orquídeas, quería saber si quieres quedártelas.

En el rostro afilado de su amigo se reflejó la sorpresa.

—¿Es en serio?

—Totalmente, solo necesito que pases ahorita mismo por ellas y me ayudes a acomodar mis nuevas adquisiciones.

—Mmm —dijo Julien mientras evaluaba el resultado de sus esfuerzos: el

alféizar de la ventana de la oficina de Lucy, repleto de helechos y otras plantas con hojas muy tupidas—, al principio dudé del *look* selvático, pero tengo que admitir que funciona... Aunque me sorprende un poco un cambio tan radical. ¿Estás segura de que no extrañarás tus orquídeas?

Lucía encogió un hombro y mintió con descaro:

—Tal vez. Pero necesitaba un cambio, algo que me inspire a crear nuevas cosas.

Algunos días pasaron en relativa calma, aunque a Lucía le parecía percibir cierta intranquilidad en los pasillos. Su pobre novio estaba más estresado que nunca, esperando en cualquier momento la visita de su padre, el formidable Charles Doudelet, dueño y fundador de la compañía, quien residía en Montreal y deseaba encargarse en persona de propinar una regañina histórica a «esa bola de malagradecidos».

Minutos antes de la salida, Lucía tomó el teléfono y llamó a su compañero.

—¿Julien?, hola, soy yo. Sé que tienes un compromiso y no voy a quitarte mucho tiempo. Solo quería preguntarte acerca del bálsamo de labios. ¿Tienes las especificaciones? Estaba pensando llegar mañana como a las siete para revisarlas. O mejor mándamelas, las reviso hoy en la noche.

Se hizo un breve silencio en la línea.

—¿Cómo, Lucy? ¿No te llegó el correo? El vendedor avisó que tenemos un par de semanas más; la clienta estará fuera del país.

—¿En serio? —En vez de reiniciar su computadora, Lucy abrió su correo en el celular y buscó el mensaje, sintiendo un gran alivio al revisarlo—. Ah, no sé por qué no lo vi, pero me alegro. Pensé que estábamos atrasados. Bueno, eso era todo. Te dejo. Yo también tengo un poco de prisa. De todos modos, no hay que confiarse. ¿Te parece si empezamos a ver el proyecto antes del viernes?

Una vez que colgó, Lucy se puso la chaqueta, tomó su bolso, echó un último vistazo a sus plantas, pero en vez de dirigirse al estacionamiento, enfiló hacia el

baño de mujeres ubicado al fondo del pasillo. Allí repitió la rutina que había establecido desde que se confirmó la existencia espía: se encerró en uno de los cubículos y encendió el aparato que su prima la casada le había prestado. Era la parte receptora de un monitor de bebé. Antes de dejar su lugar de trabajo, se había cerciorado de que la parte transmisora de sonido e imagen quedaba bien disimulada entre las hojas de sus plantas nuevas.

Exhaló con desánimo al tiempo que intentaba ponerse lo más cómoda posible. A pesar de haber estado muy pendiente, hasta ese momento no había visto nada raro. Incluso llegó al extremo de salir de su oficina dejando pegada la llave del cajón de su escritorio. Nadie había intentado abrirlo. Esperó diez minutos, veinte... y se preguntó por millonésima vez si su plan no era una tontería. ¿Cuánto tiempo más esperaría? Quizá sería mejor darse por vencida y dejar que los expertos se ocuparan del asunto. Después de todo, las famosas cámaras ya estaban por llegar. Media hora. Le daría media hora más, acababa de comprar un audiolibro y bien podía escucharlo para pasar el tiempo.

Justo entonces, observó una figura con bata, cofia y mascarilla colándose al interior de su espacio de trabajo. La indumentaria era normal para trabajar en cualquier laboratorio, pero nadie usaba ni cofias ni mascarilla una vez afuera. Se quedó sin aire, su corazón empezó a palpar con violencia. El intruso se acercó al escritorio, pero ignoró los documentos en sus bandejas. Lo que sí tomó fueron los *mouillettes* o secantes que ella había dejado en el sujetador con muestras de fragancias. Las acercó a su cara y se bajó la mascarilla.

¡Era Beatriz Yurrieta! Una de las laboratoristas del área de *body care*. Por lo visto, Edmond no había estado tan errado en sus deducciones: el suyo era uno de los nombres en la lista de sospechosos que estaba elaborando. Quiso correr a detenerla, pero la urgencia de sus movimientos la hizo actuar con torpeza, su pie chocó contra el bote de basura, arrancándole un quejido metálico. ¿La habría escuchado? Sus ojos volaron al monitor, pero la mujer, que solía abusar de maquillaje y escotes, permaneció imperturbable.

Lucy tenía la mano en la manija de la puerta cuando la parte lógica de su cerebro la detuvo: ¿de qué la iba a acusar? Oler unas muestras no era ningún crimen. Esperó momentos eternos para ver si Beatriz hacía algo definitivamente

incriminatorio.

Y lo hizo. Una vez que terminó con las muestras, volteó hacia el pasillo como para cerciorarse de que no había nadie cerca. Abrió el cajón, hurgó allí adentro y sacó el diario donde Lucía anotaba todos los avances de su perfume.

¡Perra! En ese momento, Lucía sintió que la sangre le hervía. ¿Cómo podía ser capaz? Con pasos que echaban chispas salió del baño dispuesta a confrontar a Beatriz.

Tan ensimismada estaba en las notas ajenas, que Beatriz no se dio cuenta de que la dueña de las mismas estaba en la puerta de su cubículo con los brazos cruzados. Con ojos ávidos, la espía devoraba renglón tras renglón. ¡Qué descaró!

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Lucía con navajas en la voz.

La sinvergüenza pegó un salto, soltó el cuaderno que tenía entre las manos y giró hacia la perfumista con ojos desorbitados.

—¡Dios! ¡No te oí llegar, Lucy! —dijo. Su mano voló a su garganta—. ¿Qué haces por aquí? Pensé que ya te habías ido a casa.

—Eso está más que claro. —Lucía avanzó hacia ella y se agachó para recoger sus anotaciones—. Ahora, ¿se puede saber por qué estabas husmeando en mi oficina?

Beatriz tardó unos cuantos segundos en recuperar su compostura, pero Lucy pudo ver en su cara el momento exacto en el cual lo hizo, pues su expresión cambió de perturbada a indignada. Una actriz cambiando de máscaras.

—No me gusta el tono con el que me estás hablando.

—¡Me importa muy poco si te gusta o no! —En un gesto protector, Lucía apretó la libreta contra su pecho—. Quiero saber por qué estabas revisando las notas de mi perfume.

—¿Eso es lo que son tus jeroglíficos? Para tu información, Lucía, me quedé a avanzar con la *chamba*³. Hoy nos regañaron en el laboratorio porque tenemos

proyectos atrasados. Pensé que podía hacer la base para el bálsamo de labios para que Julien y tú pudieran trabajar y ¡mira lo que saco!

«¡Y todavía se hace la ofendida!»

—En primer lugar, Beatriz, la propuesta para el bálsamo se entregará quince días después de lo planeado. Lo sabes tan bien como yo, pues estabas copiada en el correo del vendedor. En segundo, hay otros proyectos más urgentes, el del gel antibacterial, por ejemplo. Y por último, aunque fuera cierto que quisieras avanzar con mi bálsamo, bien sabes que las especificaciones de cada proyecto las dejo siempre en la bandeja sobre el escritorio, para que tú o Julien puedan tomarlas cuando las necesiten. No tenías por qué meterte en mi cajón.

—¡Perdóname la vida! —contestó Beatriz con una fea mueca—. Además, no es mi culpa que dejes tu cajón abierto. Yo solo quería tomar prestado tu espejo. Mi lente de contacto me estaba molestando y se me hizo fácil asomarme. Cuando vi la libreta me dio curiosidad. No sabía que fueras tan pesada.

—¡Por Dios! ¡Deja de decir mentiras! —exigió Lucía alzando la voz.

Beatriz avanzó hacia ella agresivamente. Sus ojos desbordaban enojo desde detrás de sus lentillas azules.

—¿Sabes una cosa? Ya me harté de tus acusaciones. Debí hacer caso cuando me dijeron que eras muy *intensita* y que era difícil trabajar contigo. ¡Y pensar que te defendí! Pero te advierto de una vez que no voy a permitir que me perjudiques con tus chismes, y vete buscando quién te haga la base del bálsamo, porque conmigo no cuentas.

Salió del pequeño cubículo dándole un empujón a Lucy, quien se quedó con la respuesta en la punta de la lengua y con muchas, muchas ganas de alcanzarla y jalonearla de los pelos. Afortunadamente, era una mujer con clase, racional e inteligente, que tenía otras formas de emparejar el marcador.

Temblaba de coraje al desconectar el monitor de última generación, el cual contaba, maravilla de la tecnología, con la función de grabar.

—Sorpresa, estúpida —masculló con desprecio.

Edmond Doudelet llegó al departamento de Lucía casi pisándole los talones. Le pidió que le contara de nuevo todo lo que le había dicho por teléfono y que le mostrara el vídeo que había sacado con el aparato. Inmediatamente después, llamó a su padre, Charles, para darle la noticia.

—¿Estás seguro de lo que me dices? —preguntó Charles al otro lado de la línea.

Edmond miró a Lucy, quien permanecía de pie con los brazos cruzados, apoyando la cadera contra la mesa del comedor. Todavía se la notaba alterada, pero no era el tipo de mujer dada a la histeria o a actos impulsivos. No, gracias a su plan razonado, contaban ahora con información tan importante como delicada.

—Totalmente —respondió a su progenitor—. ¿Cómo quieres manejar la situación?

Al día siguiente, Beatriz fue interrogada por el clan Doudelet (Charles había tomado el vuelo nocturno) y, aunque en un principio lo negó todo, se derrumbó cuando le mostraron la grabación. Lloró, suplicó, amenazó; sin embargo, sus esfuerzos por defenderse habían perdido toda su fuerza. Poco después fue escoltada por dos elementos de seguridad para recoger sus cosas a su escritorio y de allí, a la calle.

Lucy no estuvo presente. Se mantuvo ocupada en su cubículo, aunque se enteró de la desagradable escena que aquella mujer provocó, gracias a algunos compañeros que se regodeaban en contarla con lujo de detalles.

3 Palabra coloquial para decir trabajo.

CAPÍTULO 4

Hay amistades que duran para toda la vida y un ejemplo de ellas era la que existía entre Juan Carlos Legarreta y Ricardo Elizondo, quienes se conocieron durante la preparatoria y desde entonces vivieron juntos tanto los buenos como los malos momentos que la vida les iba entregando.

En la locura que corresponde a los años de juventud, disfrutaron innumerables parrandas y consumieron casi la misma cantidad de analgésicos para curar las resacas resultantes, formaron equipos de estudio, jugaron torneos de futbol, ganaron concursos de comer tacos y conquistaron los favores de docenas de chicas.

Gracias a Ricardo, Juan Carlos consiguió su primer trabajo en un reconocido despacho de abogados y con la ayuda de Juan Carlos fue que el otro pudo aprobar sus exámenes de Derecho Romano y Derecho Constitucional. Juan Carlos también lo apoyó cuando decidió casarse si haber terminado la carrera y apadrinó a su primer hija. A lo que Ricardo correspondió con tolerancia y apoyo incondicionales aun en los momentos más oscuros de la depresión de su amigo tras el accidente.

Por todas estas razones, cuando Ricardo fue nombrado nuevo socio del despacho Elizondo, Quintero y Asociados para tomar el lugar de su padre, no hubo celos, sino una alegría sincera y fue el mismo Juan Carlos quien se encargó de organizar una sencilla celebración en un restaurante pakistaní, donde ambos disfrutaban excelentes curris con cierta regularidad.

Él, Fabiola y Laura llegaron antes que el resto del grupo. El local estaba decorado sin lujos, pero con abundancia de piezas artesanales: a la entrada, la escultura de un caballo galopaba frente un muro recubierto con coloridas piezas de loza. Al fondo, mamparas de madera labrada disimulaban el área de los servicios y sobre las mesas, unos colgantes de vidrio de colores y piecitas de cobre parecían esperar la brisa para ponerse a cantar.

Fabiola todavía no terminaba de absorber el ambiente cuando un hombre de

mediana edad los recibió con gran familiaridad y les asignó un pequeño salón privado. Para llegar al mismo, pasaron junto a un grupo de extranjeros cuyas mujeres vestían saris.

—Bienvenidos, señor Legarreta —le dijo en cuanto acomodó su silla—. Tal como usted pidió, el champán ya está bien frío. Solo espero que me indique el momento para traerlo. —Y tras desearles a todos un agradable festejo, se alejó unos cuantos pasos.

—Me sorprendes, Juan Carlos —afirmó Fabiola por lo bajo, echándose con coquetería la larga cabellera por encima del hombro—. Me imaginaba una celebración más sofisticada, pero debo admitir que el lugar me encantó.

A pesar de que Laura estaba sentada al otro lado de su jefe, su muda desaprobación fue patente y Fabiola tuvo que tragarse su irritación. Sí, le gustaba Juan Carlos, ¿y qué? Como en otras ocasiones, se vio tentada a instigar un enfrentamiento con la secretaria, pero tenía claro que aquella pequeña satisfacción podría acarrearle grandes problemas. Laura y Juan Carlos tenían una relación muy estrecha.

A los pocos minutos llegó Mauro, el abogado junior de aire despistado que apoyaba a Ricardo. Lo acompañaba Susi, la secretaria de ese pequeño equipo. Finalmente, el homenajeados y su esposa aparecieron. Se veían bien juntos. A leguas se notaba que ella (ligeramente pasada de peso, pero con una cara preciosa) venía también de familia de dinero: su ropa era sencilla pero cara y las joyas que usaba eran de un diseñador que Fabiola reconoció de inmediato.

Para su sorpresa, la recién llegada abrazó a Juan Carlos, y se sorprendió aún más al ver que él le estrechaba la mano con cariño.

Entonces Juan Carlos hizo un gesto al dueño, quien asintió escuetamente y se retiró.

—¿Y? —preguntó Juan Carlos mientras su amigo colgaba su chaqueta del respaldo de la silla y se sentaba frente a él—, ¿cómo le fue a Belaunzarán?

El otro sacudió la cabeza, todavía sorprendido.

—Se salvó de pisar la cárcel.

—¿Cómo? —inquirió Inés, quien aparentemente estaba al tanto de los casos de su esposo—. ¿No había malversado los fondos de la fundación para la que

trabajaba?

—Sí, pero es un excelente negociador y convenció al comité de aceptar el dinero de vuelta a cambio de que no lo denunciaran. Ya sabes, la justicia...

—... suele ser imperfecta —recitó ella como una niña repitiendo una lección conocida.

Un mesero muy joven, de mirada amable, llegó con el champán, y cuando ya todos tuvieron el suyo, Juan Carlos dijo en voz alta:

—Felicidades, compadre. Te lo tenías bien merecido. —Todos en la mesa alzaron sus copas—. Y también creo que es oportuno hacer otra felicitación: por esos diez años de matrimonio. No sé cómo lo aguantas, Inés, pero si de algo estoy seguro es de que lo haces muy feliz.

Ella le sonrió, los ojos brillando de emoción, y luego posó sus labios sobre los de su esposo. Juan Carlos desvió la mirada y Fabiola se preguntó si allí habría alguna historia enterrada.

Como sucedía a menudo, los hombres empezaron a hablar de trabajo y las secretarias traían su propio tema. Ese fue el momento que aprovechó Fabiola para conversar con Inés.

—¡Felicidades por el aniversario!

—Gracias, aunque técnicamente todavía no es momento de celebrar. Nuestra fecha de bodas es el trece, la próxima semana.

Fabiola le sonrió.

—Bueno, supongo que unos cuantos días no hacen diferencia. Lo que me sorprende es que Juan Carlos lo haya mencionado. Tenía la impresión de que era algo... seco.

Inés echó un vistazo en dirección de su amigo.

—Depende de la situación y de la persona con la que esté tratando —dijo por lo bajo—; suele ser más cálido con los que lo conocimos antes del accidente.

Fabiola asintió pensativa.

—Entonces, ¿lo conoces desde hace mucho?

—Uy, sí —respondió Inés, con ojos tan chispeantes como su bebida—, cuando yo empecé a andar⁴ con Ricardo ya eran amigos. De hecho, estudiamos

todos juntos.

—¿Y cómo es que no trabajas en el despacho tú también?

Inés sacudió la cabeza al tiempo que daba un sorbo a su copa.

—La verdad es que al año de haber empezado, me di cuenta de que la abogacía no era lo mío. Me cambié a Educación. Yo no compartía esa fascinación que Ricardo y Juan Carlos sentían por los densos textos legales ni por las negociaciones truculentas. Entraron a trabajar desde el segundo semestre al despacho de mi suegro, ¿lo sabías? —Fabiola dijo que no—. Al principio hacían de recaderos, archivaban, revisaban el Diario Oficial, lo que hiciera falta. Juan Carlos en especial era súper responsable y mi suegro le tomó cariño. Lo hizo su protegido y, a pesar de unos problemillas que tuvo durante la carrera, lo contrató desde el día en que tuvo el título en la mano.

—¿Problemas? —se atrevió a preguntar Fabiola—. ¿De qué tipo?

Inés colocó su copa sobre la mesa y se secó los labios con delicadeza.

—De todo tipo —aseguró sin entrar en detalles y luego soltó un suspiro melancólico—: La verdad es que la vida de mi amigo no ha sido fácil.

La cena fue tan amena como deliciosa. Todos los presentes estaban felices y relajados e Inés era una persona muy fácil de tratar. Hacia los postres, una joven con velo y un llamativo traje morado empezó a interpretar una danza tradicional cerca de Juan Carlos sin que este le prestara la menor atención, reacción normal en él.

Fabiola lo estudiaba mientras él se reía y conversaba. Esa falta de interés hacia las mujeres era algo difícil de descifrar. ¿Sería fingida o real? Si era fingida podía deberse a algún tipo de complejo, aunque le costaba trabajo creer que alguien como su jefe pudiera sentirse inferior en cualquier circunstancia. Aunque, bien pensado, ese sería el mejor escenario, pues ella tendría una oportunidad para hacerlo cambiar de opinión. Si fuera real, entonces su sueño de conquistarlo se volvía casi una utopía.

Una voz hacia su derecha la hizo dar un pequeño salto.

—Es muy guapo, ¿verdad? —decía la esposa de Ricardo con expresión traviesa, llevándose entonces un bocado de *jalebi*⁵ a la boca.

—Sí, supongo que lo es —respondió Fabiola haciendo un esfuerzo para no

sonrojarse.

—En nuestros tiempos de estudiante era todo un donjuán. Y es un tipazo, también. Como pareja, Juan Carlos es sumamente leal, apasionado, entregado...

Justo en ese momento, el objeto de su conversación volteó la mirada hacia ellas. Había perdido su ligereza. Un profundo surco se marcaba entre sus cejas.

—Mi querida Inés —dijo en un tono que era al mismo tiempo terso y duro—, ¿en qué habíamos quedado?

Pasaba la medianoche cuando Juan Carlos llegó a su departamento, el cual parecía una galería de artesanía mexicana fina. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, extrajo su llavero y abrió la puerta con cuidado, consciente de que su madre tenía el sueño muy ligero. Si acaso estaba dormida, no quería molestarla.

Sus precauciones, sin embargo, fueron innecesarias. En cuanto cruzó el umbral llegaron hasta él murmullos y luces intermitentes. Mercedes, su madre, lo esperaba frente al televisor. Movía el ganchillo que tenía entre las manos de manera casi inconsciente, avanzando punto por punto en la creación de un tapete, blusa o suetercito de bebé. El proyecto en sí no tenía tanta importancia como la acción repetitiva, que la relajaba antes de dormir.

—Buenas noches, *ma*. ¿Todavía despierta?

Ella se encogió de hombros.

—Me puse a ver películas y me quedé picada. Quiero terminar este tapetito para la mesa de mi cuarto esta semana.

Ambos sabían que era una excusa. Doña Mercedes no podía dormir hasta que su hijo estaba a salvo, en casa. Siempre fue una madre abnegada, aunque después del accidente se fue al extremo. Estaba dedicada en cuerpo y alma a él. Alguna vez esto había sido motivo de agrios enfrentamientos. Juan Carlos pugnaba por que ella siguiera sus propios intereses y actividades, afirmaba que él podía contratar a un enfermero, que necesitaba su independencia, su espacio.

Ella lo ignoró por completo. Un instinto le decía, tal vez con razón, que su hijo podía ser orillado por la desesperanza a cometer una tontería. Así que, a pesar de que Juan Carlos fuera a veces intratable, permaneció, firme, a su lado.

Tiempo después de que superara su crisis, la cuestión de las actividades después del trabajo también fue motivo de roces. Juan Carlos le pidió encarecidamente que no lo esperara despierta. «No quiero que pienses que soy un irresponsable o un malagradecido, *ma*, pero, de verdad, hay días que *necesito* un tiempo después del trabajo para relajarme». Ella replicó que lo entendía perfectamente y que no le estaba pidiendo que llegara temprano. «Además, tú no me vas a decir qué hacer en mi tiempo libre», concluyó con firmeza. Juan Carlos cedió. Nunca había sido bueno para discutir con ella.

Su madre se había instalado en un sillón de tres plazas que ocupaba el centro de la sala y Juan Carlos tuvo que esquivar un enorme cesto de palma para llegar hasta ella. Le estrechó la mano.

—Ya estoy aquí. ¿Nos vamos a dormir?

Ella negó con la cabeza.

—Se me espantó el sueño. ¿Por qué no me cuentas un poquito de tu día? ¿Tuviste demasiado trabajo? ¿Cenaste con tu cliente de la constructora?

—Lo vi por la tarde —respondió él a su segunda pregunta—. Pero fui a cenar con Ricardo. Ya lo promovieron.

El rostro de Mercedes resplandeció de felicidad.

—¡Qué bueno! ¿Entonces su papá ya se retiró?

—Se supone que ya, pero, conociéndolo, le va a costar trabajo mantenerse alejado.

Mercedes asintió en aquiescencia. Las arrugas aparecieron alrededor de su sonrisa. No parecía una mujer de cincuenta y cinco años, sino mayor, a causa de la vida dura que había llevado. Juan Carlos nunca dejaría de agradecerle todos los sacrificios que hizo para sacarlo adelante.

—¿Y adivina qué? —comentó él tras informarle que Ricardo e Inés tenían pensado ir a Hawaii a celebrar su aniversario—. Hoy sorprendí a Inés queriéndole hacer de cupido.

El gancho de su madre dejó de moverse por un momento.

—¿Ah, sí? —preguntó sin alzar la vista, como concentrándose en su avance.

—Sí, quería convencer a Fabiola de que me echara el lazo.

—¿Fabiola? ¿La abogada que trabaja contigo? Por lo que cuentas, esa muchacha es muy simpática, ¿o no?

Juan Carlos suprimió el impulso de girar los ojos al cielo. Había sido un error compartir con ella lo sucedido. Empezó a empujar la silla hacia su habitación.

—Eso no importa —aseguró cuando estaba a la altura del pesado comedor de cedro blanco—. Ya hablé con Inés y le pedí que no vuelva a hacerlo. Es irritante, por no decir vergonzoso.

Doña Mercedes bajó el ganchillo.

—¿Por qué? Después de todo, eres joven. Todavía estás a tiempo de conseguir una pareja.

Juan Carlos sacudió la cabeza al escucharla decir semejante disparate. Giró la silla para decirle a la cara:

—No puedo tener pareja, *ma*, mi vida es demasiado complicada.

Los ánimos de la señora decayeron un poco.

—Ya lo sé, mi amor, pero no por eso tienes que quedarte solo.

—No estoy solo. Te tengo a ti.

—No es lo mismo. Un hombre necesita una mujer a su lado.

Juan Carlos apretó el descansabrazos de su silla y masculló:

—Medio hombre.

Su madre lo miró con una mezcla de irritación y alarma.

—No me hagas caso. Estoy cansado —enmendó él—. Buenas noches.

Giró entonces en redondo y avanzó los últimos metros hasta su cuarto. Una vez allí, cerró la puerta, se cambió y se lavó los dientes. A pesar de lo tarde que era, no se acostó de inmediato. Estaba harto de que Inés y su madre se empeñaran en encontrarle pareja. Cuando uno ha probado la perfección, resulta casi imposible conformarse con segundas opciones.

Llegó hasta su cómoda, donde abrió un cajón del cual sacó una caja de madera. Dentro había fotografías, recuerdos, sueños, sonrisas, desilusiones y, no venía al caso negarlo, lágrimas de rabia e impotencia también.

Sí, alguna vez deseó una pareja para toda la vida, tener familia con la chica de sus sueños, hacerla el pilar de su existencia. Pero el destino los puso a prueba demasiado pronto y ella lo sacó de su vida sin consideración alguna, tirando por la borda todo lo que habían compartido, todo lo que sentían por el otro. Las relaciones fallidas que vinieron después solo sirvieron para confirmarle una cosa: el amor eterno, profundo, inquebrantable, abrumador y delirante no existe.

Y él no estaba interesado en otro tipo.

4 Modismo. Andar con alguien significa tener una relación con alguien.

5 Masa frita con miel.

CAPÍTULO 5

El salón estaba adornado con flores y enormes carteles publicitarios del perfume, desde donde una chica de facciones perfectas aparecía en distintos escenarios en blanco y negro en una actitud ciertamente conquistadora. Un frasco de Eclipse, el primero en haber salido de la fábrica, descansaba sobre un pedestal bajo la luz de un reflector. En un intento por atacar el mayor número posible de sentidos, las ventilas del salón estaban programadas para soltar, casi al final de la presentación, un toque muy sutil de la fragancia, provocando en el espectador una sensación similar a haber rozado a una persona al pasar. Una extraña con un perfume seductor.

O al menos eso era lo que el equipo de mercadotecnia de *AIR* y Lucía esperaban. ¡No podía creer que al fin hubiera llegado el momento de compartir su creación con el mundo! Estaba emocionada, feliz, boyante y tremendamente agradecida, no solo con la vida, sino con Edmond, quien la había apoyado cada paso del camino, aun en contra de las dudas de su padre, quien llegó a insinuar que Lucy tenía una relación con su heredero por conveniencia, sin importarle que los reportes de productividad y puntualidad, así como las evaluaciones de sus clientes señalaran a su *nuera* como una de sus mejores empleadas.

Los periodistas y personalidades del medio artístico y las revistas de moda que habían sido convocadas ocupaban sus lugares y Lucía se sentía morir de nervios. A lo largo de su carrera había tenido que dar cursos y dirigir grupos de trabajo, había asistido a eventos como ese, pero nunca para presentar su propia fragancia.

Muy a su pesar, notó que las palmas de sus manos estaban húmedas y se preguntó si su desodorante resistiría la prueba. Empezó a agitar la rodilla por debajo de la mesa, hasta que la mano de Edmond, que estaba sentado a su izquierda, se posó sobre la misma. A su derecha, Charles releía sus notas y, un lugar más allá, Juliette Lucas, la modelo que había prestado su rostro para ser la imagen de la fragancia, sonreía a las cámaras. Al lado de Edmond se encontraba

Michelle, su madre; y Aline, su hermana menor, los ignoraba desde la primera fila.

El discurso de Charles estaba llegando a su fin. Lucía lo había leído y sabía que después de eso sería su turno de hablar. Estrujó los dedos de su novio y lo soltó. Estaba lista.

—... *AIR* es una empresa que tiene ya una trayectoria de casi cincuenta años en Canadá. Sin embargo, nuestra presencia en el mercado Latinoamericano es más reciente. Desde los tiempos en que mi querida esposa y yo la fundamos, la compañía siempre se ha caracterizado por reconocer el valor de sus empleados y qué más prueba de ello que dar oportunidad al talento local de desarrollarse. Por esa razón me llena de orgullo presentarles a Lucía Durán, perfumista mexicana y creadora de la fragancia *Eclipse*, a quien dejo con ustedes para responder sus inquietudes.

Lucía alzó la barbilla. La hora de la verdad había llegado y ella no se permitiría flaquear, había muchas cosas en juego.

—Señorita Durán —inquirió una voz femenina—, ¿cómo podría describir el olor de su fragancia?

Los reflectores sobre su cabeza estaban tan brillantes que le costaba trabajo ver a la mujer que le hablaba. Se encogió imperceptiblemente de hombros. Tal vez fuera mejor así. Sin darse cuenta de que las palabras salían de su boca, empezó a hablar. *Eclipse* era su bebé, su pasión, su sueño y de eso podía hablar con quien fuera.

—Cuando uno huele *Eclipse* —respondió tranquila—, nota en primer lugar el fresco dulzor de la mandarina, seguida de un agradable toque de tomillo y flores, como el lirio y la orquídea. Los aromas que quedan debajo son menos etéreos, más sugestivos. Una nariz educada hallará vainilla, roble y una especia oriental que le da una nota ligeramente picante.

—Eso suena a comida —opinó una voz masculina. Edmond se tensó a su lado, pero Lucía no tomó a mal el comentario.

—Le sorprendería la cantidad de fragancias finas que llevan acentos de sabores. En lo personal, creo que los seres humanos somos una compleja y maravillosa combinación de elementos y así, también, deben ser nuestras

fragancias.

—¿Y qué fue lo que la inspiró a realizar esta combinación? —inquirió otra mujer, más al fondo.

—*Eclipse* es un perfume muy personal. Me inspiré en mis propios gustos e inclinaciones, en mis creencias y en lo que quiero proyectar a los demás de mi persona. Me gustaría que la fragancia fuera usada por una mujer que se sienta femenina pero fuerte a la vez; que aprecie sus raíces, pero que también tenga sueños y aspiraciones; que disfrute de la sensualidad tanto de ella misma como del mundo que la rodea.

—¿Y el nombre de dónde salió?

—Bueno, cuando ocurre un eclipse, un cuerpo en el espacio queda oculto momentáneamente tras otro, sin desaparecer. Lo mismo sucede con el perfume: unas notas se superponen a las otras, creando, desde mi punto de vista, un efecto bello.

Entonces, cuando tenía ya al auditorio comiendo de su mano, se escuchó una voz atiplada diciendo alto y claro:

—Señorita Durán, al principio de la presentación se nos dijo que «*AIR* es una compañía que siempre se ha caracterizado por reconocer el valor de sus empleados», ¿no es así?

Ella parpadeó, todavía ignorante de que su futuro inmediato estaba por cambiar drásticamente.

—Así es —respondió sin terminar de comprender a dónde quería llegar el reportero. Las palabras que siguieron la desconcertaron por completo:

—¿No se podría afirmar que existen favoritismos en la empresa y que este reconocimiento solo se da en ciertos casos, como cuando una empleada, por ejemplo, es amante de uno de los dueños?

—¿Qué? —susurró ella, conmocionada, al tiempo que el micrófono llevaba la angustia en su voz a los oídos de todos. ¿Por qué decía eso aquel hombre? ¿Por qué hablaba de su relación con Edmond y la hacía parecer algo torcido? Haciendo un gran esfuerzo, logró reponerse y respondió con firmeza—: ¡No, eso no es cierto!

El hombre, sentado hacia el final de la sala, replicó abruptamente:

—Entonces, ¿niega usted que tiene una relación con el señor Edmond Doudelet? ¿Niega también que una laboratorista de nombre Beatriz Yurrieta tuvo un rol determinante en el desarrollo de la fragancia pero no se encuentra aquí a causa de un despido injustificado, gracias al cual usted puede llevarse todo el mérito?

La mitad de los presentes se había vuelto hacia el periodista, Aline incluida, quien parecía dispuesta a abolir la libertad de prensa, aun a costa de cometer homicidio; la otra mitad miraba a los miembros del panel con ojos asombrados. Lucy se sintió tan humillada que le faltaba el aire. Quería soltarse a llorar, despertar de la pesadilla. Esa no era la presentación de su perfume. No era cierto lo que estaba escuchando en el día más importante de su vida.

—¡Calma! —siseó su novio en su oído—. No le des el gusto de ver que te pone mal.

Al mismo tiempo, su suegro tomó el micrófono y dijo agresivamente:

—No sé a qué vienen esas falsas acusaciones, joven, pero considero una falta total de ética y de profesionalismo venir a un evento de este tipo a querer generar amarillismo barato sin el menor fundamento...

—Tengo una fuente, señor —aseguró el periodista con descaro.

El murmullo que se desató en el salón en ese momento le resultó a la perfumista tan molesto como el zumbido de avispas enfurecidas. Incluso la señorita Lucas había perdido la sonrisa que tenía cincelada en el rostro. A cada palabra agresora, la creadora de la fragancia iba perdiendo el color. La vista se le había oscurecido. Jamás en su vida hubiera imaginado que Beatriz Yurrieta tuviera esos alcances. Porque ella fue la que organizó toda aquella farsa, ¿no? ¿Existiría otro traidor dentro de la compañía?

Edmond tomó entonces la palabra.

—Mi padre ya le ha dicho, señor, que sus acusaciones son falsas. Los invito a usted y a su supuesta fuente a presentar pruebas de lo que dicen, pero también le advierto que pueden estar enfrentando una demanda por calumnia. Ahora, si algún otro de ustedes tiene preguntas acerca de *Eclipse*, tendremos mucho gusto en responderlas.

—Señor Doudelet —comentó alguien en la tercera fila—, en vista de lo que

acabamos de escuchar, ¿piensan seguir adelante con la comercialización del perfume?

El resto de la conferencia y el brindis que siguió se dieron en un ambiente de total anticlímax y Lucía los sobrevivió de milagro. Terminó el día encerrada en su cuarto, deshecha, sin querer hablar con nadie.

CAPÍTULO 6

Ese día Juan Carlos bajó por el elevador hacia el estacionamiento sintiendo ventarrones en el alma. Una vez más había soñado con el accidente de una manera tan vívida que quedó perturbado. Su madre, que insistía en levantarse temprano para hacerle el desayuno, se había dado cuenta de que algo estaba mal, pero no preguntó nada y Juan Carlos le agradeció el gesto aún más que el licuado con suplementos alimenticios y la fruta picada.

Llegó frente a su auto, un modelo alemán adaptado, abrió la puerta, se colocó en diagonal y trepó. Entonces escuchó la voz de Horacio, uno de los chicos que trabajaban en el mantenimiento del edificio y que ganaba dinero extra lavando los coches de los inquilinos.

—Buenos días, don, ¿quiere que le eche una manita?

—No —respondió Juan Carlos secamente; para él no existía nada más valioso que su independencia.

Horacio, mosqueado, retorció el trapo rojo entre las manos. Juan Carlos cerró los ojos, respiró hondo y se obligó a terminar.

—Pero gracias.

El chico asintió entonces y siguió con sus labores. En cuanto se alejó, el abogado respiró más tranquilo, desarmó la silla y la pasó, parte por parte, por encima de su cuerpo hacia el asiento del copiloto, teniendo cuidado de no ensuciar su traje.

Condujo por las oscuras calles accionando las palancas de manera automática. Su mente insistía en torturarlo con recuerdos: la carretera estirándose hacia el horizonte, el deseo de llegar pronto al hotel para poder descansar antes de las juntas del día siguiente, el pavimento mojado, la música de fondo, el desconcertante estallido de la llanta, el auto saliéndose de control, el impacto contra el muro de contención, vueltas y más vueltas, desorientación, objetos volando, su cuerpo doblado de una manera imposible, un dolor atroz. Luego nada. Y despertar en el hospital habiendo perdido la capacidad de movimiento en

la parte inferior de su cuerpo.

Su recuperación física tardó poco más de un año, durante el cual su madre lloró a mares temiendo que quedara tetraplégico o, peor aún, que simplemente no desperatará de alguna operación. Esos meses estuvieron plagados de dolor, incomodidades, enojo, desesperación, tristeza, frustración. Se volvió intratable, arremetía contra todo y contra todos y no se esforzaba por recuperarse. ¿Para qué luchar por una vida que no le apetecía? Llegó, incluso, a considerar el suicidio como una vía de escape.

Hasta que un día llegó a su casa el padre de Ricardo. Su andar era pausado; su modo, elegante y en su mirada Juan Carlos no pudo encontrar ni un ápice de lástima, lo cual le permitió respirar con mayor facilidad. El famoso abogado fiscalista comentó la resolución de varios de los casos en los cuales Juan Carlos había estado involucrado y le habló de nuevos proyectos. Inevitablemente, la plática recayó en la recuperación del accidentado. Quería saber cuándo y cuántas horas debía Juan Carlos dedicarle a la fisioterapia a la semana y la opinión de los doctores acerca de retomar sus actividades.

Juan Carlos lo respetaba profundamente y por eso respondió con la verdad.

—Excelente —dijo el abogado con naturalidad—, puedes reincorporarte al trabajo de manera gradual. Media jornada al principio, hasta que te sientas lo suficientemente fuerte para tener el horario completo.

—Se lo agradezco mucho, señor, pero no voy ser una carga para el despacho. ¿Usted cree que sus clientes van a querer tratar con alguien como yo?

El licenciado Elizondo lo observó con detenimiento y respondió con firmeza:

—Si te refieres a alguien inteligente, agresivo y decidido, la respuesta es sí. Tu ausencia se ha sentido en el despacho, Juan Carlos, y no te lo digo por levantarte la moral sino porque es un hecho. Eres muy bueno en lo que haces y te necesitamos. Haz tus ejercicios, habla con un psicólogo si lo consideras necesario y vuelve a la oficina en cuanto puedas.

Y eso fue justamente lo que Juan Carlos hizo. Siempre le estaría agradecido, ese hombre le salvó la vida.

«Y hablando del rey de Roma...»

Juan Carlos apretó un botón para recibir la llamada de su mentor. ¿Acaso no

estaba en su casa de descanso? Sonrió para sus adentros, «qué retiro ni qué nada».

—¡Buenos días, Juan! No te desperté, ¿verdad? Sé que eres madrugador.

—No, señor, dígame.

Siguiendo su costumbre, el otro fue al grano.

—¿Recuerdas el convenio que firmamos con varios despachos internacionales para referenciar casos?

Juan Carlos lo recordaba claramente: el objetivo del convenio era contactar clientes con otros despachos cuando el propio no pudiera atenderlos.

—Por supuesto.

—Bueno, pues acaba de contactarme el enlace de Graëve para decirme que una compañía de fragancias les llamó para pedirles referencias. Traen un tema delicado: quieren acusar a una exempleada de espionaje industrial y de daños y perjuicios. Al parecer, la mujer arruinó con sus mentiras la presentación de uno de sus productos. ¿Qué dices? ¿Te animas a tomarlo?

Juan Carlos no tuvo que pensarlo mucho. Su segunda opción era pasar buena parte de la mañana leyendo gruesos legajos relacionados con el embrollado caso de una naviera. A causa de unas pésimas inversiones habían perdido la mayor parte de su capital y tuvieron que declararse en quiebra. En este caso, el despacho representaba a uno de los bancos acreedores, pero el asunto ya estaba casi muerto. Tal vez Mauro querría retomarlo.

—¡Por supuesto! Me haré cargo. ¿Cuándo me da los detalles?

—No será necesario —respondió haciendo un sonido como de sorber. Juan Carlos lo imaginó arrellanado en el sillón de su terraza, café en mano, disfrutando la salida del sol sobre el lago—. Llegarán al despacho a eso de las doce y media. Tengo entendido que hablan español, pero sé que te defiendes bastante bien en inglés y la abogada que trabaja contigo sabe francés, ¿no?

—Sí, señor. Pasó un año de intercambio en París.

—Mmm —dijo el otro— ¿no fue en Montreal? Los clientes son canadienses. —Juan Carlos guardó silencio—. Supongo que no importa, con que hable francés es suficiente. Bueno, te dejo, pero manténme al tanto, ¿de acuerdo?

—Así lo haré. Por cierto, señor, ¿ha tenido alguna noticia de Ricardo?

El socio fundador del despacho para el que trabajaba con tanta dedicación, tosió con ese sonido rasposo que hace la garganta de los fumadores.

—Hasta donde sé, mi hijo e Inés llegaron a Hawái sin el menor contratiempo, pero le tengo prohibido a mi mujer que los esté molestando. Después de todo, es su viaje de aniversario.

El nuevo reto fue bienvenido. Juan Carlos era consciente de que ese día había tenido un mal comienzo y estaba convencido de que la investigación y concentración que requería un tema que no había tratado con anterioridad era un buen remedio para levantarle el ánimo. O al menos para mantenerlo lejos de las garras de los malos recuerdos.

Llegó al estacionamiento de la oficina sintiéndose más animado, volvió a ensamblar su silla y subió por la rampa que se había adaptado desde que volvió a trabajar. Saludó a las señoritas de la recepción general, pasó la credencial por el lector que le permitía llamar al elevador y subió a su despacho.

Encontró a Laura ocupada en depurar su archivo. Frente a ella tenía montones de papeles que iba metiendo, uno por uno, en la trituradora, totalmente concentrada. Así era en todo: cuidadosa con los detalles aun de las actividades más triviales, razón por la cual muy rara vez cometía errores. En un medio tan esnob, había quienes no la habrían contratado por la única razón de ser poco atractiva, pero él siempre valoraría la eficiencia muy por encima del aspecto físico.

Cuando la entrevistó, le pareció una mujer muy intuitiva, ordenada rayando en la obsesión, con iniciativa y una memoria casi fotográfica. No se equivocó, era la secretaria ideal y ella agradeció la oportunidad con una lealtad inquebrantable. Tanto ella como Ricardo lo habían visitado durante su convalecencia. Ella le llevaba películas y libros y le contaba todo lo que pasaba en el despacho, mientras que él cargaba con su ajedrez y lo retaba a vencerlo.

—¡Buenos días, Juan! —saludó empujando sus anteojos sobre el puente de su

larga nariz.

Juan Carlos asintió en su dirección.

—Hola, Lau. Necesito hablar con Mauro y con Fabiola, ¿podrías pedirles que pasen a mi oficina?

El papel que la secretaria tenía entre las manos ganó un instante más de vida.

—¿Avances en lo de la naviera?

—Mejor que eso: tenemos un nuevo caso en puerta.

Las horas corrieron como agua, para las doce y veinte Juan Carlos ya se había informado acerca del tema de perfumes y sus registros con una experta en la materia, quien les asesoraría durante el proceso en caso de que los clientes quisieran firmar con ellos. También había leído algunos antecedentes en internet. Además, llamó al jefe de un empleado de gobierno, quien llevaba dos semanas de retraso en liberar un permiso de construcción para uno de sus clientes, y se cercioró de que ninguno de los temas que llevaba Ricardo requirieran su intervención inmediata.

Entró a la sala de juntas con decisión. Le gustaba estar preparado, pues ese primer contacto era crucial. Hacía tiempo que prefería recibir a los visitantes desde la cabecera de la mesa a ingresar al mismo tiempo que ellos, empujando la silla y acomodándola mientras sentía sobre su espalda los ojos de todos, atentos a cada uno de sus movimientos.

Laura entró tras él y puso a su alcance un vaso, una servilleta y una jarra con agua. El servicio de café para los demás estaba sobre una repisa lateral.

—Gracias.

—¿No quieres galletas?

Él negó con la cabeza y empezó a llenar su vaso con agua.

Se escucharon voces en el pasillo, cerca del muro de cristal que dividía la sala de juntas del resto de las oficinas. Discutían en francés. ¡Justo a tiempo! Los clientes habían llegado. Juan Carlos asentó la jarra. Entonces, el timbre de una mujer en particular, bajo y aterciopelado, lo sacudió de tal manera que volcó el vaso que recién había llenado. Sobresaltada, Laura empezó a secar la mesa con rapidez.

El abogado se inclinó hacia delante, intentando distinguir los rasgos de las

figuras que se habían detenido al otro lado del vidrio, el cual había sido esmerilado en secciones para brindar mayor privacidad. Un hombre alto, de espaldas a él, obstruía su visión de la mujer, de quien solo podía ver un hombro, el fragmento de un brazo, un flanco. De pronto, ella llevó la mano hacia su cuello; llevaba la muñeca adornada con una esclava de oro. Juan Carlos intuyó que por el frente tendría grabado el nombre de ella y por detrás la fecha de su nacimiento. El color huyó de su rostro.

—¿Juan Carlos, estás bien? —murmuró Laura, quien, afortunadamente, había logrado deshacerse de la evidencia de su torpeza.

¡No podía ser! Estaba sugestionado después de ese sueño perturbador. «¡Enfócate, cabrón!», se exigió a sí mismo. Tenía dos segundos para recuperarse y mostrar su mejor cara de profesional.

Fabiola se acercó al grupo, dándoles la bienvenida; el hombre alto ajustó su postura y los ojos de Juan Carlos percibieron lo mismo que sus oídos. No había duda alguna, avanzando hacia la puerta estaba la única mujer que había amado. Le chocó notar que la preciosa mata de cabello, por cuyos rizos adoraba pasar sus dedos, se había ido. Pero así fuera un nonagenario senil, reconocería a Lucía Durán en cualquier parte.

¿Qué estaba pasando? De pronto parecía que soñara de nuevo, o que estuviera participando en una película de ciencia ficción donde los planos de la realidad se traslapan. No podía poner pausa. Tampoco podía despertarse o salir de la sala y refugiarse en su oficina hasta saber si estaba listo para ese encuentro. Inexorablemente, Fabiola, haciendo alarde de cordialidad, guiaba al grupo hacia la puerta de la sala de juntas.

—Pase, por favor, señor Doudelet —decía en francés la guapa abogada—. Mi jefe, el licenciado Legarreta, ya los espera.

Ella se detuvo a un lado de la puerta, cediendo el paso a un hombre con tupida cabellera blanca, bigote perfectamente recortado y un aire soberbio e imperioso. Recurriendo a una vieja técnica que lo ayudaba a sentirse más tranquilo, Juan Carlos lo apodó el *Patriarca*. Detrás de él venía Lucy y al hombre alto y bien parecido que entró al final, lo llamó *Junior*. Casi podría apostar que los dos extranjeros estaban emparentados. Sus rasgos eran muy

distintos, pero su manera de moverse lo evidenciaba.

A pesar de los preciosos segundos que Juan Carlos tuvo para prepararse, al momento en que su mirada se cruzó con la de Lucía, se sintió como un tronco flotando en el mar que de pronto fuera levantado en la cresta de una poderosa ola. Un acantilado se erguía amenazador muy cerca de ahí, ¿en qué terminaría todo aquello?

Lucía, por su parte, abrió unos ojos enormes, sus labios se separaron algunos milímetros. Estaba de tal modo estupefacta que fue a estrellarse contra la espalda del Patriarca. Había visto la silla, estaba casi seguro, se había sonrojado violentamente y caminó sin fijarse. Juan Carlos intentó absorber ese golpe a su orgullo con entereza, mientras ella se disculpaba profusamente con el Patriarca alegando un tropiezo. Junior, solícito, la tomó por el codo y le preguntó si se encontraba bien.

«¿Qué hacer? ¿Qué demonios voy a hacer?»

Llegó el momento en el que los ojos de todos regresaron sobre él. Cada uno de los recién llegados tuvo una reacción distinta ante la silla. El rostro del Patriarca se endureció, Junior parecía desconcertado y Lucía... Lucía no pudo mantenerle la mirada.

El tronco había sido arrojado contra las rocas.

El encuentro, tan inesperado como desagradable, provocó que la perfumista empezara a creer que estaba siendo castigada por algún error del pasado. ¿Por qué, si no, encima de todo lo que le estaba pasando había terminado en la misma sala con el hombre del que había huido diez años atrás? Aún no tenía claro cuál había sido su falta, pero las consecuencias eran ciertamente terribles.

Sí, hubo un tiempo durante el cual deseó una y mil veces poder ver a Juan Carlos al menos una vez más. Tanto, que se fue del país, esperando dejar atrás los recuerdos, la añoranza, la nostalgia. Pero se hizo fuerte, cerró esa puerta, reconstruyó su vida... y en esos momentos la sola presencia del que fuera su

primer amor era un peso que sus hombros estaban lejos de poder soportar. Es más, su simple *olor*, que años atrás le aceleraba el corazón y la henchía de felicidad, ahora la tenía con el estómago hecho nudos.

¿Por qué encontrarlo en un momento en que la vida la había hecho vulnerable a punta de golpes y empujones? Tras la traición de Beatriz, quien vino a estropear su anhelado momento de gloria, el disgusto de Charles y sus comentarios hirientes, la vergüenza pública, la mal disimulada lástima de sus conocidos y la presión de tener que limpiar su nombre, lo último que necesitaba era estar encerrada en la misma habitación con un hombre al que despreciaba.

¡Cielo santo! Había llegado al despacho en una búsqueda desesperada de soluciones y ahora no veía el momento de salir de allí.

Por otro lado, no podía superar su desconcierto al contrastar a aquel joven que recordaba tan activo y magnético con el abogado en silla de ruedas. Su rostro seguía siendo llamativo y, ahora, con esa barba, podría incluso llamársele seductor y, sin embargo, la apretada línea de sus labios hablaba de sufrimiento. Se le notaba también más calculador, más frío.

«¿Qué te pasó, Juan Carlos?»

Un impulso irracional la hizo sentirse culpable. En su desesperación de entonces, también llegó a desear que la vida lo castigara, que le hiciera pagar todo el dolor que le había causado. Pero no de esta manera. Ella sabía de primera mano lo difícil que resulta la invalidez tanto al afectado como a su familia. Su madre nunca terminó de aceptar que su padre se viera tan disminuido tras un infarto cerebral; él logró sobrellevarlo, pero solía caer en periodos de depresión.

«Pero Juan Carlos es totalmente distinto a papá, no puedes sentir pena por él. ¡Es un traidor! No merece ningún tipo de consideración».

En ese momento la invadió la vergüenza de recordar que se había entregado en cuerpo y alma a alguien que no valía la pena.

—¿Estás bien? —preguntó él, escrutándola con aquellos ojos que siempre le recordaron a los de algún jeque árabe o a los de un príncipe de *Las mil y una noches*.

El comentario, pronunciado con toda amabilidad, solo logró irritarla. Esa voz le hacía daño, esos ojos la quemaban. No quería ningún contacto con él. Mucho

menos quería que Edmond se enterara de lo que hubo alguna vez entre ella y ese hombre... y para eso necesitaba disimular. Enderezó su espalda, levantó la barbilla y su voz sonó fría al responder:

—Sí, gracias, licenciado.

No lo hizo bien. Juan Carlos entrecerró los ojos. Edmond se volvió hacia ella. Afortunadamente, Charles no se dio cuenta de nada, sumergido como estaba en su indignación.

«Ayuda, por favor», imploró Lucía a cualquier fuerza bondadosa que estuviera cerca. No podía permitir que Juan Carlos volviera a arruinar su vida.

En ese momento, el abogado volvió su atención hacia el padre de Edmond y dijo con gran aplomo:

—Señor Doudelet, un placer. Soy Juan Carlos Legarreta.

Charles carraspeó y le dio la mano. Luego, la abogada que los recibió en la entrada le presentó a Edmond. Lucía tragó saliva, ahora era su turno de estrechar una mano que llegó a conocer tan bien como las propias. No quería hacerlo, pero ¿qué opción le quedaba?

Hablaron al mismo tiempo. Él comenzó con un «hola» y ella con «mucho gusto». Sus miradas se cruzaron. Hubo un mudo intercambio. Juan Carlos asintió casi imperceptiblemente. Le seguiría el juego. Por ahora. Casi al mismo tiempo, Lucía se llevó otra sorpresa: la palma del abogado no era suave como las de un oficinista, sino que tenía callos. ¿De qué, de la silla?

«¿Y a ti qué te importa? Suéltalo de una buena vez», se recriminó.

Lo dejó ir de inmediato, como si temiera ser contagiada de alguna enfermedad infecciosa y dio un paso hacia atrás. Las pobladas cejas de su antiguo amigo, amor y amante se unieron en el centro de su frente. Ahora fue su turno de carraspear.

—Siéntense, por favor —dijo él con aire profesional—, bienvenidos. Spongo que desean empezar con la reunión cuanto antes.

Charles asintió con gesto brusco. Edmond jaló una silla para que Lucía tomara asiento y luego hizo lo propio. La abogada que dijo llamarse Fabiola del Villar se colocó al lado de Juan Carlos. Les ofrecieron entonces algo de beber y, mientras la secretaria servía expresos y tés ingleses, Juan Carlos comentó:

—Bien, hablé con el doctor Elizondo esta mañana y él me puso al tanto del caso, pero me parece que debemos empezar escuchando su versión de los hechos. ¿Podría alguien explicarme lo sucedido?

Charles se removió en su asiento y empezó a hablar, pero Lucía solo escuchaba a medias. Su atención estaba centrada en el hombre que le había roto el corazón hacía poco más de diez años. Parecía haberse olvidado de su presencia. Atento a las palabras del nuevo cliente, asentía de vez en cuando y leía los recortes de periódico esparcidos frente a él. A pesar de tener la misma edad que Edmond, se veía mayor, las líneas alrededor de su boca eran profundas, la de su frente también, algunas canas habían aparecido entre su espeso cabello negro, pero se conservaba en forma y nada en su persona hablaba de debilidad.

«Si no me hubieses dejado, ¿estaríamos juntos ahora? ¿Te estaría cuidando?», se preguntó. «¿Qué hiciste para quedar así? ¿Condujiste borracho? ¿Te accidentaste practicando algún deporte extremo?»

Juan Carlos levantó la vista hacia ella, como si la hubiera escuchado. Ella parpadeó y, para disimular, alargó una mano temblorosa hacia su taza de té.

—¡Una vil delincuente! —concluyó Charles refiriéndose a Beatriz. Sus ojos azules lanzaban chispas—. Nos hizo perder mucho dinero al vender información de la compañía a la competencia. ¡Fórmulas incluso! ¡Y ahora sale con esto!

Juan Carlos pasó los recortes a la abogada Del Villar y dijo:

—Resumiendo: esta mujer vendió información y algunas de sus fórmulas a sus competidores y, por si eso fuera poco, arruinó la presentación de *Eclipse* enviando correos anónimos a la prensa, desacreditando tanto a la empresa como a la verdadera creadora de la fragancia, lo cual tiene parada la distribución del producto y provocó una situación tensa con algunos de sus socios comerciales. —Hizo una breve pausa—. Luego, cuando un representante de la compañía la contactó, Yurrieta aseguró no tener nada que ver con el anónimo, pero afirmó que un abogado le había aconsejado que los demandase por despido injustificado. ¿Estoy en lo correcto?

El bigote de Charles tembló como un par de alas que quisieran echarse a volar. El color de su tez fue subiendo de tono.

—Así es.

Juan Carlos alzó las ceja y comentó:

—Todo un caso esa mujer. Entonces, lo que ustedes requieren de nosotros es ayudarles a neutralizarla, por así decirlo, antes de que la situación se salga más de control.

—Necesitamos *aplstarla* —comentó Charles con fría cólera—, de tal modo que no pueda levantarse. Servirá de ejemplo a los demás empleados. Alguien tiene que hacerles saber que estas situaciones no serán toleradas en la Compañía.

Juan Carlos asintió al tiempo que con el pulgar acariciaba su barba.

—Permítanme un momento, por favor. Laura, pásame el Código Penal Federal, si eres tan amable.

En cuanto recibió el tomo, el abogado empezó a pasar las hojas con presteza. Estudió algunos párrafos, tomó notas en su libreta y pasó un papelito a su secretaria con algo garabateado encima. El silencio que se extendía aumentó el nerviosismo de la perfumista; su pie empezó a agitarse incesantemente, ajeno a su voluntad. Edmond se dio cuenta, pero no se atrevió a detenerla.

El abogado comentó algo en voz baja con Fabiola, recibió un texto en su celular, lo revisó y, finalmente, enderezó los hombros y los miró a la cara.

—A mi parecer, señores, señorita, podríamos seguir dos líneas de acción: la primera es preparar una denuncia por violación de secreto industrial en contra de esta persona, asumiendo que tienen las pruebas suficientes para apoyar su acusación. Con esto es posible que ella sienta la presión y prefiera no levantar la demanda por despido injustificado. Ese podría ser un buen momento para negociar. Ahora, si lo que ustedes desean es llevar el proceso hasta sus últimas consecuencias, una vez obtenida la victoria en el tema de espionaje industrial, podrían demandarla también por calumnia y por daños y perjuicios y/o la señorita Durán podría iniciar un proceso por daño moral.

—La segunda opción suena mejor, *definitely* —comentó Charles.

La situación se complicaba a cada segundo, recordándole a Lucía la escena de una película en la cual el protagonista estaba atrapado en un coche bajo el agua, el líquido subiendo rápidamente hasta su cuello. Se preguntaba cuándo tendría un momento para hablar con Edmond y detener esa locura. Juan Carlos Legarreta no podía ni debía defender sus intereses.

Tal vez su expresión la traicionó, puesto que el abogado fijó su mirada en ella y agregó:

—Básicamente, esta sería mi propuesta. Si necesitan un tiempo para considerarla, adelante. Aunque no les aconsejo esperar demasiado antes de tomar acciones.

Lucy se sintió esperanzada. Si su suegro rechazaba la estrategia, ella no tendría que lidiar con Juan Carlos; incluso si solo se tomaba unos días antes de decidir, ella tendría una oportunidad para convencer a Edmond de buscar otro bufete. Contuvo la respiración mientras Charles y su hijo sostenían una rápida discusión en francés...

—Quisiéramos proceder cuanto antes, abogado —aseguró Charles provocándole una gran decepción. Sintió el impulso de levantarse de un salto y dejar bien claro que no estaba de acuerdo, que necesitaban otra opción, que *Eclipse* era su perfume y que ella debía tener voz y voto en la forma de defenderlo. Pero sabía bien que su presencia en esa junta se debía a una atención de Edmond. Si fuera por Charles, ella estaría en la oficina, cumpliendo con su deber, parte del cual sería buscarse otro novio.

Cerró los ojos un instante, invocando calma, pero los abrió en el momento en que Edmond preguntó lo que ella traía en la cabeza desde el momento en que supo que tendrían que irse a pleito:

—¿Qué posibilidades tenemos de ganar?

La mesa de la sala de juntas tenía base de madera pero cubierta de cristal y Juan Carlos podía ver, aun desde su silla, las manos entrelazadas de Lucía y el frunchute ese. Sintió un fuerte ataque de náuseas. Tensó los hombros, apretó el puño que tenía en el bolsillo de la chaqueta. Necesitaba con urgencia recuperar el control.

Don Ricardo solía decir que Juan Carlos tenía la naturaleza de un toro: siempre dispuesto a embestir obstáculos, adversarios y problemas. Pero el tema

de Lucía requeriría de tacto y paciencia. Debía ignorar el impulso de sacar a todos los demás de la sala para hablar con ella sin máscaras ni poses. Debía concentrarse en el caso. Sí, ese debía ser su primer paso ante aquella situación tan inesperada como perturbadora.

Después de todo, Lucía estaba en problemas y él, gracias a su experiencia y al eficiente aparato del despacho, podía marcar la diferencia. Con un poco de suerte terminaría el proceso recuperando, aunque fuera, la amistad de la mujer que todavía lo visitaba en sueños.

Tomó un sorbo de agua. Sus nuevos clientes esperaban una respuesta y él iba a dársela.

—Pienso que sí, pero mi recomendación es que sean conservadores en su entusiasmo. Cuando se habla de casos como este no se trata tanto de quién dice la verdad, sino de lo que puede probarse. Necesitamos algo tangible que pueda ser presentado como prueba. Centrémonos primero en la acusación por violación del secreto industrial. Me gustaría saber cómo comprobaron la culpabilidad de la señora Yurrieta.

Edmond explicó entonces los detalles por los que se fueron dando cuenta de que había un filtro de la información interna de la empresa; las circunstancias que señalaban a Beatriz como una de las sospechosas; el sondeo que habían realizado con los empleados; la participación de Lucía...

De modo que un monitor de bebé, qué ingenioso. Habría querido felicitarla, pero por el momento la actitud de su exnovia no indicaba que fuera a apreciar el gesto. Le extrañaba que ella insistiera en fingir que no se conocían, pero no iba a ser él quien la echara de cabeza. Tenía que encontrar una oportunidad para hablar a solas con ella.

El franchute seguía hablando.

—Despedimos a Beatriz al día siguiente. No podíamos permitirle que causara más daño. Nuestro personal de TI ya había analizado los correos electrónicos que ella envió y recibió desde la cuenta de la empresa y encontró algunos mensajes sospechosos, pero demasiado vagos. Contratamos entonces a un investigador que nos informó que Yurrieta estaba viviendo con un vendedor de la competencia, también nos ayudó a revisar su historial de llamadas tanto del

celular como del número fijo y sus estados de cuenta. Esa mujer es culpable, no nos queda la menor duda. En sus cuentas bancarias aparecen depósitos fuertes que coinciden más o menos con las fechas en las que perdimos algún concurso o cliente.

Juan Carlos unió las yemas de sus dedos sobre la mesa. Estaba muy serio.

—Una pregunta, señor Doudelet: ¿cuando ustedes se hicieron con esta información contaban con la autorización de un juez?

Las mejillas de Edmond, ligeramente teñidas de rosa, fueron toda la respuesta que necesitaba. El abogado masajeó su frente.

—¿Sabe alguien que cuentan con esta información? ¿Confrontaron a Beatriz con ella? —Ambos franceses asintieron. Uno, desalentado; el otro a punto de empezar con justificaciones. Juan Carlos se apresuró a cortarlo—. Aunque entiendo la gran frustración que deben haber sentido, lo mejor en estos casos es reunir la información incriminatoria de manera legal *antes* de proceder a despedir al empleado. De otro modo, hay jueces que se enfocan más en la forma en que se realiza la investigación que en los resultados obtenidos y se inclinan hacia aquel —hizo el signo de comillas con los dedos— «cuyo derecho a la intimidad fue violado».

Charles resopló, pero él no le hizo caso.

—¿Quién sabe acerca del detective y su investigación?

—Solo mi padre y yo —aseguró Edmond—. Sabíamos que se trataba de un tema delicado.

—¿*Nadie* más, perdonen mi insistencia, pero este es un punto importante, tiene idea de lo que pasó?

Los dos hombres negaron enfáticamente.

—Entonces será su palabra contra la de ella. Se me ocurre que de todos modos busquemos obtener una orden judicial para acceder a esa información y ya veremos si el juez decide aceptarla como prueba o no. Otra pregunta: ¿manejan convenios de confidencialidad?

—¡Por supuesto! —exclamó Charles.

—Vamos a necesitar el que ella firmó. Ahora, otra cuestión trascendental es la autoría del perfume. Necesitamos probar más allá de toda duda que... usted,

señorita, fue quien lo creó. ¿Puede explicarme el proceso que hubo detrás? ¿Cómo se le ocurrió la idea? ¿Cómo la llevó a la práctica? ¿Qué problemas encontró a lo largo del camino?...

La sesión se iba extendiendo. Lucía pudo contestar todas sus interrogantes sin el menor asomo de duda, con lujo de detalles. Esto lo tranquilizaba. Una actitud segura los ayudaría a convencer al juez.

Cuando se los dijo, Edmond frunció el ceño.

—Entonces, ¿Lucy tendrá que acudir a las oficinas del Ministerio Público? Tengo entendido que esos lugares no son muy agradables.

Acentuó sus palabras poniendo una mano protectora sobre el hombro de ella y Juan Carlos, a pesar de que se había prometido no reaccionar a las muestras de afecto que pudiera haber entre esos dos, apretó las quijadas tan fuerte que alcanzó a percibir el rechinado de sus muelas. ¿Y qué con la ropa de revista de modas? *Su* Lucía solía ser fresca, espontánea, real, tan libre como las hadas y las gitanas de los cuentos. Nada de poses, ni de buscar impresionar. ¿Qué le había pasado? ¿Quién era esa mujer frente a él?

—Me temo que sí —respondió al francés, obligándose a concentrarse en él—, al menos en cuatro ocasiones: al levantar la demanda, durante la audiencia de pruebas, en la sesión de alegatos y para recibir la sentencia resolutoria, y es posible que algunas de las audiencias duren más de un día. Pero les aseguro que siempre estará acompañada por alguien de este despacho. Y hablando de pruebas... —Se volvió hacia la que fuera su pareja, tiempo atrás, en otra vida, cuando todavía era feliz—. ¿Existe algún documento o formato donde usted haya llevado un registro de los pasos que ya me comentó?

Ella retorció entre su índice y pulgar la fina cadenita de oro que colgaba de su cuello.

—Pues, sí, llevo un diario de mis procesos.

Los hombros de Juan Carlos se relajaron con alivio.

—¡Excelente! También vamos a necesitarlo.

El teléfono de Charles vibró en su bolsillo. Revisó la pantalla y su expresión se hizo sombría.

—Licenciado Legarreta, una disculpa, ¿usted cree que podemos tener un

breve receso? Uno de mis clientes más importantes me está buscando y es muy importante que tome la llamada.

—Adelante —respondió Juan Carlos.

El Patriarca se volvió entonces hacia su hijo.

—Seguramente quiere saber la fecha de entrega. ¿Ya recibimos la vainilla?

Edmond se llevó una mano al bolsillo de su chaqueta.

—Déjame, confirmo con almacén. Con permiso, licenciado.

Doudelet *junior* y Doudelet *senior* salieron al pasillo, el celular pegado a la oreja. Lucía se quedó muy quieta, su mirada clavada en la puerta. Parecía que quisiera escapar. ¿De qué? Juan Carlos no tenía la menor idea, pero lo iba a averiguar.

—Fabiola, ¿podrías checar con Mauro si tiene dudas en el caso de la naviera? Yo termino aquí.

A Laura, que lo conocía tan bien, solo tuvo que echarle una mirada cargada y esta salió de la sala. Su nueva clienta se puso de pie con el pretexto de pasar al baño.

—¿Cómo has estado, Lucy? —llamó él justo antes de que saliera.

Ella se detuvo en seco, pero tardó eternos segundos en volverse hacia él. Cuando lo hizo, su actitud era desafiante, y cada poro de su cuerpo irradiaba hostilidad.

—¿Es en serio, Juan Carlos?

Él tamborileó los dedos sobre la mesa, asegurándose que su expresión permaneciera impávida.

—Es decir, aparte de todo esto.

—Discúlpeme, *licenciado* —espetó ella, subrayando la distancia que quería poner entre ambos—, pero no creo que mi vida privada sea de su incumbencia.

—¡Listo, *chérie*! —anunció Edmond de regreso a la sala. Su mirada saltó de uno a la otra al notar que había algo extraño en el ambiente.

—Le preguntaba a la señorita Durán si no nos habíamos conocido antes —explicó Juan Carlos, picado. ¿Por qué lo trataba ella como si fuera una basura? ¿Acaso se debía a la silla? Solo de pensarlo, sintió que el ácido le corroía el

estómago—. Su cara me parece familiar.

Sosteniéndole la mirada, ella contestó:

—Pero yo le decía que está equivocado. Pasé varios años en el extranjero y desde que regresé a Ciudad de México he estado enfrascada en mi trabajo. Asisto a pocos eventos sociales, seguramente recordaría si en alguno de ellos me hubieran presentado a un abogado *tan* reconocido.

Su tono sarcástico lo provocó de nuevo.

«Perfecto, Lucía, sigue así y lograrás convencerme de que he estado enamorado de un fantasma todos estos años».

—*I see*, bueno, una confusión sin importancia —aseguró Junior avanzando hacia el interior de la sala de juntas.

Entonces la perfumista se llevó una mano a las sienes y Juan Carlos se vio sumergido en el pasado. Reconoció el rictus de dolor en esa boca suave, notó sus pupilas dilatadas y se llenó de aprensión. En más de una ocasión había estado a su lado en silencio, la luz amortiguada, poniendo lienzos húmedos sobre su frente.

—Me parece que su... que la señorita Durán no se siente bien. Tal vez podríamos dejar esta discusión para mañana, señor Doudelet.

Volviéndose, Junior contempló la palidez de su novia.

—¿Qué tienes, *chérie*? —inquirió con preocupación. Se acercó prontamente a ella y la asió por el codo.

Lucía quiso restarle importancia a lo que, Juan Carlos sospechaba, era un ataque de migraña. Junior no se la tragó.

—Yo creo que el licenciado Legarreta tiene razón. Mejor seguimos mañana.

Lucy se dio por vencida, de un momento a otro parecía haberse quedado sin fuerzas. Con los ojos cerrados, intentaba hacer inspiraciones profundas. Su novio murmuró algo para reconfortarla. Entonces, se dirigió a Juan Carlos:

—Seguimos en contacto, *míster* Legarreta. Le agradecemos mucho su tiempo.

Charles continuaba ladrando órdenes en el pasillo. Lanzó una mirada inquisitiva a su hijo, quien lo puso al tanto de la situación. El hombre giró los ojos al cielo, regresando a su estado de perpetuo ofuscamiento.

La inquietud de Juan Carlos creció. Lucy se veía muy mal. A los pocos pasos, sus rodillas se doblaron y Edmond la abrazó por la cintura, ayudándola a avanzar. El abogado se tragó una maldición. No fueron los celos los que la hicieron subir por su garganta, sino la impotencia. Acercó su silla a la puerta y pudo ver a Lucy al final del pasillo apoyando su cabeza sobre el hombro de su pareja y a él alzando el brazo para masajear sus sienes cuidadosamente. Charles Doudelet se cruzó en su línea de visión.

—*Míster Legarreta, algo más, before I go.* Quiero organizar una rueda de prensa para limpiar nuestro nombre y el de nuestra compañía cuanto antes.

Juan Carlos se obligó a arrancar la mirada de la que fuera su ángel para volverla hacia este hombre exasperante.

—Eso puede ser delicado, señor Doudelet. Déjeme, le explico por qué.

El timbre del elevador sonó en ese momento, los amantes entraron en sus fauces y este se los tragó, dejando al licenciado Legarreta con un amargo sabor en la boca.

CAPÍTULO 7

Hipersensible a la luz, al ruido y al movimiento, Lucy iba recostada sobre el regazo de Edmond en el asiento trasero del auto. El recorrido hacia su departamento le parecía una interminable tortura. El chófer conducía en silencio, la radio estaba apagada, incluso Edmond había puesto todos los celulares en vibrador, pero ella se sentía desfallecer.

Hacía años que no tenía un ataque de migraña tan intenso y en su caso sabía que el estrés era uno de los detonantes. ¿Por qué no había tomado medidas para prevenirlo? Porque la dinámica de los últimos días había sido caótica y ella estaba enfocada a hacerle frente.

—Ya vamos a llegar, *chérie* —murmuró Edmond consternado—. ¿Estás segura de que no quieres que nos paremos en una farmacia?

—No. Lo que necesito es llegar al departamento y recostarme. Ahí tengo mi medicina.

—Está bien, como tú digas... ¡*Goddamned* Beatriz Yurrieta! —masculló él por lo bajo—. ¡No tiene ni la más mínima decencia! Pero no te preocupes, el despacho del licenciado Legarreta nos fue altamente recomendado. Todo se va a arreglar, ya verás.

Lucy sentía como si su cerebro estuviera atrapado entre las placas de una prensa a manera de una tortura medieval y las palabras de Edmond solo lograron apretar el mecanismo. Las náuseas se redoblaron, lágrimas se agolparon en sus ojos. Algunos minutos después entraba a tropezones⁶ al baño para volver el estómago.

—¡*Mon Dieu*, Lucy! Voy a llamar al médico ahora mismo.

Ella no pudo responder. Es más, ni siquiera lo había escuchado. Su cuerpo estaba concentrado en estremecerse, palpitar y contraerse. Una vez que las arcadas terminaron, sintió la firme mano de Edmond ayudándola a incorporarse y llevándola frente al lavabo, donde la esperaba su cepillo de dientes y una toalla facial húmeda. Luego, él la desnudó con delicadeza, le puso su camisón, cerró

las persianas y la ayudó a recostarse en su cama, que la confortó con el frío abrazo de las sábanas. Entonces fue a la cocina por agua, regresó a su lado y tomando su mano entre las propias, murmuró:

—Lucy, ¿dónde está tu medicina? ¿Cómo se llama?

—En el botiquín, dentro del mueble del baño —susurró la enferma entre labios reseco—. Es un frasco blanco con etiqueta azul.

En unas cuantas zancadas, Edmond llegó al cuarto de baño y maldijo en voz alta, cosa rara en él, al darse cuenta de que las pastillas habían caducado. En ese momento mandó un texto al celular de su médico pidiéndole que se apresurara.

Advertido de lo que estaba sucediendo, el doctor García no tocó el timbre sino que avisó de su llegada por otro mensaje de texto y casi al instante fue recibido por el angustiado francés.

—Gracias por venir tan pronto —dijo Edmond mientras lo guiaba a la recámara de la paciente—. La veo muy mal.

El médico no preguntó como con otros pacientes: «En una escala del uno al diez ¿cómo calificarías tu dolor?» Edmond ya lo había puesto al tanto del ataque de vómito y el rostro descompuesto de la joven sobre la cama le dijo lo que tenía que saber. Debía actuar con rapidez.

—Hola, Lucy —pronunció en voz baja—. Soy Hugo García. Edmond me dice que te duele la cabeza, ¿podrías decirme cómo es el tipo de dolor que tienes? ¿Es sordo o palpita? ¿Está focalizado en un solo lugar? ¿Algún otro malestar?

A pesar de su incomodidad, la paciente reaccionó bien ante su tono cálido y comprensivo y le dio la información que necesitaba.

—Todo va a estar bien, Lucy —murmuró mientras colocaba su maletín sobre el buró de líneas nórdicas—. Pronto te vas a sentir mucho mejor, te voy a poner algo que te ayudará a relajarte y a dormir. ¿Eres alérgica a algún medicamento?

—No.

El doctor sacó una jeringa y extrajo líquido de un par de ampolletas, aplicó la

inyección y esperó unos momentos a que empezara a hacer efecto para terminar de auscultar a la paciente. Quería provocarle el mínimo de incomodidades. Posó su mano una última vez sobre la frente pegajosa de Lucía y luego salió con Edmond al pasillo para interrogarlo acerca de lo sucedido en horas anteriores: «¿Desde qué hora está así? ¿Ya le había pasado antes? ¿Con qué frecuencia le dan los dolores? ¿Hay alguien con antecedentes de migraña en su familia?»

Edmond no tenía todas las respuestas.

—Podría preguntarle a su madre —ofreció.

Llamó a la señora Consuelo, la puso al tanto de la situación y la comunicó con Hugo para que este tuviera una fotografía más clara del cuadro de su paciente.

—Gracias, señora —dijo él en cierto punto tras tomar algunas notas—, eso es lo que necesitaba saber.

Se hizo un momento de silencio en el cual Edmond alcanzó a escuchar el tono ansioso de su *suegra*. Hugo devolvió las ampollitas a su maletín y comentó:

—No es realmente necesario, la crisis ya está controlada. Tal vez al rato que despierte... —La señora lo interrumpió y él se encogió de hombros—. Si eso la hace sentirse más tranquila, está bien. Hasta luego.

Al momento de devolverle el teléfono, se acomodó los lentes y anunció:

—Está en camino. —Edmond hizo una mueca. No tenía ánimos de lidiar con Consuelo. Hugo le ofreció una pequeña sonrisa de solidaridad y continuó—: La inyección que le puse a Lucy la hará dormir unas horas, también la mezclé con un antiinflamatorio y un antiemético para controlarle las náuseas, pero por la severidad del ataque, no creo que deba quedarse sola e incluso recomendaría que no salga mañana. Necesita estar tranquila. No debe ingerir chocolate, ni café o alcohol. —Sacó su bloc de recetas y empezó a escribir el nombre de la medicina que iba a recetarle—. Tampoco cítricos. Por favor, no dejes de llamarme si al despertar sigue sintiéndose incómoda. Los síntomas deberían pasar pronto, pero hay algunos casos en que pueden durar hasta setenta y dos horas.

Edmond le dio las gracias, pagó sus honorarios y lo acompañó a la puerta. En cuanto la cerró, suspiró con alivio. Lucy iba a estar mejor. Dio unos pasos por el espacio vacío, sin saber a ciencia cierta qué debía hacer ahora. Pasó una mano

por su nuca. Consuelo estaba en camino, ¿debería partir de inmediato? Quizás sería mejor recibirla y comer con ella. *Non*, ni una cosa ni la otra. Ordenaría comida para que la señora no tuviera que dedicarse a otra cosa más que a cuidar a su hija y luego partiría. Echó un vistazo al reloj *vintage* que colgaba de la pared. Tres treinta, todavía estaba a tiempo de darse una vuelta por la oficina.

En el interior de un taxi, Doña Consuelo Gutiérrez de Durán se quejaba del tráfico y apremiaba al chófer a tomar una calle y luego otra provocando en aquel hombre una irritación creciente. Le urgía llegar a su destino. Había quedado en relevar a Edmond, quien pasó todo el día fuera de la oficina por culpa de las acusaciones que esa mujer había hecho en contra de Lucía y en contra de la empresa. ¡Qué injusticia tan grande! ¿Acaso nunca cesarían las tribulaciones de su hija?

A lo largo de su vida, Consuelo la había acompañado en todas: el brazo roto a los seis, su irracional aversión a los gatos, las niñas que la molestaban en sexto de primaria, la enfermedad de su padre, el inicio de sus migrañas, la pérdida de su padre, la estrechez económica que vino después...

—Ya llegamos, señora —anunció el taxista con voz rasposa—. ¿No piensa bajarse?

Consuelo se quejó del servicio y de sus formas, le pagó a regañadientes y entró al viejo edificio. Antes de salir del elevador, se estudió en el espejo, aprensiva. El novio de su hija era tan distinguido que siempre que estaba con él sentía que su arreglo era inadecuado.

—¿Cómo sigue? —Estrechó la larga mano del francés.

Él se hizo a un lado para que ella pasara.

—Mejor, pero el médico dice que no debe estar sola ni salir, por lo menos hasta mañana. —Ella asintió, haciendo temblar su papada—. Ya mandé pedir comida para ustedes. El dinero está en la barra de la cocina.

—No debiste. Yo podía preparar...

Edmond la cortó con un gesto y puso especial atención en hablar únicamente en español al responder:

—Fue un placer. Bueno, Consuelo, tengo que ir a trabajar. Te llamo al rato para ver cómo sigue.

Una vez que se fue, la madre de Lucía se sintió más a sus anchas. Su yerno era un partido excelente, pero no era fácil de tratar. Era una suerte que su hija hubiera aprendido allá en Francia cómo vestir y cómo llevarse con este tipo de personas. Gracias a ello sus horizontes se habían ampliado enormemente.

Entró a la recámara de Lucy sin hacer el menor ruido y avanzó en la penumbra hasta su cama. Pero cuando se inclinó para besar su frente, se dio cuenta de que su almohada estaba húmeda y que las lágrimas seguían rodando por sus mejillas.

—¡Mi vida, ¿qué tienes?!

Silencio. Consuelo empezó a entrar en pánico.

—¿Todavía tienes dolor? ¿Dónde está el teléfono del médico? Ahorita mismo le pido que regrese —aseguró mientras tanteaba los objetos en el buró.

De pronto, sintió que la helada mano de su hija se posaba sobre su brazo.

—No es eso, *ma*. Es que estoy cansada de que todo salga mal.

El corazón de Consuelo rebotó de ternura, tristeza, solidaridad y un fuerte instinto de protección.

—Todo va a mejorar. Ya verás —aseguró, acariciándole la frente.

Lucía volvió la mirada hacia la pared.

—No lo creo —murmuró con tristeza—. ¿Sabes quién es el abogado que se encargará del caso? Juan Carlos. Juan Carlos Legarreta.

Varias cosas sucedieron entonces. Primero no comprendió, o no quiso comprender. ¿De quién le estaba hablando? Tenía más de diez años de no haber escuchado ese nombre. Pero ella bien sabía que solo un Juan Carlos podía poner a su hija en ese estado. Entonces llegaron los recuerdos, le dio un sofoco y luego hizo un esfuerzo descomunal para no explotar en un torbellino de indignación y de insultos.

—¿No dices nada? —preguntó Lucía y le pareció escuchar una sonrisa triste

en su voz.

Consuelo se inclinó a darle otro beso.

—Tú concéntrate en ponerte bien, *mijita*. Y no te preocupes, que Dios no te va a dejar sola.

Una vez en el pasillo, Consuelo empezó a ir y venir, ir y venir en medio de plantas de hoja verde, orquídeas de distintas variedades, litografías de obras de Monet, Klimt y de otro pintor cuyo nombre nunca recordaba. Sí, ella había acompañado a su hija en sus momentos de mayor vulnerabilidad, pero fue el día que el tipo ese le destrozó el corazón cuando por primera vez temió no poder ayudarla.

A los diecinueve años, su querida hija acababa de ser abandonada por el que ella creía ser el amor de su vida.

«Nenita —decía la consternada mujer al bulto que se estremecía bajo las cobijas— no hay nada que no se pueda arreglar. Estoy segura de que si hablan las cosas...»

A pesar de sus bienintencionadas palabras, no logró sacarle a Lucía más que silencios, sollozos y alguno que otro hipo. Así que optó por cerrar la boca y pasar la siguiente hora y media acariciando a ese pedacito de carne que había sido el mejor de los regalos que la vida le había dado. Rodeada de peluches de todas las formas imaginables, de pósters de actores, cachorritos y de paisajes, de flores en maceta y de libros escolares, se lamentaba que su pequeña estuviera dejando atrás los años despreocupados de la niñez para enfrentarse a los sinsabores de la vida.

Pasaron largas horas de congoja y preocupación hasta que Lucía, exhausta, cayó dormida. Doña Chelo aprovechó el momento para salir sigilosamente del cuarto, pero solo para prepararse un té de tila y pescar su tejido. Al regresar, escasos minutos después, se acomodó en el desgastado sillón al lado de la cama de su niña, encendió la lamparita de pie y se puso a trabajar el grueso estambre con fervor, avanzando el chal que le habían encargado y encomendándole a toda la corte celestial que le devolviera a esa niña tan especial la felicidad que había perdido.

A Dios gracias, Lucía había salido adelante. Sí, en el aspecto profesional

había sido atinado que se fuera al extranjero para prepararse, pero por ese mismo motivo, ella le guardaba un profundo rencor a Juan Carlos. Ese muchacho le había robado a su única compañía. Por su culpa se había quedado sola.

Sonó el timbre. La comida que trajeron despedía un aroma exquisito; la llevó a la cocina. Nada de restaurantes de segunda para su yerno. Pero no satisfizo su antojo de probarla de inmediato. Tenía cosas más importantes que hacer. Con gesto decidido, tomó la guía telefónica y se puso a buscar los datos de otros despachos de abogados.

Cecily salió de la empresa a las seis en punto, ansiosa por ver cómo se encontraba su amiga. Edmond la había puesto al tanto de lo sucedido, sorprendiéndola con la noticia; desde que vivía con Lucy no le había conocido ningún episodio de migraña. *Poor thing!* Por fin había sucumbido a la presión. Ojalá se encontrara mejor.

«No dejes de avisarme cómo está» había pedido Edmond y Julien le dijo: «Dale un abrazo a mi amiguita y dile que la extraño. Si necesitan cualquier cosa, me hablan por fis».

En cuanto entró al departamento, escuchó la voz de Consuelo que decía:
—Entiendo, señorita. Muchas gracias.

Sentada en el comedor, la mamá de Lucy colgó el teléfono con expresión apesadumbrada. Frente a ella tenía un plato sucio, el directorio y una hoja de papel, sobre la cual hizo unas anotaciones.

—Hola, Consuelo —saludó la recién llegada.

Colgó su bolso de un perchero que estaba a un lado de la puerta y puso las llaves de su auto en una vasija colocada en la repisa más cercana justamente para ese fin.

Consuelo saltó en su silla. Evidentemente, no se había dado cuenta de que Cecily estaba allí.

—¡Ay, hija, qué bueno que llegas!

Extendió sus manos hacia ella con expresión compungida y Cecily se apresuró a tomarlas. Su alarma crecía con cada minuto.

—¿Qué pasa? ¡No me digas que Lucy se puso peor!

Consuelo apretó sus manos un momento antes de soltarlas.

—No, no es eso. Lucy ha estado durmiendo buena parte de la tarde y mientras yo aproveché para buscarle un abogado.

—¿Cómo, no estuvieron hoy con uno?

—Sí, pero con el equivocado —respondió ella resoplando por la nariz—. Estoy segura de que ese hombre provocó su dolor de cabeza. ¡No podemos permitir que trabaje para mi hija! He estado llamando a otros despachos, pero todavía no doy con uno que me convenza. Algunos no dan informes por teléfono, otros me dicen que lo que necesito es un experto en marcas y patentes y que ellos no se dedican a eso. Otros quieren cobrar un ojo de la cara y a otros los escuché demasiado ansiosos por tomar el caso, como si estuvieran urgidos, no sé si me entiendes...

La verdad, no. Para empezar no le quedaba claro cómo podía Consuelo saber que el abogado de los Doudelet no era el adecuado y tampoco cómo alguien podía provocarle dolor de cabeza a otra persona.

—A ver, si ahorita no podemos hacer nada por Lucy, ¿qué te parece si caliento agua para té y me cuentas todo desde el principio?

Consuelo titubeó, pero terminó por soltar el bolígrafo. Se puso de pie y le sonrió débilmente.

—Buena idea, mientras tú pones el agua yo le doy una vueltecita a mi hija. Cuando sepas lo que está pasando, espero que me ayudes a encontrar una solución.

Y así, disfrutando de un té de manzanilla con lavanda y de las tartaletas de moras que Edmond había mandado comprar, Consuelo habló largo y tendido. Le contó de los inicios de Lucy como perfumista, cuando era una chiquilla que juntaba flores, ramas y las cosas más increíbles para hacer mezclas en la cocina de su vieja casa. De cómo aprendió a hacer su primera agua de rosas, de su dedicación a la escuela y su decisión de estudiar química para seguir adelante con el tema que la fascinaba. De su temperamento alegre, pero tranquilo y de

cómo, cuando se enamoró perdidamente de un estudiante de leyes, Consuelo llegó a temer que hiciera una tontería.

—Y yo tenía razón —dijo, con la mirada perdida en el pasado—. Lo suyo no era una relación de chiquillos como la que yo veía que había entre sus amigas y sus noviecitos. No, él era un muchacho apasionado, trabajador, extrovertido y mi hija quedó deslumbrada. Por entonces ella todavía no superaba del todo la muerte de su papá, ¿sabes? Ya te habrá contado la historia de su enfermedad. Y toparse con alguien alegre, protector, cariñoso, tan pendiente de su mamá, tan entusiasmado con su carrera y con la vida en general... no sé, siento que vino a poner de cabeza el mundo ordenado al que mi hija estaba acostumbrada. Hablé con ella, le dije que tuviera cuidado, que se tomara las cosas con calma, pero a Lucía le entraba por un oído y le salía por el otro. Juraba que se casarían en cuanto él terminara su carrera.

A estas alturas, Cecily estaba deseando que Consuelo dejara de dar tantos rodeos y llegara por fin al problema actual de su hija. Pero la señora era una persona solitaria y le despertaba compasión. Tendría paciencia, aunque para ello tuviera que escuchar cosas que ya sabía: la serie de infartos cerebrales que, primero robaron al padre de Lucía de su capacidad de caminar y de hablar con claridad y terminaron por llevárselo de esta vida. También, gracias a la infame sesión de margaritas, tenía conocimiento de sus malas experiencias con los hombres.

—Yo la cuestioné, por supuesto —continuó Consuelo—. ¿Dónde iban a vivir? ¿Cómo iban a mantenerse? ¿Qué iba a pasar con su propia carrera? Pero ella tenía respuesta para todo. Se enojaba conmigo por mi desconfianza y me aseguró docenas de veces que todo estaría bien.

»Pero, como suele suceder, lo que mi hija creía era demasiado bueno para ser verdad. De un día para otro, ¡puff!, el noviecito desapareció, dejándola deshecha. —Apoyó su taza en la mesa con brusquedad—. ¡Literalmente! No te imaginas el trabajo que me costó sacarla adelante. Terminamos con un psiquiatra, así de deprimida estaba. Por eso la dejé ir a Francia, para ver si en un ambiente totalmente distinto podía reencontrarse a sí misma y construirse una vida nueva.

Cecily dio unas palmaditas en el brazo de Consuelo, quien, por lo visto,

todavía tenía mucho que decir.

—¿Y tú crees que el tipejo la llamó siquiera una vez para ver cómo estaba? ¡Por supuesto que no! Era el típico conquistador que dice lo que sea con tal de que una niña caiga. Fue una suerte habernos librado de él. —Asió sus manos con fuerza—. ¿Ves por qué no podemos permitir que un hombre así regrese a su vida?

Unos cuantos segundos pasaron mientras Cecily captaba la implicación envuelta en la pregunta de Consuelo, y, en cuanto lo hizo, sus ojos se abrieron como platos.

—¿Me estás diciendo que el abogado que la empresa contrató es aquel novio que tuvo Lucía?

De pronto, se escucharon unos pasos arrastrándose por el parquet. Ella se volvió para toparse con la mirada de Lucy, quien se había detenido a unos cuantos metros, pálida y envuelta en su bata favorita. Frágil pero con expresión decidida.

—Sí, Ceci, pero no hay de qué preocuparse. Hoy mismo hablo con Edmond. No voy a permitir que la responsabilidad de salvar mi perfume recaiga sobre él.

Mercedes, la madre de Juan Carlos, estaba entretenida en la cocina cuando este llegó por la tarde. Dicho lugar era uno de sus favoritos en el departamento, en parte por su alegre pintura amarilla, en parte por los mosaicos que adornaban la isla donde se encontraba la estufa y que ella encontraba tan tradicionales y, sobre todo, porque allí podía dar rienda suelta a su creatividad.

Mandil al cuello, cucharón en mano, tenía la mirada fija en las ollas al tiempo que tarareaba la misma balada que emergía de las bocinas del radio y se mezclaba con aromas de especias y caldos.

—¡Hijo, qué sorpresa! —exclamó con gusto cuando él detuvo su silla a unos cuantos metros de distancia.

Él sonrió débilmente.

—Hola, *ma*, ¿qué haces que huele tan bien?

—Chiles rellenos —canturreó—. Ya están casi listos, lávate las manos y te sirvo.

Juan Carlos hizo una mueca, ese platillo era uno de sus favoritos, pero a causa de la acidez estomacal que sentía consideró que sería una necedad comerlos.

—¿Qué pasa? —preguntó Mercedes, abandonando su puesto ante los fragantes borbotones para dirigirse a él.

—Nada, *ma*. Hoy tuve un día muy pesado en la oficina y las agruras me están dando lata. No te importa si no te acompaño a cenar, ¿verdad?

Mercedes extendió una mano y la pasó por sus cabellos como si fuera un niño pequeño.

—Por supuesto que no, ahorita descansa y ya veremos si al rato te da hambre. —Juan Carlos asintió y enfiló su silla hacia su cuarto—. Me avisas si necesitas algo, ¿eh?

Por toda respuesta escuchó el ruido de la puerta al cerrarse.

Una vez en el interior de su santuario, Juan Carlos se dio cuenta de que, esa noche en particular, le sería difícil encontrar paz. Los muros pintados de gris se le venían encima; el tapete tejido a mano le parecía chillón; el libro que lo esperaba en el buró, denso y aburrido. Se estaba ahogando. De un tirón abrió las puertas que daban a la terraza. La ciudad se extendía en el horizonte, millones de focos encendidos flotando en la oscuridad.

Finalmente se dio cuenta de que no iba a servir de mucho estar peleando contra los recuerdos, de modo que se tomó una pastilla para dormir y los dejó llegar...

El primero fue el del día que la conoció. Llevaba meses trabajando para abogados estrictos y quisquillosos y estudiaba con el empeño suficiente para mantener una beca que cubría el setenta por ciento del costo de su colegiatura. En consecuencia, las semanas solían ser muy demandantes y los viernes eran recibidos con alivio y entusiasmo. Las tardes y noches de los viernes debían ser dedicados a dormir, a estar con amigos, a salir de fiesta y a olvidarse, aunque fuera por unas horas, de todas las presiones que tenía.

Por ello le pareció terriblemente injusto que su madre lo hubiera

comprometido a asistir a la aburrida fiesta de cumpleaños de la prima Graciela.

—No es por mala onda⁷, *ma*, pero quería ir a la disco y ya si de plano no se puede, prefiero quedarme a dormir.

—Haz lo que quieras —dijo su madre, usando esa efectivísima arma de su arsenal—, pero te recuerdo que cuando tu papá nos dejó, fue tu tío me consiguió el trabajo y tu tía nos encontró dónde quedarnos...

¡Argh! Ahí estaba la prueba de que su madre era una maestra de la manipulación. ¡Bien, iría a la dichosa fiesta! Pero solo a hacer acto de presencia. A escondidas llamó a su amigo Ricardo.

—Dime en dónde van a estar —dijo en voz baja, encerrado en el baño—. Yo los alcanzo.

Su tía lo abrazó con entusiasmo y le pidió noticias de su madre. Su prima lo presumió a sus amigas, unas niñas de preparatoria que lo miraron con distintos grados de admiración que él no correspondió, y también a unos chicos que lo saludaron, unos con indiferencia, otros con reserva, como evaluando la competencia. A Dios gracias, en ese momento su tío Alberto se compadeció de él y le puso una botella de cerveza en la mano.

—Hace tiempo que no te veíamos, sobrino, ¿cómo van las cosas en la universidad?

Juan Carlos respondió con vaguedades y luego dirigió la conversación hacia la serie mundial, a sabiendas de que el tío era un fanático del béisbol y tendría tema para rato.

Pero entonces sucedió algo inesperado. La chica más linda que él había visto jamás salió del cuarto de baño. Era delgada, morena clara, llevaba puesta una minifalda negra y una chaqueta blanca con enormes hombreras; pero lo que más le llamó la atención a Juan Carlos fue la gloriosa melena ondulada que caía casi hasta su cintura y enmarcaba un rostro ovalado, de piel tan tersa que parecía irradiar luz propia. Sus ojos, grandes y misteriosos, estudiaban a los presentes sobre una nariz un tantito más larga para ser la de una muñeca, pero perfecta para el rostro de un ángel. En sus labios estaba pintada una tentadora sonrisa que transmitía un aire de inocencia, de promesas, de secretos y tesoros escondidos.

El pulso le saltó. ¿Tendría novio? ¿A quién estaba buscando?

Inconscientemente dio un paso hacia ella, hasta que recordó que estaba a la mitad de una conversación con su tío.

—Buen gusto, muchacho —dijo aquel, palmeándole la espalda con aire de complicidad—. Pídele a Graciela que te la presente. No me acuerdo cómo se llama, pero es una compañera de su escuela.

Juan Carlos no esperó la intermediación de su prima. Una vez que el ángel llegó a su círculo de amigas, se acercó a ellas y dijo con aire jovial:

—Buenas noches, me manda mi tía a ver si no les hace falta nada.

Cuando el ángel levantó sus ojos hacia él, se quedó sin aire. No eran marrones, como había creído, sino un tono verde como de musgo o de liquen, que bien podía encontrar en un hada de los bosques. En ese instante, sus planes con Ricardo quedaron olvidados. Extendió una mano hacia ella y le dedicó su mejor sonrisa.

—Hola, me llamo Juan Carlos. Creo que no nos han presentado.

La pastilla hizo su efecto, Juan Carlos sentía los ojos pesados. Se metió entre las sábanas blancas de la cama y a duermela revivió una experiencia que siempre le calentaba la sangre: estaba en una esquina poco iluminada de un estacionamiento subterráneo. Tenía a su chica tan cerca que sentía el calor de su piel y escuchaba su respiración entrecortada, sus jadeos. Su piel satinada temblaba bajo el contacto de sus dedos. Lava corría por sus venas; la pasión le cerraba la garganta, le sacudía todo el cuerpo. Deseaba a su ángel como nunca había deseado a nadie. Al cobijo de las sombras, se atrevió a hacer lo que había estado soñando: la acarició en el asiento trasero de su automóvil hasta hacerla volar.

Minutos después, cuando subieron a su departamento y se cercioraron de que estaban solos, la tomó con urgencia, el cerebro desconectado del cuerpo. Después permanecieron en su cama, besándose y acariciándose, incapaces de separarse.

—Tengo que irme —murmuró él, apesadumbrado—. Tu mamá no debe de tardar.

Ella lo abrazó con fuerzas, su cuerpo perfecto amoldándose contra el suyo.

—Quédate un poquito más —imploró contra su pecho.

Él pasó un brazo por detrás de su cintura para sentirla todavía más cerca; con la otra mano levantó su barbilla. Sus ojos mágicos lo miraban con una mezcla de adoración y deseo que le hizo agradecer al cielo la suerte de tenerla. Su boca lo atraía como un imán, ¡cuánto había extrañado esa boca! Lo único que deseaba era quedarse con ella, dormirse abrazándola, pero no podía ser. No todavía. Volvió a mirar esos labios invitantes; la besaría una vez más y partiría. Solo una vez más.

Pero su beso no dio en el blanco, ella había volteado la cara; miraba con horror una esquina del cuarto. Se sentó de golpe y fue echándose hacia atrás, como alejándose de una amenaza. Juan Carlos sintió un escalofrío y no quiso volverse; sabía que allí estaba la maldita silla, evidencia de su discapacidad. «No la mires, mírame a mí. Quiéreme a mí». Intentó besarla de nuevo, la angustia subió en sus adentros como espuma. Lo traspasó la terrible certeza de que iba a perderla. La apretó con todas sus fuerzas.

En medio de su cerebro retumbaron palabras parecidas a las que lo habían herido hacía tanto tiempo:

—No, Juan Carlos. No vuelvas a buscarme. Yo nunca podría volver con alguien como tú. ¡Querías irte, ¿no?! Pues disfruta tu nueva vida, tu nueva casa, tus nuevos amigos... para mí, es como si hubieras muerto.

6 A trompicones.

7 Con esta expresión quiere decir algo como: “No es por llevarte la contraria o hacerte rezongar”.

CAPÍTULO 8

La mañana encontró a Juan Carlos con la cama y el cabello revueltos. Durante el maratón de sueños y pesadillas varias almohadas habían terminado en el suelo. El reloj de su celular insistía en que ya era hora de comenzar el día, pero él se sentía pesado y adormilado. Apretó los ojos y pasó la mano enérgicamente por su cráneo, deseando aliviar el dolor de cabeza. ¿Cómo encarar lo que venía cuando estaba reducido a una piltrafa?

A pesar de que solía guardar sus sentimientos a piedra y lodo, esa mañana necesitaba hablar con alguien acerca de lo que le estaba pasando. Su madre estaba descartada, pues se angustiaba por todo. Ricardo, quien habría sido su primera elección, de momento disfrutaba de los abrazos de su esposa en una playa paradisíaca. ¡Demonios! Necesitaba arrancarse esa angustia del pecho. Dos noches continuas de pesadillas le hacían temer que el insomnio regresaría. A menos que... ¡Claro! Diana. Ella lo podría ayudar...

Tomó su celular del buró y marcó un número que se sabía de memoria, aunque no lo usaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Diga? —La voz de la psiquiatra que lo atendió durante su recuperación después del accidente se escuchaba adormilada. Él apretó los labios; le mortificaba molestarla, pero sabía que necesitaba ayuda.

—¡Dianita! Perdón si te desperté. Habla Juan Carlos Legarreta.

—¡Juan Carlos! —exclamó ella, un tanto más alerta—. ¿Cómo estás? ¿Todo bien?

«No, nada está bien. Si no, ¿por qué coño te estaría hablando?»

—No exactamente. Es por eso que te llamo. Me espera un día difícil, pero no sé si puedo enfrentarlo sin tus sabios consejos.

Al otro lado de la línea se escuchó movimiento, el murmullo de la tela. Seguramente, la doctora se había incorporado.

—¿Para qué soy buena? Te escucho.

Juan Carlos inspiró hondo. «Al toro por los cuernos...»

—¿Te acuerdas de la novia que tuve cuando estaba estudiando?

Ahora se escuchó un bostezo.

—Difícil olvidarla. Según recuerdo, a todas las otras mujeres en tu vida las comparaste con el molde de ella.

La boca del abogado se torció en una mueca.

—Sí, esa misma. El caso es que... ha vuelto. Es más, voy a tener que tratarla por cuestiones laborales al menos unos cuantos meses.

—Mmm, ¿y eso cómo te hace sentir?

¡Pregunta tan odiada! Se hizo un largo silencio en el que Juan Carlos intentó analizar todas las emociones que bullían en sus adentros.

—No lo sé, son muchas y contradictorias. Eso es parte del problema.

—Bueno, los sentimientos son así, no tienen mucho de lógicos. Pero hay que reconocerlos y aceptarlos para poder trabajar con ellos.

La doctora hizo una de esas pausas que, Juan Carlos sabía, eran para que intentara encontrar una respuesta. Abrió la boca y dijo lo primero que se le vino a la mente.

—Sorpresa, evidentemente; alegría, angustia, enojo, tristeza, celos, esperanza, irritación, decepción...

—¿Todavía la encuentras atractiva?

«¿Que si todavía...?» Se le escapó una risita amarga. La doctora, por lo visto, seguía siendo directa. Lo cual era bueno. Casi siempre.

—Ha cambiado. Y no sé si los cambios me gustan, pero Lucía Durán sigue siendo una de las mujeres más hermosas que he visto en mi vida.

—Veo. ¿Entonces estás considerando la posibilidad de retomar tu relación?

—¡Por supuesto que no!

—¿Te inquieta su reacción ante tus nuevas circunstancias?

—¡Pfff!, bueno, ella me conoció como era antes: completo, lleno de vida. Muy distinto al parapléjico que soy ahora.

—Ya sabes mi opinión al respecto. Tú eres una persona atractiva, interesante, con personalidad fuerte. Podrías tener una pareja en cuanto lo decidas.

Juan Carlos se sentó y empujó las almohadas con violencia. La cuestión de las

mujeres era una de las pocas que daba por perdida de antemano. No se trataba de alguno de sus casos legales en los que buscaba llevarse la ventaja. Para poder estar con alguien, él necesitaba ofrecer tanto como lo que su naturaleza le hacía demandar. No se conformaba con menos y, ya de entrada, no podía dar lo suficiente.

—Diana, no va por allí. No quiero que me animes a hacer el tonto. Ella ya tiene otra relación. Si acaso, en algún momento pensé que podríamos ser amigos, pero ahora no estoy tan seguro. Mi problema, por ahora, es tratarla sin que me irrite ni me inquiete. Y también controlar las pesadillas.

—¿Pesadillas? A ver, vamos por partes: tu irritación. ¿Qué crees que la está provocando?

—¿Aparte de que se comporta como una perra engreída?

Juan Carlos le contó entonces de la agresividad de Lucía, de su modo cortante, de su renuencia a aceptar que se conocían. Se hizo un largo silencio, durante el cual el abogado se dio cuenta de que se le estaba haciendo tarde. Empezó a trazar un plan de contingencia en su cabeza.

—Hmmm, me parece que todavía hay mucho enojo en ella también. A ver, recuérdame cómo se separaron.

Juan Carlos suspiró y le contó la versión condensada.

—Mamá enfermó de la vista. Tenían que operarla. En la fábrica donde ella trabajaba la hacían firmar contratos temporales y, por lo tanto, cuando iba a dejar de ser productiva, los muy hijos de puta se lavaron las manos y no la recontrataron. Yo trabajaba también, pero era estudiante. Vivíamos al día. Dio la casualidad de que el hermano de mi padre nos visitó por ese entonces, el tema salió a colación y él nos ofreció hacerse cargo de nosotros por un tiempo. Al principio no me gustó la idea, pero pronto me di cuenta de que era la mejor solución. Él tenía un lugar digno donde podíamos quedarnos y varios negocios que yo le ayudaría a administrar. También un conocido en la universidad de Nuevo León que podía apoyarme con los trámites de mi cambio de escuela y mi beca. Era una buena opción: aunque mi nuevo trabajo no estaba relacionado con la abogacía, mamá estaría bien cuidada, y yo podría continuar con mis estudios. En ese entonces llegué a sentir como si de alguna manera estuviéramos

cobrándole a mi padre todo lo que no nos había dado, aunque fuera de manera indirecta.

—Entiendo, ¿y Lucía objetó a ese cambio?

Los dedos de Juan Carlos se crisparon alrededor del celular.

—¡Se puso mal! Cuando le dije la primera vez se le doblaron las piernas y rompió en llanto; yo quise calmarla, le dije que todo iba a estar bien, que no éramos los primeros que tendrían que estar separados por un tiempo... Me rogó que no me fuera, dijo que tenía miedo de lo que pudiera pasar, me pidió que buscara otras opciones en la ciudad. Fueron días desgastantes en los que quise hacerle entender que yo estaba atado de manos. No quería alejarme de ella, pero mi prioridad era ver por mi mamá. Cuando se dio cuenta de que no iba a convencerme, cambió radicalmente... —Recordó su mirada trágica, su rostro de estatua, su voz ahogada, su desgano. Y luego, él hizo lo indecible. Tan solo de pensarlo su estómago se contrajo bruscamente—. Terminé con ella. Al principio pensé que era lo mejor. Ella estaba sufriendo mucho y la verdad es que a mí también me hacía más complicadas las cosas. Quise creer que los dos necesitábamos un nuevo comienzo; pero no había pasado ni un mes cuando me di cuenta de la enorme idiotez que había cometido. La extrañaba como desesperado y pensé que a ella le pasaba lo mismo. La busqué... pero ya no quiso saber de mí. Me dijo que que había muerto para ella, que deseaba no haberme conocido, que la dejara en paz. Desde entonces no habíamos vuelto a hablar.

Durante el nuevo silencio, Juan Carlos se incorporó y acercó su silla al borde de la cama. Con todo el drama se le había hecho demasiado tarde para conectarse en línea con sus alumnos de derecho corporativo. ¡Carajo! Ya se imaginaba los comentarios de algunos de ellos.

—Juan Carlos —empezó la doctora lentamente, como escogiendo sus palabras con cuidado—, por lo que me cuentas, me parece que ella tampoco ha logrado superar lo que hubo entre ustedes. Y con esto me refiero a sanar. Me queda claro que tienen muchas cosas sin resolver. Pienso que podrías enfocar esta situación como un reto... no, como una *oportunidad* para por fin cerrar círculos y poder seguir adelante, más liviano, más libre. Mi sugerencia es que

intentes dialogar con ella. Después de todo, ¡ya no son unos adolescentes!

—¡Eso díselo a ella! La única manera que se me ocurre para lograr que se sienta a platicar conmigo incluye la utilización de sogas para amarrarla a una silla.

—No tienes que apresurar las cosas. Dices que trabajarán algunos meses juntos, ¿no? Es bastante posible que se presente un momento adecuado. Recuerda, Juan Carlos: con empatía y asertividad se llega lejos. Piénsalo. Has cargado con este tema ya demasiado tiempo, ¿qué podrías perder?

—La dignidad. La cordura...

Diana, que no era muy tolerante cuando él se empeñaba en aferrarse a lo negativo, lo cortó.

—*Piénsalo*. Tú decides qué hacer. Ahora, con respecto a las pesadillas...

A las ocho en punto de la mañana, Lucía abrió la puerta de su departamento para encontrar la familiar figura de Edmond, quien traía un arreglo de orquídeas en las manos y una expresión cautelosa en el rostro. Cuando hablaron por teléfono, ella le había asegurado que ya se sentía bien, pero él temía que el episodio de migraña pudiera repetirse e insistió que se quedara en casa.

—¡Gracias, amor, son preciosas! —exclamó Lucy, ataviada en un atractivo camisón con encaje.

El atuendo no era casualidad. Lo había escogido como parte de un plan que estuvo ideando antes de que el medicamento que le mandó el doctor García la hiciera dormir como una piedra. Durante su larga permanencia en cama, había decidido que, ya que no podía atacar la situación de frente y hablar con claridad del problema, debía apelar al lado cariñoso y consentidor de Edmond para convencerlo de encontrar otro asesor legal.

Y para ello usaría todas las armas a su alcance.

La mirada de su novio la recorrió de pies a cabeza y ella notó el brillo de aprobación en sus ojos; también pudo sentirla en cuanto apoyó el regalo sobre la

mesa y la rodeó con los brazos y le dio un beso breve pero intenso.

—Te ves mucho mejor, *chérie*. No sabes cuánto me alegro.

—Me siento mejor. Muchas gracias por tu apoyo el día de ayer. —Edmond hizo un gesto restándole importancia—. ¿Ya desayunaste? —preguntó Lucy dando unos pasos hacia la cocina—. ¿Te puedo ofrecer algo? ¿Un té?

Edmond la tomó de la mano antes de que siguiera avanzando. La condujo de regreso al comedor y tiró de una silla para que se sentara.

—Yo lo preparo, tú necesitas descanso.

La plática continuó sin interrupciones gracias a que no había muro divisorio entre cocina y estancia. Lucy lo observó con cariño mientras seleccionaba el té de la alacena, llenaba la tetera con agua y la ponía a la lumbre. Mientras el agua se calentaba comentó:

—Me dijo tu madre ayer que la migraña se te dispara cuando tienes períodos de mucho *stress*, *mon amour*. Por eso quería decirte que no te preocupes de nada, tómate el tiempo que necesites para regresar al trabajo...

Lucy no pudo ocultar su expresión de horror.

—¡No! No, ¿cómo crees? Todo lo contrario, mi trabajo es mi terapia y pienso reincorporarme mañana mismo.

—Pero ¿estás segura? —preguntó él estudiándola de lejos—. Me diste un gran susto, Lucy, ayer estabas...

Lucía se levantó de su asiento y fue hacia él, le rodeó la cintura con los brazos y se paró de puntitas para besar su mejilla.

—Totalmente, amor. Me conozco. Mi error fue ignorar las señales de advertencia, pero eso no volverá a pasar, te lo aseguro. Tú mejor que nadie sabes lo mucho que amo lo que hago. Será mi mayor distracción. —Apretó los labios, era el momento de sacar el tema de Juan Carlos—. Por otro lado, hay algo que me preocupa y creo que puedes ayudarme a resolverlo.

—Lo que sea, Lucy —respondió él mientras dejaba correr sus largos dedos por el cabello oscuro de ella—, ¿qué necesitas?

Lucía apoyó su mejilla sobre el pecho de su novio para romper el contacto visual, no quería que algún gesto fuera a delatarla.

—Bueno... Verás, no sé cómo explicarlo porque no hay una razón lógica detrás de esta petición pero... —Guardó silencio.

—*Out with it*, Lucy. ¿Qué pasa?

Ella inspiró hondo y soltó de un jalón:

—No me da confianza el abogado Legarreta. ¿No podemos buscar otro?

Edmond se hizo hacia atrás para verle la cara.

—¿Por qué? ¿Pasó algo? Ayer noté cierta tensión entre ustedes, pero pensé que se debía a que estabas nerviosa por el problema de *Eclipse*.

Ella torció la boca.

—No, es más que eso. Tengo un mal presentimiento. Él... La verdad es que no me gusta cómo me mira.

Edmond frunció el ceño.

—¿Cómo te mira? —repitió con un parpadeo que indicaba confusión.

Ella empezó a desesperarse.

—Es... como si me desvistiera con la mirada —improvisó y cerró los ojos ante tamaña mentira.

Edmond se tensó bajo su abrazo.

—¿Te dijo algo impropio, *chérie*?

Ella sacudió la cabeza.

—N-no, no llegó a eso —balbuceó, sintiéndose una vil cucaracha.

La tetera empezó a silbar y Edmond se volvió para apagar la llama y servir dos tazas. Pero antes de meter un sobre de *chai* en la taza de Lucy, pareció recordar las recomendaciones del doctor y se decidió mejor por una mezcla herbal para ella. Lucy permaneció en silencio durante todo el proceso, preguntándose qué estaría pensando.

—Gracias —murmuró al recibir la infusión que Edmond le había preparado.

Él sirvió leche en la suya, agregó endulzante, le dio un beso en la frente y dijo finalmente:

—Lo que me cuentas no me agrada, por supuesto, Lucy, pero es un hecho que eres una mujer muy sensual y, si el licenciado Legarreta no hizo nada impropio además de mirarte, no me gustaría intervenir ni proponer ningún cambio. La

verdad es que a mí sí me dio buena impresión y su estrategia me parece adecuada. Además, ya sabes cómo es papá, prefiero escoger mis batallas con él. —Algo debió de haber visto en el rostro de ella, pues se apresuró a agregar—: Te prometo estar pendiente. Si noto algo *untoward*,⁸ le pondré un alto enseguida.

Ni bien terminó su té se apresuró a enjuagar su taza y estrechó a Lucy contra su pecho.

—Te llamo al rato, *ma belle*. Hugo quedó de darse una vuelta hoy como a las once para ver cómo sigues.

Lucía abrió la boca para protestar, pero prefirió no hacerlo. Tenía cosas más importantes por qué preocuparse. En cuanto Edmond salió, Lucy depositó su intacta taza de té en el fregadero.

—Esto te pasa por cobarde, Lucía —se recriminó a solas.

Detrás de su escritorio, el licenciado Legarreta acomodó el nudo de su corbata. Siempre le había gustado vestir bien, pero aquella mañana había puesto especial esmero en su arreglo. Escogió un traje de tres piezas con camisa blanca y una corbata anaranjada, regalo de Ricardo, a sabiendas de que combinaba bien tanto con la lana virgen como con su tono de piel y cabello. Llevaba sus gemelos de oro blanco de una reconocida joyería y un pañuelo asomaba apenas unos milímetros en el bolsillo superior de su chaqueta. Como toque final escogió unos zapatos importados que le habían salido carísimos, pero que para él representaban un homenaje al buen gusto.

Cuando conoció a Lucía, una década atrás, también era vanidoso, pero no tenía el dinero para vestir como quería. Ahora sí, y utilizaba un guardarropa de primera para que la gente fijara su atención en él en vez de en la silla de ruedas, la cual solía intimidar o incomodar a muchos. De camino a su oficina, se había observado con ojo crítico en las paredes cubiertas de espejo del elevador y rápidamente dio con otro defecto: unas ojeras espantosas. ¿Debería mandar al chófer del despacho a comprarle algún artículo para metrosexuales que pudiera

ayudarlo con el problema?

«No, al carajo. Tengo ciertos límites que no pienso cruzar».

Miró su reloj una vez más. Faltaban unos cuantos minutos para que sus *clientes* llegaran. Charles Doudelet había llamado temprano para avisar que debía regresar a Canadá por cuestiones laborales pero que podía encontrarlo en su teléfono celular en cualquier momento si necesitaba algo de él. Dejó muy claro que pensaba apoyarse en su hijo mayor durante el proceso y lo único que pedía es que le mantuvieran informado.

Juan Carlos se alegró de su decisión. Eliminar la irascibilidad de ese hombre ayudaría a tranquilizar a Lucía.

«¡Qué embrollo! ¿Por qué no te dedicaste a ser escritora, Lucy? Sería muchísimo más fácil defender tu creación».

Pensó pedirle un café a Laura, pero no estaba seguro de que su estómago pudiera soportarlo. Resopló, enfadado.

El timbre del teléfono fue una bienvenida distracción.

—El señor Edmond Doudelet en la línea, Juan Carlos.

—Gracias, Lau.

Sin embargo, en vez de tranquilizarlo, las siguientes palabras lo enfurecieron:

—Licenciado, acabo de ver a Lucía. Lamentablemente la migraña la tiene todavía en cama y no podrá asistir a la cita. ¿Sirve de algo que me presente yo solo? Podría estar por allá en unos veinte minutos.

Juan Carlos estrujó el papel que tenía sobre el escritorio sin detenerse a pensar que era el contrato en el que había estado trabajando.

«¡Me lleva la que me trajo!»

—Pues no es lo ideal, pero necesito verlo a usted de todos modos —se forzó a decir—. Me gustaría hablar del ambiente en las oficinas de *AIR* y de cómo vamos a manejar las acusaciones que hizo esa mujer acerca de la relación que hay entre ustedes. También tengo que explicarles cómo es el proceso que vamos a seguir y, evidentemente, es primordial que la señorita Durán también esté enterada.

—No se preocupe, yo podría comentarle cualquier cosa que...

—Perdóneme, señor Doudelet —cortó—, pero preferiría no triangular. Créame, en estos temas necesitamos mucha precisión y a veces no es tan fácil explicarlo a un tercero. ¿Cuándo cree que podríamos tener esa entrevista?

Pasaron un par de segundos en silencio hasta que la exhalación de Edmond se escuchó desde el otro lado de la línea.

—No lo sé. La famosa migraña nunca le había dado tan fuerte. Un doctor la va a visitar esta mañana, vamos a ver qué nos dice.

Cada detalle que el francocanadiense tenía con su... con *ella* le sabía a veneno destilado. Debía hacer de tripas corazón y aceptar que eran amantes. Lo que le daba pie para preguntarse si Lucía habría utilizado su relación para avanzar laboralmente. ¿Quería él saber todos los detalles o simplemente lo indispensable para trabajar en el caso?

Pasó una mano por su cabello. No podía seguir pensando en eso; lo distraía demasiado y le quitaba energías. Cuando Edmond llegara, iba a proceder exactamente como lo haría con cualquier cliente: ni una pregunta de más, ni una de menos.

El tipo llegó con ese aire de seguridad y sofisticación que es tan difícil de imitar y que a personas como él, que han pasado por la proverbial cuna de oro a lo largo de generaciones, se les da de manera natural. Estrechó su mano y a Juan Carlos le pareció que lo miraba con recelo. ¿Acaso Lucía le habría comentado algo de su relación previa?

«Probablemente no, pero no vayas a regarla. Ya veremos si algo sale a lo largo de la sesión».

Se apresuró a entrar en tema. Primero hablaron de Beatriz, desde que fue contratada hasta que fue despedida; de los compañeros de trabajo tanto de ella como de Lucía y la relación de ambas chicas con ellos; de las condiciones de trabajo en la planta y su organización; del nivel de rotación y los mil y un detalles que pudieran darle a Juan Carlos una idea de los puntos fuertes y débiles del caso. Por supuesto que era consciente de que la percepción del importado dueño iba a ser muy distinta de la de un obrero nacional y tendría que rascar más a fondo, pero necesitaba un punto de partida.

Inevitablemente llegó el momento de meterse en terreno escabroso. Tras una

breve justificación, procedió: ¿cuál era la naturaleza de su relación con Lucía? ¿Desde cuándo estaban juntos? ¿Cómo fue que se dieron las cosas? ¿Habían hecho público su noviazgo?

—No, licenciado; todo lo contrario. Hemos sido muy discretos, aunque me temo que no siempre se puede disfrazar la atracción que sentimos por el otro — comentó el canadiense con una mirada cargada.

Juan Carlos se vio tentado a preguntarle si creía que era cierto que el primer amor nunca se olvida, pero se obligó decir:

—Tendré que creerle; en lo personal nunca me he visto en una situación así. —Edmond tuvo la decencia de sonrojarse—. Y le voy a pedir de antemano que me disculpe por la falta de tacto, pero no encuentro otra forma de ponerlo: ¿han tenido algún tipo de contacto físico en la oficina?

—¿A qué viene la pregunta? —inquirió Doudelet con enojo.

Juan Carlos mantuvo una expresión impasible y alzó una mano pacificadora.

—Mire, señor Doudelet, según sus propias palabras, Beatriz Yurrieta, por medio de un reportero, los acusó públicamente de ser amantes y en la demanda que levantó ante la Procuraduría de la Defensa del Trabajo asegura, palabras más, palabras menos, que fue debido a esa relación que a ella le quitaron el mérito de haber participado en el desarrollo del perfume. Lo mejor sería que pudiéramos negarlo categóricamente, pero si ha habido cualquier detalle público de afecto entre ustedes, es mejor no hacerlo. No queremos que algún testigo nos venga a quitar credibilidad ante el juez.

Edmond respingó.

—¡Entonces ya nos demandó! No sé por qué me sorprende —murmuró tras unos momentos—. Esa mujer es una descarada.

—Sí, lo lamento. Uno de mis empleados lo confirmó esta mañana. Lo cual me lleva a replantear la estrategia: lo más urgente es prepararnos para rebatir su demanda. Es cuestión de días que un representante de esas oficinas lo visite en su empresa. Ya iremos viendo sobre el camino las demandas que haremos en contra de ella, si le parece. Ahora, regresando al tema: ¿han tenido demostraciones públicas de afecto o no?

Edmond lo pensó unos pocos segundos, a lo largo de los cuales el estómago

de Juan Carlos se retorció como un nido de víboras. Él jamás habría podido mantenerse alejado de Lucía. Le habría robado besos, habría inventado infinidad de excusas para visitarla en su oficina... «Y también habrías buscado la oportunidad para tomarla ahí mismo, en algún rincón solitario». Su cerebro empezó a torturarlo con imágenes de contacto físico entre Lucía y Doudelet.

El franchute dijo finalmente:

—En ese caso, mejor será buscar otra manera de manejar el tema.

Juan Carlos asintió sintiendo el ácido subiéndole por el esófago.

—Bien. Una última cuestión, si me lo permite.

Edmond miró su celular con impaciencia, como mostrando que tenía prisa, mas terminó por asentir con brusquedad.

—¿Podría alguien afirmar que Luc... la señorita Durán utilizó su relación como un peldaño para subir en su carrera?

—¡Por supuesto que no! —aseguró el extranjero echando el cuerpo hacia delante—. No tengo por qué mentirle, licenciado; si acaso, en ocasiones me muestro más estricto con ella que con otros. Pero Lucía es sumamente talentosa y brilla por mérito propio.

Juan Carlos pareció satisfecho, juntó los papeles que tenía enfrente y dio por concluida la reunión.

—Muchas gracias por su tiempo, señor Doudelet. Lo que usted me ha dicho ha sido de gran utilidad. Ahora tengo dos cosas que pedirle: la primera es el permitirnos acceso a las oficinas de *AIR*. Ya sea a mí o a alguien de mi equipo para empezar a entrevistar a empleados y poder escoger los que más nos convengan como testigos durante el juicio. La segunda es que le pida a la señorita Durán que se comunique conmigo cuanto antes. Necesitamos que el caso avance y ella es la pieza fundamental.

—Entiendo, *monsieur*. Cuente con ello.

No había pasado ni un minuto desde que el cliente salió cuando Juan Carlos encomendó a Laura que le consiguiera, con toda discreción, tanto el número fijo como el del celular de Lucía Durán.

Tras escuchar la instrucción ella arqueó una ceja. Juan Carlos respondió con un gesto idéntico y ella se encogió de hombros.

—Está bien, prefiero no saber.

8 Inapropiado, indecoroso.

CAPÍTULO 9

Un papelito, de esos que se usan para escribir notas y que tienen adhesivo por detrás, se empeñaba en romper la concentración del abogado. No era tanto su color fosforescente, sino el par de números anotados en él los que jalaban su atención y lo tentaban desde el lugar donde lo había colocado, frente al teléfono fijo.

Sin embargo, él hizo uso de toda su autodisciplina para mantener los dedos alejados del teclado y los ojos adheridos al Código Penal Federal. Varias veces se repitió a sí mismo que Lucía era una persona inteligente; que el reencuentro entre ellos la había tomado por sorpresa, pero que, seguramente, entraría en razón y lo buscaría en cuanto se sintiera mejor. Tamborileó los dedos con preocupación, preguntándose si su dolor de cabeza ya había pasado. ¿Sabía acaso Doudelet que las toallas sumergidas en agua fría la aliviaban un poco? ¿Se habría asegurado de que su cuarto permaneciera a oscuras? ¿Por qué su actitud desconfiada durante la entrevista? ¿Acaso era un hombre posesivo? Se preguntó también cuándo le daría el recado a su novia y si lograría hacerla entender que ella tendría que jugar un rol central a lo largo de todo el proceso.

Quería hablar con ella cuanto antes, saber cómo estaba, asegurarle que todo el desagradable asunto llegaría a buen puerto; pero sabía por experiencia propia que Lucía Durán no reaccionaba bien a la presión. Si seguía siendo la misma mujer que él conoció, no debía precipitarse y llamarla. No, era mejor dejarla dar el primer paso.

Y así, se encontraba en la penosa necesidad de ser paciente. Una virtud que él no poseía.

Un rato después, para mantener la mente ocupada, se puso a leer los casos de pleitos legales en torno a fragancias que la licenciada Antillón, la experta en el tema de patentes, le había hecho llegar y los contrastaba contra la legislación local. Luego llamó a Mauro a su oficina y lo sometió a un intenso discurso motivacional para el cual aplicó todos sus encantos. Pintó el caso de la naviera

que pensaba pasarle como fascinante y le sugirió al joven abogado algunas estrategias para quedar bien con los dueños de dicha empresa. Para cuando finalizó el apabullante *diálogo*, Mauro le agradeció enfáticamente, convencido de que el asunto moribundo era una excelente oportunidad para brillar.

Durante todo ese tiempo, Juan Carlos tuvo parte de su atención enfocada en los teléfonos, pero la llamada que esperaba nunca llegó. La hora de la comida vino y se fue y cuando se hartó de leer el material de Antillón, el abogado se irguió en su silla e invirtió su tiempo en llamar a dos de sus clientes, empresarios con los que tenía una buena relación a nivel personal, para plantearles la posibilidad de contratar a personas con capacidades diferentes en sus compañías.

Una vez que colgó, movió el ratón de su computadora, en cuya pantalla pudo comprobar que la jornada de trabajo había terminado. Molesto, se preguntó si ni Lucía ni Doudelet le daban al asunto del perfume la importancia que merecía. Refunfuñando, se despidió de Laura y de Fabiola, quien intentó convencerlo de saltarse el ejercicio e ir por una copa. Prometió acompañarla en otra ocasión. Luego trepó a su auto y navegó el tráfico en dirección al gimnasio.

Se sentía frustrado, especialmente porque Lucy estuvo danzando en su cabeza todo el santo día. Intentaba descifrarla. Sus palabras y actitudes evidenciaban la importancia que su creación tenía para ella. Entonces, ¿qué carajos creía que ganaba manteniéndose al margen del caso? Por otro lado, existía la remota posibilidad de que ella todavía no se encontrara bien, aunque nunca, en los tres años que estuvieron juntos, tuvo un dolor de migraña que le durara más de veinticuatro horas. No, lo más probable es que lo estuviera rehuendo. ¿Acaso no entendía lo delicada que era su situación? ¿Sería posible que estuviera dispuesta a arruinarlo todo por orgullo?

Detenido en un semáforo, buscó una moneda para un joven con rastas que hacía malabares sobre una enorme llanta.

—¿Qué te traes, Lucía? ¿Por qué una reacción tan exagerada?

El chico de las rastas pensó que le hablaba a él y lo miró con extrañeza, pero Juan Carlos hizo un gesto para indicarle que no le prestara atención. Condujo un tanto distraído. El profesional dentro de él temía haber perdido un día entero de trabajo preparándose para un caso que no iba a llegar a ningún lado. El hombre

común y corriente sintió una gran irritación al tomar conciencia de que sus sueños de juventud no habían muerto. ¿Cuántas veces fantaseó que siendo un abogado famoso la encontraba y la deslumbraba con sus triunfos? En cada uno de esos sueños Lucía finalmente entendía que la forzada separación entre ambos había valido la pena y le pedía que volvieran a estar juntos.

Lo cual era imposible. Estaba más que claro que la perfumista no quería ni siquiera estar en la misma habitación que él. Lograr que ella deseara recuperar lo que tuvieron era una necedad. ¿Cómo querría alguien tan hermosa (ahora había que agregar sofisticada y exitosa) estar con un lisiado? Además tenía una pareja que era, dolía aceptarlo, más que él en varios sentidos.

Sus puños se convulsionaron alrededor del volante.

«Déjate de mariconadas, Juan Carlos, y ponte a trabajar».

Utilizando el sistema inalámbrico del auto volvió a tomar la ofensiva. Marcó el número que Laura le había conseguido.

—¿Diga?

Esa voz... Hizo una mueca al reconocerla. Imposible olvidar la brusca dicción de su exsuegra. Inspiró hondo. No venía al caso hacerse el desentendido.

—Buenas noches, doña Consuelo. Habla Juan Carlos Legarreta, el abogado de su hija, ¿podría hablar con ella?

Se hizo un silencio helado, pero antes de poder hablar de nuevo, una catarata de palabras airadas le cayó encima.

—¿Cómo te atreves a molestarla aquí? ¿Qué no sabes que está enferma? Solo alguien como tú puede ser tan impropio y tan poco profesional, pero ya me estoy haciendo cargo de eso. Me he pasado el día contactando otros bufetes para que lleven el caso de mi hija y ya encontré quién la defienda. Así que no tendremos la mortificación de tener que tratar contigo. ¡Considérate despedido de una vez!

¡Coño! ¿Cuál era el problema de esas mujeres? Parecía que alguien les estaba dando choques eléctricos. A cada palabra de su exsuegra, la arruga que empezaba a marcarse entre las cejas de Juan Carlos se iba pronunciando. No le venía bien ser insultado y mucho menos amenazado, pero no era la primera vez que trataba con un cliente difícil. Su profesionalismo se impuso y respondió con ecuanimidad:

—A ver, doña Consuelo, pongamos algo en claro: hasta donde sé, el que paga mis honorarios es el señor Charles Doudelet, así que no puedo considerarme despedido si no es él en persona quien me lo informa.

—¡Habrás visto semejante descaró! Ella no quiere trabajar contigo, ¿eso no cuenta?

—Por supuesto que cuenta, pero preferiría que fuera ella misma quien me lo dijera.

—Pues no puede, ¿que no entiendes? Es la segunda vez que se me pone muy mala, y todo por tu culpa.

—Discúlpeme, pero no veo cómo yo podría afectar la salud de su hija.

Se hizo otro silencio, y Juan Carlos se preguntó si la mujer estaba tratando de recuperar algo de autocontrol o si estaría recargando su metralleta bucal. Antes de que esto sucediera, prefirió agregar:

—Doña Consuelo, entiendo que yo no le agrade a nivel personal...

—¡Por supuesto que no me agradas, cretino!

—... *pero* —la cortó con firmeza— creo que el bienestar de su hija debería estar por encima de cualquier otra consideración. Le aseguro que mi despacho es uno de los más calificados para llevar su caso. Tengo ya trazada una estrategia para seguir el proceso con el Ministerio Público; una de las abogadas más reconocidas en el área de patentes y derechos de autor estará trabajando con mi equipo; ya estamos listos para conseguir testimonios a favor de Lucía y, además, nuestros contactos en el Ministerio nos mantendrán al tanto del progreso del caso desde dentro. Si eso no fuera suficiente, cuento con la confianza de los señores Doudelet y de la firma de abogados canadiense que los contactó con nosotros porque les hemos llevado varios casos de gran envergadura y consideran que nuestros resultados han sido satisfactorios. ¿Podría usted decirme con sinceridad que sus abogados están a mi nivel?

Con un poco menos de fuego, la mula de mujer insistió.

—Ustedes no son los únicos *buenos* despachos. Los abogados con los que hablé también tienen muy buenas recomendaciones.

—¿Se puede saber quiénes son?

—Claro que no. No es de tu incumbencia.

Exasperado, Juan Carlos inspiró con fuerza.

—Está bien, solo le pido que piense en lo que es mejor para su hija y no deje que los prejuicios que tiene contra mí vayan a afectar su futuro.

—Alguna vez fuiste tú quien afectó su futuro. ¿Cómo podríamos confiar en ti? — preguntó la otra antes de colgar.

«¿Cómo, doña Consuelo?» Ese venía a ser el quid del asunto.

Esa noche en el gimnasio entrenó hasta reventar.

Veinticuatro horas más transcurrieron en silencio. Lo cual solo demostraba que Lucía había perdido su sensatez, que hacía con Edmond lo que quería y que estaba arriesgando su creación por un mero capricho. Su obstinación amenazaba seriamente no solo el éxito del caso, sino la oportunidad de cerrar esos círculos que Diana había mencionado y que Juan Carlos no tardó en considerar como un objetivo deseable.

Sin embargo, la experiencia le había enseñado al abogado que la vida es caprichosa, injusta, cruel incluso. De modo que su subconsciente empezaba a preparar defensas. «¿Quién la necesita?», se preguntó quizás una docena de veces. Después de todo, había pasado más de diez años sin ella, doce para ser exactos. Y nueve sin ninguna mujer a su lado que viniera a embrollar su existencia. Lo cual le venía muy bien. Un parapléjico necesitaba quitar de su camino todos los obstáculos posibles.

Por otra parte, su orgullo no lo dejaba tranquilo. Él no era el tipo de hombre que se rinde antes de dar batalla. Tanto su dignidad como su curiosidad habían sido picadas, así que, aprovechando que su madre había decidido pasar la tarde en casa de su hermana, imprimió unos documentos, trepó a su auto y, con la ayuda del navegador, se dirigió hacia casa de Lucía.

Una vez que llegó a la colonia Condesa empezó a evaluar sus opciones. No podía simplemente bajarse del auto y subir al departamento de ella. En primer lugar porque venía solo y no estaba seguro de poder maniobrar su silla hasta allá.

En segundo, porque era posible que Lucy estuviera en compañía de Doudelet o, peor aún, de Consuelo, con quien era imposible tener una discusión racional.

Pero ya se había tomado la molestia de desplazarse y no pensaba irse con las manos vacías. Ubicó el número 745 de la calle Amsterdam. Un edificio de seis pisos que se alzaba en una calle con camellón. El ambiente que se respiraba era bohemio y relajado. Por alguna extraña razón, le dio gusto que la mujer que lo exasperaba tanto como lo atraía hubiera elegido ese vecindario. ¿O habría sido influencia del insufrible franchute? No, no lo creía. Según lo que Doudelet había comentado durante la entrevista, él vivía en Las Lomas, una zona más tradicional y pretenciosa, en la cual encajaba perfectamente.

Levantó la vista hacia el tercer piso y la imaginó allá arriba. ¿Qué ropa prefería para relajarse en casa? ¿Seguiría sintiéndose mal?

«Tengo que verla», se dijo mientras esperaba detrás de un taxi que se había detenido en su carril.

Aprovechó el momento para recorrer la acera con la vista en busca de alguien que pudiera ayudarle a subir los papeles al departamento trescientos cuatro. Tal vez un niño de la calle, a cambio de una propina o algún buen samaritano.

Por fin volvió a arrancar. Avanzaba lentamente, así que encendió las luces intermitentes. Quizá su placa de discapacitado le ayudaría a evitar insultos. ¿Nervios? Pues sí, tenía que admitir que allí estaban, enredados alrededor de sus tripas. Además tenía razones para sentirlos. Estaba la amenaza de despido de su belicosa exsuegra, lo cual podría complicarlo todo. Aunque esa era una preocupación secundaria; le quedaba bien claro que el que iba a tomar todas las decisiones de peso en el caso de *Eclipse* no sería Lucía, ni siquiera Edmond, sino el patriarca de los Doudelet. No, no era eso. Su principal inquietud era que las cosas con ella quedaran así: inconclusas, empañadas, sin resolver.

Ahora que la había visto otra vez quería decirle muchas cosas que se habían quedado pendientes en ese tiempo y otras más que se le había ocurrido después. La larga espera había sido más que suficiente. Además, quería demostrarle su valía, como hombre y como abogado.

Y para ello necesitaba que lo dejaran trabajar. Las palabras de la señora Consuelo, aunque incómodas, lo habían dejado pensando y lo motivaron para

preparar pruebas, algo tangible con lo cual combatir su desconfianza. El resultado de sus esfuerzos descansaba en una carpeta a su lado, en medio de los asientos de su vehículo.

Se detuvo de nuevo. Esta vez tras un camión de refrescos cuyo conductor descargaba sus mercancías en un minisúper. Distraídamente, observó a una pareja que paseaba un enorme San Bernardo. Entonces la puerta del edificio 745 se abrió y el estómago se le fue a los pies. ¡Ahí estaba ella! La acompañaba una mujer joven, más o menos de su edad y complexión, aunque su piel era varios tonos más oscura. Lucía tenía piel apiñonada; la otra, del color de la canela. Ambas vestían cómoda ropa de yoga que resaltaba sus delicadas curvas y el estrecho marco de sus hombros. Venían platicando animadamente. Lucía usaba lentes oscuros, aunque ya casi no había luz de sol, lo que quería decir que todavía no estaba del todo recuperada.

Observó cómo las amigas avanzaban unos metros y luego la morena hurgaba en su morral para dar una moneda a una madre indígena con su chiquillo colgando del rebozo. Cruzaron la calle y se metieron a una tienda de productos *gourmet*. Juan Carlos esquivó al camión y acercó su automóvil a aquel local, con suerte podría abordarlas allí mismo pero no hubo tal: el cajón de estacionamiento para minusválidos estaba ocupado por una señora que hablaba por su celular. Ella bajó del auto y siguió hablando sin empacho, sus piernas funcionales llevándola sin problema al interior de la misma tienda en la que estaba su ex.

Se tragó una palabrota. A pesar de saber que no se gana nada haciendo entripados con la gente desconsiderada, a Juan Carlos le costaba trabajo evitarlos. En más de una ocasión, había dejado su auto estorbando y se bajaba en su silla de ruedas para esperar al imprudente y decirle lo que pensaba de él y de sus valores cívicos. Algunas personas se apenaban, otras muchas, no. Pero este no era el momento ni el lugar para dar lecciones, debía decidir qué hacer. Avanzó unos cuantos metros.

La salida de las chicas le hizo dejar a un lado sus resentimientos. De cerca, Lucy se notaba pálida. Se había puesto los lentes a modo de diadema, las patas perdidas entre sus rizos alborotados. A pesar de las oscuras lunas bajo sus ojos, Juan Carlos no pudo evitar ver lo hermosa que era. Femenina y sexy; frágil y

fuerte a la vez.

Siguiendo un impulso sacó su teléfono y apretó el número que había memorizado. Lucía miró la pantalla y frunció el ceño, evidentemente no sabía quién la llamaba.

—¿Diga?

—Lucy, ¿cómo estás? Espero que te sientas mejor.

Ella hizo una mueca de disgusto y presionó un botón. Le había colgado. ¡Chingao! ¿Y ahora?

Apretando las quijadas, Juan Carlos volvió a llamar.

—¡No me cuelgues, Lucía! Esto ya se está poniendo ridículo. Tenemos que hablar.

—¿Quién te dio mi teléfono? —reclamó ella, indignada—. Este es un número privado.

—Pues tu novio, ¿quién más? Está preocupado por ti. Ambos lo estamos: aunque tu excompañerita de trabajo sea una mentirosa, puede hacerte mucho daño. Yo solo quiero ayudar, Lucía. Tienes que creerme. Lo que pasó entre nosotros no tiene por qué ser un obstáculo para que recuperes tu perfume.

Ella se cruzó de brazos y apoyó la espalda contra un muro del establecimiento donde se anunciaba un descuento del dos por uno en vinos nacionales. Su amiga se había acercado, solícita, y con un movimiento de la cabeza preguntó qué estaba pasando. Lucía señaló su aparato; con la mano que tenía libre hizo como si estuviera retorciendo el pescuezo de una gallina. ¡Estupendo! No podía tener un cliente con peor actitud.

Lucía hizo presión sobre su frente con la palma de la mano. ¡Cómo odiaba la migraña! El endiablado dolor le robaba las fuerzas y no la dejaba pensar con claridad. La crisis le duró dos días (había vuelto, aunque con menor intensidad, después de la negativa de Edmond de cambiar de despacho) y todavía amenazaba con resurgir en cualquier momento.

Había pasado buena parte del día en cama, pues el medicamento que le recetaron era muy fuerte y le provocaba somnolencia. Al despertar, comió con su madre y luego llegó Julien y vieron todos una comedia romántica. Lucy preparaba unas palomitas para ellos cuando Edmond la llamó, prometiéndole pasar a verla en la noche.

Cuando su amigo se levantó para ir al baño, Consuelo ya no pudo reprimir su curiosidad; le preguntó a su hija en voz baja si había podido convencer a su novio de cambiar de despacho y terminó presumiéndole que al fin había puesto a «ese mequetrefe» en su lugar.

Julien volvió entonces y la perfumista ya no pudo disfrutar el resto de la película. No sabía qué pensar. Odiaba parecerse a su madre, o, para ser más específicos, odiaba reconocer en ella esa parte dura y rencorosa que Consuelo había mostrado innumerables veces a lo largo de su vida. Pero su reacción contra Juan Carlos había sido igual de fuerte que la de su progenitora, ¿no? ¿Se había mentido años atrás cuando se dijo a sí misma que lo había perdonado? Hizo una mueca ante la posibilidad. Sí, hacía mucho tiempo que dejó de desearle un golpe de karma, pero empezaba a darse cuenta de que era más fácil creer que había superado a Juan Carlos cuando este no era más que un recuerdo. No un hombre de carne y hueso que contaba con la facultad de cuestionarla, de examinarla, de inmiscuirse en su vida y cuyas decisiones podían impactar en su futuro.

Ojalá pudiera ser indiferente. Ojalá no tuviera que verse *forzada* a convivir con él.

Con esos pensamientos plagando su cabeza, la tarde amenazaba con tornarse oscura. Afortunadamente, Cecily llegó del gimnasio y con su plática ligera y su actitud ecuánime le ayudó a olvidarse de ellos. Les contó que se armó un escándalo cuando uno de los socios cubrió el auto de una chica casada con notas de amor; se quejó de que el cuarto de vapor estaría cerrado hasta nuevo aviso y habló maravillas de su nueva rutina de *crossfit*. Consuelo y Julien se despidieron entonces y poco después Lucy le pidió a su amiga que la acompañara a la *delicatessen*, que estaba al otro lado de la calle, a comprar algo sabroso para recibir a Edmond.

—Lucía, ¿no piensas hablarme? —reclamó Juan Carlos.

Ella apretó con tanta fuerza la mano que tenía libre que las uñas dejaron marcas en la piel de su palma. ¿Quién se creía él que era para exigirle nada? En lo que a pesadillas se refería, volver a verlo resultó ser una de las peores. Y ya estaba cansada de tener malos sueños protagonizados por Juan Carlos Legarreta. Sin embargo, no iba a portarse como una chiquita y esconderse tras las faldas de su madre o la protección de Edmond. Debía enfrentar su pasado por cuenta propia.

—Lamentablemente, por el momento no tengo otra opción. ¿Qué se te ofrece?

—¿Podrías venir a mi auto para recoger unos papeles?

—¿QUÉ?

Ella alzó violentamente la cabeza y empezó a buscarlo en los alrededores.

—¿Qué pasa? —preguntó Cecily, inquieta por su reacción.

Lucy cubrió el teléfono con una mano para evitar ser escuchada.

—Juan Carlos está por aquí —siseó al mismo tiempo que el abogado decía:

—Me estacioné fuera de la farmacia, hacia tu derecha. Es el Mercedes azul marino al lado de la camioneta.

«¡Demonios!», se dijo ella.

—Ey, no pongas esa cara; no soy ningún acosador. Si hubieras acudido a tu cita, tal y como estaba planeado, no me habría visto en la necesidad de buscarte.

Lucía no pensaba justificarse. Apretó el botón de cortar llamada con firmeza.

—Ahorita vengo —dijo a su amiga—. Voy a ver qué quiere ese idiota.

Echó los hombros hacia atrás y avanzó con energía hacia el lugar donde se encontraba el abogado; la bolsa con *hummus*, pan de pita, jocoque y aceitunas se sacudía a cada paso. Apenas consciente de que Cecily la había seguido, se detuvo junto al auto de Juan Carlos y dijo con voz cortante:

—No debiste haber venido. Ya te dijimos que no queremos tratos contigo, y la verdad es que no entiendo por qué insistes. —Hizo un gesto de exasperación con las manos—. Dime, Juan Carlos: ¿qué puedo hacer para que dejes de molestarme?

La sonrisa que había en los labios del prestigioso abogado se borró.

—A ver, Lucía, no se trata de violentar a nadie. Pero la verdad es que tu madre y tú están haciendo una tormenta en un vaso de agua. —Eché un vistazo a Cecily, quien había quedado unos pasos más atrás, y bajó el volumen—. Lo que alguna vez tuvimos terminó hace *años*. Es historia antigua. Y no entiendo por qué, si el destino nos hace reencontrarnos y resulta que necesitas mi ayuda, te cuesta tanto trabajo aceptarla.

—Yo no necesito nada tuyo. Es más, tampoco creo en el destino.

Juan Carlos se erizó.

—¡Por Dios, Lucía! No seas infantil.

—Y tú no seas pesado. Vete de una vez.

Los ojos de Juan Carlos centelleaban.

—¿A qué le tienes miedo? —retó sin importarle ya que los escucharan—. ¿Por qué fingiste que no me conocías? ¿Qué importa que Edmond se entere de lo que hubo entre nosotros si ya los dos tenemos nuestra vida hecha?

La temperatura alrededor del carro disminuyó varios grados. Lucía se había quedado sin palabras. Años de lágrimas y trabajo duro le había costado olvidar aquella relación. No iba a permitir que resurgiera ahora.

Se tragó la recriminación que subía por su garganta.

—No tengo miedo de nada —espetó—. Simplemente que el haberme enredado contigo no es algo que me enorgullezca, y no me gustaría que mi pareja se enterara de que en mi adolescencia tuve tan poco sentido común.

—¡Exacto! —contraatacó Juan Carlos—. La relación que tuvimos fue una tontería de juventud y tampoco tengo el menor interés en revivirla. Pero soy un profesional y, aunque suene petulante, soy muy bueno en lo que hago. Tu caso llegó a mi despacho. Yo gano casos. *Esto* —con la mano dibujó una línea entre ambos— es un negocio. Si vine hasta aquí fue para hablarte de lo que puedes esperar de un proceso como el que estás por enfrentar. Nada más. Por eso es que tu reacción se me hace tan ridícula y fuera de lugar.

Las manos de Lucía empezaron a temblar. Su amiga, presintiendo que la cosa iba mal, avanzó y se puso a su lado. Juan Carlos apretó los labios con disgusto.

—Me voy —aseguró; su mirada y su voz rebosaban enojo y acusación—. Aunque te reitero: no entiendo tus actitudes a estas alturas del partido. Lo que sí

te advierto es que no pienso hacer el ridículo. Si no quieres trabajar conmigo, estás en todo tu derecho. Habla con tu novio y aclárale las cosas. De otro modo, me veré forzado a hacerlo por ti. No voy a parecer un incompetente o un irresponsable, ni pienso perder un caso porque mi cliente se rehúsa a cooperar. Aquí te dejo mi currículum. —Extendió un *fólder* hacia ella y Lucía se vio obligada a tomarlo. No quería darle otra oportunidad para llamarla niña malcriada—. Incluye un listado de casos importantes en los que he participado. Te anexé una hoja con los datos de varios de mis clientes para que les pidas referencias, si quieres. También viene mi tarjeta y una hoja con sugerencias para la próxima semana. Llámame si decides seguir adelante y, si no es el caso, te sugiero que pienses bien cómo explicarle a tu suegro tu decisión. No voy a forzar las cosas, pero si decides trabajar conmigo, voy a necesitar tu completa cooperación, ¿te queda claro?

Y tras aquel exabrupto, con gesto sombrío, echó marcha atrás.

El auto azul marino se perdió al final de la calle. Ambas chicas lo miraron alejarse. Irritada, Lucía arrojó el pañuelo desechable que tenía en la mano al interior de un bote de basura cercano. Su molestia era casi palpable.

—*Wow* —dijo Cecily en tono conciliatorio—, de modo que ese es Juan Carlos Legarreta.

—*Oui*.

—Intenso.

—Siempre.

—¿Y qué vas a hacer ahora? Su ultimátum sonó bastante serio.

Lucy se cruzó de brazos.

—A mí me lo pareció también. Supongo que no se llega a ser un abogado exitoso siendo blando de corazón.

Cecily se acercó a su amiga y le apretó un hombro con cariño.

—¿Qué vas a hacer entonces? —repitió—. ¿Vas a decirles la verdad a los

Doudelet?

—¡No puedo! Mi primera reacción fue una pendejada. ¿Cómo le salgo ahora a Edmond con que no solo conozco a Juan Carlos, sino que además tuvimos una relación? ¿Y Charles? Tú sabes lo difícil que es. No quiero darle motivos para que siga envenenando a su hijo en mi contra.

Cecily clavó su mirada en la de Lucía.

—¡Pues entonces enfrenta a Juan Carlos, Lucy! Ya no eres la chiquilla que se derretía al verlo. Eres una mujer. Racional, profesional, más experimentada. La Lucía que yo conozco haría lo que fuera para defender su perfume; así tuviera que tratar con el mismísimo demonio. Además, no estarás sola. Tendrás el apoyo de Edmond, de Julien, de tu madre y el mío también, sin condiciones.

Lucy dejó caer brevemente su cabeza sobre el hombro de Ceci. De pronto se sintió cansada, harta de que los disgustos no dejaran de caerle encima.

—No sé si pueda, amiga —admitió—. Tengo miedo.

Cecily se alarmó. Odiaba el hecho de que Lucía, normalmente tan segura, asertiva y decidida estuviera dudando de sí misma.

—¿De qué?

—De explotar en el momento más inapropiado. De empeorar las cosas. Cuando estoy cerca de él es... como si me convirtiera en otra persona. Nada más de verlo, me altero y pierdo el foco. Así no puedo manejar los problemas. Sin ecuanimidad y sin objetividad suelo meter la pata.

Llegaron a la zona marcada para cruzar la calle y agradecieron a un conductor que las dejó pasar. Cruzaron el camellón y, en cuanto llegaron al otro lado, Ceci retomó la conversación.

—Es por él que usas tu armadura, ¿verdad?

Lucía frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Tu armadura —repitió Cecily mientras buscaba sus llaves en el interior de su bolso—. El día de las margaritas me contaste de un hombre que te había lastimado y que, por su culpa, empezaste a cargar una protección para todos lados.

—Ah, cierto —exhaló Lucía y luego, con una sonrisa avergonzada aceptó—. La verdad es que yo también excedí mi límite y no me acuerdo muy bien de todo lo que te dije, pero, sí, Juan Carlos fue el primer hombre del que me enamoré. — Su mirada se empañó de recuerdos y arrepentimientos—. Fue un amor... no sé cómo describirlo... irracional, inmenso, arrollador. Nunca en mi vida he vuelto a sentir algo así. Mientras estuve con él fui la mujer más feliz sobre la tierra. Pero cuando lo perdí —un escalofrío la recorrió— fue como haber perdido la mejor parte de mí misma. Terminé deshecha, amiga, debilitada, impotente. ¡Y eso es algo que no quiero volver a sentir jamás! Si he de serte sincera, lo que me preocupa es que él, que me conoce tan bien, pueda penetrar esa coraza que dijiste y lastimarme de nuevo.

—¡No podrá! —aseguró Ceci con convicción mientras el elevador subía—. Ya no tiene poder sobre ti. Ahora eres otra persona y, además, yo estaré allí para ayudarte. Me parece importante que te des la oportunidad de intentarlo. ¿No te gustaría descubrir que eres inmune a él?

El pecho de Lucía se hinchó con añoranza y su rostro reflejó lo mucho que le gustaría curarse de por vida de Juan Carlos Legarreta. Pero ya no pudo decir nada más, porque en ese momento llegó un mensaje a su teléfono.

—Es Edmond —anunció—. Está por llegar.

CAPÍTULO 10

Consciente de que el proceso legal sería largo y tortuoso, Lucía hizo un intento más para librarse de Juan Carlos. Mientras menos irritaciones tuviera que enfrentar, mejor. En ese segundo intento habló de intuición femenina, recalcó que no había química entre ellos y que lo único que pedía era que ese abogado en particular no llevara *su* caso.

En un principio, Edmond se enfadó, incluso la llamó caprichosa, pero su insistencia logró convencerlo. Se ofreció a hablar con su padre.

Solo para regresar con malas noticias.

Lucy sabía que no debía hacerse ilusiones, pero, aun así, la tajante negativa de Charles le dejó un mal sabor de boca. En fin, no importaba ya. Ella era una mujer de palabra y se había comprometido a cooperar con el *licenciado* Legarreta en caso de que el intento de su novio no prosperara.

Afortunadamente, ya había tenido más tiempo para asimilar las cosas. Ahora los sentimientos ya no estaban tan a flor de piel. De algún modo, las horas ganadas le habían ayudado a regresar los pies al suelo. Podía dar el siguiente paso. Era como si su ser entero se hubiera vuelto de goma y lograra recibir los golpes sin romperse: simplemente los absorbía y tomaba impulso para mover las piernas hacia delante.

Después de todo, ella era una profesional, y como tal, lidiaría con Juan Carlos como si fuera cualquier hijo de vecino. La Lucía insegura y triste ya no existía. Ahora era una triunfadora que podía hacer concesiones con tal de obtener lo que quería. Pero lo haría con el menor fastidio posible. Y para eso tenía que hablar con su ex a solas.

Así que solicitó una cita con él y, cuando la obtuvo, se guardó la información hasta el último momento. Esperaba que Edmond no pudiera acompañarla por la premura del aviso. Pero claro, en esa ocasión, el trabajador compulsivo reacomodó su agenda en un intento de compensar la inflexibilidad de Charles.

¡Diablos! Una vez más debía ajustar su estrategia.

Se las arregló para llegar por su cuenta a las oficinas del bufete veinte minutos antes de la hora acordada. La recepcionista, una joven castaña que tenía el cabello recogido en un atractivo peinado, le dio la bienvenida y se ofreció a anunciarla, pidiéndole que tomara asiento en uno de los sillones de la sala.

Lucy no siguió sus indicaciones. Estaba nerviosa, no tenía tiempo para desperdiciar en protocolos ni formalismos. ¿Y si el idiota de Juan Carlos la hacía esperar y perdía la oportunidad de decirle lo que quería? Aspiró el tranquilizador aroma de las flores frescas que descansaban a unos cuantos pasos: nardos y...

—¿A quién anuncio, perdón? —inquirió la chica, ajustando la diadema que usaba para tomar llamadas.

—A Lucía Durán —respondió con sonrisa forzada—. Pero no te molestes, el doctor Legarreta ya me espera. Venía hablando con él por el celular.

La joven dudaba.

—¿Pero no era su cita a las once?

¡Por Dios, los minutos seguían corriendo! Debió haber optado por una llamada telefónica para poner los puntos sobre las íes. Lamentablemente, en un ataque de locura, pensó que sería mejor hacerlo en persona... y ahora Edmond podía llegar en cualquier momento. Debía pasar al despacho de Juan Carlos cuanto antes. Por nada del mundo entraría a una sala de juntas con su exnovio y su novio actual sin tener al menos cierto grado de tranquilidad de que ya no habría sorpresas ni comentarios fuera de tono.

—Sí, pero tengo que darle una información muy importante *antes* de la cita. Como entenderás, tengo un poquito de prisa.

—¿Qué pasa, Ross? —preguntó la abogada que había estado presente en la primera entrevista. Cargaba varias carpetas en la dirección de, si Lucy recordaba bien, el archivo.

Se llamaba Fabiola, estaba casi segura; aunque de momento su apellido la eludía. Llevaba el cabello suelto, igual que la última vez que la vio, y una blusa color palo de rosa que parecía una segunda piel. Como adornos había elegido un reloj de gran formato que hacía juego con sus discretos aretes de oro. Guapa, muy guapa decidió la perfumista. Y se preguntó si Juan Carlos no la habría contratado por sus evidentes atributos.

La recepcionista habló entonces:

—Nada, licenciada Fabi, la señorita Durán me decía que tiene que ver al doctor Legarreta antes de su junta de las once para decirle algo importante. Parece que él ya la está esperando.

Fabiola la miró con curiosidad. Levantó la vista, consultó el reloj que colgaba de la pared y tras unos cuantos segundos replicó:

—Está bien, Rossana, de hecho vengo de la oficina de Juan Carlos y acaba de desocuparse. —Se volvió hacia Lucía—. Si gusta seguirme, señorita Durán.

Lucía agradeció la atención y caminó detrás de ella por el pasillo que ya había cruzado una vez. Todos en ese lugar parecían enfrascados en el trabajo. Incluso los jóvenes becarios, los cuales usaban, sin excepción, audífonos discretos. Lucía se preguntó qué clase de música estarían escuchando y cómo cambiaría el ambiente del lugar si prescindieran de ellos. En un pizarrón de corcho, los chicos habían fijado las cosas más variadas: desde calendarios de exámenes hasta conciertos y la organización de su *carpool*. Sonrió ante sus caras frescas e inteligentes.

Y de pronto llegaron. Sin detenerse a tocar siquiera, la curvilínea licenciada abrió la puerta de uno de los despachos de par en par, lo cual hablaba de familiaridad. ¿Qué tan bien se llevaban esos dos?

Juan Carlos estaba detrás de su escritorio, en la dichosa silla. Aún era difícil verlo ahí y no sentir un torzón en el estómago. Tomaba agua de un vaso de cristal. Un botecito de tabletas descansaba sin tapa cerca de su mano.

A Lucy le pareció vislumbrar contrariedad tras la sorpresa inicial en la cara del abogado. Se sintió incómoda: habían irrumpido en un momento íntimo. ¿Cuántos medicamentos necesitaba tomar a causa de su estado? La abogada quedó rígida cerca del marco de la puerta.

—Disculpa —dijo Fabiola en tono contrito y se paró justo enfrente de la recién llegada como para bloquear su vista—. La señorita Durán quiere verte, parece que es un asunto urgente.

La ira estuvo a punto de derramarse por cada poro de Juan Carlos al saberse visto por Lucía en un ángulo vulnerable. ¿Y ahora qué podía esperar de ella? ¿Que fuera a contarle al novio que su abogado era un adicto? O quizás que era un inválido en toda la extensión de la palabra y que no convenía tenerlo a cargo. ¿Y por qué la urgencia de verlo? Se irguió en su lugar; si venía pedirle una vez más que se apartara del caso, estaba perdiendo su tiempo.

«Lástima, chaparra⁹, ya tomé una decisión. Si quieres deshacerte de mí, ya sabes lo que hay que hacer».

La estudió por un momento: su ropa cara, su aire altivo. ¿Quién era esa extraña? Aún no lo sabía, pero pensaba averiguarlo. Y si de altivez se trataba, los dos podían jugar ese juego. Tapó el bote de plástico con un rápido gesto y lo deslizó en el bolsillo de su chaqueta. No había nada de qué avergonzarse, le decía su parte racional.

Pero su parte emocional no terminaba de apaciguarse.

—Señorita Durán, qué gusto verla —dijo en un tono que no concordaba con sus palabras—. Me dijo mi secretaria que la junta era a las once, ¿me equivoco?

Lucía asintió con aparente incomodidad. Su espalda permanecía tan recta como una regla.

—¿Y estará presente el señor Doudelet?

Lucía carraspeó, su respuesta fue monosilábica:

—Sí.

—Veo. Fabiola, ¿podrías pedirle a Laura que prepare la sala de juntas? —titubeó y volvió a dirigirse a Lucía—: Disculpe, pero hay algo que quisiera aclarar antes de la misma: ¿la reunión es para seguir con el caso o para dar mi servicios por concluidos? Porque si es esto último, preferiría que lo hiciéramos aquí en mi oficina.

Fabiola lo miró con sorpresa. Todavía no le había comentado la postura de su *cliente*, quien, por cierto, alzó la barbilla y dijo:

—Bueno, de hecho, de eso quería hablarle, licenciado. El caso continúa en sus manos, pero hay algunos puntos que quisiera aclarar cuanto antes.

¡Ah! Entonces la visita a su casa había rendido sus frutos. La estudió con

atención. Antes le parecía un libro abierto. Ahora lo único que podía leer era su tensión.

—Por supuesto. Fabi, ¿podrías preparar una presentación sencilla acerca del proceso de los casos en el Ministerio Público? Algo esquemático para que los clientes tengan una idea clara de lo que hay que esperar.

Fabiola asintió.

—¿Cuántas láminas quieres, Juan Carlos?

—Mmm, déjame que piense. Una que explique el proceso de forma general y una por cada etapa. Nada muy elaborado, solo *bullets*. Ya me encargo yo de explicarles a detalle. No tienes que terminarla para las once en punto. Primero puedo comentarles lo que he estado tratando con la licenciada Antillón. ¿Tú crees que podrá estar lista como en veinte, veinticinco minutos?

—Sin problema.

Tras excusarse, Fabiola enfiló hacia su propia oficina con pasos rápidos y Juan Carlos tuvo la certeza de que se esforzaría para atenuar la indiscreción recientemente cometida. En cuanto su empleada cerró la puerta, él volcó toda su atención en la recién llegada.

—Por favor, señorita Durán, tome asiento. ¿En qué puedo ayudarla?

Su ex lanzó una mirada hacia atrás, como para cerciorarse de que no había nadie cerca. Él permaneció en silencio, aunque moría por saber de una buena vez lo que tenía en mente. Parecía muy determinada. ¿A qué? Quién sabe.

—Voy a cooperar —anunció. Él asintió con recelo; por alguna razón presentía que la victoria todavía no estaba asegurada—. Pero bajo protesta y con una condición. Como bien le señalaste a mamá, no cuento con el dinero suficiente para pagar un abogado de tu calaña. Tampoco pienso pelearme con mi novio ni con mi suegro por su decisión. —Inhaló hondo y extendió las manos en un gesto enfático—. ¡A veces los hombres son tan necios! Edmond y Charles insisten en creer que eres un hombre confiable.

Un remedo de sonrisa afloró en los labios del abogado. Abrió la boca para replicar, pero Lucía lo atajó.

—Sé por experiencia que no es así.

¿Otra vez con lo mismo? Por lo visto, tendrían que ventilar el pasado más

pronto que tarde. Intentó hablar nuevamente pero ella no le permitió interrumpirla.

—Y por proteger mi privacidad, no puedo sacarlos de su error.

—¿A dónde quieres llegar con esto? —inquirió él con impaciencia.

—Solo quería dejar clara mi postura. Y también decir que hice algunas llamadas. Parece ser que en realidad eres bueno en lo que haces.

—¡Vaya!

—Como te dije, pienso cooperar pero te pido que no me tutees y que nunca vuelvas a mencionar el pasado. —Su tono cambió de súbito—. Por favor, Juan, no vayas a arruinar lo que tengo. Si alguna vez me tuviste tan siquiera un poquito de aprecio...

La voz le tembló en ese momento. Algo breve, sutil. Pero él lo notó y eso fue suficiente para que su enojo se diluyera. No movió un solo músculo, pero su actitud ya era otra. En algún lugar dentro de él, seguía viviendo el niño que cuidaba animales lastimados, que defendía al compañerito del que otros se burlaban... Para colmo de males, la mujer frente a él era su mayor debilidad, su talón de Aquiles. Su rechazo tan marcado lo lastimaba, pero, a pesar de todo, tenía el fuerte impulso de protegerla.

Algunas justificaciones empezaron a surgir en su cabeza: de nada servía generar antagonismo con un cliente; Lucy lo había llamado Juan, como cuando estaban juntos y enamorados... y ahora usaba ese nombre para pedirle que mantuviera su distancia. ¿Por qué creía que él deseaba arruinar su relación con Doudelet?

«Ay, Lucía, ¿qué voy a hacer contigo?»

—Doctor, su cita de las once llegó. —Era Laura, cuya voz sonó demasiado alta en el interfono.

Ambos se sobresaltaron, sus miradas se cruzaron un momento. Apresuradamente, Lucía se puso de pie y tomó su bolso. Juan Carlos pudo notar cómo, en cuestión de segundos, ella se volvía a alejar emocionalmente del asunto: hombros hacia atrás, barbilla levantada, aire imperturbable, mirada distante. Fue como si reerigiera una barrera invisible alrededor de sí misma.

No importaba, esa breve visita había bastado para cimentar su decisión de

ganar el caso para ella. Por otra parte, no pensaba dejar su objetivo personal de lado. Los días anteriores le dejaban bien claro que debía reprimir sus impulsos de confrontar a Lucía en el futuro cercano, pero cada vez que ella bajara la guardia, él avanzaría un paso. Se merecía ese cierre.

Se obligó a usar un tono conciliatorio.

—No te preocupes, Lucy. Te doy mi palabra de que tu novio no se enterará por mí de nada que no quieras que sepa. Mi único interés es que puedas recuperar tu perfume y que sigas adelante con tu vida. Voy a la sala de juntas, si quieres tomar un poco de agua o pasar al tocador, mi secretaria puede decirte dónde queda.

Los ojos de Lucy adquirieron un brillo sospechoso. Asintió apenas.

Aunque le urgía llegar a su lugar de trabajo y empezar a avanzar con sus pendientes, Lucía pasó por el Departamento de Recursos Humanos a primera hora para mostrar la carta donde el doctor había escrito su diagnóstico y para preguntar si debía hacer alguna otra cosa para justificar su ausencia.

El encargado de seguir esos trámites, un locuaz muchacho de lentes que parecía bañarse en colonia cada mañana, se soltó a hablar, dando detalles de cómo uno de sus parientes llevaba años batallando contra el mismo mal. Lucía hizo gestos comprensivos y, como pudo, lo regresó al tema que le interesaba. En medio de un largo discurso acerca de lo complicados que son los trámites ante el Seguro Social, se enteró de lo que debía hacer y aprovechó la llegada de una llamada telefónica para poner los pies en polvorosa. No tenía tiempo para escuchar acerca de la complicada vida sentimental de su compañero. Quizá si se lo topaba en la cafetería... No, ni siquiera entonces. El chico se empeñaba en cometer tontería tras tontería y, además, las publicitaba.

Subió dos pisos y, al llegar a su oficina, suspiró aliviada. Respiró los familiares aromas de sus muestras, sus plantas e incluso de la papelería. Se puso tras su escritorio y sonrió mientras encendía la computadora. ¡Cómo había

extrañado todo aquello! Solo esperaba no tener interrupciones para poder ponerse al día tan pronto como fuera posible.

Su deseo, sin embargo, no fue escuchado. Julien se materializó a los pocos minutos, preguntándole cómo seguía y si creía que era prudente estar de regreso tan pronto. Lucía tenía ganas de sacarlo a empujones y cerrar la puerta con llave, pero también necesitaba que alguien la pusiera al día con todo lo que había sucedido en su ausencia, de modo que dijo en tono neutral:

—Ya te dije que estoy bien. Me siento perfectamente. Ahora necesito que, de manera muy concisa, me cuentes qué pasó en estos días y cómo estamos en el avance de los proyectos. Estoy segura de que hay montones de trabajo pendiente.

—¿Ya ves por qué me preocupo? —preguntó él cruzando los brazos—. Eres una *workaholic*, amiguis, y no te cuidas como deberías.

Lucía le lanzó una mirada impaciente.

—¡Está bien! —respondió él alzando las manos—. Te voy a contar, pero te advierto que no se vale que te enojas conmigo.

Mientras lo escuchaba, Lucy observó sus largas manos moviéndose sin parar, también su cara, siempre tan expresiva. Una sonrisa cariñosa afloró a sus labios y estuvo tentada a confiarle a su amigo al menos parte de lo que estaba ocurriendo con Juan Carlos, pero se contuvo. Al contrario de Cecily, Julien adoraba el chisme e insistiría en tener detalles; además, había que admitir que también era un bocafloja y lo último que ella necesitaba era que se generaran más murmuraciones alrededor de su perfume.

Sin embargo, su buen humor se evaporó cuando Julien le hizo saber que algunos de sus proyectos habían sido reasignados a otros perfumistas.

—¿Qué?

El evaluador alzó un dedo en advertencia.

—Ah, ah, prometiste que no te enojarías conmigo. No fue mi decisión, háblalo con tu bomboncito.

—Te aseguro que lo haré —gruñó ella.

—Bueno, te dejo. Necesitas espacio para calmarte. Cuando estés de buenas me avisas, ¿va?

Lucía lo vio salir con expresión sombría. ¿Acaso Edmond no confiaba en sus

capacidades? En fin, ya aclararía las cosas; por ahora, más le valía ponerse a trabajar en los proyectos que aún tenía.

Las siguientes horas las pasó pegada a su asiento haciendo llamadas, llenando formatos y oliendo muestras. Estaba por terminar un requerimiento de material cuando alguien tocó en el marco de su puerta. Era Edmond, guapísimo con sus pantalones oscuros, su camisa sin corbata y su cabello un poco largo que le daba un aire bohemio. Le sonreía con afecto. Ella le devolvió la sonrisa.

—Hola, amor. ¿Se te ofrece algo?

Él arqueó las cejas.

—*Oui*, es la hora de comer y me gustaría que me acompañaras.

Sobresaltada, Lucy revisó la hora en la pantalla de su computadora. ¡Cielo santo! La mañana había pasado volando.

—Dame un minuto para mandar este documento —pidió.

Terminó de redactar el último párrafo, lo envió, revisó su imagen en el espejito que llevaba en su bolso y, tras reaplicarse labial, finalmente lo siguió.

No habían dado ni diez pasos cuando le reclamó la reasignación de los proyectos.

—Entiéndeme, Lucy —suplicó Edmond—, no quiero que tengas demasiadas presiones. Esa migraña tuya realmente me asustó.

Se había vuelto hacia ella; con ojos ansiosos repasó sus rasgos, como queriendo cerciorarse de que el dolor de cabeza hubiera desaparecido por completo.

—Estoy bien, amor, lo prometo. Te agradezco la preocupación, pero, como te dije antes: el trabajo es mi terapia. *Necesito* tener la cabeza ocupada para no preocuparme todo el tiempo por *Eclipse*.

«Y por Juan Carlos Legarreta».

Recordó entonces el tono en el que había transcurrido su junta con el abogado el viernes anterior. Su neutra indiferencia al informarles lo que podían esperar en las siguientes semanas. Nada de apasionamientos. Nada de drama. Tal y como debía ser.

Durante esa junta se enteró de que en su primera visita a las oficinas de dicho

ministerio únicamente tendría que dejar asentada su información personal y mostrar documentos que la corroboraran, así como explicar las razones por las cuales estaba levantando su demanda. La primera confrontación directa con Beatriz vendría más adelante durante el «desahogo de pruebas».

—Por cierto, *chérie* —comentó Edmond mientras atravesaban el patio en dirección al comedor—, en próximos días vendrá gente del despacho de abogados a entrevistar al personal. Me decían que es importante encontrar buenos testigos. ¿Se te ocurre alguien en particular?

Lucía inspiró profundamente. No era mala idea, pero temía que fuera el mismísimo licenciado Legarreta quien realizara dichas entrevistas. Ahogó un gruñido; lo último que quería es que él viniera a colarse en su refugio.

—¿Lucy, quién crees que pudiera ser un buen testigo? —repitió su novio.

—Perdón, estaba pensando. ¿Testigos? Supongo que Julien, con él comenté el proyecto desde sus inicios; Cecily; Tere, la laboratorista...

Llegaron al comedor. Una sala amplia, equipada con modernas mesa-bancas que contrastaban los colores blanco y rojo. Se ubicaba en el tercer piso del edificio B. Los canadienses, Edmond incluido, no eran muy aficionados a lo que ahí se servía, pero no había muchas opciones en la zona industrial. Además, no es que la cocina fuera mala, sino que estaba adaptada al gusto nacional. Una plática con el cocinero en jefe, tras la cual empezó a incluir en el menú tarta de carne, sopa de chícharos, papas con requesón y una opción vegetariana al día, mejoró bastante la situación.

—¿Pasa algo, amor? —preguntó Lucía una vez que tomaron asiento. Conocía esa cara, era la que su novio ponía cuando estaba preocupado.

Edmond hizo una ligera mueca y dejó caer la mirada a su plato.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Vamos, dímelo de una vez.

Edmond trinchó un trozo de carne pero nunca lo llevó a sus labios. Se notaba la tensión en sus rasgos. El estómago de Lucía se contrajo con nervios.

—¿Edmond?

Él aclaró su garganta y, mirándola a los ojos, preguntó:

—¿Recuerdas el proyecto en Los Ángeles, *chérie*?

Lucía asintió. La compañía quería consolidar su presencia en el mercado norteamericano y para ello estaban por abrir unas oficinas en la ciudad de Los Ángeles, que tendría sus propios vendedores, su propio departamento de mercadotecnia y una bodega.

—*Well* —dijo Edmond—, ya están rentadas las oficinas y tenemos los currículums de los posibles candidatos. —Hizo una pausa—. Me temo que tendré que viajar hacia allá para conocerlos y seleccionar a los empleados.

Lucía sintió que la sangre abandonaba sus mejillas.

—¿Te irás? ¿Ahora? ¿Cuánto tiempo?

Edmond alcanzó su mano por encima de la mesa.

—Hasta después de la inauguración, *chérie*. Hay mucho que todavía está pendiente y no he podido desatorar desde aquí. La renta ya está corriendo y no queremos desperdiciar nuestro dinero. *You do understand, right?* —Ella asintió apenas, sin poder mantenerle la mirada—. Lucy, no lo tomes así. No te quedarás sola, he estado pensando: le pediré al gerente de recursos humanos que se quede al pendiente del asunto de *Eclipse*.

Ella pasó saliva con trabajo. Intentó hacerse fuerte. Era una profesional. ¡Podía con eso y con más! Unió las manos en su regazo para disimular su temblor, no quería hacer otro drama tan poco tiempo después de haber sucumbido a la migraña.

—Dime algo, *chérie*, por favor.

A Lucía le tomó un par de segundos aclarar su garganta.

—¿Cuándo te vas? —murmuró.

—El fin de semana, *mon amour*.

Apesadumbrada, contempló la comida en su plato, la cual iría a parar a la basura. Había perdido el apetito.

—Te voy a extrañar —comentó con una sonrisa débil.

Su novio la miró con ojos dulces.

—Y yo a ti. Pero ya verás, *I'll be back before you know it*.

Edmond se apresuró a cambiar el tema y a conversar en tono animado, pero Lucía lo escuchaba a medias. Le estaba costando toda su fuerza de voluntad el

poner buena cara.

—¿Nos vamos? —sugirió cuando notó que su hora de almuerzo había terminado.

—¿No vas a terminar? —inquirió Edmond tras echar un vistazo a su plato.

Ella arrugó la nariz.

—No tengo mucha hambre.

Lanzándole una mirada consternada, Edmond se puso de pie. Dejaron sus bandejas en el mostrador donde una mujer con cofia las recibió y las llevó a lavar. En cuanto llegaron a su piso, fue al baño y se echó agua fría en la cara.

«Soy de hule. Soy irrompible».

9 En México esta palabra implica corta estatura, no exceso de peso.

CAPÍTULO 11

Durante algunos días Fabiola se mantuvo entretenida con los dramas de la vida cotidiana que se daban dentro de *AIR*. Estuvo hablando con perfumistas, auxiliares, personal de recursos humanos, de ventas, de mercadotecnia y hasta con los que trabajaban en intendencia, en el comedor y en la bodega.

Ahora que tenía una clara radiografía de la empresa estaba compartiéndola en la oficina de Juan Carlos, durante una mañana otoñal en la que el cielo parecía cubierto con un descolorido algodón de azúcar. Estaba contenta. Sentía que había pasado una eternidad desde la última vez que tuvo un momento a solas con su jefe, quien, como siempre, vestía de manera impecable. Le agradaba la calidez del espacio, con su tapete bermejo, cuadros abstractos, tomos de leyes encuadernados en piel; disfrutaba el tener aquellos ojos profundos encima de ella, sus oídos atentos a cada una de sus palabras.

Esforzándose por sonar eficiente y sagaz, comentó:

—A mi parecer, la compañía es seria, sólida, comprometida con el medio ambiente y con la reglamentación oficial. Pagan en promedio lo que el mercado ofrece, adicionando algunos beneficios como períodos vacacionales un poquito más largos de lo normal, programas que apoyan la salud de sus empleados... tú sabes, ese tipo de cosas.

»La rotación de trabajadores, por tanto, es relativamente baja. Aunque en estos tiempos ya nadie le es leal a nadie. Por otra parte, me topé con varios empleados descontentos. Según ellos, existen grandes diferencias entre su situación y la de los expatriados, pero, hasta donde pude averiguar, no es nada que se salga de lo normal en situaciones equiparables en compañías con empleados extranjeros.

»En lo que respecta a Lucía Durán —comentó, sin darse cuenta de que su jefe se enderezaba en su silla— en general se la considera como una persona trabajadora, entusiasta y honesta, aunque su relación con el hijo del jefe ha levantado muchos rumores y envidias. A pesar de ello, nadie duda que tiene

talento y que podría perfectamente haber desarrollado la fragancia por sí sola.

Hizo una pausa y sorbió un trago de la taza de té verde que tenía un regusto ligeramente amargo.

—¿Intuyo que hay un «pero» por ahí? —preguntó Juan Carlos sin parpadear.

Fabiola asintió.

—Así es, varias de las perfumistas y de las laboratoristas las escucharon hablar del proyecto en más de una ocasión, y algunas de esas mujeres creen que la participación de Beatriz fue más que simple apoyo moral.

—¡Me lleva! ¿Sabes lo que yo creo? Que si esa mujer mostró tanto interés por el perfume era porque planeaba robarlo también. Voy a necesitar que me des los nombres de las personas que creen en Beatriz. También de aquellas que consideras más parciales hacia Lucy. Quiero hablar con todas. ¿Qué hay de Doudelet? ¿Qué te dicen de él?

Un vago sentimiento de inquietud se encendió en el pecho de la abogada. Inclino la cabeza con curiosidad.

—¿Lucy? —preguntó—. ¿Entonces la situación ha mejorado bastante desde la última vez que ella nos visitó?

Juan Carlos llevó su mano morena hacia el nudo de su corbata, gesto que solía delatar su incomodidad. Había perdido su aire afable. Ahora era todo negocios.

—Quise decir: la señorita Durán. Últimamente he hablado mucho con su pareja y él la llama así. Ahora, si no te importa, enfoquémonos en lo importante. ¿Tienes información de Edmond Doudelet?

Fabiola no se amilanó a pesar de la seria mirada que le lanzó desde debajo de sus cejas negras.

—¿Por qué quería despedirnos, Juan Carlos?

Él empezó a jugar con un bolígrafo que tenía a la mano.

—Te diría que no es de tu incumbencia, Fabiola, pero te conozco lo suficiente como para saber que vas a insistir en el tema hasta obtener una respuesta. —Aclaró su garganta—. Hubo una confusión. Una persona, cuyo nombre desconozco, le habló mal de nosotros, pero ya todo quedó aclarado. ¿Podemos continuar?

Ella echó su larga melena por encima de uno de sus hombros. Le estaba mintiendo, o por lo menos le ocultaba parte de la verdad.

—¡Tranquilo! —pidió en tono de broma. Luego suspiró y dijo—: Edmond Doudelet, al parecer, es un jefe estricto pero justo. Más querido, o tal vez la palabra sea: más *aceptado* que su padre, quien a muchos les parece antipático si no es que insoportable. No le faltan admiradoras, me refiero al hijo. Lo que no es de extrañarse con ese aire aristocrático que se carga, aunque no por eso dejan de considerarlo pedante. Por otra parte, su relación con Lucía Durán no es muy bien vista. —Por lo visto, Juan Carlos creía que esta situación complicaba el caso, pues se mostraba serio y ceñudo. Ella se apresuró a cerrar el tema—: Ya no hay mucho que contar. En el reporte escrito que te di están los nombres de todos los empleados a los que entrevisté, con una breve observación al lado de cada uno, incluyendo a quiénes considero los mejores y peores candidatos. Te toca a ti escoger a los que van a participar en el juicio. Por cierto, ya que no vas a estar el resto del día en la oficina, ¿necesitas que te apoye con algo?

Juan Carlos bajó la mirada hacia el documento. Su cabello oscuro reflejaba la luz de la habitación. Ondulado. A Fabiola le agradaba su propio cabello lacio, pero aquellas ondas invitaban a ser acariciadas y esa barba cerrada representaba un enigma: ¿suave o rasposa? Se tragó una mueca. Empezaba a obsesionarse. Tal vez el momento había llegado para ver si su coqueteo podría realmente rendir algún fruto o era mejor enterrarlo.

—No, Fabi. Yo creo que Laura tendrá todo cubierto. Si surge algo, estoy seguro de que te lo hará saber.

Fabiola disfrazó la decepción en sus ojos poniéndose de pie.

—Oye, no creas que se me olvida —comentó antes de salir—. ¿Cuándo vamos a tomarnos esa copa?

«Pronto», había dicho Juan Carlos a la invitación de su colaboradora, y a lo largo del trayecto hacia las oficinas de *AIR* se preguntaba por qué no había sido

más contundente. O bien para hacer un comentario acerca de la imposibilidad de una relación de cualquier tipo entre ellos o para aceptar la invitación.

«Ya lo analizarás en otro momento», se dijo, en vista de que las instalaciones de la planta de *AIR* se alzaban hacia su izquierda. Estas le causaron buena impresión: modernas, limpias, espaciosas, con agradables áreas verdes. Enfocó su vista en las múltiples ventanas preguntándose cuál era la oficina de Lucía.

Bajó del auto, se identificó a la entrada, subió por la rampa que el guardia le indicó y se puso a esperar en el área de recepción donde había un arreglo floral y una canastita con dulces.

Consultó su reloj. Estaban tardando mucho. No era su problema, él cobraba por hora.

Las puertas automáticas que lo separaban de las entrañas de la compañía emitieron un ligero zumbido al abrirse, dándole paso a un mensajero. Sobre ellas estaba instalada una cámara de circuito cerrado.

«Demasiado tarde, amigos, el daño está hecho».

Los segundos se arrastraban y la piedra en el estómago de Juan Carlos fue aumentando de peso. Sin embargo, cuando volvieron a abrirse, el abogado sufrió un breve desencanto. No fue la sexy perfumista de ojos verdes la que se acercaba a saludarlo, sino su prometido, cuya estatura y cuerpo delgado lo ayudaban a lucir a la perfección sus pantalones kaki y camisa azul. «Qué aire aristocrático ni qué nada. Este franchute es un engreído, nada más».

—¿Cómo hacemos esto? —preguntó el canadiense tras los saludos que dicta la civilidad—. Si gusta, puede ocupar ese cubículo a la izquierda, le iremos mandando a los candidatos. —Sonrojándose agregó—: Me temo que no toda la planta está acondicionada para una silla de ruedas.

Juan Carlos se moría por conocer el lugar donde Lucy pasaba gran parte de su tiempo, donde daba rienda suelta a sus habilidades, así que dijo con sarcasmo:

—Al menos hubo una rampa para llegar hasta aquí.

Edmond lo miró de reojo y luego le presentó a su secretaria: una mujer seria pero que parecía eficiente.

—Gabriela se quedará pendiente de lo que necesite. Mientras, yo estaré en mi oficina, pero no dude en llamarme si necesita algo. Queda en buenas manos

Mister Legarreta. Por favor avíseme cuando termine, hay algo que debo hablar con usted.

—Así lo haré, gracias.

—Pase, licenciado —indicó la chica, todavía sin sonreír—. ¿Puedo ofrecerle algo para tomar? El primer entrevistado estará aquí en cinco minutos.

Vicente era un hombre un poquito nervioso que le recordaba a un conejo y que pensaba que Lucía era una maravilla. Luego habló con Irma, una secretaria que tenía un mechón de pelo rosa, no era muy inteligente, pero apreciaba a su cliente; con Mariano, que se veía muy desenvuelto y también estaba totalmente a favor de Lucy. Puso una marca junto a su nombre, destacándolo como testigo viable. Una laboratorista de gruesos anteojos también recibió una marca, pero en este caso señalándola como potencialmente peligrosa. Lo mismo sucedió con la perfumista extranjera que a leguas se notaba tenía envidia de Lucía. *Buscarle trapos sucios*, anotó junto a su nombre, e hizo lo mismo con la secretaria. No estaba dispuesto a perder el caso y, si la situación lo demandaba, encontraría la forma de ponerles un bozal a las enemigas de su cliente.

En seguida habló con un grandullón que se llamaba Julien, que también sería buen testigo si se limitaba a contestar solo lo que se le preguntara; habría que entrenarlo bien. Posteriormente conoció a Leonardo, quien tenía un marcado aire pueblerino y no dejaba de lanzar miradas incómodas a sus piernas inmóviles. Fue un gusto deshacerse de él.

—Ahora vendrán algunas personas del área de Cuidado del Hogar —indicó Gabriela—. La primera es Cecily Giraud.

Justo en ese momento, la chica morena que vivía con Lucy se acercaba por el pasillo. También venía sola. La recibió como si fuera el dueño del pequeño cubículo.

—Buenos días, señorita Giraud, adelante, bienvenida. —La joven mujer inclinó la cabeza a modo de saludo y tomó asiento. Juan Carlos pretendió revisar sus notas—. Tengo entendido que usted y la señorita Durán comparten un departamento.

—Así es.

—¿Desde cuándo la conoce?

Cecily le respondió y Juan Carlos estuvo guiando la conversación los siguientes minutos, hasta que se sintió satisfecho.

—Creo que ya tengo lo que necesito, le agradezco mucho su tiempo. Seguramente la estaremos llamando para que nos haga favor de testificar avalando el carácter y el talento de Lucía. Ahora, si no es inconveniente, ¿podría llamarla y pedirle que me regale unos momentos? Necesito tratar con ella unos asuntos.

Cecily parpadeó, sorprendida.

—Pero Lucy no está aquí. Tenía una cita con un cliente.

Las manos de Juan Carlos se crisparon y tardó un par de segundos en retomar una expresión impasible.

—Veo —dijo simplemente, y empezó a guardar documentos en su portafolios.

—Lo siento, licenciado, pensé que usted sabía. Si hay algo más en lo que pueda ayudarlo...

Juan Carlos cerró la tapa de golpe.

—Pues sí, de hecho, sí. Tal vez podría decirle a su amiga que su comportamiento poco profesional está dejando mucho que desear.

El comentario ofendió a la chica.

—Lucía es una de las personas más profesionales que conozco, si no está aquí ahora es porque usted no mencionó que su presencia era indispensable.

—¡Ella es el centro del caso! Su presencia es indispensable en todo momento.

—Me cuesta trabajo creerlo. Y, por cierto, a ella también. Tomando en cuenta sus antecedentes, ¿no cree, licenciado, que debería limitar sus contactos a un mínimo?

Juan Carlos se quedó muy quieto.

—¿Mis antecedentes? —preguntó con voz de hielo.

La evaluadora no se amilanó.

—Me refiero a los de ambos. A su relación. Usted mismo lo mencionó el día que nos siguió a la farmacia. ¿Ya se le olvidó? Ese no fue un modo muy ortodoxo de proceder, ¿no le parece?

El abogado levantó la barbilla unos pocos milímetros.

—¿Qué otra opción tenía? El caso me tomó por sorpresa, al igual que a ella, pero en verdad quiero ayudar. ¿Cómo voy a lograrlo si me rehúye y su madre quiere ponerme al frente de un pelotón de fusilamiento?

—¿Puede culparlas? ¿Por qué no mandó los papeles con un mensajero?

Se hizo un silencio, seguido de un largo suspiro.

—No necesito darle explicaciones, señorita, pero lo haré. En la primera entrevista pude darme cuenta de que la señorita Durán estaba dudosa de aceptar los servicios de mi despacho, lo cual me parecía un error. Creo, con toda sinceridad, que para limpiar su nombre necesita la mejor asesoría e, independientemente de la relación que hubo entre nosotros, es más, con mayor razón, estoy dispuesto a brindársela. Por eso le llevé los papeles, necesitaba hablar a solas con ella y ventilar el tema. Ahora ya aceptó nuestros servicios y para asegurarnos la victoria necesitamos estar todos en el mismo renglón. Cada vez que pone piedritas en el camino, no me afecta a mí, se está lastimando a sí misma. ¿Comprende?

Cecily lo miró con ojos oscuros e insondables.

—¿Ya terminamos, licenciado? Estoy muy ocupada y necesito regresar a mi lugar.

Cuando la amiga de Lucía cruzó aquellas puertas, Juan Carlos soltó un gruñido. No era cierto que necesitara tratar algo con la creadora de *Eclipse*, no en ese preciso momento. Pero el gran idiota que a veces dominaba sus impulsos se había hecho la ilusión de que podría verla, al menos unos minutos. Y ahora, gracias a su falta de control, había contrariado a una importante testigo.

«Maravilloso, simplemente maravilloso».

Hacia el final de la jornada, el abogado tenía ya la lista de testigos que usaría a favor de Lucía. Le pediría a Fabiola que los fuera entrenando para el juicio. También tenía tres nombres de personas a las que debía investigar. Era tarde, estaba cansado y realmente le gustaría ocupar las siguientes horas en sacar sus frustraciones en el gimnasio, pero no era el tipo de persona que postergaba lo desagradable, de modo que dijo a Gabriela:

—Por favor, dile al señor Doudelet que estoy listo para nuestra charla.

De camino a los juzgados de lo laboral, Juan Carlos estaba de muy buen humor. Había recibido una excelente noticia que no pensaba compartir con Fabiola, pero que tampoco le permitía concentrarse en la narración de la refriega que ella había tenido en un restaurante y que él sospechaba se debió más a la impaciencia congénita de la abogada que a la ineficiencia del personal. Su abogada junior se dio cuenta a los pocos minutos y desinflándose como un viejo globo de helio, optó mejor por distraerse con su celular.

¿Revisaba redes sociales o temas de trabajo? Poco importaba. Juan Carlos se sintió aliviado de siquiera pretender que le ponía atención y con gusto rememoró su última conversación con Edmond:

—Estaré en Los Ángeles algunas semanas, *míster* Legarreta, pero el licenciado Salas se queda al tanto del problema con Yurrieta. Él conoce perfectamente la empresa. Ha trabajado en *AIR* México desde que abrimos y en el área de Recursos Humanos ha tenido que ver múltiples temas legales. No creo que vayan a tener ningún problema, y, de todos modos, *I'm only a phone call away*.

Juan Carlos tampoco creía que fueran a tener problema alguno. Desde la vez que lo conoció y lo puso al tanto del caso, se quedó con una buena impresión de aquel hombre, cordial e inteligente.

Por eso estaba contento. Estas nuevas circunstancias abrían posibilidades para acercarse más a Lucía, comunicarse mejor con ella, verla sin la presencia de un molesto chaperón. Aunque seguramente ella no agradecía el cambio, él se mantenía optimista.

Asomándose por la ventanilla se dio cuenta de que habían llegado a los juzgados, una construcción de varios pisos sobre una calle caótica, saturada con otras dependencias gubernamentales, donde solo un milagro podía conseguir un lugar para estacionarse. El abogado lo sabía, y por eso había pedido que Isidro, su chófer-asistente de movilidad, los acompañara.

—Vamos, licenciada, tenemos mucho que hacer. Nos vemos aquí a la una, Isidro —indicó al conductor mientras enfilaba su silla hacia una rampa.

—¿Me dirás por fin qué estamos haciendo aquí? —inquirió Fabiola, indiferente a las miradas de admiración de varios hombres que pasaban por allí.

No era de extrañarse que llamara la atención: aire elegante, maquillaje perfecto, una falda que resaltaba su figura y la blusa, confeccionada de una tela transparente bajo la cual llevaba una delicada camisola, era muy femenina. La razón por la cual seguía sin aceptar su invitación era un misterio. ¿Qué sería menos problemático: involucrarse con una cliente o con una colaboradora? ¿Y por qué diantres estaba contemplando semejantes disparates?

Sin embargo, no había manera de ocultar la realidad. Algo se había despertado en él. Sus sueños eróticos se habían multiplicado de unas semanas a la fecha y su inconsciente parecía haber tomado ya partido: la carne que tocaba, que mordía, que probaba; los labios y manos que lo recorrían, pertenecían a una sola mujer. Una mujer con aire de gitana conversa y una marcada antipatía hacia él.

No importaba, para bien o para mal, él lograría franquear esa barrera.

—Juan Carlos, ¿qué te traes? Has estado en el limbo toda la mañana.

—¿Eh? Perdona. —Sacudió la cabeza para librarla de telarañas mentales—. La razón por la que estamos aquí, mi estimada Fabiola, es para cuidar los intereses de nuestros clientes, por supuesto. Da la casualidad de que conozco al juez que llevará el caso de Yurrieta contra *AIR* y quiero hablar con él. Cruza los dedos para que no haya cambiado de secretaria. ¿Trajiste los chocolates que compró Laura?

Fabiola asintió y le mostró una bonita caja en cuyo interior había doscientos gramos de chocolates belgas con rellenos de distintos sabores.

—Perfecto. No trae precio, ¿verdad?

—No, vi a Laura cuando se lo quitaba. De hecho, los consiguió en oferta.

Juan Carlos asintió con aprobación.

—Esa mujer se merece un monumento.

Mantuvieron silencio mientras pasaban dos puestos de seguridad. Afortunadamente, el edificio era de reciente construcción y contaba con accesos para discapacitados.

—No sé cómo encuentran sus lugares de trabajo —macullaba Fabiola con

aire crítico, al tiempo que dejaban atrás despacho tras despacho con nombres de abogados y jueces en las placas de las puertas. Imágenes de búhos y de Quijotes los miraban con ojos muertos en cada esquina—. Todos están decorados igual.

Tuvieron que meterse entre un grupito de secretarias y asistentes que comentaban algún chisme picante, varios con café en mano, los ojos brillantes de la emoción.

—Quite esa cara, abogada —la reconvino Juan Carlos—. No le conviene llevarla mal con las *secres*, le aseguro que pueden ser grandes aliadas o grandes enemigas.

—Si tú lo dices —refunfuñó ella.

Juan Carlos le lanzó una mirada de reojo. Entendía que una mujer tan activa y dedicada, con un historial de colegios privados y estudios en el extranjero, encontrara tan irritante la burocracia nacional en todo su esplendor.

—Sígueme y aprende —indicó en un tono burlón.

Por fin llegaron a la oficina que buscaban. Frente a ellos, una mujer de unos cincuenta y tantos años, con cabello lacio cortado por encima de los hombros, digitaba el teclado de su computadora sin tener que mirar las letras.

Juan Carlos la saludó con efusividad y le hizo entrega del presente.

—Para que veas que todavía me acuerdo de tus gustos, Alicia.

El rostro de la mujer se iluminó al recibir la caja. Con cuidado levantó parte de la envoltura y su expresión de deleite fue inconfundible.

—¡Doctor, no se hubiera molestado! —Ocultó la caja en el cajón de su escritorio—. Son de los buenos, esos no los comparto.

Él apuntó, extrañado:

—Alguna vez compartiste tu botín conmigo, si mal no recuerdo.

—Cierto, pero solo porque usted es uno de mis consentidos.

El abogado se abstuvo de mirar a Fabiola, quien se había removido a su lado.

—¿Está tu jefe, bonita?

Radiante, la secretaria guardó su documento y lo cerró.

—¡Claro que sí! Un momento, por favor. Ya les anuncio.

No fue hasta entonces que reparó en la acompañante de su adorado *doctor* y

Juan Carlos aprovechó para presentarlas. La mujer asintió y desapareció en el interior del despacho, no sin antes mencionar en voz muy baja:

—Le recomiendo prudencia, doctor. El juez se ha llevado un disgusto en relación al caso.

Juan Carlos arqueó las cejas.

—¿En serio?

—Esa mujer —confió la secretaria echando una furtiva mirada a su alrededor—, Beatriz creo que se llama, apareció por aquí sin cita y esperó al juez hasta que salió. Se puso a llorarle y a pedirle que la ayudara. Fue todo un drama, la hubiera visto.

Juan Carlos escuchaba, una honda arruga en su frente. Esa laboratorista traidora no se quedaba quieta.

—¿Y qué dijo el juez? —inquirió en un tono neutral.

Alicia elevó los ojos al cielo.

—¡Se puso furioso! Detesta las escenitas. Ya lo conoce, él es muy quisquilloso. Por eso creo que es importante que ustedes lo sepan y que no pierdan la ventaja que tienen.

La plática con el juez se llevó en buenos términos, con Juan Carlos bosquejando el carácter deficiente de Beatriz y solicitando a *su señoría* autorización para obtener la evidencia que respaldaría sus palabras.

De regreso en el auto le dijo a Fabiola:

—De ahora en adelante, Alicia es tu mejor amiga. Quiero que mantengas contacto con ella.

Sacó su celular y marcó un número.

—¿Qué tal el día, licenciada Antillón?

Escuchó a la mujer al otro lado de la línea y se sintió casi eufórico al escuchar la noticia que le tenía.

—¡Excelente! Nosotros también avanzamos en este frente. ¡Felicidades! Seguimos en contacto. —Con ojos triunfantes, informó a su compañera—: Antillón es buena. Logró que la juez del Ministerio Público admita el peritaje en el caso de Lucía Durán.

La casita que Beatriz Yurrieta compartía con su socio y amante distaba mucho de ser como aquellas que admiraba en las revistas. En parte, porque él era un jugador compulsivo que siempre estaba endeudado; en parte, porque ella quemó una buena porción de su tajada de ganancias ilegítimas en comprarse ropa cara y hacerse tratamientos de belleza. Además, los ingresos extras dejaron de llegar demasiado pronto. Todo por culpa de Lucía. Por esta razón Beatriz estaba aferrada a ganar el caso contra su excolaboradora y contra sus antiguos jefes.

Abrió con trabajo la hinchada puerta principal y botó los zapatos ahí cerca. Uggg, el piso estaba pegajoso. Miró a su alrededor con desdén mientras buscaba sus pantuflas. No creía aguantar mucho tiempo más en esa pocilga. Con el dinero que obtendría al ganar la demanda dejaría atrás la cochera con malla de alambre para evitar que les desvalijaran el auto, el raquítico patio frontal que los perros de los vecinos venían a cagar a diario, la cocina diminuta que siempre se veía atestada de trastos tanto limpios como sucios, los baños manchados de sarro y moho.

Sí, con ese dinero iba a rentar un departamento en una colonia elegante y comprar muebles en tiendas departamentales de lujo. Muy posiblemente se iría sola, pues el inútil de Ignacio ya no le servía de mucho y era tan pusilánime que no podía dejar sus vicios atrás. ¿Cómo pudo haberse enredado con él? Gran error. Debió haber mantenido la relación entre ellos en el estricto terreno de los negocios, debió haber guardado un poco de dinero que ganó, debió haber sido más cuidadosa... pero ya no venía al caso lamentarse.

Ignacio sirvió a su propósito. Siempre falto de fondos, sintió que su salvación había llegado cuando Beatriz lo abordó en una feria internacional de fragancias y le ofreció conseguirle información confidencial de su compañía. Su jefe, un hombre poco ético y muy ambicioso, accedió encantado a pagar generosamente cualquier dato sensible que les ayudara a arrancarles las cuentas a los de *AIR*.

Su estrategia consistía en subrayar las desventajas de los productos de *AIR* con datos que la misma Beatriz le proporcionaba: tecnología anticuada en el producto X, dificultad para entregar el lote Y por falta de insumos en sus

bodegas... En fin, cualquier problema que los franco-canadienses tuvieran era magnificado y usado en su contra.

Beatriz se fue envalentonando hasta llegar al extremo de ofrecer las fórmulas al jefe de Ignacio. Hicieron un par de transacciones muy lucrativas que quemó en tiempo récord. Y que no pudo repetir porque Lucía decidió hacer de detective.

El día que la despidieron, Ignacio se quejó como la mariquita que era. «¡Te lo dije!», acusó con amargura. «¡Te dije que te la llevaras tranquila, que te iban a pescar!».

«Siempre tan débil».

En fin, ahora ya no había secretos que vender y ella no quería repartir las ganancias que llegarían al final del juicio. Necesitaba ese dinero. Con esos nuevos fondos empezaría de nuevo, se reinventaría... ¡Tenía que hacerlo!

CAPÍTULO 12

La alarma del teléfono sonó a las 6:30 de la mañana. El cielo todavía estaba oscuro y tardaría en aclararse. No era el favorito de Lucy este clima otoñal. A ella le gustaba levantarse al alba, no en medio de la negrura. Pero el mundo seguía girando a pesar de sus preferencias personales y no había nada que pudiera hacer al respecto más que adaptarse y avanzar. Se incorporó, pues, para encarar el día, en el cual estaba prevista la primer sesión en el Ministerio Público.

¡Quién lo habría creído: ella en un lugar de esos!

—Adaptarse y avanzar —masculló jalando las cobijas con pesadumbre.

Llevaba varios días con el ánimo abatido, pues jamás imaginó que la creación de su propia fragancia le traería tantos sinsabores. Poniéndose las pantuflas, tomó su ropa para dirigirse al baño. Entonces, mientras esperaba que el agua se entibiara, le vino a la cabeza aquella frase de un comercial muy viejo, el cual aseguraba que no era fácil alcanzar las cosas que valen la pena. La idea le dio un poco de alivio. Estaba luchando por algo muy valioso.

Diez minutos después ya había terminado y utilizó la orilla de su toalla para desempañar el espejo. Observó el cabello húmedo, las ojeras, la tirantez de su rostro, el delicado diseño de su ropa interior. ¿Acaso sus clavículas estaban un poco más protuberantes? Torció la boca, era posible. Ella era el tipo de persona que pierde el apetito cuando está estresada.

Sin mucho entusiasmo, siguió con su rutina de belleza que implicaba cremas humectantes, geles contra la celulitis, bloqueador solar y cosméticos carísimos que Edmond le había regalado y ella no se atrevería a comprar. Se puso el suéter negro con cuello en V que había elegido por sugerencia de Juan Carlos.

«Un atuendo sobrio», había dicho él y la idea le pareció sensata. El complemento del suéter eran unos pantalones grises y zapatos de piso en vez de sus habituales tacones.

De pronto, tan inesperado como indeseado, un recuerdo llegó a su cabeza: su

propia imagen con diez años menos, contemplándose en un espejo. Tenía los ojos brillantes y una sonrisa soñadora. Emocionada, se arreglaba para salir con él. Ya casi estaba lista, solo le faltaba ponerse los aretes, pero no tuvo oportunidad de hacerlo, porque su voz profunda llegó desde el pasillo: «¿Ya estás lista, chaparrita? Vamos a llegar tarde». Nada más verla le sonrió con una mezcla perfecta de cariño y admiración. Fue una sonrisa cálida, de esas que te calientan como tu cobija preferida o un tenue rayo de sol. Sus brazos morenos la envolvieron, aprisionándola por la cintura, acercándolo a él hasta que entre sus cuerpos no quedó espacio. Como siempre, el de él olía a limpio, a éxito, a hombre y a loción.

La besó con ganas, sin prisa. En cuanto se alejó, sus miradas se encontraron. ¡Qué ojos tan profundos! Siempre le robaban el aliento. Él era el fuego; ella, la cera. Con la música de la radio como telón de fondo, Juan Carlos se inclinó para apoyar frente contra frente y susurró: «¿Te había dicho ya que eres la mujer más linda que hay en la tierra? No sé qué hice para merecerte, Lucy, pero estoy agradecido». El momento quedó grabado para siempre en su memoria. En los buenos tiempos, la canción siempre le trajo una sonrisa al rostro; en los malos...

El pantalón se le escurrió de las manos, devolviéndola a la realidad. Mientras lo recogía, Lucy aprovechó que estaba sola para soltar una cadena de palabrotas que sonó como a nervios y a incertidumbre y a enojo. El pantalón se había mojado, necesitaría otro. Alzando la barbilla, se advirtió fieramente:

—Concéntrate. Tienes mejores cosas en qué pensar, Lucía Durán.

Cepilló sus rizos oscuros con fuerza y tomó un poco de *mousse* para darles forma. Varias veces se repitió a sí misma que necesitaba deshacerse de cualquier idea relacionada con Juan Carlos y enfocarse en el proceso legal.

Los nervios le caminaban por la piel. A pesar de que se suponía que no tendría que ver a Beatriz Yurrieta ese día, nada le garantizaba que aquella mujer no apareciera. ¿No había ido al juzgado a armar un drama? Parecía que últimamente estaba dedicada en cuerpo y alma a hacerles la vida imposible tanto a ella como a la empresa. Lucy aún no se lo había dicho a nadie, pero había empezado a recibir correos anónimos insultantes que, aunque no la intimidaban, le resultaban muy molestos.

A veces era solo una palabra como «Zorra», «Puta» o «Trepadora». El último, que había llegado cerca de la medianoche, decía textualmente: «¡Lárgate! ¡No queremos en la empresa gente falsa y oportunista como tú!» El remitente era, colmo del cinismo, *justicia@mxn.com*.

Varias veces había estado tentada a comentar la situación con Edmond, pero al final decidió no hacerlo. ¿De qué serviría? Él tenía demasiadas cosas en la cabeza: las cuestiones en los Estados Unidos, las presiones normales de la oficina, lo de *Eclipse*, las exigencias de su padre —quien estaba más quisquilloso que nunca— y además, no había mucho que pudiera hacer.

Un par de golpecitos le hicieron volverse hacia la puerta al tiempo que su *roommate* y mejor amiga entraba con una charola.

—¿Y eso? —preguntó Lucy tras darle los buenos días a Ceci.

—Es el desayuno. No estaba segura de que fuera a darte tiempo de preparar algo antes de irnos, de modo que hice doble.

Lucy sintió un nudo en la garganta al contemplar las tazas de té, el pan tostado, el queso y la fruta. La preocupación de su amiga la conmovía, aunque, la verdad, no tenía hambre. Cecily pareció leerle la mente.

—Anda, Lucy, haz un esfuerzo. Estás bajando de peso. *I can tell, you know?*

—Tienes razón —aceptó tras pasar saliva ruidosamente—. De nada sirve que me enferme. Vamos a la cocina y te comparto de mi crema de avellanas.

Comieron en silencio y antes de llevar los platos al fregadero, Lucy le contó lo del correo. Las mejillas de su amiga adquirieron un tinte oscuro.

—*What??* —Abrió y cerró los puños como dispuesta a golpear algo—. ¡No puedo creerlo! ¡Esa mujer es de lo peor! *I'm sure it's her*. Cuando Edmond se entere...

—No voy a decírselo —explicó Lucy y le dio sus razones.

—Está bien, amiga —exhaló Cecily con resignación—. Como tú quieras, pero antes de irnos quiero que me hagas un favor. —Le pasó un calmante y un vaso con agua. Lucía no protestó, sino que le dio un rápido abrazo.

—Gracias, eres la mejor —susurró.

De camino a la oficina recordó el resto de su conversación con Juan Carlos.

—No tienes que preocuparte por nada, Lucy. Ya tengo toda la documentación que necesitamos para la sesión. Va a estar muy tranquilo. Solo tienes que comprobar tu identidad y exponer la situación con Beatriz de manera general. Acabo de mandarte a tu correo lo que debes decir. No tienes que memorizar el documento, lo puedes leer para que el personal del MP tome registro. Eso sí, te pediría que trates de no desviarte del guion. Necesitamos que quede expuesto de tal manera que, cuando el secretario de acuerdos le presente el tema al juez, este determine que el caso es válido y que debe procesarse.

Antes de colgar le reiteró que todo iba a estar bien.

—Yo estaré allí. Voy a acompañarte en cada paso del proceso.

El tono fue amable, era evidente que buscaba tranquilizarla; sin embargo, sus palabras causaron el efecto contrario. La idea de atravesar el proceso sin Edmond, pero con Juan Carlos al lado, le robaba la poca calma que había logrado reunir. Porque el gerente de recursos humanos estaría pendiente de velar por los intereses de la compañía, pero entre ella y ese hombre no había ninguna relación más allá de lo laboral. Es más, él era un incondicional de Charles Doudelet y en ocasiones le daba la impresión de que compartía con el Gran Jefe un cierto prejuicio hacia ella. De modo que, salvo por Cecily y Consuelo (que a veces podía hacer tanto mal como bien) su apoyo moral sería casi nulo.

En fin, de nada servía hacerse mala sangre. Las cosas no podían cambiarse.

A media mañana, el chófer de la empresa dejaba a Lucía frente a la Agencia 14^a del Ministerio Público de la delegación Azcapotzalco. Esta se localizaba en la planta baja de edificio destartado, en una calle con camellón tapizado de basura, donde oficinistas de trajes baratos, policías, *coyotes*¹⁰ y tipos de apariencia sospechosa pululaban a sus anchas.

Incluso con su «atuendo sobrio» se sentía incómoda, fuera de lugar. Agradeció solo haber usado unos aretes minúsculos y una cadenita de plata al cuello, corta y muy delgada. El tiempo corría. Con facciones rígidas, volvió a

checar su reloj de pulso y lanzó un vistazo a sus alrededores.

«¿Dónde estás, Juan Carlos?»

Apenas unos minutos después apareció el abogado, guapísimo con una camisa violeta y una corbata varios tonos más oscura. Una chica joven lo miró con admiración aun a pesar de la silla, pero él mantenía la vista baja, los labios en una apretada línea. «¿Qué le pasa? ¿Por qué está molesto?», se preguntó. Entonces notó al hombre fornido que venía tras él, ayudándolo a maniobrar la silla de ruedas por la estropeada banquetta.

A pesar de todo, el corazón de la perfumista se contrajo. Ella sabía bien lo que a una persona con movilidad reducida le costaba transitar por las calles. Su padre se había dado por vencido, pero Juan Carlos Legarreta era un luchador, quien solo comentó al llegar frente a ella:

—Buenos días, señorita Durán. Disculpe la tardanza. ¿Entramos?

Mientras el abogado los anunciaba, Lucía no pudo dejar de preguntarse por qué había acudido en persona en vez de ahorrarse el mal rato. Seguramente la licenciada Del Villar o alguien del despacho podía actuar en su representación, ¿no? Pero luego recordó al joven que la enamoró, aquel estudiante de leyes, perfeccionista incorregible al cual le costaba trabajo ceder el control. Por lo visto, el abogado de hoy seguía prefiriendo pelear todas sus batallas.

Permanecieron en los juzgados una hora con quince minutos, durante los cuales ocurrió exactamente lo que Juan Carlos le había descrito, salvo que le ahorró el desgaste de explicar la situación que la llevaba a levantar una demanda. Una vez que se acreditó como su abogado, el secretario en funciones le autorizó llevar la voz cantante. Su exposición fue clara y concisa. Una mujer carnosa, que llevaba protecciones de plástico en los antebrazos para no percutir su blusa, tomó nota de lo que decía, con una agilidad en los dedos que era digna de admiración.

Cuando terminó, el abogado clavó en Lucía sus ojos perturbadores y le preguntó si le gustaría agregar algo. Ella rechazó el ofrecimiento, aunque hubiera querido decir que Beatriz Yurrieta era una persona torcida, desleal y deshonesto y que esperaba que se hiciera justicia. Se leyeron las actas, se firmaron. Luego Juan Carlos entregó el paquete de documentos que había

preparado, resolvió dudas y lidió con los últimos detalles.

De camino a la salida, Lucy respiró con alivio, recriminándose en silencio el haberse preocupado tanto. No solo había manejado Juan Carlos la sesión de manera impecable, sino que, además, a lo largo de todo ese tiempo mantuvo su palabra: se dirigió a ella con formalidad y únicamente tocó temas de trabajo. Hubo, sin embargo, un par de ocasiones en las cuales encontró aquellos ojos oscuros fijos en su persona. Inmóviles, intensos, inescrutables. Pero antes de que ella pudiera sentirse incómoda, su abogado los dejaba pasar de largo y se enfocaban en otra cosa.

Eso estaba bien. Era lo que quería, ¿verdad? Claro que sí. Profesionalismo, eficiencia, distancia.

A la salida, sin embargo, el estómago se le fue al suelo. Algunos reporteros que esperaban ahí cerca los vieron salir y se acercaron ávidamente.

—*Chingao* —masculló Juan Carlos por lo bajo—, se me hace que esto es obra de tu suegro. —Lucy lo miró sin comprender, pero no pudo preguntarle nada porque en ese momento él se volvió hacia el hombre que lo había ayudado con su silla—. Isidro, acompaña a la señorita a su coche y si alguno de estos buitres quiere acercársele solo digan «sin comentarios».

En pocos segundos tuvieron grabadoras y micrófonos a pocos centímetros de la cara. Juan Carlos clavó en Lucía una mirada elocuente, con la que pareció decir: «Tú tranquila». Luego tomó la palabra.

—Les pido paciencia, muchachos. Por el momento solo voy a decir que la señorita Durán, aquí presente, y la compañía para la que trabaja están siendo víctimas de una oportunista. Muy pronto serán convocados a una conferencia de prensa donde les daremos todos los detalles para que se enteren de la verdad acerca del caso.

—Señorita Durán... —empezó uno de ellos, grabadora encendida, pero Juan Carlos lo cortó:

—De aquí al día de la rueda de prensa, yo seré su vocero. Cualquier duda que tengan, pueden planteármela a mí o turnarla al despacho.

—Deje que él se encargue de todo, señorita —murmuró Isidro cerca del oído de Lucy—. Vamos, la acompaño hasta su carro.

Lucía avanzó hacia la calle donde quedó de encontrar al chófer de Edmond, aunque sus pasos fueron inseguros. Esos reporteros eran animales de rapiña, deseosos de encajar en su víctima colmillos y garras. ¿Cómo los manejaría Juan Carlos? ¿Cómo iba a deshacerse de ellos? Cuando lanzó una última mirada en su dirección, ahí seguían, preguntando sin descanso.

Ricardo amó cada minuto en aquel *resort* de lujo en la costa Kona, donde su eficiente esposa consiguió una villa con terraza techada, su propio *jacuzzi* y las tibias arenas del Pacífico a unos cuantos pasos. Bueno, casi todo; la famosa cena en la playa no fue tan conducente al amor como Inés quiso imaginar. La mordida de los mosquitos y la brisa proveniente del mar que les erizaba los vellos del cuerpo no fue algo que los dos ciudadanos disfrutaran tanto.

La comida, eso sí, había sido exquisita; el servicio, muy bueno. Y los postres a base de frutas les hicieron entornar los ojos con deleite. La cadena hotelera cuidaba cada detalle y, gracias a ello, Ricardo e Inés hicieron lo que miles de turistas antes que ellos: se relajaron bajo las manos de los masajistas; tragaron agua salada y perdieron los lentes oscuros el día que su intrépida ingenuidad los llevó a practicar *windsurfing*. También compitieron amigablemente en el espectacular campo de golf.

Pero en el vuelo de regreso, Ricardo se dio cuenta de lo mucho que extrañaba estar en el despacho, tratar con banqueros, inversionistas y funcionarios gubernamentales e involucrarse en todos los tejemanejes que implican las transacciones millonarias. Por esta razón, a pesar de que llegó a casa tres días antes de tener que reintegrarse a sus labores, decidió visitar su oficina el viernes por la tarde.

El personal lo saludó con gusto, desde las recepcionistas hasta su secretaria y asistentes. Ricardo se regodeó en sus muestras de aprecio, se esforzaba mucho en que el ambiente dentro del despacho fuera cordial. Se detuvo con algunos a preguntarles tanto de temas personales como de trabajo, satisfizo la curiosidad de otros acerca de sus vacaciones y por fin llegó al despacho de su amigo,

cuarenta y cinco minutos después de haber puesto los pies en el edificio.

Con los nudillos golpeó la puerta, que estaba entreabierta, y la voz de Juan Carlos alcanzó sus oídos.

—Si no vienes a decirme que el trámite en Desarrollo Urbano está desatorado, Mauro, ni se te ocurra entrar a esta oficina. Me importa muy poco si se les traspapeló un documento. Es nuestra responsabilidad estar pendientes.

Ricardo no pudo evitar que su boca se curvara en una sonrisa. Empujó la puerta y se plantó en medio de la sala. Legarreta estaba detrás de su escritorio, sin su chaqueta, la corbata aflojada y las mangas de la camisa enrolladas, dejando al descubierto los nervudos antebrazos que él había dejado de envidiar hacía mucho tiempo. Tenía la cabeza inclinada sobre unos papeles y los estudiaba con atención, mientras que Laura acomodaba, con la precisión de siempre, varias carpetas de casos en el librero.

—¡Hola, Juan! Veo que estás en medio de uno de tus berrinches.

—Ni te imaginas —masculló Laura en dirección de los tomos empastados. Luego se volvió hacia él y le dedicó una de sus fugaces sonrisas—: ¡Bienvenido! No pensé que fueras a venir esta semana.

El más reciente socio del despacho respondió el saludo, aún más divertido que cuando llegó, gracias a la acusación de Laura y a los ojos de pistola que Juan Carlos le había lanzado.

—No empieces tú también, mujer, porque te dejo sin boletos para la ópera.

—No puedes hacer eso —dijo ella con aire de suficiencia—, ya están impresos y guardados en mi bolsa.

—De todos modos puedo hacer que te impidan el paso, ¿quieres ver?

Laura empujó sus anteojos sobre el puente de su pronunciada nariz. Su atuendo era tan sobrio y anticuado que nadie podría imaginarse que entre las hombreras tuviera escondido el sentido del humor. Negro, quizás, pero lo tenía.

—Los dejo, Ricardo —dijo, ignorando a su jefe—. Espero que tú averigües lo que este hombre se trae, porque no ha querido soltar la sopa conmigo.

—*Laura...* —pronunció Juan Carlos en un tono amenazador.

—Ya me fui —dijo ella, al tiempo que escapaba de la habitación.

Ricardo jaló una de las sillas frente al escritorio del que esperaba se convertiría en su futuro socio y se dejó caer con desparpajo. La pieza de mobiliario crujió y él empezó a temer que Inés estuviera en lo correcto y que él hubiera ganado todavía más peso durante su periodo de descanso. Pero ese no era el tema que le preocupaba en ese momento.

—Por lo visto, amigo mío —dijo cruzando los brazos sobre su barriga—, tenemos mucho de qué platicar.

—Ya lo creo. —Juan Carlos firmó un papel y colocó con cuidado su pluma fuente hacia su lado derecho—. ¿Qué tal el viaje?

—Maravilloso. Ahora, como dice Laura, ¿por qué no sueltas la sopa de una vez? Tengo toda la tarde libre y sabes que no me iré hasta averiguarlo.

Juan Carlos apretó la quijada, el protuberante músculo cerca del oído lo delató. Había bajado la vista y parecía distraído, como cuando los pensamientos se han hecho una maraña en tu cabeza.

—Espera, ahorita vuelvo. —Trabajosamente, Ricardo se puso de pie. Salió y se dirigió con paso rápido a su oficina, de la cual tomó una botella de *whisky* y dos vasos, dejando tras él un rastro de miradas de extrañeza. Entonces reingresó al despacho de Legarreta y sirvió dos generosas porciones.

«Al diablo con la dieta, todavía estoy de vacaciones».

—Sé que prefieres tequila, pero solo tenía esto; te aguantas. Además, es mi favorito: de una sola malta. —Alzó su vaso—. Salud, licenciado.

Finalmente Legarreta sonrió un poco, también alzó su vaso y bebió un sorbo del licor.

—Tú ganas. Te lo voy a decir. —Se hizo una pausa bastante larga, durante la cual el licenciado Elizondo vio cómo su amigo batallaba consigo mismo. La confesión que pronto escucharía distaba mucho de ser lo que esperaba—: Estoy que me lleva el diablo.

—¿Y ahora, por qué? ¿Problemas con un caso? ¿O quizás uno de nuestros empleados no está dando todo lo que esperas de él?

Juan Carlos exhaló un largo suspiro.

—No, cabrón. Nada que ver. Más bien se trata de *alguien* relacionado con un nuevo caso. No, no tienes que preguntar, querías saber y voy a contártelo todo:

¿sabes qué tuve que hacer esta mañana? Acompañar a Lucía Durán al Ministerio Público. ¿Te acuerdas de ella? —Juan Carlos no esperó una respuesta—. Bajita, preciosa, baila como una profesional, anduvo conmigo. Bueno, pues hoy tuve que chutarme¹¹ setenta y cinco minutos en su compañía, tratándola como si fuera una extraña. ¿Por qué? Porque ella ya no es nada mío... salvo mi cliente.

A Ricardo le costó trabajo procesar lo que acababan de decirle. Tenía tantas ideas bullendo en la mente que, en un principio, solo pudo farfullar sonidos incongruentes. Pero la memoria no le fallaba. ¡Claro que recordaba a Lucía! Desde que la conoció, su amigo se había obsesionado con ella. Rara vez iba de parranda sin su noviecita del alma. Dejó de coquetear, ¡y de qué forma! Incluso si la niña en cuestión era guapa y lanzada, él la ignoraba por completo. Hablaba de Lucía día y noche, le dedicaba hasta el último segundo de su tiempo libre y a pesar de lo limitado de su presupuesto, se las ingeniaba para comprarle regalos, la consentía.

A partir de esa relación nada fue igual, incluso cuando ella ya no estaba. Su amigo no solo se había enamorado de Lucía Durán, la idolatraba.

—¿Pero cómo...? —cuestionó sin reponerse de la sorpresa.

—¿En verdad quieres saberlo? Sírveme otro vaso de ese brebaje.

10 Así se le dice en México a “gestores” de mala calaña que ofrecen sus servicios fuera de las oficinas gubernamentales para “facilitar” trámites a cambio de una remuneración para ellos y para los funcionarios con los que están coludidos.

11 Sufrir, soportar.

CAPÍTULO 13

Las siguientes semanas fueron un torbellino de actividades y sucesos. *AIR* tenía un nuevo cliente: una firma trasnacional importante que les encargó varias fragancias para su línea de cremas para el cuerpo. Lo cual implicaba más trabajo y más tensión. Como siempre, todos los proyectos urgían. Lucy se preparó para ello llevando una dieta estricta, durmiendo al menos ocho horas al día y practicando meditación casi a diario. También se propuso salir a correr al menos tres veces a la semana.

En cuanto a los temas legales, también había novedades. En el frente de la demanda de Beatriz las cosas no iban muy bien. Tal como Juan Carlos predijo en una de las entrevistas iniciales, el juez asignado al caso se enteró de que las cuentas de la mujer habían sido monitoreadas sin autorización legal y le estaba dando más peso a esa cuestión que al hecho de que ella representaba una amenaza para *AIR* al momento de ser despedida.

Por otra parte, Charles había empujado para que se realizara la rueda de prensa para limpiar el nombre de la compañía. Fue por su necesidad que los periodistas se enteraron de que se había iniciado el proceso contra Beatriz y Juan Carlos (que originalmente no quería correr el riesgo de que su estrategia fuera a ser revelada por un descuido) no tuvo más remedio que prometer la rueda de prensa. En vista de que dicho evento era inevitable, Edmond sugirió desde los Ángeles que fuera el licenciado Salas quien la diera, pero Lucy se negó a hacerse a un lado. Quería defender su perfume mejor de lo que había hecho durante la presentación.

«Esta vez —le aseguró a su novio— los periodistas no me tomarán por sorpresa. El licenciado Legarreta me dice que puede entrenarme para enfrentarlos».

Y vaya que se entrenó. El viernes por la mañana estuvo horas en el despacho de los abogados.

Y justo ese evento era el que le narraba a Cecily mientras trotaban por la pista

de arcilla del parque España. Había llovido, y el aire estaba fresco y olía a pino, a tierra, a cedro. Incluso el aroma de las rosas que estaban plantadas en un jardincito más allá empezaba a despertarse. A Lucy le costaba trabajo correr y hablar al mismo tiempo, pero la sesión había ocurrido apenas el día anterior y, ya que Cecily había salido con su admirador, no habían tenido tiempo de hablar largo y tendido.

—Yo estaba muy contenta, ¿sabes? Me había puesto un poco de *Eclipse* y a las recepcionistas del despacho les encantó. Hasta me preguntaron dónde podían conseguirlo. —Su expresión fue radiante por un momento, como un rayo de sol que alcanza a colarse entre las nubes. Esas chicas tenían justo el perfil para el que había diseñado su perfume. Parecía que su intuición no estaba tan equivocada—. Pero tres metros después me topé con un tipo que no había visto en años. Se llama Ricardo Elizondo y era el mejor amigo de Juan Carlos cuando él y yo... bueno, tú sabes. La verdad es que me dio gusto verlo. Él y su novia, Inés, siempre me trataron muy bien. —Hizo un par de exhalaciones fuertes por la boca y continuó—: Platicamos un rato, me dijo que era socio de ese mismo despacho, que se había casado con Inés y que tenía dos hijas. —Esquivaron a unas señoras que iban parlotando como pericos—. Hasta ahí todo iba bien, pero entonces me dijo: «Me enteré de tu caso, Lucy. Qué mal que nos hayamos vuelto a ver en estas circunstancias, pero déjame decirte que no tienes de qué preocuparte. Estás en buenas manos. Conoces a Juan Carlos y sabes que no hay cosa que no haría por ti. Él sacará adelante tu perfume».

Cecily se volvió hacia ella con expresión de sorpresa.

—*Really?* ¿Te dijo eso?

—Sí, amiga. Y la verdad es que me quedé muda. Me dio coraje que dijera algo que, no solo era impropio, sino también una gran mentira. Juan Carlos no es así de generoso. Él tiene muy claro lo que está dispuesto a dar a los demás y lo que no. Y, créeme, nunca irá más allá de sus propios intereses. Para colmo de males, cuando me repuse lo suficiente para reclamarle, se acercó Fabiola del Villar, ya te he platicado de ella. Me dijo que la sesión estaba por empezar y me llevó a la sala de juntas. —De pronto sintió una fuerte punzada a un costado del estómago. Llevó su mano al lugar dolorido y suplicó con una mueca muy

explícita—: ¿Te importa si caminamos, Ceci? Ya me dio dolor de caballo.

La canadiense soltó una risita burlona.

—Tienes una condición pésima, Lucía —aseguró, pero de inmediato bajó la velocidad.

Lucy se sintió abochornada.

—Ya sé. Te prometo que, cuando pase todo esto, me meto contigo al gimnasio.

—A ver si es cierto —dijo Cecily sin sonar demasiado convencida. Y en seguida preguntó—: ¿Y luego?

Lucy hizo un gesto pidiéndole un momento, mientras bebía agua de la botella que había cargado a lo largo del trayecto.

—Tuvimos la sesión. Fue un poco como esas escenas de policía bueno y policía malo que salen en las películas, ¿sabes? La mala era Fabiola. Ella me preguntaba cosas, a veces agresivamente, y yo le contestaba. Juan Carlos solo nos observaba, pero cuando sentía que yo me equivocaba o me ponía a la defensiva, detenía todo y me decía que bajara el tono o que escogiera otras palabras o que evadiera la respuesta, que recalcará algo o que me expresara así o asado. —Soltó una risita sin humor—. Hubo ocasiones en las que tuvimos que repetir la misma pregunta hasta tres o cuatro veces.

Aunque habían bajado la velocidad, continuaban avanzando por la pista a ritmo de caminata intensa. Sus zapatos deportivos hacían crujir la grava a cada paso.

—Pero eso no es todo —se quejó la perfumista—. A mí se me hace que a esa abogada le gusta Juan Carlos. Cuando tuvimos un *break* se hizo la muy amable y me estuvo preguntando que si ya lo conocía y de dónde. Yo me hice la loca y le dije que no. Pero no me creyó. Entonces se puso seria y, cuando regresamos a la sala, se las ingenió para que Juan Carlos y yo quedáramos alejados. En la tarde llamé al despacho para preguntar a qué hora tengo que estar en el hotel donde va a ser la rueda de prensa, pero, aunque pedí por Juan Carlos, ella tomó la llamada y me dio la impresión de que no quiso pasármelo. Y hace rato, cuando él me llamó para preguntarme si quería que pasara por mí, me dijo que Fabiola no le había dicho que lo había buscado. ¿Te imaginas? Lo único que me falta es que

esa mujer venga a hacerme la vida todavía más complicada.

Finalmente llegaron a la marca de los cinco kilómetros; sus zapatos de correr habían dejado pasar la humedad y sus pies se sentían incómodos. Cruzaron la entrada del parque y luego enfilaron hacia el mercadito donde solían comprar la fruta de la semana.

—Ay, *friend* —exhaló Ceci mientras pasaba un brazo por los hombros de su amiga y con la manga de su sudadera se secaba el sudor de la frente—, me temo que es posible que esa licenciada te vea como una rival. Vamos a tener que hacerte... ¿cómo dicen aquí?... ¿una limpieza?

A pesar de su mal humor, a Lucy se le salió una risita.

—Una limpia. Y sí, me temo que tienes razón. Necesito que algún brujo me ayude a deshacerme de mi mala suerte.

—¿Y Juan Carlos? —preguntó la canadiense con expresión recelosa mientras su marchante de confianza le pesaban unas uvas—. ¿Él cómo se ha portado?

Lucy masticó uno de los frutos, dulce y jugoso, y respondió, ceñuda:

—Bien, la verdad es que no puedo quejarme. Desde aquella vez que hablamos en su despacho ha sido todo un caballero: educado, comprensivo, paciente. Ayer, por ejemplo, tenían en la oficina una selección de té sin cafeína, por lo de la migraña, y cuando le conté lo que su abogada me había preguntado y le dije que me daba miedo que pudiera meter la pata enfrente de Edmond, me prometió que se haría cargo y que eso no sucedería. Y hablaba en serio, hubieras visto su cara. Me late que incluso le reclamó a Ricardo por su indiscreción. —Suspiró.

—Pero eso es bueno —apuntó Cecily al ver la expresión acongojada en la cara de su amiga—, *isn't it?*

—No lo sé, Ceci. Cuando Juan Carlos se porta encantador, me cuesta trabajo acordarme de por qué lo detesto.

Pocos días después, Lucía Durán enfrentaba a los reporteros en el salón Buganvilia de un hotel en el centro. Su vestido y su maquillaje enfatizaban su

imagen *chic*, profesional y refinada. Toda una perfumista de prestigio.

—Señorita Durán —le dijo un hombre con chaqueta de pana, pantalones de mezclilla y dientes manchados por la nicotina, sin saber que duplicaría, casi palabra por palabra, un comentario que Fabiola había machacado una y otra vez durante el ensayo—, hablé con Beatriz Yurrieta y ella parece conocer demasiados detalles de *su* perfume. ¿Cómo explica esto?

—Bueno —respondió Lucía con tranquilidad, sabiéndose en terreno conocido —, *Eclipse* no era ningún secreto. Varios de mis compañeros sabían acerca de él. Además, si pudo hacerse de mis notas es lógico que...

—Otro punto interesante: ¿cómo es que alguien puede dejar por ahí tiradas las notas de un proyecto tan importante?

La sangre de Lucía se incendió. Ese hombre no estaba allí para escuchar, sino para acusar. Pero, gracias a las pacientes instrucciones de Juan Carlos, pudo suprimir su frustración y explicar que sus notas nunca estuvieron *tiradas*, sino que las mantenía bajo llave. También aseguró que Beatriz Yurrieta había registrado sus cosas sin su autorización y que tenía pruebas de ello.

Y así siguió, pregunta tras abrumadora pregunta.

Sin embargo, el desgastante proceso valió la pena. Ella logró introducir el tema del peritaje en el momento adecuado, con seguridad, con una confianza que cualquiera podía notar. Incluso, al final de la sesión, un par de reporteros se acercaron a ella para desearle la mejor de las suertes. Minutos más tarde, la perfumista compartía las buenas nuevas por medio de una conexión telefónica al extranjero.

—¡Te felicito, *chérie*! —dijo Edmond con entusiasmo, quien estaba en un restaurante que le habían recomendado—. ¡Sabía que podías hacerte cargo!

—La verdad, no fue tan difícil como esperaba. No después de la manera en que me entrenaron.

—*Excuse me?* —preguntó él en tono risueño—. ¿Estás diciéndome que admites que la gente del bufete que contratamos hace bien su trabajo?

Lucía se mordió el labio y miró unos metros más allá. Desde el *lobby* del hotel, Juan Carlos la miraba disimuladamente.

—Nunca. Bien sabes que va contra la naturaleza femenina admitir nuestros

errores.

Su novio rio a tres mil kilómetros de distancia. Nada más lejano a la verdad: Lucía solía ser la primera en admitir sus equivocaciones cuando tenían alguna diferencia, aunque luego exigiera fieramente que él aceptara su parte de responsabilidad.

—Ah, Lucy, ¿no sabes cómo te he echado de menos!

—Yo también, amor. ¿Cuándo regresas?

—¡Este miércoles, *chérie*! ¡No sabes cuántas ganas tengo de verte!

Ella sintió una efervescencia en el pecho. Mitad alegría, mitad alivio.

—¿En serio? ¡No puedo creerlo, por fin!

Se escucharon ruidos en la línea.

—En serio, *pardon*, estoy comiendo un ceviche de atún buenísimo. En este restaurante peruano...

Lucy esperó con paciencia a que su novio *gourmet* se explayara en la descripción de las exquisiteces que había probado y cuando sintió que había perdido algo de aire, preguntó:

—¿Y cómo van las cosas con los clientes que amenazaban con cambiar de proveedor?

—Creo que logré contener el problema —explicó él en un tono más serio—. La verdad es que sí habían estado un poco desatendidos y hubo unos errores en su último pedido, pero les ofrecí un importante descuento y accedieron a darnos otra oportunidad. —Ella respiró con alivio—. Ay, Lucy, me encantaría que estuvieras conmigo —declaró Edmond con un suspiro—, hay tantas cosas que me gustaría enseñarte...

—Yo también quisiera estar allá, créeme. ¡Y ve pensando qué quieres hacer porque cuando llegues tendremos mucho que celebrar!

—Ya llegamos, Lucy —dijo Cecily al atisbar el remodelado edificio que alguna vez sirvió como sala cinematográfica.

Su amiga no la escuchó. Apenas un momento antes le pareció que Beatriz Yurrieta la observaba desde un automóvil. ¿Acaso era posible? La verdad era que la creía capaz de todo. Esa mujer era una mentirosa, una ladrona, una traidora... Sencillamente tenía mala entraña.

—¡Mira, Ceci! —exclamó estrujando su mano—. ¿Esa no es Beatriz?

Su amiga se volvió con rapidez.

—¿Dónde?

—En ese taxi.

Sin embargo, a pesar de haber estirado el cuello, la canadiense no pudo ver la cara del pasajero. Para entonces el taxi doblaba la esquina. Un empleado les abrió la puerta del lugar.

—No me hagas caso —pidió Lucía, avergonzada al ver su cara de preocupación—. Me estoy poniendo paranoica. Saliendo de aquí me internas en una clínica.

—OK. ¿Puedo pasar mis cosas a tu recámara?

Lucy sonrió por primera vez desde que salieron del departamento. La sesión de esa tarde le parecía especialmente difícil por varias razones. En primera, porque estaba exhausta y, en vez de poder dedicar su tiempo a descansar, tenía que ocuparlo en el estúpido enredo legal. En segunda, porque estaba nerviosa. La audiencia de desahogo de pruebas estaba en puerta y debía prepararse. Según le había explicado Juan Carlos, dicha audiencia era una de las más difíciles y desgastantes. Tendría que declarar en contra de Beatriz y convencer al juez, con palabras, con documentos, con peritos y con testigos que era ella la que decía la verdad. En tercera, porque, a sugerencia del abogado, la junta de preparación se realizaría fuera del despacho, en el centro cultural Bella Época.

«Para que recargues batería. Creo que el estar rodeada de libros, pinturas y buena comida te dará ánimos».

Debió haber dicho que no. ¿Cuántas veces pasaron sus tardes en espacios culturales durante su noviazgo? Y el centro cultural Bella Época le encantaba. El edificio era muy espacioso y su arquitectura, moderna y agradable, sobre todo en el interior. Con amplios y luminosos espacios, una sala de cine, cafetería y una de las librerías más grandes del país que tenía una zona para niños de ensueño.

Ahora, en el umbral del recinto, se daba cuenta de su necesidad. El telón de fondo que ella necesitaba para sus encuentros con Juan Carlos tenía que ser frío, serio, tan estéril como un pasillo de hospital. No uno que evocara los buenos tiempos entre ellos.

Se sentía vulnerable y odiaba esa sensación. Por eso no pudo rechazar el ofrecimiento de su amiga para acompañarla.

—¿Entramos? —preguntó aquella con expresión solidaria.

Lucía asintió con una mueca y antes de cruzar el umbral la pescó por el brazo.

—Acuérdate, eres mi conciencia. No me dejes hacer ninguna tontería.

Cuando el licenciado Legarreta las vio llegar juntas, enmascaró su sorpresa como los grandes. Solamente parpadeó una vez y luego las saludó con toda cordialidad y las invitó a tomar asiento. Lucy y Cecily se quitaron su chaqueta y su gabardina, respectivamente, acomodaron sus bolsas en el perchero que les acercó el camarero, comentaron algunas trivialidades, estudiaron la carta y ordenaron su merienda, aun a sabiendas de que aquella reunión *de trabajo* no iba a ser fácil para nadie.

Para su sorpresa, a pesar de lo ocurrido, Cecily no pudo reforzar su antipatía hacia el asesor legal. Estaba preparada para cortar de tajo sus actitudes impropias, para ayudar a Lucy a ponerlo en su lugar, pero él no coqueteaba con su amiga ni hacía comentarios inadecuados. Al contrario, la trataba con respeto y consideración, aunque era clarísimo que estaba pendiente de cada uno de sus gestos y de sus palabras. Como la vez que pidió al camarero azúcar morena para su té antes de que ella lo hiciera, cuando la animó a comer un poco más, sin mencionar que estaba muy delgada, y también cuando ella perdió el hilo de su conversación y le repitió palabra por palabra lo que había dicho. Eso sí, a veces parecía comérsela con los ojos.

Lucy, por su parte, se mostraba nerviosa. Se tocaba el cabello, cruzaba y descruzaba las piernas, lo escuchaba con el ceño fruncido, le daba respuestas

parcas.

Así arrancó la reunión, tropezándose en una bruma cargada de incertidumbre, de secretos y de silencios. Pero el deber es el deber y finalmente lograron concentrarse en su objetivo. Juan Carlos le explicó lo que iba suceder de una manera tan clara que Ceci casi se sintió en medio de una sala del Ministerio Público. Le mostró su guion, le pedía que lo repitiera, la hacía parafrasear, le comentaba acerca de su lenguaje corporal, le recordaba el objetivo de cada uno de los puntos que debía mencionar.

Finalmente llegó el mesero con la cuenta.

—Me alegra que haya venido, señorita Giraud —comentó Juan Carlos entonces—. La señorita Durán necesita mucho apoyo en esta etapa y me queda claro que su presencia la tranquiliza.

Ceci y Lucía intercambiaron una mirada y no pudieron evitar sonreír. Juan Carlos estaba más cerca de la verdad de lo que suponía. Entonces la atribulada perfumista se puso de pie.

—Disculpen, voy al tocador. No tardo.

En cuanto se perdió tras una estantería rematada con enredaderas, Juan Carlos se volvió hacia la extranjera y le dedicó una sonrisa cansada.

—Es extenuante —admitió mientras movía los hombros como para eliminar la tensión acumulada en ellos—. Pero vale la pena.

Cecily ignoró el comentario porque prefirió aprovechar la ausencia de su amiga para decirle al abogado:

—Lo felicito. Veo que ha cumplido su palabra.

Juan Carlos la traspasó con la mirada, había perdido su afabilidad.

—Pues sí. ¿Y usted?

Ambos tenían claro que estaban refiriéndose al intercambio que habían tenido hacía casi dos meses, cuando hablaron por teléfono por más de media hora.

Fue el día que Lucy acudió a su primera cita en el Ministerio Público, las tensiones de la jornada la habían dejado exhausta y se había ido temprano a la cama. Cecily miraba la televisión cuando sonó el teléfono. Se apresuró a contestarlo y la voz de un hombre demandó hablar con Lucía. Parecía estar borracho y su primer impulso fue cortar la llamada, pero el tono de voz del

extraño la detuvo.

—No cuelgue, por favor. —Y tras un suspiro que pareció salirle del fondo del alma, el hombre continuó—: Es mejor así. Nunca me tuvo paciencia cuando se me pasaban las copas, ¿sabe?.

Ceci sospechó entonces quién era su interlocutor. Volvió a considerar colgarle, pero parecía tan deprimido... El abogado aprovechó su titubeo para contarle cómo conoció a su amiga, de la primera vez que salieron, del día que le pidió que fueran novios.

—¿No sabe cuánto la extraño, señorita Giraud! —exclamó con sinceridad—. ¡Y me frustra muchísimo recordar la manera en la que terminamos!

Sonaba desesperado. Aun así, Ceci intentó hacerlo entrar en razón.

—Pero ella ya tiene una pareja, licenciado. Lo que usted dice sentir es totalmente inadecuado.

Se hizo un silencio, hasta que él finalmente admitió:

—Lo sé, créame que lo sé. Pero, a mi entender, no tengo otra opción. *Necesito* hablar con ella. Sé que se siente lastimada, pero ella también me lastimó. Me partió el corazón cuando rehusó aceptar mis disculpas. Cometí un error, cierto, pero estaba sumamente presionado y ella ya no me dio la oportunidad de enmendarlo. Ambos éramos muy jóvenes; ahora creo que el orgullo nos cegó.

—¿No le parece que es demasiado tarde para intentar arreglar las cosas, licenciado? —había replicado ella.

A lo que él respondió:

—Señorita Giraud, en mi trabajo uno aprende a evitar negociaciones de las que sabe que saldrá perdiendo. Créame, me queda claro que Lucía no tiene el menor interés en volver conmigo, pero, si he de ser sincero, en todos estos años no he encontrado una mujer como ella y no he podido dejar de lamentar las decisiones que tomamos entonces. Si tan solo pudiéramos hablarlo... si de algún modo pudiera yo saber que ella también se arrepiente de lo que hicimos, que valora lo que perdimos... Creo que eso me ayudaría a encontrar un poco de paz. ¿Me entiende?

Cecily sintió una punzada de pena por ese sujeto, pero ella tenía muy claras sus lealtades.

—Lamento que se sienta así, licenciado —dijo con frialdad—, pero mi principal interés es y será siempre apoyar a mi amiga. Así que sugiero que se «ponga las pilas», como dicen aquí y se porte como un profesional. Todo el drama personal que hubo entre ustedes no tiene cabida en el caso y solo vendría a complicar las cosas. Me parece que esta situación califica claramente como *conflict of interest* y, si algo como esto vuelve a suceder, le aseguré que apoyaré a Lucía en la búsqueda de un nuevo abogado.

Él guardó silencio a lo largo de un momento interminable, luego del cual exhaló y dijo con sequedad:

—Tiene razón, señorita Giraud. Lamento haberla molestado. Le doy mi palabra de que no volverá a ocurrir y le prometo que, incluso antes de cometer una nueva indiscreción, seré yo mismo quien se quite de en medio.

—Ojalá sea así. Mi amiga ya ha tenido suficientes disgustos.

Tras un titubeo, el abogado continuó:

—Yo sé que es mucho pedir, señorita, pero ¿podría evitar mencionarle a Lucy esta llamada? Fue una estupidez y lo reconozco, pero pienso que si ella se entera de lo que le dije, podría... no sé... tener una reacción desproporcionada.

Cecily lo meditó algunos segundos. Sabía que Legarreta tenía razón, además, su instinto le dijo que le estaba diciendo la verdad.

—*All right*, licenciado, si usted se compromete a tener un comportamiento intachable de aquí en adelante, Lucy no se enterará de esta conversación.

Al recordar su promesa, la canadiense quiso tranquilizar al abogado.

—Lucy no sabe que hablamos —aseguró.

Juan Carlos asintió con rigidez, sacó una tarjeta de su billetera y le hizo un gesto al camarero para que pasara por ella. Había perdido su energía.

Entonces Lucy regresó del baño y dijo disimulando un bostezo:

—¿Terminamos?

Él consultó su reloj y tomó unos papeles de la mesa.

—Bueno, sí, aunque me gustaría...

Pero Lucy no lo dejó continuar. Con una mano extendida en su dirección y un gesto de cansancio le pidió que parara.

—Por favor no me lo digas ahora. La verdad es que estoy muerta y quisiera irme a casa. Nos hablamos mañana, ¿vale?

Juan Carlos asintió con aire sombrío y mientras las perfumistas tomaban sus pertenencias del perchero, Cecily volvió a sentir aquella punzada de simpatía.

CAPÍTULO 14

Edmond llegó el miércoles a mediodía. A partir de ese momento se zambulló en el trabajo, pero para el viernes ya estaba listo para probar un poco de la vida nocturna que ofrecía la gran ciudad. No es que le gustara mucho hacer el ridículo en la pista de baile en una clase de salsa, sirviendo de blanco a las burlas cariñosas de su novia y sus amigos. Es más, ni siquiera le encantaban los ritmos latinos que eran la especialidad del lugar que Lucía había elegido, pero ella se mostró tan cálida a su regreso, tan contenta de verlo, que no habría podido negarle nada. Además, era un gusto verla bailar con sus colegas, incluso con Julien y su pareja quienes, a pesar de ser larguiruchos como él, sí sabían mover el cuerpo. Los mojitos y las empanadas estuvieron regulares, pero el agua de Jamaica con ron fue una novedad y, para rematar una noche excelente, Lucía se quedó a dormir en su casa.

—Extrañaba esto, *mon amour* —exclamó al colapsarse sobre la cama al lado de su novia. En cuanto pudo regular su respiración se volvió hacia ella—. Y extrañaba el verde de tus ojos, y pasar mis dedos por estos rizos. —Subrayó con un gesto sus palabras, para luego repartir besos por su hombro y su garganta—. Y tu piel tan suave...

Lucía se estremeció al contacto de sus labios. Cerró los ojos y sonrió, saciada. Entonces se acomodó sobre el pecho de su pareja y murmuró en la oscuridad:

—¡Qué bueno es tenerte en casa, amor! No había podido dormir muy bien en todo el tiempo que estuviste fuera.

A la mañana siguiente, tomaban el desayuno en una terraza cubierta que daba al jardín, el cual se mantenía verde a pesar de que el otoño estaba avanzado. Los diseñadores del mismo habían elegido bien: como plantas de fondo habían sembrado yucas, enredaderas y setos que mantenían sus hojas todo el año y pusieron también ejemplares de violetas, hibiscos y dalias que florecían en temporada de fríos. El césped era cuidado religiosamente por don Dimas, el jardinero, y mantendría su color hasta que llegaran las heladas. Además, la

temperatura promedio que solía tener la que fuera llamada *la región más transparente* por Humboldt y Fuentes permitía que otras plantas, como algunos tipos de rosas, alargaran su floración.

—Parece que el día estará fresco —comentó Edmond al contemplar el cielo brumoso.

Lucía levantó la vista de la sección del periódico que él le había compartido.

—No importa —dijo con una coqueta sonrisa—. Si quieres, podemos quedarnos todo el día en la cama.

—*Tempting, chérie* —respondió, plantando un beso en su frente—, pero sabes que debo ir a la oficina al menos un rato. Hay muchos pendientes acumulados. —Sin poder contenerse, tomó su celular y empezó a revisar los compromisos que tenía registrados en su calendario. Lucía hizo un puchero—. Regresando te llevo a comer sopa de cebolla al Churchill's. Sé lo mucho que te gustan las sopas en días como este. —Entonces una entrada llamó su atención—. Por cierto, se acerca la fecha de tu segunda visita al Ministerio Público. ¿Vas a querer que te acompañe?

Desde el momento en que Edmond reapareció en su día a día, Lucy se sintió más tranquila, incluso a pesar de que rechazó su ofrecimiento para acompañarla al Ministerio Público. Su respuesta había extrañado al canadiense, pero Lucy le explicó que ya se había acostumbrado a manejar el tema sola y no quería volver a depender de él para hacerlo. — —Además, ya me dijiste que tendrás que volver a viajar, amor. Y la verdad es que prefiero hacerme a la idea de que definitivamente no estarás conmigo en ningún momento, a tener la incertidumbre de cuándo sí y cuándo no.

De modo que Edmond se vio forzado a ceder, un poco a regañadientes.

Lucy no se arrepintió de su decisión. Continuó con su pesada carga de trabajo y mantenía contacto regular con Juan Carlos, pero agradecía el hecho de saber que su novio estaba allí, que podía comer con él a diario, contarle sus avances y

tropiezos y saber que dormiría, reconfortada, entre sus brazos. Asimismo, su presencia ayudaba mucho a calmar las... tentaciones (sí, lamentablemente esa era la palabra) que surgían en relación de la persona de abogado.

Por ilógico y desconcertante que fuera, le tentaba causarle buena impresión; le tentaba saber más de él; le tentaba provocarle sentimientos como añoranza, admiración, arrepentimiento. Pero con Edmond cerca, lograba darle a todo su debida proporción y se daba cuenta de que, al darle rienda suelta a sus deseos mezquinos, perdería mucho más de lo que podía ganar. Gracias a su novio, suprimía esos impulsos insanos por completo.

Sin embargo, un par de semanas después, esta protección resultaba innecesaria. Algo había cambiado: las únicas comunicaciones que recibió del despacho fueron de parte de Fabiola y de Laura. «Espero que no haya hecho berrinche porque le cancelé la última cita», se decía, «pero Edmond necesitaba que lo acompañara al evento de la Cámara de Comercio. Además, ¿no tengo por qué darle explicaciones!». Y no terminaba de entender el mal sabor de boca que la situación le provocaba.

En ese momento, el movimiento a su derecha la hizo regresar al presente. Estaba en una sala de juntas, sentada ante una mesa redonda con cuatro de sus compañeros. Entre todos analizaban las propuestas que se habían elaborado para el nuevo cliente, quien quería cremas corporales con aroma a postre para chicas de quince a veinticinco años.

Lucy recibió el último frasco de manos de su vecina, una colombiana que había sido contratada recientemente. Concentrándose en los estímulos que entraban por su nariz, analizó la fragancia. Tras unos momentos, emitió su veredicto:

—El que más me gustó fue el de galleta. El de dulce de leche también está muy bien.

—¿Y el de chocolate? —quiso saber la colombiana.

Lucy frunció los labios.

—No es que me desagrada, pero ya hay un producto en el mercado que huele a crema de cacao. —Un par de sus compañeros asintieron—. Mi sugerencia sería buscar algo más original, tal vez como el aroma del helado de pastel de queso

con zarzamora, ¿ya saben a cuál me refiero?

Otro de los perfumistas sugirió entonces hacer algo más local, que tuviera fragancia a piloncillo¹² y canela. La propuesta era riesgosa y Lucy iba a mencionarlo, pero entonces su teléfono vibró en el bolsillo de su bata de laboratorio. Entornó los ojos al ver el número que aparecía en el identificador de llamadas.

—Discúlpenme un momento —pidió mientras salía hacia el pasillo—. ¿Diga?

—Lucy, hola, habla Ricardo Elizondo. Quería decirte algo, pero necesito que me prometas que no vas a alarmarte, ¿de acuerdo? —Lucía sintió que algo se removía dentro de su estómago, pero respondió afirmativamente para que su viejo conocido pudiera continuar—: Sé que mañana es tu sesión de desahogo de pruebas en el MP, también sé que te has estado preparando bien. Estamos seguros de que no tendrás ningún problema —soltó una tosecita—, pero Juan Carlos me pidió que te avisara de que no podrá acompañarte.

Lucía sintió como si le hubieran vaciado un balde de agua helada sobre la cabeza. ¿La iba a abandonar? ¿Justamente ahora?

—¿Por qué? —reclamó airadamente, mientras pensaba: «¡Lo mato!» y «¡No otra vez!». ¿Cómo podría asistirle Fabiola? Esa mujer seguía frunciendo su boca colorada cada vez que trataba con ella. ¡Qué estúpida fue! ¿Cómo pudo confiar en Juan Carlos a sabiendas de cómo era?—. ¿Te dio una razón válida? —cuestionó con dureza.

—Tranquila, Lucy —insistió el abogado—. No hay por qué acelerarse. En ningún momento estarás sola. La licenciada Antillón, la especialista en patentes y derechos de autor que nos ha estado asesorando para tu caso, se ofreció a verte allá media hora antes de la cita para resolver cualquier inquietud que tengas. Ya la conoces, me dice Juan Carlos que hablaste con ella hace unos días y que sabes que estará presente en calidad de asesora. La estrategia no ha variado en absoluto, salvo porque será ella y no Juan la que lleve todo el numerito. También la licenciada Del Villar estará allí.

—¡Maravilloso! —espetó Lucía con desagrado—. ¿Y se puede saber cuál es el compromiso *tan* importante que tiene tu amiguito para dejarme colgada en un punto que, según sus propias palabras, es crucial en el proceso? —En los

segundos que siguieron, los nervios de la perfumista fueron subiendo a tal punto que dijo en un tono teñido de desesperación—: Anda, te escucho.

Ricardo exhaló incómodo o pesaroso, no había forma de saberlo.

—Lo siento, Lucy, pero no puedo entrar en detalles. Es un asunto confidencial. Como te dije en un principio, por favor, no te pongas nerviosa. Te estamos avisando con tiempo para que te hagas a la idea. La licenciada Antillón está más que capacitada para llevar el tema, solo que Juan Carlos quería darte apoyo adicional. Me ofrezco también a resolver cualquier duda que tengas. Es más, en cuanto colguemos le pido a Fabiola que me explique tu caso a fondo. Todo va a estar bien, te lo prometo.

Cuando Lucía colgó, gruesos lagrimones de frustración corrían por sus mejillas.

El día de la sesión, Lucía Durán, Cecily Giraud, la licenciada Del Villar y la licenciada Antillón descendieron de uno de los automóviles del despacho en el estacionamiento de las oficinas del Ministerio Público que Lucy ya conocía. Al momento de cruzar la explanada, no pudo evitar que llegara el recuerdo de su última visita, cuando Juan Carlos la había escudado de los periodistas en ese mismo lugar.

—A partir de que ingresemos al edificio —decía la licenciada Antillón mientras avanzaba con paso firme— es mejor que se separen. La licenciada Del Villar llevará a Cecily a la sala designada a los testigos. Le recuerdo, Ceci, que no deberá hablar con ninguna de las personas ahí presentes, salvo que sea un oficial o representante de la dependencia. Si alguien más se acerca a usted e intenta sacar a relucir cualquier tema relacionado al juicio, por favor, háganoslo saber.

Cecily asintió, estaba muy seria. Las amigas se miraron entonces y se abrazaron.

—*Good luck, dearest* —murmuró Ceci al oído de Lucía.

—También para ti, amiga —respondió ella, aspirando con agrado el tranquilizador aroma a coco de su champú.

—Ya es hora —interrumpió la licenciada Antillón con un tono tan seco como el del perfume que usaba y que Lucy asociaba con una mujer mucho más vieja—. Venga por acá, señorita Durán. Usted y yo iremos directamente a la sala de comparencias; será la primera en presentar testimonio ya que somos la parte acusadora.

Lucy la siguió al interior de una sala que en nada se parecía a lo que había visto en las películas. El mobiliario era viejo, las sillas eran de plástico y la jueza, tantas veces mencionada entre sus asesores, era una mujer bastante joven que usaba una chaqueta blanca en vez de una toga oscura. La licenciada Antillón la saludó de forma respetuosa y Lucy siguió su ejemplo. Juntas tomaron asiento ante una mesa rectangular, idéntica a la de la parte acusada, que se encontraba a su derecha.

A pesar de la pastilla para los nervios que se había tomado, la simple presencia de Beatriz le revolvió el estómago. Esta secreteó algo con su abogado, un tipo que a leguas inspiraba desconfianza, y la miró con una mezcla de aversión e ira.

—Lucy —susurró entonces la licenciada Antillón mirándola a los ojos—, no hay nada de qué preocuparse. Su caso es muy fuerte y solo hay que demostrarlo. Para eso estamos aquí. Únicamente tiene que hacer y decir lo que ha ensayado. Acuérdesse, yo estoy aquí para ayudarla. Si el abogado oponente le hace alguna pregunta irreverente, irrelevante o argumentativa, no le responda. Yo objetaré de inmediato.

Casi fueron tres días los que Lucía Durán tuvo que pasar fuera de la oficina. El desahogo de pruebas era una fase larga y a menudo frustrante. En especial cuando se veía forzada a escuchar a embusteros y envidiosos. Sin embargo, sus abogadas estaban satisfechas con los avances. O al menos eso decía Fabiola

cuando, a finales del segundo día, se topó con ella en el cuarto de baño.

—Todo bien, Juan Carlos —murmuraba sonriente. Detenía el teléfono entre su hombro y su oído mientras se secaba las manos con una toalla de papel—. Te lo aseguro, no tienes de qué preocuparte. La licenciada Antillón ha logrado que los testigos de la contraparte duden y se contradigan e incluso me parece que sembró dudas suficientes cuando contrainterrogó a Yurrieta. —Una vez que arrojó el papel usado en el cesto de basura, tomó sus anillos del mostrador y se los puso. Tan metida estaba en su conversación que no se dio cuenta de que Lucy la escuchaba—. En serio, no estoy inventando nada. Hoy en la noche paso a verte y te cuento todo con lujo de detalles. —Hizo una pausa—. Y hablando de otra cosa, ¿cuándo es el juego al que me invitaste?

La licenciada se despidió y guardó su aparato dentro de su bolso, del cual extrajo un labial. Fue entonces cuando Lucy dio un paso al frente, las mejillas acaloradas. Con ojos refulgiendo como ascuas encendidas preguntó:

—¿Entonces usted cree que todo va bien, licenciada?

Fabiola, quien había perdido la sonrisa, parpadeó un par de veces desde el espejo y respondió:

—Pues sí. Creo que las cosas se están dando como tiene que ser.

Lucía era consciente de que no debía decir nada más. Lo sabía. Pero no pudo evitar que las siguientes palabras escaparan de su boca:

—¿Con quién hablaba? ¿Con el *doctor* Legarreta? —subrayó con ironía—. Me sorprende que alguien tan ocupado tenga tiempo para preocuparse de los detalles de un caso como este. ¿Qué importancia puede tener limpiar el nombre de una persona cuando se pueden hacer millones en transacciones corporativas?

Las aletas nasales de la licenciada se dilataron con enojo.

—Para su información, señorita Durán, mi jefe se ocupa con el mismo cuidado de todos sus casos.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces por qué no ha puesto un pie en este lugar?

La licenciada enfrentó la mirada de Lucía en su reflejo y continuó en tono combativo:

—No sé cuál es la historia entre ustedes, señorita, y la verdad es que no quiero saberla. Pero si he de ser sincera, tengo que decirle que no me parece bien

cómo lo trata, ni cómo se dirige a él. Juan Carlos Legarreta es una persona que ha sufrido lo indecible, y no solo se levantó, sino que siempre va más allá. Es doctor en leyes, es un gran atleta, es una persona que promueve la responsabilidad social y sobre todo, es un profesional, en todo el sentido de la palabra. Si no está aquí —concluyó encarando a su rival, olvidándose del lápiz de labios que aún no había utilizado—, es porque tuvo serios problemas de salud. —Pareció complacida ante la expresión de asombro de Lucy—. Ahora, si me permite, voy a hacer mi trabajo.

Sintiendo que el aire no llegaba a sus pulmones, Lucía la vio salir. Un fogaño de mortificación la consumía. ¿Serios problemas de salud? ¿Cuáles? ¿Cómo estaba? Las piernas le flaquearon un poco y no tuvo más opción que entrar a uno de los cubículos, bajar la tapa de una de las tazas de baño y dejarse caer sobre ella mientras esperaba que el malestar pasara.

Solo bajo presión, Ricardo terminó por admitir que Juan Carlos estuvo hospitalizado. Aunque, por más que Lucy insistió, no quiso darle detalles.

—Él no quería que supieras, Lucy, y a pesar de ya se me fue la boca, pienso respetar sus deseos.

—¿Me puedes decir al menos si ya está mejor? —pidió ella en voz baja.

—Sí —admitió el abogado en tono conciliatorio—, ya está en su casa. Aunque no regresará a trabajar de inmediato.

A partir de ese momento, Lucía Durán estuvo intranquila. Pasó varios días con la imagen del abogado clavada en la cabeza. Quería verlo y no había manera de que lograra ahogar el impulso. Aunque la idea fuera muy mala, la había considerado más veces de las que podía contar; por otro lado, se repetía sí misma que los clientes no van a ver a sus abogados indispuestos, que debía comportarse como si realmente acabara de conocer a Juan Carlos.

Pero ninguna retórica de su parte logró acallar la verdad: no acababa de conocerlo, compartían una historia, y si cualquiera de sus amigos, incluso de sus

compañeros de trabajo, se encontrara hospitalizado, ella mostraría interés.

Varias veces se había preguntado: «¿Si los roles estuvieran invertidos, me gustaría que él viniera a verme?». La respuesta variaba, en ocasiones se decía que sí y un par de horas después ya no estaba tan segura. Lo que sí tenía por cierto, era que una total indiferencia le habría sabido muy mal. De modo que se puso un plazo para vencer el impulso de asegurarse en persona que su asesor legal estaba bien; de contarle, cara a cara, que el evento que había planeado con tanto cuidado resultó justo como él quería; de agradecerle sus esfuerzos.

Si para el jueves no lograba convencerse de que este contacto era innecesario, y si él no la buscaba antes por su cuenta, iría a visitarlo.

Su discusión con Fabiola había atizado su conciencia. Aunque seguramente la licenciada la había sermoneado con otra intención, sin quererlo logró que Lucía dudara más que nunca de sus prejuicios hacia su expareja. La noche anterior, mientras estuvo esperando la llegada del sueño, empezó a darse cuenta de que se empeñaba en juzgar a Juan Carlos por un solo suceso. Terrible, ciertamente, pero que no cancelaba todo lo bueno que había hecho en su vida. ¿Acaso ella no cargaba también con una culpa insoportable? Y a pesar de ello estaba convencida de que merecía una segunda oportunidad. Lo cual la convertía en una gran hipócrita.

Avisó, pues, a Cecily de que llegaría tarde. Cuestionó una vez más la sensatez de su decisión. Pero como la respuesta la eludía, tuvo que arriesgarse a averiguarla por sí misma.

En cuanto dio la hora de la salida, tomó su teléfono y buscó la dirección que le había dado Ricardo en el mapa satelital.

—¿Estás segura de lo que haces? — había preguntado, muy serio, el amigo de Juan Carlos—. No se vale que le des falsas esperanzas.

—Y eso es lo último que quiero hacer —aseguró ella—. No iré si no crees que sea conveniente. Pero creo que ha llegado el momento de hacer las paces.

Ricardo resopló, todavía no muy convencido.

—Ricardo —continuó ella en tono afable—, solo le llevo unas flores. Si siento que la situación no se presta, te prometo que no le digo nada más.

—Está bien, Lucy, no soy nadie para decirte qué debes o no hacer, pero por el

bien de Juan Carlos, espero que cumplas tu palabra.

Poco después, agregó en un murmullo:

—¿Quién sabe? Tal vez tu ofrecimiento a fumar la pipa de la paz lo ayude a aceptar mejor todo lo que está pasando.

Cargada de dudas, Lucía trepó a su auto y enfiló hacia el departamento de él, ubicado en Las Águilas.

El edificio era bonito; la colonia, cara.

«Lo lograste, Juan Carlos», pensó con nostalgia mientras le entregaba su identificación al guardia de la caseta de vigilancia. En su camino al elevador se topó con varias rampas, muda referencia a la cotidianidad de Juan Carlos. Sintió una opresión en el pecho y se quedó allí, sin poder dar un paso más. No se decidía. Pasó varios minutos en ese pasillo oscuro, pues la luz se activaba con un sensor de movimiento. ¿Se estaba equivocando? Ricardo pensaba que sí; Cecily, en cambio, creía que era un acierto. ¿Y ella? ¿Qué le decía su propio instinto? Sabía con certeza que tenía ganas de verlo, pero tal vez esa visita no había sido la mejor idea. ¿Y si complicaba las cosas? Tal vez debía regresar. Todavía estaba a tiempo.

«¡Vamos, Lucy! Tú ya no corres de las situaciones difíciles».

Cierto. Ahora era mucho más fuerte. Salió de la penumbra y se coló al elevador, donde pulsó con nerviosismo pero sin titubeos el botón que la llevaría al octavo piso. Para cuando puso su dedo sobre el timbre del número 811, su corazón traidor latía alocadamente. ¿Y si Juan Carlos no estaba? Nunca llamó para cerciorarse. Tal vez había ido al doctor. Tal vez...

—¡Virgen Santísima! —Doña Mercedes había soltado la escoba que traía en las manos y la envolvió en un apretado abrazo que provocó que sus ojos se humedecieran—. ¡Lucy, *mija*, qué sorpresa! Pasa, pasa, por favor. Estás en tu casa. ¿Cómo has estado? Pero qué pregunta, por supuesto que estás bien. Mírate, tan guapa y elegante. ¿Y tu mamá? ¿Cómo está ella?

—Bien, doña Meche —alcanzó a contestar, agachándose para recoger el instrumento de limpieza. El aroma a limpio, a pan recién horneado y a claveles, que siempre asoció con la madre de Juan Carlos, llevó a su cabeza una abrumadora cantidad de recuerdos. Ya se le había olvidado lo mucho que quería

a esa mujer, quien encarnaba su concepto de *hogar*. A pesar de estar sola, Mercedes siempre supo hacer uno para su hijo. Imparable, sonriente y cariñosa la hizo sentir bienvenida desde el primer día.

—Deja eso, *mija*, pasa. Siéntate, por favor. ¿Puedo ofrecerte algo de tomar? ¿Un tecito?

Lucía asintió, pues el nudo que tenía atorado en la garganta no le permitió hablar. Afortunadamente, Mercedes desapareció en la cocina y la recién llegada ganó unos preciosos minutos para tranquilizarse. «Ya. Todo bien», se dijo exhalando despacio. Empezó a estudiar sus alrededores. Lo que vio le gustó, y mucho. El departamento era acogedor y moderno y combinaba bien con las artesanías que decoraban superficies horizontales y verticales.

—Tengo yerbabuena, fresquecita del mercado, hojas de naranjo y anís estrella... —llamó Mercedes desde la cocina—. Ah, y también unos que compra Juan Carlos que saben a frutas. ¿Cuál prefieres?

La verdad era que a Lucy no le apetecía nada, pero pidió un té de yerbabuena.

—¿Azúcar? ¿O prefieres de esas cosas sintéticas?

—¿Tendrá azúcar morena, doña Meche? Si no, no hay problema. Así está bien.

Pocos minutos después, los ojos de Lucía se posaron sobre una bandeja de plata cubierta con un immaculado trapo deshilado; la vajilla era de Talavera¹³ y el aroma de yerbabuena penetró sus fosas nasales, fresco y tranquilizador. Se alegró sabiendo que pronto la taza de infusión traería calor a sus manos heladas. Su exsuegra, hacendosa como siempre, también había servido un par de rebanadas de panqué.

—Es hecho en casa, Lucy. De nata.

—Gracias, doña Meche. No se hubiera molestado.

—Dime Mercedes, por favor; o Merci, si quieres.

—¿Con quién hablas, mamá?

Se escuchó el chirriar de la silla de Juan Carlos sobre el parqué antes de que este apareciera por el pasillo. Lucía perdió el color; la cálida recepción de Mercedes la había desequilibrado de tal modo que por un momento la razón

principal de su visita quedó en pausa. Lo miró con atención, buscando signos de su enfermedad.

Por primera vez desde su reencuentro, Juan Carlos no vestía traje. Traía puestos unos vaqueros y una sencilla playera de algodón de cuello en V y manga larga. ¡Diantres! A pesar de que se le notaba algo demacrado, con ese *look* le pareció aún más atractivo que con sus caros trajes. Pero eso no debía interferir con su misión de paz. En Francia había conocido a muchos hombres guapos y aprendió a tratarlos con naturalidad. Pretendería que su ex fuera uno de ellos.

—¡Mijito, mira quién vino a visitarnos!

—¿Qué estás haciendo aquí, Lucía? —demandó el recién llegado con ojos entornados.

Ella, que había recogido del sofá el ramo de rosas blancas, se quedó congelada.

—¡Juan Carlos! —exclamó su madre, espantada por sus modales. Pero él no pareció escucharla.

—Venía a decirte cómo nos fue en el MP —dijo Lucy enfrentando su mirada.

—Ya me lo dijo Fabiola. Felicidades —respondió él, el ceño fruncido.

Ella acomodó las flores sobre su regazo.

—También venía a darte las gracias... —Juan Carlos cruzó los brazos—. Y a ver cómo sigues —añadió mientras que por fin entregaba su pequeño presente.

Después de un leve titubeo, Juan Carlos lo recibió y clavó en ella sus ojos profundos. El mundo parecía haberse detenido.

—Diosito santo, ¡qué cabeza la mía! Se me olvidó comprar el pan para la cena. Regreso en un momentito, muchachos.

La pobre Mercedes estuvo unos minutos dando vueltas por el departamento como una gallina descabezada: primero fue por la cartera, luego por las llaves, también por un suéter. Cuando por fin desapareció, ambos se relajaron un poco.

—Gracias, Lucía —dijo él en tono seco—. No debiste molestarte.

Ella suspiró hondo e irguió cada centímetro de su corta estatura.

—Sí debí. —Se miró las manos, en busca de valor—. Mira, Juan, lo he estado pensando y llegué a la conclusión de que el pasado no puede determinar nuestro

presente. Podemos aprender de él, sí, pero no es sano arrastrar rencores. —El abogado arqueó una ceja elocuente, que la perfumista prefirió ignorar—. Ya sé que he estado un poco a la defensiva. No pongas esa cara. Está bien, quizás un mucho, pero no puedes culparme por ello.

—No lo hago, Lucía —exhaló él con impaciencia—. Ya no.

La perfumista sintió una punzada en el estómago, pero siguió adelante.

—A lo que quiero llegar es que he estado pensando y creo que tienes razón. —Juan Carlos ladeó la cabeza con curiosidad—. Por algún capricho del destino nos hemos reencontrado y, a pesar de que tenemos algunos temas... —buscó la palabra adecuada— *sensibles* entre nosotros, nuestros conflictos se dieron hace mucho tiempo. No hay razón por la que no podamos llevar una relación cordial en el presente.

—Pensé que no creías en el destino —apuntó él, a lo que ella solo pudo balbucear:

—Ya ves, resulta que sí —y tras algunos segundos agregó—: Entonces, ¿qué dices?

—¿Estás hablando de iniciar una amistad, Lucía? —replicó él, inexpresivo.

Ella se sonrojó intensamente. Retorció la cadenita que colgaba de su cuello.

—Digamos que vengo a ofrecerte una tregua. Estoy cansada de estar a la defensiva. A veces me da la impresión de que somos un par de puercoespines; siempre con las púas listas para atacar. Podríamos empezar por tutearnos, conversar con mayor naturalidad...

Guardó silencio. La expresión de Juan Carlos no era muy amigable. Por un momento se sintió como una estúpida. Miró su bolso, tentada a tomarlo y despedirse cuanto antes, pero entonces Juan Carlos suspiró.

—Tienes razón, Lucy —aceptó con el mismo cansancio que ella sentía—. Es lo que he venido diciéndote desde el principio. El trabajo será, ciertamente, más llevadero. Aunque tengo una pregunta: ¿me puedes decir por qué el cambio de parecer?

Lucía se mordió el labio. Estaba tan serio, tan distante. Tenía que encontrar palabras que no lastimaran su orgullo.

—Fue todo un proceso, créemelo. Un proceso difícil y no te culpo si...

después de todo lo que pasó piensas que soy insoportable. —Las comisuras de los labios de él apuntaron brevemente hacia arriba como confirmando esa noción—. Créeme, me desgasta portarme así. ¡Además, ya no viene al caso! Como te dije antes, me gustaría poder tratarte más normal. Hablar contigo como una persona civilizada. Saber qué ha sido de tu vida...

Ante esta última frase Juan Carlos alzó la cabeza repentinamente. Entonces giró su silla y la acercó al ventanal, de donde tenía una preciosa vista a una cañada. Los segundos corrían.

—Me parece bien —dijo tras un silencio eterno—. Supongo que podemos hacer el intento de hablar, como tú dices, como personas civilizadas. Dime, ¿de qué te gustaría conversar?

Lucía avanzó hasta ponerse a su lado, a un metro de distancia. Al igual que él, fijó su vista en los árboles.

—¿Por qué estuviste hospitalizado?

Juan Carlos soltó una risita sin humor.

—Esa no es una pregunta que cabe en una conversación casual Lucía.

Ella reprimió el impulso de retorcerse las manos.

—Lo sé, y perdóname por hacerla, pero he estado preocupada. Nadie me ha dicho qué tienes.

Juan Carlos le lanzó una rápida mirada por el rabillo del ojo.

—Infección urinaria —aceptó reacio—. Es algo común en gente como yo. Punto.

—Pero ya estás mejor, ¿verdad? ¿Cuándo vuelves a trabajar?

—El lunes, ¿por qué la pregunta?

Ella encogió un hombro.

—No sé, quizás ya me acostumbré a que mi asesor legal me traiga hasta el copete con ensayos, advertencias y consejos.

Juan Carlos soltó una risotada, tan natural y espontánea que Lucy sintió que le volvía el alma al cuerpo.

—Pensé que lo odiabas —aseguró, volviéndose hacia ella e invitándola con un gesto del brazo a regresar a la sala.

—Pues sí, pero resulta eficiente.

El abogado asintió, y, con una sonrisa a medias que le cortó la respiración a su interlocutora, agregó:

—¿Puedo hacer una pregunta ahora?

—Adelante.

—¿Cómo diste con tu departamento?

A Lucy le pareció que era una pregunta extraña, pero no era ningún secreto. De modo que relató la anécdota mientras acunaba su té entre las manos. Su anfitrión le ofreció recalentarlo y ella contempló con admiración la soltura con la que él se desenvolvía en su espacio. Con gracia, sin desperdicio de movimientos.

—¿Cuándo te... accidentaste? —murmuró con aire triste.

Hablaron sin parar a lo largo de la siguiente hora y media, si no como dos amigos, al menos como conocidos que se reencuentran. La señora Mercedes volvió en algún momento, cargada de su bolsa de pan, pero pronto se escabulló a su recámara. Finalmente se hizo una pausa. Ya habían hablado de pasatiempos, gustos de lectura, ciudades favoritas, y del tema de sus profesiones pasaron al de sus respectivas madres.

—Doña Chelo sigue teniendo el carácter fuerte —comentó él de pronto—. ¿Cómo tomó la noticia de que venías a verme?

—No lo sabe —confesó Lucía, apenada—. Nadie más que Cecily sabe que estoy aquí.

Él se puso serio y dejó de hablar. Pensaba quién sabe qué cosas mientras se tallaba la barba con el pulgar.

—O sea que Doudelet no está enterado. ¿Piensas contárselo?

Lucy lo miró incierta. Desanimada, se reclinó hasta apoyar la espalda en el impoluto cojín del respaldo.

—No lo sé. Ahorita no creo que venga al caso.

Con los dedos el abogado rompió un trozo del panqué que había sobre la charola y se lo metió en la boca.

—OK, Lucy, no voy a presionarte en ese aspecto, aunque tienes que considerar que si tu trato hacia mí va a cambiar, tendrás que darle alguna

explicación y deberás contármela para que no vaya a echarse de cabeza. Pero hay algo que quiero poner sobre la mesa. Algo que, al menos para mí, es muy importante. De otra forma, creo que prefiero que sigamos como hasta ahora.

Lucía lo miró con asombro. ¿Qué podría ser más importante que llevar la fiesta en paz? Sin embargo, era algo gordo, pues la expresión de Juan Carlos era muy intensa.

—Dime, te escucho —murmuró ella.

—Quiero que me prometas que en algún momento antes de que acabe el caso hablaremos de nuestro rompimiento una última vez.

Ella estuvo a punto de atragantarse con el té.

—¿Qué? ¿Pero por qué?

La silla de Juan Carlos estaba cerca, sus rodillas se tocaban. Mantenía sus ojos en ella y en su mirada había un dejo de tristeza, el cual quiso disimular con un casual encogimiento de hombros.

—Digamos que hubo cosas que se quedaron sin decir desde entonces y quisiera sacármelas del pecho.

12 Azúcar morena compactada.

13 La Talavera es un tipo de cerámica elaborada con técnica europea la cual fue introducida a la ciudad de Puebla, México, por los españoles en el siglo XVI pero cuyo diseño se modificó con el toque local.

CAPÍTULO 15

Un punto importante a considerar durante la evaluación de un limpiador de pisos es la duración de la fragancia. Para realizar dicha consideración, AIR contaba con cubículos acristalados de piso a techo, donde: (a) el producto era aplicado sobre el piso; (b) se cerraban las puertas y (c) tras una hora de espera se abrían de nuevo para ver cuál de las fórmulas había durado más y si conservaba sus notas esenciales.

Cecily estaba a punto de comparar tres propuestas cuando su amiga llegó y la invitó a participar en el proceso. Lucía accedió de buena gana, colocándose a su lado.

—¿Lista? —inquirió la evaluadora justo antes de abrir la primera puerta, donde habían usado la fórmula que tenía como nota principal el dulce aroma de lirio del valle.

Ambas aspiraron profundamente, retuvieron el aire, exhalaban con lentitud, repitieron el proceso; como queriendo exprimir los efluvios de la fragancia. Luego hicieron lo mismo con las otras dos muestras: la que tenía predominancia de lavanda y la de manzana verde.

—¿Y bien? —quiso saber Cecily mientras anotaba sus observaciones en el formato que llevaba entre las manos.

—Creo que la mejor es la que tiene lirio del valle —valoró Lucía.

Cecily asintió, conforme. La opinión de su amiga reforzaba su decisión de defender con ahínco su fórmula favorita en la reunión que tendría con la perfumista y el vendedor a cargo.

—*Me too*, aunque el vendedor tiene una obsesión con la lavanda. —Firmó el formato—. En fin, ya veremos qué pasa.

Fue hasta entonces que se dio cuenta de que Lucy tenía esa expresión complicada que la canadiense había aprendido a asociar a «cuestiones de Juan Carlos».

—Lucy, *what's the matter?* ¿Es algo de *tu tema legal?*

Lucía asintió, pero antes de que saliera palabra alguna de su boca, Cecily cerró la puerta de la zona de pruebas. Ahora que Edmond estaba en México, había que evitar a toda costa que alguien las escuchara hablando del abogado. Lucy ya le había dicho lo de la enfermedad de Juan Carlos, lo cual fue un gran alivio, pues llegó a temer que la plática que sostuvo con él en el centro cultural hubiera provocado su ausencia en el caso de *Eclipse*. Luego fue testigo de la lucha que su amiga sostuvo consigo misma en relación a contactarlo o no. Incluso, cuando Lucía pidió su opinión, ella —que estaba convencida de que los rencores son una carga innecesaria—, apoyó la idea.

Por eso, para que Lucy le contara todos los detalles de su visita al departamento de Juan Carlos, la noche anterior había regresado temprano de la cena con su pretendiente. Y vaya si su amiga se mostró sacudida. Para empezar, no podía creer que hubiera pasado tanto tiempo en ese lugar.

—Ahí me tienes, *a mí* —le dijo sentada en flor de loto sobre el sofá que solía ocupar en la sala—, que le había guardado rencor por años, cenando tamales con él y con su mamá. Ella fue súper amable, imposible decirle que no. Me saludó con el mismo afecto con el que lo hacía cuando su hijo y yo éramos novios. No creo que haya sido fingido, Ceci. Ella no es ese tipo de persona; si la conocieras entenderías lo que te digo.

También le contó detalles de la plática privada que tuvo con Juan Carlos, la cual fue, según su propia calificación había sido:

—... al principio tensa, rígida. A él, no le gusta hablar de sus problemas de salud, por eso me sorprendió que mencionara su accidente sin tanta reserva. ¡Fue horrible, Ceci! ¡No sé cómo no se dio por vencido! Luego hablamos de cosas de todos los días, de nuestros planes, de nuestras rutinas y para cuando me di cuenta estaba disfrutando la charla. Realmente disfrutándola. Hasta que salió con lo de hablar de nuestro rompimiento.

Por ahí venía la cosa, Cecily podía sentirlo en sus huesos.

—So? ¿Ya te decidiste? —preguntó.

—Pues sí. Después de mucho pensarlo, llegué a la conclusión de que, cuando al fin tengamos esa plática, podré considerarme oficialmente curada. Empiezo a ver las cosas de otra forma, ¿sabes? Sí, sufrí mucho cuando Juan Carlos y yo

rompimos, pero de otra manera no me hubiera ido a Francia ni habría conseguido este empelo. Tampoco habría conocido a Edmond. La verdad es que creo que el destino o Dios o como quieras llamarlo nos puso juntos para darnos la oportunidad de sanar. —Hizo una pausa, inspiró muy hondo y echó los hombros hacia atrás—. Por eso le llamé hace rato y le dije que estaba bien, que aceptaba que habláramos del pasado cuando todo el rollo legal termine.

Cecily se estiró desde su asiento y asió las manos de su amiga.

—¿En serio? —dijo emocionada—. *Good for you, Lucy!* ¡Qué bueno!

Si Lucía Durán pensó que ella había sido la única que no había podido dormir por darle vueltas a todo el asunto, estaba muy equivocada. Una vez que dejó el departamento de Juan Carlos, él y su madre recogieron los platos en silenciosa armonía; luego ella empezó a lavarlos y él tomó una toalla para secar.

—¡Vaya sorpresa! —dijo Mercedes pasándole una taza limpia.

—Y que lo digas —murmuró el otro, con la vista puesta en la loza pero la mente fija en la mujer que había llegado a poner patas arriba tanto su estado de ánimo como su esquema mental.

—Sigue estando *re'chula*, ¿verdad?

Juan Carlos la miró de reojo.

—Alto ahí, Mercedes. No empieces con tus cosas. Esa mujer tiene pareja.

Ella enjabonó con aire inocente, enjuagó y le tendió unos cubiertos.

—¿O sea que está casada?

—No, pero tiene novio.

Juan Carlos ya había guardado los cubiertos y tuvo la oportunidad de apreciar la transparente expresión de su madre, para quien el lazo del matrimonio era indisoluble, mientras que el del noviazgo... ¡Por todos los cielos! Ahora iba a estar fastidiándolo día y noche. «Muchas gracias, Lucía».

Tal como temía, antes de que pudiera atrincherarse en su recámara, Mercedes le soltó:

—Ya sabes lo que dicen: *Donde hubo fuego...*

Y para colmo añadió que se notaba claramente que no solo Juan Carlos seguía prendado de Lucía, sino que ella también lo estaba de él.

«No le hagas caso», se dijo a sí mismo mientras reacomodaba su almohada otra vez. «No es objetiva. Está obsesionada con que encuentres pareja». Sin embargo, no podía dejar de ver en la pantalla de su memoria las sonrisas de Lucía, sus gestos animados, el brillo de sus ojazos, la forma en la que tocaba el colgante de su cadenita; ni podía olvidar su tono de su voz ni el cautivador aroma de su perfume. ¡Diablos! Si esa atracción irracional era el efecto que *Eclipse* buscaba despertar en los hombres, Lucía era un genio.

Unos meses antes habría dado lo que fuera por una visita como aquella, pero ahora que la mujer de sus obsesiones había tirado las defensas que él había erigido alrededor de su corazón con tan solo el ligero batir de un ramo de flores; ahora que la tapa que había puesto a sus sueños se había resquebrajado, se sentía de nuevo en terreno peligroso. Para colmo, la inesperada llamada de Lucía a la mañana siguiente, lo empujó un poco más hacia el precipicio. Iba a cometer una tontería, podía sentirlo.

Para las seis de la tarde de ese mismo día, sucumbió. En un momento de debilidad, había marcado su teléfono.

—Buenas tardes, señorita Durán —dijo cuando ella le contestó—. ¿Qué tal su día?

—Bien... —Lucía pareció titubear—. ¿Y el tuyo?

—No me quejo. Hablaba para ver si, teniendo en consideración los eventos del día de ayer, quisiera tratar su caso conmigo, o si prefiere que sea la licenciada Fabiola quien esté a cargo.

—¡No, por favor! —dijo Lucy con más vehemencia de la que se esperaba—. Por supuesto que quiero que tú lo lleses. Borrón y cuenta nueva, ¿no? En eso quedamos.

—Así es, señorita...

—Lucy, Juan Carlos. No seas payaso.

—Lucy —repitió él con una gran sonrisa—. Solo quería estar seguro y, bueno, como tu abogado te digo que necesitamos vernos para hablar de la sesión

con los peritos. Aunque no creo que tengas ningún problema en ese frente, me parece importante que sepas qué cosas debes recalcar con ellos.

—Está bien —replicó ella sin mucho entusiasmo.

—¡Ánimo, Lucy! Después de esa prueba ya no tendrás que hacer nada más que esperar el veredicto del juez. El final del proceso se acerca. —Su estómago se revolvió ante esa cruda verdad. Dentro de poco, no la vería más. Como Lucy no decía nada, Juan Carlos agregó—: Por cierto, mi mamá me pidió que te dijera que quiere invitarte a cenar otra vez. ¿Te sigue gustando el caldo tlalpeño¹⁴? Si le aceptas la invitación, tal vez podamos aprovechar y matar dos pájaros de un tiro.

Silencio. Y luego:

—Juan Carlos, les agradezco mucho, pero yo...

Él se tragó su desencanto.

—Si no puedes, lo entiendo —agregó rápidamente—. Solo era una idea. Ya la conoces. Le encanta cocinar y se acordó de que te gusta mucho ese platillo.

—Sí me gusta mucho, pero...

—No te preocupes, yo le explico.

—Otro día, ¿va?

—Otro día será, y con respecto a la sesión que tenemos pendiente: ¿te parece bien que revises tu agenda y me llames para decirme cuándo y a qué hora?

—Está bien.

El abogado cerró los ojos, sintiéndose todavía peor que antes de la llamada. Su desesperante esperanza lo estaba aplastando.

—Nos vemos, Lucy. Que descanses.

Algunas semanas después la presión estaba a tope. Lograr que las *narices* coincidieran había sido un triunfo. Finalmente la cita se había concretado para finales de mes y, ahora, Juan Carlos y Edmond estaban buscando un terreno

neutral en el cual tanto Lucía como Beatriz pudieran elaborar el perfume bajo estricta supervisión. Por otro lado, su novio estaba por irse a Los Ángeles de nuevo; la oficina de allá ya estaba funcionando, pero todavía no tomaba el ritmo adecuado. Para colmo de males, Consuelo no estaba contenta. De hecho, cuando se enteró de que su hija y Juan Carlos habían hecho las paces, en vez de alegrarse puso el grito en el cielo y tachó a Lucía de ridícula, ingenua e inmadura.

Lucy no tenía ganas de escuchar sermones ni de aguantar malas caras, por lo que decidió cancelar una ida al teatro que habían planeado hacía tiempo. Estaba decidida a no permitir que los cáusticos comentarios de su madre le hicieran mella. Se sentía contenta, tranquila y creía estar avanzando por el camino correcto.

—¿Y entonces con quién vas a ir? —inquirió Cecily.

Lucía lo pensó un poco.

—Con Julien, supongo. Él tiene debilidad por los musicales.

—¿Tú crees que quiera ir sin su amorcito?

Lucía sacó un par de vestidos de su *clóset*.

—Me preocupa más que se ofenda por ser invitado en último momento. Deja le llamo de una vez... ¿Julien? Adivina qué. Acabo de conseguir dos boletos para *Jersey boys*. ¿Quieres ir conmigo? —Quedaron de verse a la entrada del recinto una hora antes de que empezara la obra. Cuando colgó, Lucía se mostró satisfecha—. Te lo dije, no puede resistirse al *glamour* de una obra musical. Vamos a tomarnos una copa antes de la función en el barecito que está al lado. Ahora, pruébate estos vestidos. Tienes que verte preciosa para tu cita de hoy.

A Cecily se le iluminaron los ojos. Llevaba algunos meses saliendo con Alejandro Espinosa, un auditor divorciado contratado por la empresa para supervisar sus procesos con vistas a una certificación internacional. Él era un hombre tímido, callado, pero una vez que salía de su caparazón resultaba ser la persona más cálida, amable y solidaria que ella hubiera conocido.

Como Lucy bien sabía, ella había vivido una relación con un hombre que era justo el otro lado de la moneda, y las cosas terminaron con gritos y un empujón por las escaleras que la llevó a la sala de emergencias de un hospital.

En Alejandro, Alex, como le decían sus amigos, Cecily había creído encontrar al candidato perfecto para una relación formal. De modo que aceptó el precioso vestido de cóctel que su amiga le ofrecía y le permitió que se diera vuelo y aplicara en su rostro los trucos de maquillaje que había encontrado en internet.

Cuando Lucía lo contactó pocos días después, agregó una curva peligrosa a la montaña rusa de las emociones en la que ambos se habían subido meses atrás: no solo agendó su siguiente cita, sino que inesperadamente había aceptado la invitación a cenar que Juan Carlos ya daba por rechazada.

—Solo te pido que no hablemos del caso —imploró mientras el abogado intentaba sofocar su entusiasmo—. La verdad es que el asunto me tiene harta. Además, me encanta platicar con tu mamá y si nos metemos a detalles legales ella se puede sentir excluida de la conversación.

Así las cosas, Legarreta tuvo que pedir a Mercedes que sacara su recetario, escuchó su «Te lo dije» sin rebatirla demasiado y fue a comprar flores frescas para adornar el salón. Lucía llegó, hermosa, en uno de sus vestidos de revista, cargando con una canastita de galletas para el postre. Pasaron un rato de alegría melancólica en el cual Juan Carlos observó a las dos mujeres más importantes de su vida riendo de una anécdota varias veces contada. «¿Por qué», se preguntó al sorber un poco de vino, «siento alfileres en el corazón si ahorita tengo todo lo que quiero?» La respuesta llegó casi de inmediato: «Porque es un momento robado».

Consciente de ello, una vez que terminaron de cenar él le propuso a Lucía que salieran a dar una vuelta por las áreas verdes del fraccionamiento. Para su sorpresa y deleite, ella aceptó de inmediato, abrazó a Mercedes agradeciéndole la cena y tomó su abrigo. Avanzaron despacio por la acera que corría al lado de la pista de bicis. Estaba dispareja y Lucía titubeó.

—No hay de qué preocuparse —aseguró el abogado—. Me sé cada uno de los hoyos y los baches. Es transitable. Te lo aseguro.

El aire estaba frío y corría, como dedos de ultatumba, sobre la piel de los paseantes. Aun así, en el jardín todavía había movimiento. Unos adolescentes sonreían burlonamente mientras contemplaban cómo uno de sus compañeros huía de los embates de una chica con guantes de *box*.

—¿Y eso? —quiso saber Lucía.

—Dan clases en el gimnasio de aquí. No son muy buenas, pero los chavos se mantienen entretenidos.

—¿Estás cómodo? —preguntó ella cuando el viento arreció, empeñado en robarse las pocas hojas que se aferraban a las ramas de los árboles cercanos—. ¿No tienes frío?

—Para nada —aseguró él, mientras cerraba el último botón del suéter de lana, pero Lucía no pareció satisfecha. Se aseguró de que su abrigo estuviera bien cerrado y se quitó la chalina que traía anudada alrededor del cuello. Una vez extendida, esta era un rectángulo de considerable tamaño, con el cual cubrió las piernas de Juan Carlos.

Seducido con la dulzura del gesto, pero aún más con su proximidad, él la dejó hacer.

—Gracias —murmuró muy cerca de su oído justo antes de que se enderezara. Lucía se volvió hacia él. Su boca estaba demasiado cerca, entreabierta, tentadora. Sin pensarlo, se inclinó un par de milímetros hacia ella. Entonces, una voz cascada por la edad se escuchó a pocos pasos de ellos.

—¡Mira, viejo, el señor Legarreta ya tiene novia!

—Calla, mujer, ¿qué no ves que los estás avergonzando?

El hombre parecía estar en lo cierto. Lucía había respingado, por sus mejillas corría un incendio. A Juan Carlos, sin embargo, el comentario le sacó una risita. ¡Lo que no daría porque eso fuera cierto! Dio las buenas noches a los inoportunos vecinos e hizo avanzar su silla, siguiendo a la perfumista que había apretado el paso.

—¿Y cómo está Fabiola? —preguntó ella, con voz aguda, cuando la alcanzó.

Juan Carlos se aseguró de mantener una expresión neutra. Entre esas dos había una antipatía marcada, pero Lucy solía usarla de escudo cada vez que la química entre ellos empezaba a manifestarse. A juzgar por sus comentarios, la

perfumista creía que él y su abogada *junior* tenían algún tipo de interés romántico en el otro y Juan Carlos no hizo mucho por sacarla de su error, pues se dio cuenta de que aquella idea le tranquilizaba la conciencia.

—Bien, gracias. Mañana va a acompañarme a mi juego —anunció con perfecta indiferencia.

La postura de Lucy se volvió tensa e hizo mucha alharaca para acomodarse los rizos que se le venían a la cara.

—¿Juego de qué? —preguntó con aire demasiado casual.

El abogado sintió una flanita de esperanza encendiéndose en su pecho. «¿Acaso le molestaba que viera a Fabiola fuera del trabajo?»

—De *handball*. Llevo ya varias semanas de flojo. Es hora de que me reincorpore.

Lucía asintió, la vista perdida en la lejanía.

—Se hace tarde, creo que es mejor que regresemos.

Se vio obligado a ceder, pero cuando iban de regreso dijo sin pensar:

—Huele a tu perfume.

—¿Perdón?

—La chalina huele a tu perfume. Ya nunca podré oler mandarinas sin pensar en ti.

Lucía parpadeó un par de veces, como queriendo disimular el velo de tristeza que había caído en sus ojos.

—Por favor, no digas eso —susurró al fin.

—¿A qué te refieres?

Ella solo sacudió la cabeza y no dijo más. Recorrieron en silencio el resto del camino. Pasaron por los areneros, los columpios y las resbaladillas¹⁵, tan vacíos y melancólicos como su corazón. Para entonces, Lucía había perdido su aire ligero, obligándolo a maldecir su impulsividad. De pronto, una tonada familiar salió de su bolso. ¡*Chingao*, lo único que faltaba! De seguro era el *franchute*. Lucy metió la mano en las entrañas de piel sintética y empezó a revolver el contenido, pero cuando pudo encontrar su aparato, la música había dejado de sonar. Antes de guardarlo de nuevo, checó la pantalla y una profunda arruga se

formó en la mitad de su frente.

—¿Qué pasa? —preguntó Juan Carlos, acercándosele.

El móvil volvió a sonar y ella lo miró con alarma.

—Es Beatriz. ¿Qué hago? ¿Ignoro la llamada?

—No, contéstale. Vamos a ver qué quiere. Ponlo en altavoz, por favor.

Lucía hizo lo que le pedía, colocando el aparato entre ambos e inclinándose hacia él.

—¿Diga?

—¿Lucía, eres tú?

—Sí. ¿Qué quieres?

—Negociar. ¿Cuánto estás dispuesta a ofrecer para que me retracte de todo y te deje en paz? Mi abogado dice que aunque el resultado del juicio se incline a tu favor, podemos apelar la sentencia y luego buscar ampararnos. Esto puede tardar años. ¿Cuánto serían capaces de pagar tu novio y tú para que desaparezca de sus vidas?

Las facciones de Juan Carlos se habían transformado en piedra. Con un brusco gesto de la mano pidió a Lucía el aparato.

—¿Señorita Yurrieta? Habla Juan Carlos Legarreta, el abogado de la señorita Durán. Le informo que esta conversación ha quedado grabada, y que si alguna vez vuelve a contactar a mi cliente, por cualquier medio, además de la demanda de difamación y de la de revelación de secreto industrial estará enfrentando cargos por hostigamiento y acoso. Por otra parte, dígame a su abogado que la asesore mejor o, de preferencia, búsquese otro, pues me parece que el que tiene solo quiere sacarle dinero. La señorita Durán cuenta con el apoyo de una compañía y el mío propio también y sabe que no tiene que preocuparse por el monto de mis honorarios. Eso quiere decir que usted tendrá que vender hasta la camisa para seguir pagando lo que sea que cuesten las horas del suyo, y mientras se arruina, nosotros aprovecharemos el escándalo que usted genere como publicidad gratis para el perfume. Además, cuando los peritos dictaminen quién es la verdadera autora de la fórmula, usted quedará expuesta como el fraude que es y no podrá conseguir trabajo ni limpiando los baños en ninguna compañía del ramo. Así que le sugiero que medite muy bien lo que va a hacer y si de ahora en

adelante necesita cualquier cosa con mi cliente, tendrá que contactarla a través de mí, ¿entendió?

Beatriz cortó la llamada y Juan Carlos devolvió el teléfono a su dueña.

—¿Puede hacer eso? —preguntó, temblorosa.

—No le conviene. Si tiene dos dedos de frente no lo hará. —Ella retorció las manos y terminó por contarle de los correos insultantes que había recibido—. ¿Por qué diablos no me lo dijiste antes? —Explotó el abogado, provocando que los mismos vecinos curiosos levantaran la cabeza—. Más te vale que no los hayas borrado. Necesito que me los des. Los usaré para presionarla. La furcia esa ya me colmó el plato.

El domingo por la mañana, Fabiola, expertamente maquillada y con pantalones vaqueros de diseñador, contemplaba un partido de *handball* en un deportivo de cuarta. No era una actividad en la que normalmente invertiría su tiempo libre, pero finalmente había conseguido una cita con Juan Carlos y no pensaba despreciarla.

En un inicio la desilusionó el hecho de que, justamente ese día, Mercedes decidiera asistir también. Aunque luego encontró dos ventajas a su presencia: la primera era la posibilidad de ganarse una aliada; la segunda, tener la oportunidad de sonsacarle información.

Después de convivir un rato se dio cuenta de que la madre de Juan Carlos era una buena persona, aunque su apariencia era muy distinta de lo que hubiera imaginado. Según tenía entendido, su jefe la mantenía; además, le había comprado un departamento, mismo que alquilaba desde que se mudó a vivir con él para cuidarlo. El nada despreciable importe de la renta era íntegro para ella, había visto a Laura hacer los depósitos a su cuenta.

También le había echado ojo a la fotografía de una fiesta a la que madre e hijo habían asistido juntos. Estaba enmarcada en la oficina de su jefe. La señora llevaba un exquisito juego de aretes y collar de oro blanco que Juan Carlos le

había obsequiado. No le cabía duda de que era generoso. Seguramente, Mercedes tenía otras monerías en su joyero.

Pero, viéndola, uno no se daba cuenta de que tenía una situación económica holgada. No había otra forma de decirlo: la señora parecía poquita cosa. No solo por su ropa; su modo de hablar y de moverse reflejaban la misma sencillez. ¿Cómo lo había hecho para tener un hijo como Juan Carlos?

—Ya va a empezar —escuchó que decía alguien desde una grada más abajo.

Buscó con la mirada a Mercedes, quien había bajado a la cafetería un momento. Ahí estaba, subiendo las escaleras con dos vasos térmicos en las manos.

—Le traje un cafecito —anunció—. El tiempo está un poco fresco.

Fabiola aceptó gustosa la bebida caliente.

—¡Mil gracias! Por cierto, ¿cuántos jugadores son? —preguntó en voz baja—. No sé nada de *handball*.

—Creo que siete, licenciada.

—Por favor, Mercedes, llámame por mi nombre de pila.

La señora le sonrió, parecía un poquito intimidada.

—Siete —confirmó una amigable mujer a su lado. Llevaba puesta una blusa cuyos botones hacían un hercúleo esfuerzo por unir las dos piezas de tela sobre sus abundantes atributos—. ¡VAMOS, ONCE! ¡VAMOS, AMOR!... Beto, mi esposo —explicó momentos después, tras haberlas dejado medio sordas.

El silbato del árbitro fue como un detonador. En cuanto sonó, el movimiento explotó en la cancha. Con un fuerte impulso, Juan Carlos movió su silla para atajar a un contrario que se había hecho con el balón, quien inmediatamente lo pasó a otro miembro de su equipo pues estaba prohibido quedarse con él más de tres segundos. El balón voló sobre su cabeza; iba dirigido a un hombre a sus espaldas, pero el ágil abogado logró pescarlo. Hizo un buen pase, y su compañero salió disparado hacia la portería de los contrarios.

El estómago de Fabiola se contrajo con emoción. Gracias a los comentarios de su vecina se enteró de las reglas generales. Estaba sorprendida de la fuerza y la agilidad con la que los jugadores hacían rodar sus sillas, giraban y frenaban. También de la rapidez con la que se desarrollaba en el juego. El Cinco hizo botar

el balón hacia el frente. El Siete lo tomó y lanzó un trallazo, marcando el primer gol.

La vecina abucheó con ganas, evidenciando su apoyo a los contrincantes.

—Lo siento —se disculpó—. No es personal.

Fabiola se preguntó cuál sería su reacción cuando anotaran, y se prometió estar preparada.

Los siguientes minutos fueron igual de intensos. Los otros se hicieron de la pelota y, tras una serie de pases, empataron el juego. Por lo visto, también se permitían los pases hacia atrás.

Se cubrió la boca para ahogar una exclamación de susto cuando la silla del Ocho se empinó de frente, pero el jugador se enderezó prontamente y siguió jugando como si nada.

—¿Ahora entiendes por qué no vengo muy seguido? —preguntó la señora Mercedes—. Me lo paso con el Jesús en la boca.

Alguien perdió el balón y este se fue rodando sobre la cancha mientras era perseguido por seis jugadores a toda velocidad. El entrenador de los Jaguares, su equipo, o, más bien, el equipo de Juan Carlos, gritó una obscenidad y lanzó su gorra al suelo, espoleándolos. Por lo visto, aquella pequeña legión de dementes se tomaba sus encuentros muy en serio.

Fabiola estaba encantada. Nunca pensó que el juego pudiera ser tan emocionante. Pero el tiempo corría y todavía no había averiguado nada nuevo acerca de su jefe. Se volvió hacia su madre.

—Mercedes, perdón si soy una entrometida, y por supuesto que no tienes que platicarme si no quieres, pero Juan Carlos habla muy poco de sí mismo, de su pasado. Yo lo aprecio mucho y me gustaría apoyarlo, aunque, si he de ser sincera, a veces no sé qué esperar de él, ni cómo comportarme, o qué comentario puede ser inoportuno...

¡Vaya si era frustrante! Poco a poco su jefe le había permitido acercarse, pero seguía existiendo una última barrera que no lograba franquear.

—¿Y qué te gustaría saber?

—Lo que sea... Por ejemplo: ¿cómo era de niño?

Mercedes sorbió un trago del café de olla que despedía un delicioso aroma a

piloncillo y a canela. Y en aquellas tribunas de lata, Fabiola escuchó la historia que el licenciado Legarreta se empeñaba en ocultar: una historia de un niño sin padre, simpático e inteligente, que se ganó becas y premios y encontró trabajillos desde pequeño: desde empacador estrella en el supermercado, pasando por ayudante de jardinero, lavacoches, repostero *amateur* y hasta tutor escolar.

Tan absorbida estaba en contar la historia de su hijo que Mercedes no se dio cuenta de la reacción de Fabiola cuando mencionó:

—Pero en el segundo año de universidad se enamoró perdidamente. Linda muchacha, muy linda y alegre. Y quería a mi Juan Carlos más que a nada en el mundo. Se le notaba en cada mirada, en cómo lo trataba. Se supone que las suegras debemos ser celosas, pero ¿cómo iba a poder tenerle mala fe cuando veía lo bonito que se llevaban? También era cariñosa conmigo, y acomodada¹⁶. Creo que esa fue una de las épocas más felices en la vida de mi hijo.

La abogada bajó la mirada a su vaso y se retorció en su asiento. Recordaba lo que Inés, la esposa de Ricardo, le había dicho meses atrás, cuando salieron a tomar un café: que Juan Carlos se había enamorado perdidamente de una chica y que tuvo otras novias, pero que nada había sido igual después de aquella relación. Una mano tapizada de espinas estrujó su corazón.

—¿De casualidad se llamaba Lucía, Merci? ¿Lucía Durán? —murmuró.

Su interlocutora se volvió hacia ella. Parecía desconcertada.

—Pues sí. ¿Cómo lo sabes? ¿Te contó algo Juan Carlos?

En ese momento Fabiola farfulló una disculpa y se dirigió al baño. ¡Estaba furiosa! Se sentía traicionada. Todo este tiempo había estado defendiendo a su más formidable rival. A la mujer que, según Inés, fue la única que Juan Carlos había querido.

Se paseó de arriba abajo en el pasillo de ese lugar húmedo, sucio y maloliente. Incierta de lo que debía hacer. Al final decidió que se despediría de Mercedes y se iría. Pondría un pretexto cualquiera, pero no quería estar cerca de Juan Carlos en ese momento. Tenía miedo de hacer o de decir alguna tontería.

14 Sopa mexicana que lleva pollo, garbanzo, maíz, zanahoria y papa cuyo caldo

va sazonado con hierba de epazote y chile chipotle.

15 Toboganes.

16 Que se presta a ayudar.

CAPÍTULO 16

A pesar de que su equipo perdió, Juan Carlos estaba contento de regresar al *handball* tras tantos días de inactividad. Incluso había invitado a Fabiola, cediendo a la contundencia de varias cuestiones prácticas:

Estaba, en primer lugar, el desmoralizador consejo de Ricardo, quien no tuvo empacho en restregarle en la cara que Lucía «andaba en otros rollos y no parecía interesada en revivir viejos tiempos».

Por otra parte, estaba su inclinación a aceptar compañía femenina.

—Deberías de considerar a tu *junior* —sentenció también Ricardo—. Esa vieja está buenísima y, por lo visto, dispuesta.

A lo que Juan Carlos objetó:

—¿Y qué pasa si las cosas no funcionan? ¿Te has puesto a pensar en eso?

Ricardo encogió un hombro con indiferencia.

—Si afecta a su rendimiento, siempre podemos sustituirla.

La afirmación fue tan ruda como sorprendente, si había algo que su amigo siempre cuidaba era el buen ambiente laboral. Había que agradecerle que pusiera su bienestar por encima de todo.

Una última consideración era que ya había llegado el momento de aceptar alguna de las invitaciones de Fabiola a pasar un rato juntos, y el partido parecía una opción menos comprometedora que una cena o algunas copas en un bar de moda.

Sin duda el encuentro deportivo había servido a más de un propósito y él estaba agradecido de tener distracciones que lo ayudarían a descansar del recuerdo de Lucía Durán. Al menos por algunas horas.

—Mejor suerte la próxima vez —le dijo un viejo conocido que había dejado de caminar tras un accidente de motocicleta—. Algunos de los muchachos van a venir a comer a casa. Carne asada, ¿nos acompañas?

—Gracias, pero ya tengo plan. Quizá la próxima vez.

El hombre, un *kamikaze* en ruedas que se dedicaba a fomentar el deporte entre grupos de jóvenes en sus mismas condiciones, jaló su maleta con un fuerte tirón antes de salir de los vestidores.

—Como quieras. Nos vemos, pues. —Empujó su silla con brazos tan gruesos como troncos y, antes de que las puertas automáticas de los vestidores se cerraran, se volvió para decir—: No trabajes demasiado, es malo para la salud.

Juan Carlos y Mercedes regresaron al departamento después de comprar pollo rostizado y arroz para comer. Cuando él le preguntó por Fabiola, ella le había comentado: —Tu compañera tuvo que irse antes de tiempo, mi amor. Me pidió que la disculpara contigo y dijo que luego te habla.

A lo que él asintió con algo de desilusión, aunque no la suficiente como para marcarle y averiguar lo que había sucedido.

Entraron a su hogar y el abogado llevó su ropa sucia al cuarto de lavado. Durante la comida le preguntó a su madre por su tía Azucena, la hermana menor de Mercedes que vivía en una ciudad de costa desde hacía años.

—Tienes muchos meses queriendo verla, *ma*. ¿Cuándo te vas a decidir a hacerlo?

—A lo mejor en enero, *mijo*.

—Cuando tú quieras, pero por favor no lo estés posponiendo por mí, ¿de acuerdo?

La señora asintió sin convicción y empezó a recoger sus platos para ponerlos en el fregadero. Ella nunca usaba la máquina lavavajillas que Juan Carlos había comprado, pues sentía que los trastos no quedaban bien limpios.

—¿Quieres otra pieza de pollo?

—No, gracias —respondió él con una mano sobre su vientre plano—. Estoy lleno. ¿Por qué no vemos un rato la tele?

Se dirigieron entonces a la sala blanca con remates de madera natural, donde resaltaban los cojines bordados a mano con motivos indígenas. En uno de los

muros colgaba una enorme pantalla plana de alta definición a la que habían conectado un sistema de sonido especial con pequeñas bocinas rodeando todo el espacio.

Bien pronto encontró Juan Carlos lo que buscaba: una película vieja, todavía en blanco y negro, de esas que hacían reír a su mamá y a él le sabían a infancia. Necesitaba distraerse con algo ligero.

Llevaban una hora siguiendo las peripecias de un policía cantor cuando recibió una llamada totalmente inesperada. Era Cecily.

—Licenciado, disculpe que lo moleste en su casa, pero alguien rompió las llantas del coche de Lucía con un cuchillo o algo así y estoy muy preocupada... Creo que fue Beatriz. Edmond está ahorita fuera del país, *and I didn't know who else to call*.

En cuanto oyó la noticia, el abogado empezó a buscar frenéticamente las llaves de su auto mientras preguntaba con gesto tenso:

—¿QUÉ? ¿Están bien las dos? ¿Exactamente en dónde están? —Escuchó la respuesta, tomó la chaqueta que recién se había quitado y enfiló hacia la puerta—. Quédense ahí, ¿me oíste? Métanse a la plaza y espérenme en la dulcería de los cines, las quiero rodeadas de gente en todo momento. En cuanto llegue les marco y les digo dónde estoy, ¿de acuerdo?

Abrió la puerta, regresó por las llaves del departamento y hasta entonces recordó que no estaba solo.

—Tengo que irme —dijo contrariado a su madre—. Parece que la vieja que está molestando a Lucía es de armas tomar.

Mercedes llevó su mano al crucifijo que siempre usaba.

—Está bien, *mijo*. Que Dios te acompañe.

En menos de veinte minutos, el abogado llegó al centro comercial. Había conducido como un loco y tuvo suerte de no toparse con ninguna patrulla. Se malestacionó en un lugar para discapacitados y marcó inmediatamente.

—Cecily, estoy en el nivel tres, al lado del elevador que da a la zona de restaurantes. ¿Te acuerdas de cómo es mi coche?

Después de lo que pareció una eternidad, las puertas del elevador se abrieron y las chicas aparecieron con ojos alertas y espantados, escudriñando los alrededores. Una oleada de frustración le recorrió el pecho. ¡Pobre Lucía! ¡Cómo quisiera borrar de un plumazo todos sus problemas! Se enfureció consigo mismo. No estaba haciendo un buen trabajo al protegerla. Encendió y apagó las luces para que lo vieran y quitó los seguros de las puertas, escrutando también las sombras. ¡Qué tipa tan enferma la pinche Beatriz, de veras!

En cuanto Cecily lo vio notó el alivio en la tensión de sus hombros. Lucía, en cambio, permanecía remota, perdida en sus pensamientos. Ambas treparon en la parte trasera, pues la silla del abogado ocupaba el asiento del copiloto. Lentamente se volvió hacia su exnovia y posó sus largos dedos sobre sus manos heladas. Reprimiendo el escalofrío que se formó en medio de su espalda, preguntó:

—Lucy, ¿estás bien?

Ella arrastró por su cara unos ojos infinitamente cansados, pero secos.

—Éramos compañeras. Nunca la creí capaz de algo así.

—Lo sé, linda. Las personas decentes como tú no pueden entender cómo funcionan las mentes torcidas. Anda, vamos a tu casa. Mañana arreglamos lo de las llantas.

Al llegar al edificio, Cecily habló con el portero para que les permitiera dejar el auto de Juan Carlos en el lugar de Lucy. Ella seguía muy rara. Juan Carlos había echado vistazos por el espejo retrovisor a lo largo de todo el recorrido: nunca se movió ni dijo nada, permaneció abstraída todo el tiempo mirando por la ventana.

Una vez estacionados, bajó del auto y echó a andar, como si no le importara si la seguían o no. Juan Carlos intercambió una mirada preocupada con la evaluadora. El silencio los siguió, opresivo, en el elevador y luego Cecily encaminó a Lucía a su cuarto. Desde la sala, Juan Carlos alcanzaba a oír la cadencia de su voz, tranquilizadora y suave. Se alegró de que Lucía contara con alguien incondicional... En cuanto a la otra mujer, pensaba hacerla pedazos con

sus propias manos, pero primero necesitaba saber lo que había sucedido.

Escuchó el suave cerrar de una puerta y volteó. Cecily, serena de nuevo, caminó hacia él y le ofreció algo de tomar.

—No, gracias. Mejor cuéntame —Notó entonces que la estaba tuteando y preguntó—: ¿Te puedo hablar de tú? —La extranjera asintió sin dudarle y el abogado pudo, por fin, retomar el hilo de sus ideas—. ¿Qué diablos pasó? Necesito que me digas todo con lujo de detalles.

Ella lo complació.

—Como seguramente sabrás, Lucy no es muy deportista, pero la convencí de acompañarme al gimnasio temprano. Nos bañamos allá, nos tomamos unos jugos y decidimos pasar después al centro comercial. Estuvimos matando el tiempo. Vimos ropa, zapatos, vídeos y decidimos meternos al cine. Incluso escogimos una comedia para levantar los ánimos. Al terminar la película compramos algo de comer y cuando llegamos al estacionamiento nos topamos con que alguien había dejado las cuatro llantas de Lucy totalmente inservibles.

—¡Me lleva la que me trajo! O sea que esa psicópata debe de haber estado siguiéndolas.

Le preguntó si había notado cualquier cosa fuera de lo normal: un vehículo, una persona, si habían recibido alguna amenaza o advertencia. Cecily le comentó entonces de los correos ofensivos y de la vez que a Lucy le pareció haber visto a Beatriz en el interior de un taxi.

—Pero después de que hablaste con ella ya no supimos nada. Incluso los correos dejaron de llegar.

Juan Carlos se ahogaba en una nube negra de preocupación, enojo y dudas. Con un impulso nervioso acarició su barba mientras evaluaba sus opciones. Después estuvo haciendo llamadas unos veinte minutos.

—Hablé con el delegado —informó por fin—. Aceptó mandar una patrulla lo más pronto posible para vigilar la entrada del edificio, aunque no creemos que Beatriz haga nada más. Seguramente piensa que ya espantó a Lucía. Ah, y si la tipa llega a comunicarse de nuevo, es importante que graben la conversación o que guarden el mensaje. Tal vez pueda servirnos de algo. —Hizo una pausa mientras pasaba con su dedo el borde de un libro con fotos de la campaña

francesa, apoyado en la mesita de café—. ¿Tú cómo la ves? ¿Crees que quiera pagar con tal de quitársela de encima?

—¡Por supuesto que no! —contestó la mismísima Lucía, mientras caminaba descalza hacia la cocina y se servía agua—. No pienso ceder a las presiones de esa bruja. —Se puso al lado de Juan Carlos, tan cerca que él habría podido extender la mano y enterrar los dedos en la dulce curva de su cadera—. Te agradecería si mañana, Juan, me ayudas a pensar qué es lo que más conviene hacer. Prometo seguir tus sugerencias al pie de la letra. Pero ahorita lo único que quiero es dormir. Espero que estas benditas pastillas funcionen.

Puso entonces un par de tabletas en su boca y usó el agua que se había servido para tragarlas. Abrazó brevemente a su amiga y se plantó frente a él.

—Entonces, ¿te busco mañana?

—No va a ser necesario. Aquí me tendrás a primera hora.

Ella le clavó sus hermosos ojos verdes, cálidos como no habían estado desde su reencuentro.

—A primera hora tenemos que ir a trabajar —contravino con un intento de sonrisa—. ¿Nos hablamos a la hora de la comida?

Juan Carlos asintió sin abrir la boca. Quería prohibirle que saliera al día siguiente. Pedirle que se mantuviera en la seguridad de su departamento hasta saber las intenciones de Beatriz. La pinche vieja no se comunicaba todavía, pero él no dudaba que lo haría. Quería estar al lado de Lucía cuando eso sucediera y cada segundo antes y después... hasta que llegara el idiota de Doudelet a relevarlo de su cargo.

Una vez que Lucy se retiró a descansar, buscó pretextos para alargar su estancia, hasta que Cecily, perceptiva como era, lo invitó a merendar.

—Bueno —anunció ella a las diez y media de la noche—, tengo que irme a dormir yo también. Mañana empieza la semana.

—Si no te importa, Ceci —le dijo, hablándole como a una amiga—, querría quedarme otro rato. Por si esa mujer llama. Te prometo irme a media noche. Mientras podría entretenerme con la tele, o con un libro.

—Por mí está bien —aseguró ella encogiendo los hombros. Se acercó a un armario y abrió las puertas, detrás de las cuales escondían el televisor—. Aquí

está el control. En el librero hay varias novelas. Hay revistas en el baño de visitas y en la mesita de café. —Amablemente reacomodó unas sillas y quitó un tapete—. Para que puedas pasar sin problema —anunció.

Juan Carlos encendió la televisión y le quitó el volumen. No estaba poniendo atención a la pantalla. Tenía que encontrar la manera de proteger a Lucía. A primera hora iba a pedir que alguien del despacho fuera a sacar fotos de los daños y se presentara en el Ministerio Público para pedir una Medida Cautelar que mantuviera a esa bruja alejada de su mujer. ¿Sería necesario contratar un guardaespaldas? Un ruido lo hizo saltar, pero al parecer fue un quejido del mismo edificio. Se acercó a la ventana para confirmar que la patrulla siguiera en su puesto. Sí, la Medida Cautelar era un buen paso. Poco a poco se fue relajando.

Cuando Lucía abrió los ojos no sabía dónde se encontraba. Estiró la mano y palpó la superficie ligeramente estriada del buró sobre la cual se hallaba una esfera de vidrio en cuyo interior había una vela con aroma de manzana y canela. Estaba en casa.

Su cerebro avanzaba con trabajos, como alguien que cruza a pie un terreno cenagoso. Encendió la lamparita y notó los zapatos fuera del *clóset*, la ropa sucia esparcida por el piso. Ni siquiera la había puesto en el respaldo de la silla como era su costumbre. ¿Por qué?... Empezó a recordar poco a poco: la agresión, la angustia, las ganas de darse por vencida, la tranquilizadora presencia de Cecily y Juan Carlos, quienes lograron calmarla, y la medicina que tomó para dormir.

Cielo santo, ¿quién lo habría pensado? Imposible negar el alivio que sintió cuando él pasó a recogerlas y las acompañó al departamento. Tanto, que por un momento deseó que la abrazara.

«Porque estabas vulnerable y Edmond no está aquí. Solo por eso», se dijo. Asintió con vehemencia. Eso era. No había que buscarle tres pies al gato. Entonces se obligó a pensar en el aquí y el ahora y en las cosas que tenía que resolver a lo largo del día.

El aroma de un café recién hecho y la reconfortante sensación de una taza tibia entre las manos se manifestaron en su mente. Pero pronto recordó que la cafeína le estaba prohibida.

«¡Demonios! Un té entonces».

Salió de su cuarto descalza y a los pocos pasos se paró en seco. Juan Carlos estaba dormido en medio de la estancia. Su corazón se tropezó dentro de su pecho. ¿Por qué se había quedado? ¿Acaso no estaba incómodo? Se acercó hasta que pudo contemplar con claridad ese rostro tan varonil que parecía pacífico salvo por la pequeña arruga entre las cejas.

Lucía se sintió rebosante de gratitud, sacrificar la comodidad de su cama por estar al pendiente de ella era un gran gesto. Quizás quería evitar que la intimidación de Beatriz diera resultado o deseaba asegurarse de que no se quebraría, como al principio del proceso. Como quiera que fuera, estaba allí para apoyarla a pesar de la forma en que ella lo había tratado en un inicio.

—Juan —llamó, pero él no se inmutó.

Siguiendo un impulso avanzó hasta llegar a un lado de la silla. Luego, tomó la esquina de la manta con la que él se había cubierto y utilizó los estambres de una de las orillas para hacerle cosquillas en la nariz.

—Ey —murmuró.

Juan Carlos hizo una graciosa mueca y giró la cara hacia el otro lado, pero Lucy insistió con la cobija.

—¡Juan! ¿Qué estás haciendo aquí? —dijo un poquito más alto.

Su abogado estrella abrió los ojos entonces. Estaba a escasos centímetros de su cara: los ojazos de árabe adormilados; la boca perfecta torcida en una dulce sonrisa.

—¡Buenos días, señor dormilón! Tal parece que olvidaste irte a casa anoche...

—¿Qué hora es? —susurró él con voz rasposa por el sueño.

—Las cinco de la mañana. ¡No puedo creer que dormí doce horas seguidas! Recuérdame escribir una felicitación al laboratorio que hace esas pastillas.

Disimulando un bostezo, Juan Carlos se desperezó, pero a medio gesto su rostro se contrajo en una mueca. Llevó una mano hacia su cuello.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes? —preguntó alarmada.

—¡Tranquila, Lucy! —respondió él, claramente satisfecho de que a ella le preocupara su malestar—. La silla de ruedas no es el lugar más cómodo para dormir, tengo el cuello un poco tieso, nada más.

Ella se mordió un labio preguntándose qué podía hacer para aliviarlo. Después de todo, era la responsable indirecta de su tortícolis. Sin pensarlo demasiado, se colocó a espaldas de él.

—¿En dónde? —preguntó.

—¿Qué? —cuestionó Juan Carlos queriendo volverse, aunque su cuello rígido no se lo permitió.

—¿Dónde te duele?

La respuesta tardaba en llegar, así que palpó con cuidado su cuello y sus hombros y empezó a masajear suavemente, poniendo especial atención en los puntos donde sentía tensión o nudos. A medida que avanzaba en el proceso su labor iba quedando en la parte posterior de su mente mientras su conciencia se enfocaba en lo que estaba tocando. Las formas esbeltas que sus dedos recordaban habían sido sustituidas por otras más anchas y musculosas. ¡Cielos! ¿Cómo era posible que un hombre en sus circunstancias tuviera un torso como aquel? Pasó saliva cuando se dio cuenta de que estaba imaginando cómo se vería sin camisa.

—Si fuera un caballero te diría que no es necesario —comentó Juan Carlos. ¿Acaso su voz sonaba ahogada?

Lucía reprimió el impulso de alejar las manos de golpe. Ya era una mujer y no iba a abochornarse como una chiquilla.

—¡No seas payaso, Juan Carlos! —recriminó medio en broma.

Sus manos pasaron al centro de la ancha espalda y comenzó a mover de forma rítmica sus pulgares hacia arriba. Él cerró los ojos e inspiró profundamente, como queriendo relajarse, pero sus manos estaban tensas alrededor de los descansabrazos de la silla. ¿De verdad el toque de ella lo afectaba tanto? Lucy ya no tuvo oportunidad de analizar la situación, pues en ese momento Juan Carlos avanzó hasta que hubo metro y medio de distancia entre ambos. Luego la encaró con un gesto hosco.

—¿Qué? —preguntó ella frunciendo el ceño y para restarle importancia a todo el intercambio agregó—: Somos amigos, ¿o no?

—Lo somos, Lucy —aseguró él quemándola con la mirada—, por eso te pido, de la manera más atenta, que vayas a tu recámara, te quites esa pijamita que me está fundiendo las neuronas y te pongas otra cosa que no me invite a arrancártela de encima.

Era inevitable. La sangre subió por sus mejillas haciéndola parecer un tomate en camisón, el cual, por cierto estaba confeccionado en satén negro, no en encaje y no era *taaan* escotado. Ni tan corto. Más o menos. Si Juan Carlos creía que podía hacerla huir como un conejo asustado estaba en un error. Cruzó los brazos, provocando que sus pechos tensionaran la delgada tela. Juan Carlos se irguió un poco más en su silla. Lucía los descruzó. Abrió la boca, la cerró. Y luego se tragó una frustrada maldición cuando, en un evidente complot en su contra, sus pezones se irguieron bajo el satén.

Lo que finalmente la obligó a reaccionar fue la silla de Juan Carlos avanzando amenazadoramente hacia ella. Su expresión era hambrienta; su aire, de tensión contenida. Con un rápido movimiento, Lucía puso la mesa del comedor entre ambos. Luego emprendió una vergonzosa retirada.

«¡Bien hecho, mujer de mundo!» Sin atreverse a mirarlo, dijo con sequedad sobre su hombro:

—Que conste en acta, *licenciado*, que yo no tenía idea de que usted estaba acampando en mi sala.

Juan Carlos tenía la boca seca para cuando escuchó el *clic* de su puerta. «¡Virgen santísima!», diría su madre. Ahora contaba con material suficiente para fantasías eróticas de toda una década. Si, en un futuro, extrañaba tanto a Lucía como aquella vez que contrató los servicios de una asistente sexual, la haría usar un trapo idéntico al que la mujer de sus quimeras llevaba en ese momento.

Soltó una risita. *Que conste en actas, licenciado...*

Decidió bajar al estacionamiento por sus cosas. Afortunadamente solía llevar en la cajuela medicinas, un cambio de ropa y un estuche de artículos personales. Un ritual de limpieza podría servir a su violentado cuerpo para enfriarse.

El resto del día fue una tortura. Cecily y Lucía habían insistido en ir a trabajar y él se moría de la intranquilidad, tanto por su seguridad como por saber que los segundos que les quedaban juntos avanzaban en cuenta regresiva. Al menos Junior les había puesto al chófer para llevarlas y traerlas.

Se dijo a sí mismo que no valía la pena quedarse en el departamento dando vueltas como un demente a la espera de su regreso. Fue a la oficina, puso a alguien a trabajar en lo de la orden de restricción contra Beatriz y dedicó su tiempo a sus otros casos. Fabiola ya había hecho un par de comentarios acerca de su falta de atención a los otros clientes y no podía negar que tenía razón.

—Laura —pidió a su secretaria a través del intercomunicador—, por favor comunícame con Juan Pablo Lozano.

Minutos después, tranquilizaba al empresario de Zacatecas.

—Sí, tocayo, estoy seguro. No tienes de qué preocuparte. Es un hecho que nos otorgarán los permisos... Sí, perdóname. Traigo un caso complicado entre las manos, pero tú tranquilo, mi equipo y yo estamos listos para apoyarte con lo del crédito... Gracias, igualmente. Eres muy amable, cuando esté un poco más desahogado te tomo la invitación.

Se escucharon unos nudillos sobre la puerta y el leve chasquido de la cerradura al abrirse, pero fue la expresión en la cara de la persona que entró la que lo hizo apurar su despedida. En cuanto puso el auricular sobre su base, preguntó:

—Fabiola, ¿qué tienes? ¿Todo bien?

Ella lo miró con ojos tormentosos. Se veía hermosa, como siempre, pero parecía traer un par de kilos por encima de lo normal, a juzgar por la tirantez de los botones de su blusa. Sus arreboladas mejillas la hacían parecer... ¿molesta?

—Todo bien, Juan Carlos. Esperaba que pudiéramos hablar. Quisiera consultarte algo.

—Por supuesto. Soy todo oídos.

Ella le expuso un caso que había tomado hacía poco. Como parte de sus

políticas de empresa socialmente responsable, el despacho veía con cierta regularidad asuntos de personas que no contaban con el dinero suficiente para pagar sus exorbitantes honorarios. En esta ocasión se trataba del típico caso de una mujer despedida por ignorar los avances sexuales de su jefe. Juan Carlos lo meditó un par de minutos.

—Habla con Oleaga... el chico, Héctor. Su hermano Felipe es un idiota. Dile que vas de mi parte. Si no me equivoco, ellos llevaron un caso similar contra alguien de esa misma compañía. Si estoy en lo cierto, pídele los datos para contactar a la que fue su cliente. De todos modos convéncelo de que te deje ver los registros del caso. De preferencia consigue una cita. Invítalo a comer o algo. Y arréglate bien, tiene debilidad por las mujeres guapas.

Una sonrisa sin ganas apareció en la cara de Fabiola.

—Gracias —le dijo, y luego soltó a quemarropa—: ¿Es cierto que pasaste la noche en su casa?

Las pobladas cejas de él se unieron en el centro de su frente. ¿Cómo diablos se había enterado?... «¿Y qué chingados le importa?»

—Sí, lo hice.

Ella asintió.

—Ten cuidado, Juan Carlos. Me parece que te estás arriesgando a que te hagan picadillo el corazón.

Su mano se contrajo alrededor de su pluma fuente. Fabiola podía tener razón. Estaba peor que antes con su obsesión: respiraba a Lucía, soñaba a Lucía, deseaba a Lucía y no podía esperar a estar de regreso en su encantador departamentito.

Jugueteó con la tapa y sin levantar la vista asintió:

—Posiblemente. Soy muy consciente de que nuestro tiempo juntos está contado. Mañana es la sesión con los peritos, la cual no me preocupa demasiado. Lucy es una experta en su campo. Y luego vendrá una última audiencia. Debo prepararla bien, no quiero que la bruja de Beatriz tenga la menor oportunidad de hacer dudar a la jueza. Creo que no se necesitará nada más. Después... ¿quién sabe lo que pueda pasar? Supongo que cada cual seguirá su camino.

El elegante cuello se movió en aquiescencia.

—¡Qué bueno que lo tienes claro! Solo recuerda que tienes gente a tu alrededor dispuesta a apoyarte en todo.

Él se esforzó por esbozar una sonrisa, la cual terminó hecha una mueca.

—Lo sé, gracias. —Y tras pensárselo un poco, agregó—: Quizá si te hubiera conocido antes...

Ella alzó una mano y sacudió la cabeza con decepción.

—Por favor, no digas más.

CAPÍTULO 17

Pocas horas después, Juan Carlos llamó a la puerta del departamento de Lucía, sintiéndose tan nervioso y emocionado como un adolescente que va a visitar a la chica que lo trae de un ala. La escena de la mañana le había calado bien hondo y, no solo la había recordado una y otra vez, sino que también le había dado pie para imaginar varias fantasías que lo mantuvieron en ascuas a lo largo de once horas.

«Pero tú estás aquí únicamente para dar asesoría legal, tenlo bien presente».

—¡Hola, Juan! —dijo Lucía con una preciosa sonrisa al tiempo que se hacía a un lado para dejarlo pasar. En cuanto lo hizo percibió la tibieza del ambiente. Habían encendido un calentador—. Disculpa la tardanza pero me estaba quitando el disfraz de la oficina.

Era cierto, en vez de sus usuales vestidos, traía puesto un pantalón de yoga y una sudadera de manga larga que iba pegadita al cuerpo y dejaba a la vista una tentadora franja de su estómago. Desde la cocina, Cecily lo saludó. Llevaba un delantal rojo que decía *Sevilla* en el centro y cortaba pan sobre una tabla.

—¿Te gusta la *fondue*? —le preguntó.

—Me encanta —respondió él, mirando apenado sus manos vacías—, pero siento que debí haber traído una botella de vino o algo.

Lucy soltó una risita fresca.

—Otro día será. Ahora, ¿qué te parece si pones algo de música mientras yo pongo la mesa?

Otro día... En ese momento Juan Carlos se dio cuenta de que algo fundamental había cambiado en su relación con las amigas perfumistas. Finalmente había sido aceptado por ambas. El deseo de reconciliación que había tenido desde su reencuentro parecía una posibilidad concreta.

Si tan solo no hubiera sido tan estúpido para desear más, para quererlo todo...

Notó que Lucy lo miraba de reojo y se apresuró a pasar a la sala y buscar un canal con música tranquila en el sistema de televisión por cable.

—Y hablando de vino... —comentó ella mientras dirigía su suculento trasero a la cocina. La delgada tela de los pantalones se amoldaba perfectamente a sus curvas.

«¡Por Dios! ¿Acaso esta mujer no tiene ropa menos sugerente?»

—Lucy —carraspeó—, ¿te parece bien que repasemos lo que ocurrirá en la sesión de mañana en el laboratorio?

—Lo siento —dijo Cecily cargando una olla que desprendía un delicioso aroma a quesos, ajo y vino—, pero tendrá que esperar hasta después de la cena. La *fondue* está lista.

El trío pasó las siguientes dos horas conversando y riendo. Abrieron una nueva botella de vino, pero cerca de las nueve y media, Cecily anunció:

—Se está haciendo tarde. Yo me despido, los dejo para que se preparen para mañana.

Antes de meterse en su recámara apretó el hombro de su amiga.

—Todo saldrá bien. Estoy segura.

Lucía le sonrió con agradecimiento, pero la chispa de sus ojos había desaparecido. Se sirvió otra copa del ensamble de tres uvas embotellado en Valle de Guadalupe que tanto le gustaba.

—Estoy totalmente de acuerdo —aseguró Juan Carlos—. Mira, Lucy, empecemos por recordar que tú eres la experta en la materia y que Beatriz sabe que no tiene ninguna posibilidad, por eso te quiso asustar. Lo que los peritos deben ver...

Y así se fue el tiempo hasta que llegó la medianoche. Lucía lo escuchó atenta, hizo un ejercicio de visualización y respondió adecuadamente a sus preguntas. Hacia el final terminaron hablando de otras cosas, como los estudios de perfumería que hizo en Francia; Juan Carlos creyó que era extraño que hubiera un dejo de melancolía en su mirada. ¿Qué le habría ocurrido allá? ¿Acaso tuvo una relación con alguien? Sintió una punzada de celos y luego miró su reloj subrepticamente. Debía irse, lo sabía, pero le costaba trabajo despedirse.

—¡Vas a trapear el suelo con ella! —sentenció el abogado ante la puerta—. Te dejo descansar. Nos vemos mañana.

Extrañamente desilusionada, Lucía cruzó los brazos para combatir el súbito frío que la invadió.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya a la oficina por ti? —insistió él por tercera vez.

En vez de molestarle, a ella le hizo gracia la necedad de su abogado. Con una sonrisa tolerante repitió:

—No es necesario. El chófer de Edmond me va a llevar y pienso salir con hora y media de anticipación. Por aquello de los imprevistos.

La puerta estaba abierta. Juan Carlos se había aflojado la corbata, se había quitado los gemelos y había enrollado las mangas de su camisa. Se veía sumamente atractivo. Una vez más, los ojos de Lucía se movieron por su cuenta y cayeron sobre sus labios por un instante. ¿Cómo se sentirían ahora sobre los propios? ¿Se desilusionaría al comprobar que un beso de él no le producía la misma reacción que antes?

Luego le llegó una idea aún más inquietante: ¿y si besaba mejor?

Lucy perdió la sonrisa, parpadeó y en un gesto nervioso llevó una mano al dije cadena que colgaba de su cuello. No podía albergar este tipo de pensamientos. Se obligó a asumir un aire casual antes de mirarlo a la cara.

Juan Carlos, pendiente de cada uno de sus gestos, se había dado cuenta de todo. No se movió, pero miraba su boca como si estuviera muerto de hambre y solo en ellos lograría saciarla. Con un esfuerzo evidente, alzó la vista y la clavó en la de ella, como pidiendo permiso para proceder.

—¿A-algún último consejo? —alcanzó a articular Lucía dando un ridículo pasito hacia atrás.

Juan Carlos la pescó con suavidad por la muñeca y suplicó con voz ahogada:

—Por favor, ya no puedo más.

Esa expresión y esas palabras lograron que el cuerpo de ella se volviera tan maleable como si estuviera hecho de cera. Como antes. Irremediablemente respondió a ese suave tirón y se fue acercando a él más y más. Sentir su aliento sobre su cara le provocó escalofríos. A esa distancia podía notar la delgada línea

que comenzaba en su pómulo y se perdía en su tupida barba. Se mordió un labio e, incapaz de evitarlo, permitió que las yemas de sus dedos la recorrieran: casi no se sentía, pero las recortadas cerdas de su barba eran al mismo tiempo gruesas y suaves. ¡Seguía siendo tan hermoso!

Entonces notó que la nuez en la garganta de él subía y bajaba como si acabara de tragar algo enorme.

—No deberíamos —musitó ella al tiempo que Juan Carlos la tomaba de un brazo y con la otra mano le acariciaba la superficie del labio inferior.

—Tienes razón —aseguró él, acortando los últimos milímetros de distancia.

En cuanto sus bocas se encontraron, las mariposas que había sentido desde la llegada del abogado se fusionaron en algo más grande que se agitó en su estómago. Un roce, otro más, la ardiente palma de él sosteniéndola por la nuca, su lengua trazando la comisura de sus labios. El aire escapó de los pulmones de Lucía, las rodillas se le doblaron y no tuvo otra opción que usar el asiento más próximo: el regazo de Juan Carlos.

La silla protestó, lo escuchó gemir, sintió sus brazos estrujándola contra su pecho. Su sabor seguía siendo único y ahora podía percibir también el delicioso buqué del vino que compartieron en la cena. Una lengua salió a acariciar a la otra, se estableció un duelo con la intención de dominar, una embestida, otra más... Sus brazos se alzaron y anudaron detrás del cuello de él y se olvidó de todo y de todos. El fuego que siempre se encendía al estar en contacto con él empezaba a incendiarla. Incluyó todo su peso contra el poderoso torso masculino; sus senos despertaron, querían sentir el roce de su cuerpo. Algo se contrajo entre sus piernas con insistencia.

Una vocecita en su cabeza la reñía: «¿Qué haces? ¡Para antes de que te arrepientas!»

Pero ese fue el momento en que él trasladó su boca para recorrer su quijada y su cuello. Sus labios eran ardientes y húmedos a la vez, su barba torturaba la sensible piel de la manera más exquisita.

Lucía iba a quitarle la corbata y a abrírle la camisa cuando el timbre del elevador penetró en la niebla que envolvía su cerebro. En su piso había solo un par de departamentos, y los vecinos estaban de vacaciones. ¿Acaso Edmond...?

Abrió los ojos de golpe. La puerta del elevador se abrió y cerró. Nadie emergió de él. Juan Carlos también estaba alerta. Las mejillas de Lucía flamearon con remordimiento, y de pronto fue demasiado consciente del contacto entre la parte inferior de sus muslos y los de él. Saltó de su regazo intempestivamente.

—L-lo siento —aseguró con respiración entrecortada—. No sé qué me pasó.

Juan Carlos talló su cara con una mano y tardó unos cuantos segundos en reponerse. Finalmente la encaró y replicó en voz tersa.

—Perdóname tú a mí, Lucy. Créeme, nunca antes mi profesionalismo se había tambaleado de esta manera. Debe de haber sido el vino.

Lucía retorció las manos. Se hizo un silencio incómodo que él terminó por interrumpir cuando hizo avanzar su silla hacia el pasillo.

—Nos vemos mañana, entonces. Que pases buenas noches.

Lucy respondió con un tímido gesto de adiós y en cuanto cerró la puerta, su espalda se adhirió a esta. Todo le daba vueltas, con la mirada perdida en el techo se preguntó: «¿Qué diablos estás haciendo?»

CAPÍTULO 18

El juicio se ganó de manera contundente y la jueza sentenció que Beatriz Yurrieta debía pagar a Lucía una buena cantidad por daños y perjuicios; pero Juan Carlos conocía a fondo las finanzas de esa mujer y sabía que no tenía ni dónde caerse muerta. Por esa razón, tras una breve consulta con su cliente, empujó su silla hacia la llorosa acusada y, tragándose su furia y su desprecio, le dijo con voz tranquila:

—Señorita Yurrieta, si me permite un momento...

A lo que ella respondió sonándose ruidosamente:

—Ya ganó, licenciado. No estoy de humor. ¿Por qué no se larga de una vez y me deja tranquila?

Juan Carlos se encogió de hombros.

—Podría hacer eso, pero vengo a proponerle algo que le puede interesar: ¿qué tal un importante descuento de su deuda?

Inmediatamente las lágrimas dejaron de correr.

Media hora después, a las puertas de las oficinas de la Agencia 14^a del Ministerio Público de la delegación Azcapotzalco, el doctor Juan Carlos Legarreta depositaba en manos de Lucía un convenio firmado por Beatriz Yurrieta Martínez, en el cual esta última se comprometía a jamás emprender acción legal alguna en contra Lucía Durán Gutiérrez, ni a contactarla por cualquier medio, ni a acercarse a ella bajo ningún pretexto. A cambio de ello, su deuda quedaba condonada.

El abogado hubiera querido que la pinche bruja al menos le pagara algo a Lucía, pero la perfumista insistió que el esquema de pagos parciales que le proponía solo serviría como un recordatorio periódico de los malos momentos que había pasado. Lo único que lo consolaba era que, muy posiblemente, Yurrieta pisaría la cárcel, pues el juicio por espionaje industrial también iba viento en popa.

—Bueno —dijo la licenciada Antillón, quien también estuvo presente en

aquella última audiencia—, mi taxi ya está en la esquina. Doctor Legarreta, señorita Durán, qué gusto que todo haya terminado en un buen tono.

—Licenciada —respondió Juan Carlos en un tono rebotante de gratitud—, fue un placer trabajar con usted. Muchas gracias por todo.

—De verdad —concurrió Lucía abrazándola—, ¡muchísimas gracias!

—Fue un gusto, señorita Durán, mis mejores deseos para el futuro de su perfume.

El fuerte aire invernal se hizo sentir cuando salieron del edificio. La abogada se perdió de vista mientras ellos avanzaban por la explanada con rumbo al estacionamiento.

Juan Carlos le dijo con orgullo:

—La felicito, señorita Durán, es usted una maestra en el arte de manejar sus encantos. Poco faltó para que la jueza la invitara a tomar un café a su casa.

—Pues no sé si tanto, pero se ve que le interesó el proceso de la elaboración del perfume. ¿Y qué tal las miradas de desaprobación que le echó a Beatriz a lo largo de la audiencia? —preguntó ella con ojos centelleantes—. ¡Y cuando le recriminó su falta de moralidad me dieron ganas de aplaudir!

—Lo sé. En una calificación del uno al diez, Lucy, le daría a la sesión un once. Pocas veces se ve una definición tan contundente de una demanda: uno a uno los pilares del caso que esa vieja armó se fueron cayendo. —Empezó a marcar con los dedos—. Primero, la jueza estimó que ella no presentó pruebas suficientes para soportar sus alegatos; luego, vino el dictamen de las «narices». ¡Tres votos de tres a tu favor! ¿Viste la cara de Beatriz? Jamás se imaginó que el experto que ella misma escogió fuera a inclinarse por ti. Y finalmente, el golpe de gracia...

Lucía no podía creer que la pesadilla hubiera, por fin, terminado. Parecía que apenas el día anterior estuvo parada frente a la cámara de la videoconferencia en medio del laboratorio elegido para la prueba. Una vez que se presentó a los

famosos perfumistas y les agradeció su apoyo, con toda intención se obligó a olvidarse de ellos y dejar que la magia de crear fragancias la guiara. Abrió su diario de notas, tomó los instrumentos e ingredientes que necesitaba y empezó a mezclar mientras explicaba lo que hacía:

—Mandarina para la dulzura, el optimismo y la alegría; el depurativo frescor del tomillo para activar el sistema nervioso; la esencia del vistoso y reconfortante lirio para estimular la creatividad, la intuición y el amor; la elegancia y la seducción de la orquídea; el delicioso, combinable, relajante y, a decir de algunos, afrodisíaco aroma a vainilla; la fortaleza del roble y el toque de picante, para hacer más interesante la vida...

Cuando terminó de combinar los elementos en un recipiente que contenía alcohol, lo agitó, con el fin de que las moléculas de las esencias se empezaran a diluir. Sumergió un *mouillette* en la mezcla, o *mélange*, para impregnarlo de la fragancia y la olió con satisfacción. Ahí estaría *Eclipse*, esperando a ser liberado tras un mes de espera en la oscuridad, el proceso de maduración normal.

De pronto, giró en redondo para mirar a Juan Carlos a la cara.

—Y hablando del golpe de gracia: ¿por qué no me dijiste que habías puesto a un investigador tras Beatriz? ¿Cómo supiste que quiso vender la fórmula de mi perfume aun antes de ser despedida de *AIR*?

—No lo sabía, Lucy, y no quería darte falsas esperanzas, pero eso era consistente con lo que estuvo haciendo con las fórmulas de los otros productos de la compañía. Si te fijas, a lo largo de los meses ella y su cómplice se fueron haciendo más descarados. Mi teoría es que se confió y le ganó la codicia. Sabía que tu perfume era muy bueno y que el lanzamiento estaba cerca. Estratégicamente, era mucho mejor ofrecerlo antes de que saliera al mercado. Por eso actuó de forma precipitada.

Lucía cerró los ojos.

—¡Nunca en mi vida quiero volver a oír el nombre de Beatriz Yurrieta! —exclamó—. Lo único que me importa ahora es que mi perfume está libre y que podrá salir a la venta pronto.

—Y va a ser un éxito —aseguró Juan Carlos—. Voy a comprar varios frascos y espero que me los autografíes.

—¡Qué tonterías dices! —exclamó, echándole los brazos al cuello—. ¡No sabes el alivio y la felicidad que siento! ¡Gracias, Juan, por todo!

El abogado respondió el abrazo de forma instantánea. La estrechó con fuerzas y de pronto tuvo miedo, un miedo inmenso de que ella fuera a despedirse y a alejarse de su vida para siempre.

—¿Por qué no llamas a Cecily? —propuso entonces—. Para que le cuentes las buenas nuevas.

A media llamada, como si fuera un niño grandulón y aprovechado, le arrancó a Lucía el teléfono de la mano y se lo puso al oído.

—¡Deberías haberle visto la cara a la jueza! —decía él mientras Lucy intentaba recuperar su aparato—. Desde que entramos a la sala tu amiga la tenía comiendo de la palma de su mano. Ya en corto le dijo que la buscaría para pedirle orientación para escoger una fragancia.

Lucía le dio un golpe juguetón en el hombro y alcanzó a escuchar la risa de satisfacción de la evaluadora.

—*Wonderful news!* Ahora, pásame a mi amiga. Quiero decirle algo.

El rostro de Lucy se fue iluminando con cada palabra que escuchaba.

—¿En serio? —preguntó resplandeciente—. Ceci, ¡qué buena noticia! ¡Felicidades! La verdad es que ya me lo sospechaba. ¡Tienes que contármelo todo! ¿A qué hora te veo?... Entiendo. No, no hay problema. *Disfruten la velada* —canturreó con una sonrisa traviesa.

Era media tarde y el sol parecía necesitado de unas vacaciones porque iluminaba sin ganas y no calentaba nada. La temperatura rondaría los tres grados. Personas de distintos tamaños y formas caminaban por allí apretando el paso, envueltos en suéteres, bufandas y abrigos. El viento estaba castigando de nuevo, tornando frías su nariz y sus orejas, pero Lucy parecía inmune al ambiente, como si la felicidad la calentara desde dentro.

—¿Se puede saber qué te dijo tu amiga que te tiene tan contenta?

Lucy se mordió el labio y sonrió.

—¡Ella y Alex ya son novios! Él es... bueno, no importa, el caso es que no podía haberme dado una mejor noticia. ¡Son perfectos el uno para el otro!

—Veo —afirmó él, divertido—. Entonces tenemos dos cosas que celebrar, ¿tienes tiempo?

Ella lo miró a los ojos.

—¡Seguro! Y tengo una idea genial. ¿Te gustan las margaritas de sabores?

—¡Por supuesto!, ¿con quién crees que estás tratando, Lucía?

—Excelente, solo déjame hacer una llamada y nos vamos.

Una estocada de celos lo atravesó cuando ella se alejó unos pasos. Seguramente quería hablar con Doudelet. La melancolía y el desánimo lo envolvieron. Si no la hubiera dejado, si hubiera insistido en que volviera con él, si la hubiera buscado a su regreso de Monterrey, ¿estarían todavía juntos? ¿Seguirían teniendo esa química tan fuerte? ¿Serían una pareja bien avenida?

Por salud mental, le convenía pensar que no, que los problemas para salir adelante y la rutina habrían acabado con todo, que la relación habría terminado tan mal o peor de como terminó con sus otras parejas.

Lucía retornó a su lado frotándose las manos y exhalando sobre ellas.

—¿Listo? Está a punto de conocer, licenciado Legarreta, uno de los tesoros de mi colonia.

Él se dejó llevar, aunque las advertencias de Fabiola rondaban en su mente.

—¿Cuál es el veredicto, señor abogado? —demandó Lucía.

El bar que había escogido no tenía rampa de acceso para minusválidos. Furiosa, se quejó al gerente, quien solo les pudo ofrecer un lugar en la terraza, que estaba al nivel de la calle, protegida con esos plásticos blancos que se usan para las carpas de boda. Algunos calentadores de gas entibiaban el ambiente. El área estaba ocupada únicamente por un cuarteto de jóvenes universitarios y una pareja de hombres trajeados que habían decidido desafiar a los elementos con tal

de fumar.

El mal sabor de boca se les bajó un poco cuando llegó su pedido: margaritas de fresa, kiwi, mango y tamarindo lucían sus vivos colores al lado de sus exóticas hermanas: la margarita *bomba*, la cual estaba escarchada con azúcar y tenía jugo de naranja y piña; la margarita *cactus* que era roja, pues llevaba vino además de tequila, y la margarita *blue*, la cual no se le hizo nada apetecible, pues su color le recordaba a un limpiador de vidrios. También pidieron queso fundido con chistorra, portobello asado con reducción de balsámico y empanadas de carne. Todo estaba delicioso.

A media degustación, Lucía decidió reconciliarse con el dueño del lugar.

—Siempre y cuando se disculpe contigo y se comprometa a poner la rampa.

Juan Carlos la contemplaba con deleite. La mujer fría y lejana de hacía unos meses se había ido, y en su lugar estaba esta vivaz gitana de ojos chispeantes, risa fácil y disposición a escuchar. Sonrió de puro contento. Estar así con Lucía, las barreras abajo, era la mejor retribución que podía haber recibido tras haberse desgastado tanto en su caso.

Levantó la mano y la sostuvo encima de la bebida de fresa.

—¿Mi veredicto? —preguntó, retomando el hilo de la conversación—. Déjame ver, todavía no me decido.

Dio un sorbo y paladeó un poco.

—Dirás lo que quieras, Lucy, pero ninguno de estos brebajes se compara a la original —afirmó para llevarle la contraria.

Ella se indignó.

—¿Estás loco? ¡Estas son mucho mejores! —Deslizó la copa más oscura hacia él—. Prueba el de tamarindo otra vez... de este lado donde tiene chilito¹⁷. ¿No es una maravilla?

A Juan Carlos se le escapó una breve carcajada.

—¡Entonces tú tienes que probar esta de nuevo!

Le alcanzó la *bomba*. Sus dedos se rozaron. Y fue como si alguien le hubiera quitado el anillo de seguridad a una granada. El tiempo corrió más despacio. Sus sentidos se agudizaron. Podía percibir cada centímetro cuadrado de la piel de su

mano y de su brazo, despiertos y vibrantes; escuchar los latidos de su propio corazón.

Como le sucedía últimamente, unas súbitas ganas de poseerla, de recorrer caminos viejos sobre su piel desnuda y de crear otros nuevos, lo atraparon.

Pasó saliva con trabajo. «¡Dios! Si serás masoquista».

Sin embargo, cuando pudo controlarse y mirarla de nuevo se dio cuenta de que él no fue el único sobrecogido por una fuerte reacción. La sonrisa de Lucía se había esfumado, sus pupilas estaban dilatadas, sus labios, entreabiertos y podría jurar que había remolinos de deseo en el fondo de sus ojos seductores. ¡Esos ojos! Quería zambullirse en ellos y perderse en sus profundidades.

Lucía parpadeó, cortando los hilos del hechizo. En los altavoces sonó una canción de Enrique Iglesias que canturreó mientras llevaba el ritmo con un pie.

—¿Todavía bailas? —le preguntó Juan Carlos recordando su época de novios, cuando cada viernes buscaban una fiesta o una disco y no se sentaban en toda la noche.

Ella desvió la mirada y torció uno de sus rizos entre los dedos.

—No mucho, la verdad.

—¿Y eso? —inquirió él con sorpresa.

Ella hizo una mueca que quiso ser indiferente.

—Al principio fue por falta de tiempo. Me la pasaba estudiando, luego trabajando y ahora... bueno, a Edmond no le gusta mucho.

El puño de él se contrajo debajo de la mesa. Se hizo un breve silencio.

—¿Te acuerdas la vez que fuimos a la disco con Ricardo y se nos perdieron las llaves del coche? —preguntó ella de pronto.

Juan Carlos se pasó una mano por los cortos cabellos.

—¿Cómo olvidarlo? Se nos hizo tardísimo y cuando llegamos a tu casa, tu mamá nos estaba esperando en la puerta con bata, tubos, mascarilla de aguacate y el sermón más largo la historia.

Una carcajada subió por la garganta de Lucía.

—¡Eres un mentiroso! Ella no llevaba ni tubos ni mascarilla.

—¿Ah, no? Pues de todos modos el efecto espeluznante fue el mismo.

—¡Tonto! —dijo, juguetona, mientras se ponía de pie—. Ahorita vengo. ¿Me puedes pedir un café? Creo que se me pasaron las copas.

Mientras ella se alejaba hacia el baño, Juan Carlos pudo darse cuenta de que los hombres de la mesa contigua la miraban con descaro. No le importó demasiado. Lucía estaba con él, le sonreía a él, lo veía a él, provocando que se atreviera a soñar...

Reclinándose hacia atrás, aprovechó la distancia entre ambos para estudiarla con libertad, deleitándose con los hombros estrechos, con las sinuosas caderas, con la curva tentadora de sus pechos bajo el fino estambre de su vestido de lana.

Recordó aquellas veces que bailaron pegaditos, balanceando sus pelvis al tiempo, cuando saboreaba sus mágicos brazos de sirena enlazados detrás de su cuello... Y si a esos viejos recuerdos le sumaba el del candente beso que se habían dado... ¡Cielo santo! A ver si no terminaba el día en una combustión espontánea. Discretamente lanzó una mirada a la zona de su entrepierna, solo para cerciorarse de que su cuerpo no lo estaba traicionando con una embarazosa erección.

Cuando ella reapareció le sonrió de tal forma que se le iluminó toda la cara.

—¡Estoy muerta! —proclamó al volver a su asiento—. Supongo que los efectos de la adrenalina y la tensión ya pasaron. ¿No te importa si mejor te invito al café en casa?

Eran cerca de las ocho de la noche y Juan Carlos avanzaba a su lado a lo largo del amplio camellón de la calle *Ámsterdam*; la sensación de paz y contento que la embargaba persistía, a pesar de que le estaba costando trabajo caminar en línea recta.

—Jovencita —pidió en tono juguetón su acompañante—, ¿por qué no se apoya en las manillas de mi vehículo? Porque si se me cae, por más caballero que sea, no tendré forma de levantarla.

Sin rechistar, Lucía se ubicó detrás de él, comentando que la tienda de comida

gourmet que dejaban atrás tenía unos postres exquisitos. Avanzaron otro poco.

—Está linda la noche —susurró ella, levantando los ojos hacia las estrellas que alcanzaban a brillar entre las copas de los árboles y las nubes; su aliento se condensaba frente a su cara—. Y lo pasé muy bien, Juan Carlos. ¡Qué bueno que propusiste celebrar!

Acompañó sus palabras con un ligero apretón sobre el hombro de él, quien murmuró algo ininteligible y posó su propia mano sobre la de ella, estrujando sus dedos con cariño. Las barreras se estaban derrumbando, sus fragmentos caían tan rápida y espectacularmente como enormes trozos de glaciares en el mar. Lucía miró la mano de él, nervuda y poderosa y la imaginó acariciándola toda... Se estremeció, llevaba muchos días de visiones eróticas por cortesía de Juan Carlos Legarreta y no sabía cómo zafarse de ellas.

En ese momento él sacudió la cabeza.

—¿No, qué? —preguntó Lucía, inclinándose sobre su hombro en un intento de verle la cara.

Él le dio un delicado golpecito con el dedo índice en la punta de la nariz.

—Nada, Lucy. Solo que me parece increíble que, a pesar de la manera en que comenzamos, hayamos podido pasar momentos tan agradables en la compañía del otro estos últimos días. —Sonrió a medias—. Llegué a temer que, al igual que tu mamá, ibas a seguir odiándome hasta el final de los tiempos.

«Al menos uno de los dos está pensando claro, Lucía. Puede que aún te salves». Y es que desde su escapada al baño allá en el restaurante, ella ya había decidido ceder a la tentación de, al menos, volverlo a besar. Entonces se dio cuenta de que no había respondido y dijo con aparente ligereza:

—Bueno, basta con que un miembro de la familia cumpla con su deber, yo ya me estaba cansando de hacer de bruja de todos modos. Es un trabajo agotador.

Juan Carlos soltó una risita y se detuvo. El edificio de apartamentos estaba cerca. Debían cruzar la calle. Esperaron a que pasara un ruidoso auto cuyo conductor parecía resuelto a reventarse los tímpanos con el altísimo volumen de sus altavoces. Las vibraciones del bajo les golpearon la piel.

—Juan... —empezó a decir ella dando un paso hacia delante.

Como en cámara lenta, observó el bello rostro de Juan Carlos

transformándose con alarma, y escuchó una campanilla a su derecha de donde venía un ciclista a toda velocidad.

—¡CUIDADO! —gritó él.

El tiempo aceleró entonces, de pronto estaba a punto de ser atropellada y en el siguiente instante había vuelto a la seguridad de la acera. El tipo de la bicicleta logró esquivarla, pero le tomó unos segundos más estabilizar el manubrio. Unos metros más adelante apoyó los pies como para recuperar la calma y antes de pedalear de nuevo le lanzó un terrible insulto.

Lucía solo atinó gritar tras él:

—¡LO SIENTO, ¿OK?! —y terminó con un murmullo—: Venía distraída.

—¡Qué bárbara, Lucy! —exclamó Juan Carlos llevándose un puño al pecho—. ¡Qué manera de bajarle a uno la borrachera! —Acercó su silla con cuidado, pues en esa área el camellón estaba desnivelado y roto—. ¿Estás bien?

Ella hizo una mueca y miró sus botas arruinadas; el tacón de una de ellas colgaba lastimosamente en un ángulo extraño.

—Me duele un montón el tobillo.

Juan Carlos masculló una maldición.

—¿Cómo puedes caminar con esto, Lucía? —preguntó frustrado. Ella frunció el ceño y abrió la boca para decirle que su forma de vestir no era de su incumbencia, pero él la cortó—. Tu *depa* ya está muy cerca, ¿puedes apoyar el pie?

Minutos después, Lucía estaba sentada en un sillón de su sala con la extremidad lastimada sobre el regazo de él. Juan Carlos era un enfermero muy atento: con movimientos delicados aplicaba presión alrededor del tobillo que ya estaba por duplicar su tamaño.

—Si la experiencia de mis tiempos de jugar *soccer* no me engaña, Lucy, tienes un esguince —anunció haciendo círculos con los pulgares en la piel que había dejado descubierta el calcetín—. Necesitas ponerte hielo y me temo que

cuando baje la hinchazón vas a tener un moretón bastante feo. —Miró con impotencia en dirección de la cocina—. Lo siento, no creo alcanzar el congelador desde mi silla. Tendrás que traerlo tú misma.

Lucía se removió en el sillón, tobillo y hielo olvidados. La efímera visión de las manos de Juan Carlos volviendo realidad su fantasía le pusieron la carne de gallina.

—¿Te duele mucho? —preguntó él, retirando la mano de súbito—. Tal vez sería bueno que te revisara un doctor.

No respondió a su pregunta pues la pérdida del calor de sus manos se le hizo más importante que cualquier consideración a su estúpida articulación. Lo deseaba de una manera irracional. Sabía que sería una vileza engañar a Edmond, que si no ponía un alto a sus pensamientos y deseos se estaría arriesgando incluso a arruinar la incipiente amistad con Juan Carlos, que muy probablemente se sentiría fatal al día siguiente. Pero nada importaba. Moría por sentirlo más cerca, por crear un recuerdo que la acompañara el resto de sus días. Sintió sus párpados caer, sus mejillas arrebolarse.

—Me duele un poco más arriba —se escuchó decir con descaro, sacándolo totalmente de balance.

Todo el cuerpo de Juan Carlos se puso rígido, luego arqueó la ceja. Lucía sintió la boca seca ante el miedo de ser rechazada. Él todavía sentía algo por ella, lo había insinuado de distintas maneras. ¿Acaso estaría en contra de tener una aventura? ¿Qué pensaba de ella en ese momento?

—¿Estás segura? —murmuró con voz ahogada.

Lucía asintió apenas, provocando que las manos de Juan Carlos regresaran inmediatamente a su pantorrilla.

—¿Dónde? —resolló pasando saliva—. ¿Aquí?

Lucía encogió la pierna al sentir el contacto. Un frío sofocante la traspasó. Él clavó en ella sus ojos oscuros; desbodaban pasión, pero también parecían preguntar: «¿quieres que siga?» Ella asintió de nuevo y entonces sintió sus dedos enterrándose en su carne, subiendo por su pierna centímetro a centímetro, atrayéndola a él de modo que sus caderas quedaron en el filo del asiento. Juan Carlos siguió explorando, torturando; inspiraba como queriendo robarse su olor,

apretaba, besaba. A Lucía se le cortó la respiración y él se apresuró a llegar a su cintura para deshacerse de las mallas sin pie que ella llevaba bajo su vestido. Ella despegó su trasero del sillón para ayudarlo y en cuanto la prenda cayó al piso, aquellos labios perfectos aterrizaron sobre la parte interna de su muslo. Imposible permanecer callada cuando él acariciaba, olía, probaba con las manos y con la boca, pero cuando sintió presión sobre su pubis, su gemido elevó su volumen y duración.

«No tan rápido, Juan, o no voy a durar mucho».

¿Lo dijo? ¿Lo pensó? Nunca lo supo, pero el caso es que con un tirón él la sentó sobre sus piernas. Enredó sus dedos entre su cabello, acercó su cara y comenzó a besarla bruscamente. Lo escuchó gruñir en cuanto ella le dio entrada.

—¡Me vuelves loco, mujer! —murmuró Juan Carlos momentos después contra su cuello. Lucía lo sintió temblar y eso la excitó aún más—. No sabes cuántas veces soñé el tenerte así, Lucy. —Probó la piel de sus hombros—. Eres...

—Shhh —susurró Lucía, poniendo sus dedos contra los labios de él. Y luego lo besó en la boca para suavizar el gesto. Estaba en un momento demasiado vulnerable y tenía miedo de lo que Juan Carlos pudiera decir.

Con manos trémulas le quitó la chaqueta y aflojó su corbata y también probó la piel de su cuello en cuanto abrió los primeros botones de su camisa. Juan Carlos, que no estaba para sutilezas, se sacó la prenda de un jalón.

Hermoso. Lucy habría querido sentarse a horcajadas para tenerlo frente a frente, pero aunque no pudo, tuvo oportunidad de acariciar sus pectorales, morder su clavícula, enterrar sus uñas en sus anchas espaldas.

Juan Carlos no podía creer lo que estaba pasando. Lucy estaba fuera de control y eso solo le confirmaba que lo venía deseando tanto como él la había deseado a ella. Cuando sintió sus uñas hincándose en su espalda soltó otro gruñido y la apretó contra sí de modo que no quedara ni una molécula de aire

entre ellos.

Succionó con fuerza la piel del delicado cuello mientras una de sus manos estrujaba esos senos tentadores. Necesitaba verla.

Lucía gemía y se retorció sobre su regazo, incitándolo más, enloqueciéndolo. Con dedos ágiles bajó la cremallera de su vestido, dejando al descubierto los pechos más hermosos del mundo envueltos en fino encaje. Su boca, hambrienta, actuó por cuenta propia y se acercó a degustar. Ella dio un respingo y arqueó la espalda.

—¡Quítamelo! —suspiró—. Quiero sentirte.

Juan Carlos estaba en llamas, pero, haciendo acopio hasta del último ápice de fuerza de voluntad que poseía, decidió escuchar a la parte honorable de su cerebro que le decía que no debía proseguir.

—Chiquita —jadeó—, no creo que... —Los ojos entornados de ella lo miraban sin comprender, nublados por la pasión. «Si serás idiota, solo a ti se te ocurre hacerte el caballero en un momento así». Con un trabajo enorme pronunció la siguiente frase—: No quiero que hagas algo de lo que después puedas arrepentirte.

Ella se incorporó un poco, acercando su cara a la de él, de modo que quedaran nariz con nariz. Sus ojos brillaban de una manera extraña. ¿Acaso se había enfadado?

—No *te atrevas* a dejarme así —advirtió, y le mordió el labio inferior.

—¡No se diga más! —soltó él, enardecido.

Con poca sutileza removió lana, encaje... y todo lo demás. Bien pronto tuvo a una mujer exquisitamente desnuda sobre él. Estaba deslumbrado, su cuerpo era aún más perfecto de lo que recordaba, su piel más suave, su aroma más dulce. ¡Cielo santo! ¿Qué había hecho para merecer semejante regalo?

«¡Te amo!», quería decirle, «¡Me encantas!» «¡No sabes cuánta falta me hacías!». Pero ella no deseaba escucharlo. Bien, le hablaría de otra manera.

Sus manos impetuosas acariciaron su espalda, sopesaron sus pechos, palparon su vientre, estrujaron muslos y el trasero que lo traía salivando desde hacía tiempo, hasta que la hicieron temblar de pasión.

—Abre, chiquita —imploró él tras dar un mordisco en su cuello—. Déjame

tocarte.

Ella deslizó su pierna izquierda hasta que su pie se apoyó en el piso. «¡Oh, por Dios!» Juan Carlos inspiró bien fuerte, estaba más que lista para él. Lo que no daría por ver y probar. Pero no iba a permitir que sus limitaciones arruinaran su placer ni el de ella. Deslizó su pulgar sobre su parte más sensible.

—¡Ay, Juan!

—¿Qué, Lucy? ¿Quieres más de esto? ¿Quieres sentirme dentro?

Ella había cerrado los ojos, sobrecogida por las sensaciones, pero alcanzó a asentir contra su cuello.

Los dedos de Juan Carlos invadieron el recinto que en otra vida podría llenar con otra parte de su cuerpo. Ella respondió moviendo las caderas... Y en pocos segundos la tuvo gritando su nombre.

17 La copa de la bebida en cuestión se escarcha con azúcar y un chile seco y molido llamado “piquín”.

CAPÍTULO 19

Poco a poco la respiración de ambos se fue normalizando y sus cuerpos dejaron de temblar. Lucía empezó a sentir los descansabrazos de la silla enterrándose en algunas partes de su anatomía, pero no todo era malo, la piel de Juan Carlos, ahora cubierta en una fina capa de sudor olía maravillosamente y sus fuertes brazos la envolvían en un abrazo a la vez tierno y posesivo.

Tenía que moverse, pero todavía no quería romper el encanto. No estaba segura de cómo enfrentar los siguientes minutos. Los labios de Juan Carlos se posaron sobre su pelo.

—¿Todo bien, Lucy?

Ella sonrió y se acurrucó contra su pecho.

—Sí, eso fue...

—¿Qué? —presionó Juan Carlos cuando notó que ella no iba a continuar—. ¿Eso fue qué?

«El mejor orgasmo que he tenido en años».

—Intenso. —Juan Carlos sonrió y volvió a abrazarla, mientras Lucía dibujaba con el índice pequeños círculos sobre su pecho— ¿Te puedo hacer una pregunta indiscreta? —murmuró después de un rato—. No tienes que responderme si no quieres.

Él se hizo para atrás para poder mirarla a la cara.

—¿Qué quieres saber? Puedes preguntarme lo que sea.

—Bueno —susurró ella incapaz de dejar de tocarlo—, me preguntaba si para ti... es decir, si en tus nuevas circunstancias tú...

Ella sintió su mejilla vibrar con la risita que se había generado en el pecho de su ex.

—¿Quieres saber si para mí la experiencia fue placentera?

Lucía lo miró desde debajo de las pestañas y asintió.

Él la tomó por la barbilla y la miró directamente a los ojos.

—Créeme, Lucy, lo disfruté tanto como tú. Mis médicos solían decir que la sexualidad es una parte inherente a los seres humanos y que tanto los parapléjicos como los tetrapléjicos podemos tener una vida sexual satisfactoria, pero me rehusaba a creerles. —Su boca se fue torciendo en una lenta y provocadora sonrisa—. Sin embargo, después de lo que acaba de pasar... —Acarició el labio inferior de Lucy—. Digamos que acabas de arrancar una venda de mis ojos. Una cosa es que no pueda hacerlo como otros hombres y otra muy distinta que la versión alternativa no sea también muy satisfactoria.

—Me alegro —dijo Lucy con una sonrisa que se evaporó muy pronto—. Pero entonces desde el accidente tú no...

—Nop.

Ella ladeó la cabeza al notar que Juan Carlos desviaba la mirada.

—¿Me estás diciendo la verdad, Juan? Es decir, no es de mi incumbencia, lo sé; pero preferiría que me dijeras con todas sus letras que soy una entrometida a que me cuentes una mentira.

Para su sorpresa él pareció turbado.

—Una vez —murmuró, la vista clavada un par de metros más allá—, una sola vez lo intenté y no significó nada, así que no cuenta.

Lucía sintió una irracional punzada de celos. ¿Quién habría sido esa mujer? Y sin detenerse a pensar, preguntó:

—¿Por qué no lo intentaste de nuevo?

Él se puso serio y guardó silencio mientras pensaba.

—Me retracto, creo que no estoy listo para tocar el tema.

—OK —aceptó ella mordiéndose el labio. Empezó a incorporarse. —Disculpa si me pasé de la raya.

Juan Carlos apretó el abrazo para impedirle que se fuera. Sus músculos saltaron con el movimiento.

—No pasa nada. Yo fui el que te dije que podías preguntarme lo que fuera. —Suspiró y sus ojos le acariciaron la cara—. Pero podrás entender que no es un tema fácil. Baste decir que mis prioridades eran otras. En un principio estaba más concentrado en recuperar mi movilidad, después en aceptar la silla, en sacar mi vida adelante y ya que tuve todo eso bajo control y me di cuenta de que

todavía hay mucha discriminación en contra de los discapacitados, me uní a la fundación... Tenía una vida más plena incluso que otras personas sin discapacidad: amigos, un trabajo que me encanta, una causa, deporte, alumnos... Digamos que no le vi sentido a complicarme la existencia incorporando a una mujer en ella.

Había más, estaba claro. Pero Lucy había sido advertida de que no debía preguntar; así que apretó los labios y se tragó la curiosidad. Recibió un beso en la frente como agradecimiento por sus esfuerzos.

—Sugiero que nos pongamos decentes —dijo Juan Carlos— antes de que regrese tu amiga y le demos un espectáculo.

—Y no sé lo que opinas... ¿Lucy?

Indiferente a su entorno, la mente de Lucía vagaba por los recuerdos de la noche que había pasado con Juan Carlos. Ambos vistiéndose, su creciente sentimiento de incomodidad, la mirada analítica del abogado sobre ella, y finalmente su comentario: «Tenemos que hablar».

—¿Lucy?

—Disculpa, ¿qué decías?

Su amigo evaluador le sonrió con condescendencia.

—Te preguntaba si crees que debemos insistir con la clienta que los aromas que quiere exportar de su línea infantil no son los más adecuados para el mercado de Chile.

Lucía se talló las sienes.

—No seas malo, Julien. Con todo el problema de *Eclipse* estuve muy desconectada, recuérdame de quién estamos hablando.

Cuando Julien hizo lo que le pidió, se dio cuenta de que él tenía la razón. Si la clienta quería mandar su producto estrella en el mercado nacional a otro mercado totalmente distinto no le presagiaba mucho éxito.

—Totalmente de acuerdo. Si quieres te busco la presentación que hice para

los veracruzanos. Ahí se explica cómo los franceses y los canadienses reaccionan al olor de la papaya más popular en México. Tal vez le abra un poco los ojos.

—Excelente idea, pero ella es una mujer muy terca. ¿Tú crees que podrías estar presente en la próxima reunión que tengamos?

Lucía sacó su agenda de un cajón del escritorio.

—Sin problema. ¿Para cuándo está programada?

Una vez que los asuntos de trabajo estuvieron cubiertos, Julien estiró su largo brazo y cerró la puerta del cubículo.

—Ya sé que le ganaste el pleito a la Yurrieta, pero casi no hemos tenido tiempo de platicar. ¿Cómo estuvo todo? Quiero detalles, Lucy.

—¡Qué chismoso! Está bien, te contaré todo si vas a buscar los capuchinos.

Mientras el evaluador iba por la bebida favorita de ambos, Lucía no pudo evitar sentir nostalgia. Había compartido con Juan Carlos momentos perfectos, pero ahora toda esa alegría se veía ahogada por culpa, dudas y remordimientos. Le hubiera gustado ser una de esas mujeres que pueden tener relaciones sexuales sin involucrar sus sentimientos. Sin embargo, estaba hecha de otra forma.

Aun así, aquella noche de pasión fingió lo contrario:

—¿Hablar? —dijo con una mueca que tiñó con algo de desdén—. ¿No te parece que sonaste un poquito femenino, Juan Carlos? Mejor dejémoslo así.

El abogado le clavó unos ojos matadores.

—¿Es en serio?

—Muy en serio, me duele mucho el pie y no estoy de ánimo para conversaciones profundas.

—Está bien —replicó él, claramente desencantado—, te daré un poco de tiempo. Pero quedas advertida que tenemos una plática pendiente.

Con movimientos firmes se acercó a Lucía, la tomó de una mano y tiró de ella hasta que tuvo su cara frente a la propia. Luego la besó con ardor y determinación, como queriendo dejar algo en claro. El beso se prolongó lo suficiente como para alterar su respiración y tentarla con llevarlo hasta su recámara para disfrutar de otra sesión amorosa.

De alguna manera se contuvo. Al separarse, cayó sobre ella la dura expresión de su ex.

—Que descanses, te llamo mañana —le dijo.

Un par de laboratoristas que pasaron frente a su cubículo con los brazos cargados de frascos devolvieron a Lucy a la realidad. Recelosa, alcanzó el celular que había permanecido boca abajo a lo largo de su plática con Julien. No estaba equivocada, tenía dos llamadas perdidas. Llena de culpa —esa vieja compañera— comprobó que Juan Carlos la había buscado de nuevo. Era ya la sexta vez, y tampoco ahora se sentía lista para devolverle la llamada. También Edmond había intentado contactarla.

¡Dios! ¿Qué iba a hacer ahora? Llevaba tres noches de mal dormir pensando en lo que había hecho, estremeciéndose no solo por el recuerdo de sus besos y de su piel, sino por la visión de la horrible cicatriz que tenía en la espalda, la cual quedó al descubierto cuando él se agachó a pescar su camisa. Esa larga línea seccionada por otras más pequeñas contaba una historia de gran sufrimiento...

Por otro lado, al aceptar que su vida sexual era un tema sensible, le había demostrado que esa era una de las pocas áreas de su existencia donde se sentía inseguro. Según sus propias palabras, las mujeres eran una complicación. ¿Por qué entonces con ella bajó la guardia? ¿Acaso pensó que ella iba a dejarlo todo para regresar con él?

Eso era una aspiración irracional. Lucy tenía muy claro que, por su propio bienestar, no debía volver con Juan Carlos.

El teléfono sobre su escritorio timbró.

—¿Diga?

—Lucy —dijo la recepcionista—, aquí abajo está el licenciado Juan Carlos Legarreta. Dice que tiene un asunto muy importante que tratar contigo.

—¿QUÉ?

Lucía sintió frío y calor al mismo tiempo. ¿Quién diablos se creía Juan Carlos para aparecer así en su lugar de trabajo? Si no le había contestado era porque todavía no sabía qué decirle, pero, ¡claro!, el abogado Legarreta iba a presionar sin darle el espacio que ella requería para aclarar sus sentimientos. Apretando los puños, echó su silla hacia atrás y se puso de pie.

—¿A dónde vas, Lucy? —inquirió Julien con los cafés en las manos.

—A sacar a alguien a patadas —masculló ella malhumorada.

La minúscula sala de recepción apenas tenía espacio para que Juan Carlos pudiera maniobrar su silla, amén de que el área era oscura y las corrientes de aire se colaban constantemente.

«¿En qué estaban pensando los arquitectos?»

Juan Carlos habría preferido platicar con Lucy en otro lugar más acogedor, pero su silencio no le daba buena espina. La conocía bien y sabía que sus principios estarían incomodándola y lo último que quería era que ella se arrepintiera de lo sucedido. No bromeó cuando le dijo que ella le había quitado una venda de los ojos. El encuentro que tuvieron le había dejado más que claro que él podía satisfacer a su pareja, que estar con él no sería un sacrificio tan grande, que entre Lucy y él el fuego seguía existiendo y, si ella le daba una oportunidad, él quería comprometerse a hacerla feliz hasta el final de los tiempos. Si tan solo...

—¿Qué crees que estás haciendo, Juan Carlos? —preguntó la perfumista en cuanto abrió la puerta.

El tono agresivo le supo amargo, pero se obligó a permanecer tranquilo.

—Si Mahoma no va a la montaña...

—¿Qué montaña ni qué ocho cuartos! No teníamos ninguna cita esta mañana que yo recuerde.

—Cierto, pero tenemos una plástica pendiente.

—¿Cuál plástica? —exclamó ella.

Juan Carlos la miró decepcionado.

—¿Es en serio, Lucy? Te recuerdo que me diste tu palabra.

—A lo que yo accedí fue a hablar de nuestro noviazgo, no de... lo otro —afirmó, cruzándose de brazos.

—Veo —dijo él con expresión dura—. O sea que quieres hacer como si nada

hubiera pasado. No lo entiendo, Lucía. Tampoco lo acepto. Porque desde mi punto de vista algo importante sucedió. Para ambos.

La perfumista se acomodó de tal forma que su espalda diera a la recepción, como si no quisiera que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando allí dentro. Permaneció de pie, aprovechando la ventaja psicológica que esto le daba sobre él.

—Juan Carlos, ¿a qué viene todo esto? —Bajó la voz a un susurro—: Vivimos un periodo muy intenso, siempre ha habido química entre nosotros, tuvimos relaciones. Punto. La verdad, se me hace terriblemente impropio que vengas a *mi* oficina a sacar el tema.

—Pues será impropio, pero me parece que es muy necesario. ¡No podemos mentirnos a nosotros mismos y hacer como que nada pasó! Hay algo fuerte entre nosotros, Lucy. No viene al caso negarlo.

—Por favor, no lo saques de contexto. Sucumbimos a hormonas, adrenalina y alcohol.

Inesperadamente, la mano de Juan Carlos golpeó la mesa.

—¿Por qué estás haciendo esto? ¿Acaso mi... situación me vuelve tan repelente que no puedes considerar tener una relación conmigo?

Lucy estaba pálida, tras el exabrupto de Juan Carlos había vuelto la cabeza como para cerciorarse de que nadie estuviera pendiente de su discusión. Afortunadamente, la recepcionista parecía absorta en su música y en clasificar el correo.

—Juan, por favor, no insistas, no es mi intención lastimarte. Pero no podemos darle a nuestro... *desliz* más importancia de lo que realmente tuvo.

El atractivo rostro de Juan Carlos se transformó en una máscara de escepticismo. Su voz se hizo de hielo.

—¿Desliz? Entiendo. Disculpa la molestia entonces, no sabía que ahora eras partidaria del sexo casual.

Ella le lanzó una mirada fulminante.

—Ya ves. La gente cambia.

Él se irguió en su silla, asintió con brusquedad y empujó las ruedas hacia la puerta de cristal.

—Estoy de acuerdo, permiso.

Lucía se había cubierto la cara con una mano. Pasaron segundos interminables en los cuales Juan Carlos esperó a que se hiciera a un lado para salir de aquel maldito lugar. Finalmente ella lo miró.

—Espera, no te vayas así. No mentí cuando te dije que estaba confundida. Y *no* me gusta que me presionen. Si no he querido hablar contigo es porque no sé qué decirte. Ni yo misma entiendo lo que me pasa! —Agachó la cabeza con desaliento.

Un fuerte deseo de sacudirla corrió por el interior del abogado.

—¡Pues qué te va a pasar sino que, al igual que a mí, te surgieron dudas! Te sientes confundida porque te estás dando cuenta de lo bien que estaríamos juntos. —Ella se apoyó contra el muro de cristal. Con la cabeza, negaba una y otra vez. Juan Carlos habló rápidamente—: Cuando volví a verte me transmitiste mucho rechazo, Lucy. No fue agradable, créemelo; pero, por otro lado, me hizo pensar que tal vez un repudio tan intenso pudiera significar que todavía sientes algo por mí y ese sentimiento terminó por manifestarse unas noches atrás.

Sus palabras parecieron disgustarla. Apretó tanto las manos que los nudillos se le pusieron blancos.

—A ver, Juan Carlos, por un lado tienes que entender que yo estaba en un momento de mucha presión y no se me hacía fácil trabajar contigo cuando habíamos terminado en tan malos términos, pero de ahí a que tuviera emociones exaltadas hacia ti es otra cosa.

Él apretó la quijada.

—Perdóname si te digo que no te creo —alzó la mano para evitar que ella lo interrumpiera—, pero primero quiero retomar el tema de nuestro rompimiento: Lucía Durán —dijo clavándole la mirada—, quiero aprovechar este día para, de forma humilde y sincera, pedir tu perdón una vez más. La situación que yo estaba viviendo no era fácil, pero creo que no la manejé de la mejor manera. Te dije cosas que te lastimaron y lo siento en el alma, pero me causaba una frustración enorme que no pudieras entender que mi madre me necesitaba en esos momentos y que yo tenía que responderle. Tenía que asegurarme de que ella estaría bien aunque por dentro me estuviera muriendo... Tú no fuiste la única a

la que afectó nuestra separación. ¿Sabes cuántos kilos bajé después de nuestra ruptura? Diez. ¿Sabes cuánto tardé en conciliar una noche entera de sueño? Meses. ¿Sabes cuántas relaciones tuve que no funcionaron porque estaba buscando otra Lucía?...

El fuego del enojo volvió a encenderse en aquellos ojos verdes.

—La verdad es que no me interesa mucho saber de tus múltiples relaciones.

Él se talló la mano con la frente.

—Por favor, Lucy, no tergiverses... Está bien, parafraseo, lo único que quiero que sepas es que no fui feliz en ninguna relación porque te quería a ti. ¡Solo a ti, Lucy! Separarnos ha sido el peor error que he cometido en la vida. Te quiero de regreso. ¡Nos quiero de regreso!

La barbilla de Lucy tembló y con trabajos logró sacar la siguiente:

—Lo siento, pero estás mal. Yo tengo a Edmond...

—¡Edmond! La verdad es que no termino de entender cómo puedes estar con alguien así. Tú eres mucha mujer para un tipo así de *plasta*, que solo quiere una muñeca que adorne sus cenas de gala, que cautive a sus clientes y a sus refinadas amistades...

—¡¿Cómo te atreves?! —Saltó ella alzando la voz.

—Me atrevo porque es la verdad.

Temblando de rabia, ella continuó:

—Ese tipo, ese *plasta*, como tú le dices es un hombre refinado y culto que ha sabido hacerme sentir querida y protegida.

—¿Y acaso crees que yo no podría hacer lo mismo? Si tú me dieras la oportunidad...

—¡Ya tuviste tu oportunidad!

—¿Otra vez con eso? ¿Cuándo vas a superarlo, Lucía? ¿Cuándo demonios podrás darte cuenta de que mi mamá me necesitaba en ese entonces? Su situación era extrema...

—¡La mía también! —siseó ella, golpéandose el pecho con el puño. Luego bajó dramáticamente la voz para repetir entre dientes apretados—: La mía también. Estaba deshecha, atemorizada, sola y tuve que aceptar que no tenía a

nadie en quien apoyarme. —Su garganta estaba apretada, le costó mucho decir las siguientes palabras—: Viví los peores momentos de mi vida... sola.

Inconscientemente llevó una mano a su vientre y Juan Carlos sintió como si le hubieran partido la cabeza con un mazo. En cuanto pudo jalar un poco de aire abrió la boca.

—Lucía, ¿me estás diciendo que...?

—Sí —aseguró ella alzando la barbilla con altivez. Una lágrima corrió por su cara—. Yo estaba embarazada y me deshice de mi bebé.

—Tenía tres semanas de embarazo cuando empecé a sospechar mi estado y cinco cuando lo confirmé... —dijo Lucía mirando con terquedad hacia el vacío.

Estaban en el auto de Juan Carlos después de que ella avisara a Cecily que estaría ausente el resto de la tarde. Era una irresponsabilidad, lo sabía, pero Juan Carlos amenazó con esperar en la recepción hasta la hora de la salida y eso no era una opción. Ya se imaginaba los chismes.

—No puedes soltar una noticia así y esperar que me vaya como si nada —dijo él con voz ronca—. Hoy mismo vamos a hablarlo y *no* estoy dispuesto a aceptar más negativas ni dilaciones.

Sus ojos oscuros no dejaron lugar a duda de su determinación y Lucía terminó por doblar las manos. ¿De qué servía ganar unas horas? ¿Para qué posponer lo inevitable? Regresó a su oficina por su bolso, le pidió a un sorprendido Julien que la cubriera y, habiendo desterrado a la silla de ruedas al asiento trasero del auto, trepó en el lugar del copiloto. En cuanto arrancaron, recordó con indiferencia la admiración que sintió la primera vez que observó las maniobras de Juan Carlos tras el volante.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó el hombre que insistía en poner su mundo de cabeza.

Ella se encogió de hombros. Estaba muy cansada y solo quería que ese incómodo momento terminara para regresar a casa y perderse en el olvido del

sueño. De modo que, en cuanto él se alejó de la banqueta, se permitió sacar lo que llevaba guardado desde hacía una década.

—Tenía mucho miedo. No sabía qué hacer. Hasta que recordé que una chica de mi generación había pasado por lo mismo el año anterior; al menos eso era lo que se rumoreaba a sus espaldas. Se decía también que había abortado y que por eso ahora vivía con su abuela. Porque sus papás la corrieron de su casa cuando se enteraron de lo que hizo y que si no la habían expulsado, se debía a que su familia tenía mucho dinero y eran benefactores de la institución. La observé por una semana sin saber cómo acercármele. Solía comer sola, muchas de las compañeras la trataban con desdén. Yo sabía que si me acercaba a ella en un recreo sería demasiado notorio, así que esperé a que llegara el viernes y, cuando llegó la hora de la salida, le dije que estaba teniendo problemas con trigonometría y le pregunté si podría ayudarme.

—¿Por qué me pides ayuda a mí? ¿Qué van a decir tus amigas?

—No me importa lo que digan, tú eres la mejor en la clase en *trigo* y de verdad necesito ayuda. ¿Qué vas a hacer hoy en la tarde? Si quieres, podemos comer en mi casa y estudiamos luego.

Iba a negarse, pero por alguna razón terminó por aceptar. Cuando llegamos a casa, mamá la trató con frialdad, lo cual se me hizo muy raro. Hasta que supuse que el chisme también había corrido entre ellas. Una vez en mi cuarto, le confesé mi verdadera motivación. Después del modo en que mi madre la había tratado, creí que iba a salir dando un portazo, pero no fue así.

—Veo, ¿y sabes quién es el papá?

Su pregunta me sorprendió.

—Pues mi novio, ¿quién más?

Sonrió con tristeza.

—¿El chico mono con el que fuiste al baile de fin de año?

Asentí.

—¿Y ya le dijiste?

—Todavía no, primero quería estar segura.

—Eso es fácil. Solo ve a la farmacia y pide una prueba de embarazo?

—¿U-una prueba? ¿Cómo son? ¿Cuánto cuestan? Ay, Dios, no creo poder hacerlo.

Ella se exasperó, pero me acompañó a una farmacia que estaba lejos de mi casa y me acicateó hasta que hice la compra.

—Ahora tendrás que esperar —dijo cuando salí del local con los ojos bajos y las mejillas incendiadas—. La primer orina de la mañana es la mejor.

En ese momento, el auto de Juan Carlos cayó en un bache enorme, zarandeándolos con violencia. Soltó una maldición. Su quijada parecía tallada en piedra, sus manos estrangulaban el volante. Lucía notó cada detalle con el mismo desapego que la cubría desde que salieron de la empresa. Habían estado dando vueltas por la zona industrial, sin rumbo fijo.

—Este lugar está lleno de cráteres —gruñó él—. Sigue, ahorita enfila para tu casa.

—Evidentemente, la prueba dio positiva —continuó Lucy, mirando sin ver por la ventana—, y desde entonces fui un manojo de nervios. Empezamos a pelear: yo estaba muy sensible y tú muy impaciente. Tenía miedo de que al enterarte de la verdad terminarías conmigo porque, a pesar de que me habías conseguido las pastillas anticonceptivas, no me las estaba tomando.

Juan Carlos latigueó la cabeza en su dirección, había dejado de acelerar.

—Sí —dijo ella en tono de desafío—, me sentía culpable tomándolas. Después de todo, llevaba años en una escuela de monjas. Un día me enteré que existía el método del ritmo y yo, que tenía ciclos muy regulares, pensé que sería una buena opción. Por eso había veces que rehusaba tener relaciones, salvo aquella vez del karaoke. —La expresión de Juan Carlos le hizo entender que recordaba perfectamente el evento al que se refería. Esa había sido una semana terrible para él, de mucha presión y sus jefes lo habían regañado por un error al redactar un documento. Estaba deprimido y pensó que un rato en un bar podría animarlo, cuando salieron de allí, ella le dijo que no se sentía con ánimos de tener sexo, pero Juan Carlos la estrujó contra su pecho y murmuró contra su pelo que la necesitaba. No tuvo que decir más—. Imperdonable, ¿verdad? Quizás si te hubiera contado lo que estaba pasando, tú no habrías insistido; pero en aquel entonces no quise creer que el romper las reglas un solo día pudiera implicar un

embarazo, y una vez embarazada, me encontré entre la espada y la pared. ¿Me querías lo suficiente como para quedarte conmigo a pesar de todo? ¿Qué iba a pasar con nosotros? ¿Nos estaba condenando a una vida de trabajitos mediocres y estrechez económica? ¿Cómo podríamos salir adelante? Sabía que la situación en tu casa era difícil y que apenas estaban saliendo con los gastos. Me preocupaba muchísimo que mi mamá se pusiera en el mismo plan que los padres de aquella chica y que me desconociera. Me paralizaba el qué dirán.

»Y entonces me dijiste que te irías. ¡Me sentí morir! Estaba convencida de que Dios me estaba castigando.

El automovilista detrás de ellos hizo sonar su bocina y, de un volantazo, Juan Carlos se estacionó en el primer lugar disponible. Estaban en una calle con camellón, frente a una fábrica de productos químicos, muy cerca de la avenida que los conduciría hacia casa de Lucía.

—Lo siento —murmuró Juan Carlos con labios secos—, creo que es mejor parar por unos minutos.

Se le notaba tan sacudido que ella no cuestionó su decisión.

—Bueno, no queda mucho que contar. Esa misma chica me contó de la clínica a la que había asistido, me dio la tarjeta del doctor y finalmente se compadeció de mí y me acompañó.

Estremecida con repugnancia, Lucía recordó el silencioso recorrido a aquella casa en una de las colonias bravas de la ciudad; el letrero que rezaba «Práctica familiar» a la entrada; las puertas cerradas con llave y la actitud recelosa de la mujer que les abrió. Burda y malencarada, las guio hacia el consultorio del médico, un hombre cuyo rostro brillaba por exceso de grasa, que tenía malas maneras y nariz abultada y surcada de venas. Sintió náuseas cuando se vio obligada a descubrirse frente a él y soportar sus manos frías sobre su cuerpo. Ese día acordaron los honorarios y la fecha de la intervención.

—No, no podemos esperar hasta las vacaciones —aseguró él detrás de sus gruesos anteojos—. El producto estaría demasiado grande y los riesgos serían mucho mayores.

Producto, por alguna razón a Lucía la lastimó que aquel hombre se refiriera a su bebé de esa forma, pero en una situación como la suya no había más opción

que cerrar la boca y aguantar.

El plan estaba trazado: empeñaría las joyas que tanto su mamá como ella heredaron de la abuela y si no le daban lo suficiente, encontraría la manera de hacerse del fondo de emergencia que su mamá guardaba en la esquina más recóndita de su armario; se sometería al procedimiento y permanecería en casa de su nueva amiga durante el fin de semana.

—Esperemos que no te pongas mal, Lucy —comentó su compañera con ojos preocupados—, porque si nos cachan, ahora sí nos corren de la escuela.

Lucía se abstuvo de mencionar detalles. No quiso contar el miedo, el dolor y la ignominia que vivió ese fin de semana; aun así, para cuando terminó su relato, tanto ella como Juan Carlos estaban llorando.

—Nunca me sentí tan avergonzada. La popular niña de dieces, consentida de los maestros y de sus padres, se convirtió en una ladrona, una mentirosa y una traidora. ¿Sabías que por mi culpa despidieron a la señora que limpiaba la casa? Mi vergüenza era tal, que incluso dejé de hablarle a la única persona que me había apoyado en aquellas semanas de infierno. Había hecho algo imperdonable. A consecuencia de mis acciones, una criatura indefensa no existía más. —No pudo continuar, tenía un enorme nudo en la garganta que no alcanzaba a desacher—. Ahora ya lo sabes. Quiero ir a casa, Juan Carlos.

CAPÍTULO 20

Enfundada en una chaqueta gris con unas enormes hombreras y calzando unos zapatos que parecían de abuelita, Laura entró a la oficina de su jefe con varios papeles en la mano.

—Es el contrato para la afianzadora —explicó dejándolos sobre su escritorio—. Solo necesitamos que lo revise antes de mandarlo.

Él tomó el documento y asintió, al tiempo que su secretaria apretaba su hombro en un gesto solidario.

—También debes saber que llamó tu cliente de Zacatecas, está muy molesto. Es importante que hables con él personalmente.

—Lo haré, Lau. Por favor contacta a su secretaria y programa una videoconferencia para hoy en la tarde. Espero tener noticias para entonces.

Su incondicional asistente iba a darse la vuelta, pero él la detuvo.

—Oye, gracias por todo. —Intentó sonreír—. En serio.

Ella le dedicó una de sus breves sonrisas.

—Para eso estamos, Juan.

Sintiéndose ineficiente y culpable, Juan Carlos bajó la mirada y se obligó a concentrarse en el contrato. Desde que empezó el asunto de Lucía, Laura, Fabiola y últimamente incluso el zoquete de Mauro, lo habían apoyado haciéndose cargo de muchas de sus responsabilidades: contestaron correos, se comunicaron con clientes, redactaron escritos y lograron mantener cierta semblanza de control ante todo el mundo; pero a pesar de todos sus esfuerzos, Ricardo sospechaba algo. A lo largo de los últimos días le había estado lanzando miradas suspicaces y hacía preguntas aisladas, a la pesca de información. Sin embargo, se abstenía de indagar más a fondo en atención, seguramente, a aquel ancestral condicionamiento de los hombres, que equipara el hecho de hablar de las propias emociones con algo tan incómodo como una cita con el proctólogo.

En fin, independientemente de ello, Juan Carlos no pensaba pasar otro día con la cabeza en el limbo y el ánimo aplastado por la depresión. A partir de ese

momento iba a convencerse a sí mismo de que todo lo sucedido con Lucía había sido un mal sueño y pondría sus sentimientos tras una barrera impenetrable. Necesitaba regresar a la normalidad. Por sí mismo y por su equipo. Por su salud mental y los buenos resultados que debía al despacho. Por su madre y sus amigos. Por la fundación y sus alumnos.

Sin embargo, sus buenas intenciones vendrían a tambalearse antes de que cayera la noche.

Serían cerca de las cuatro de la tarde cuando Ricardo entró a su oficina, sin chaqueta y con la corbata floja —debido al sobrepeso, su amigo se sentía acalorado la mayor parte del tiempo— y procedió a cerrar la puerta tras él. Hasta ahí todo bien; pero cuando echó la llave, un mal presentimiento corrió por el interior de Juan Carlos.

Empezaba a prepararse contra algún embate cuando el otro soltó sin más preámbulo:

—A ver, Juan, ya me enteré de que le quedaste mal al zacatecano. —Hablabo despacio, como intentando escoger las palabras exactas mientras Juan Carlos se preguntaba quién habría sido el soplón—. Además, desde que concluyó la demanda de Lucía has estado muy raro y, aunque estoy convencido de que no quieres hablar de ello, me parece que ha llegado el momento de abrir mi bocota y preguntarte de frente qué diablos está pasando.

En automático, Juan Carlos se puso a la defensiva. Estaba molesto. ¡Qué manera de desvirtuar el pacto milenario! En un primer momento, pensó negarlo todo, pero tras una rapidísima reflexión, concluyó que sería una cobardía y una necesidad. ¡Estaba tan cansado de querer tapar el sol con un dedo, de fingir, de seguir dándole vueltas a lo mismo! Pero era un hecho que había fallado en el trabajo y que Ricardo merecía tener el panorama completo. Tragándose una exhalación, colocó con cuidado su pluma fuente al lado de los papeles que estaba por firmar y respondió:

—Si no te había dicho nada, fue porque no había mucho que contar. Lo importante es que la demanda de Lucía se ganó, la de la Yurrieta contra la empresa por despido injustificado se perdió y creo que será más adecuado que seas tú quien finiquite el tema de revelación de secreto industrial.

Ricardo tomó asiento en una de las sillas al otro lado de su escritorio, haciéndola rechinar un poco.

—Veo, y ¿se puede saber por qué no sigues tú con el caso?

Los ojos de Juan Carlos se desviaron un brevísimo instante hacia la escultura de ónix que adornaba una esquina de su escritorio.

—Estoy atrasado en otros asuntos, necesito ponerme al día.

Ricardo se cruzó de brazos.

—No me salgas con eso, cabrón. ¿Se te olvida que yo estuve allí cuando estuvieron juntos y cuando se separaron? Estoy seguro de que para ninguno de ustedes fue fácil trabajar juntos.

—Ahí tienes tu respuesta.

—Pero hay algo más. Mira, Juan, tú bien sabes que en circunstancias normales no estaría aquí haciéndole al doctor Phil¹⁸, pero te conozco desde hace quince años y algo me dice que necesitas apoyo. —Juan Carlos mantuvo silencio—. ¡Bien! No tienes por qué contarme —aseguró Ricardo mientras se ponía de pie—. Solo quería que supieras que, sea lo que sea, no tienes por qué pasarlo solo. Te dejo trabajar.

Dicho esto avanzó hacia la puerta, pero las palabras de su amigo lo dejaron clavado en su lugar, una mano sobre el pomo.

—Tienes razón —afirmó Juan Carlos con la cabeza gacha. Y tras un momento eterno agregó—: Estoy que me lleva la fregada. Y por más que intento «ver el lado positivo» o «tomar las cosas con filosofía» o considero cualquiera de esas frases con las que la gente te agobia cuando estás con el ánimo por los suelos, no puedo sentirme de otra forma tras enterarme de que Lucía abortó un hijo mío.

Las redondas mejillas de Ricardo perdieron color y viró en redondo para encarar a Juan Carlos.

—¿Qué? ¿Estás seguro? ¿Cómo supiste? —tartamudeó.

—Ella me lo dijo. —Juan Carlos empujó su silla de ruedas hasta que tuvo una vista parcial hacia fuera de la oficina. Sentía que se ahogaba—. ¿Te das cuenta? Si hubiera sido sincera conmigo en ese entonces, muy posiblemente hoy sería padre.

—Yo... no sé qué decir —masculló Ricardo tras un par de intentos en los que solo abrió la boca para cerrarla de nuevo.

Juan Carlos asintió.

—*Exactamente*. Yo tampoco sé qué pensar. ¡Tú sabes cuánto la quería! Cuando tenía veintiún años respiraba, comía y vivía por Lucía Durán. Todos estos años la recordé como a una muchacha dulce, apasionada, alegre. Pero esa chica que conocí ya no existe. La mujer de hoy me guarda rencor por no haber estado para ella en una situación tan delicada. Cosa hartito injusta, déjame te digo, pues yo tomé la decisión de irme a Monterrey basado en lo que sabía. Ella me engañó. Se asumió como juez y parte y condenó a la muerte no solo a nuestro hijo, sino también a nuestra relación.

Ricardo sintió una punzada de conmiseración al ver a su amigo deshecho.

—Bueno, compadre —dijo aclarándose la garganta—, también dale chance. Era una chavita, debe de haber estado muerta de miedo.

—¿Crees que no lo sé? —El volumen de su voz subió y bajó dramáticamente—. Las cosas que ella tuvo que soportar me torturan a diario y me hacen sentir doblemente culpable. Yo debí estar allí para protegerla y para proteger a mi hijo.

Los ojos se le pusieron vidriosos.

—¡Con razón andas tan apendejado! —dijo Ricardo en un intento de aligerar las cosas, pero la broma sonó hueca y a ninguno de los dos les hizo gracia. A los pocos segundos añadió—: ¿Qué necesitas, Juan? Es más, ¿qué diablos estás haciendo aquí?

—Trabajando, ¿qué no?

—Pues yo creo que deberías estar en tu casa, descansando... —Una sola mirada al turbulento rostro de Juan Carlos logró que Ricardo recapacitara. Alzó las manos de manera conciliadora—. OK, olvida que lo dije. Sé que casi nunca tomas vacaciones, que te gusta tu rutina y qué se yo, pero dime honestamente si no crees que necesitas al menos un par de días para poner en orden tu cabeza. Este viaje con Inés me recordó que cuando uno se da el tiempo para recargar la batería, regresa al trabajo con más filo. —Juan Carlos estaba a punto de negarse, sus actividades eran su salvavidas, pero entonces Ricardo mencionó—: Tú sabes lo importante que es estar al cien en nuestro trabajo; una mala negociación, un

contrato mal redactado pueden arrastrar un asunto por el caño.

Los segundos pasaron y el único sonido que vino a romper el silencio fue el de los dedos de Juan Carlos tamborileando sobre la pulida superficie de madera. Su amigo tenía razón, no podía ser eficaz si su mente estaba empantanada en otro lado. Inspiró hondo.

—Está bien, me tomaré la tarde. Es viernes y hoy solo tengo pendiente una videoconferencia con Juan Pablo, el zacatecano. Necesitaría que me cubrieras. Quiere saber por qué el otorgamiento del crédito se está atrasando. Pensaba llamar a los del banco justo ahora.

—No te preocupes —respondió Ricardo—, los llamo yo.

Juan Carlos asintió, preguntándose qué iba a hacer con las horas libres que acababan de caer sobre sus hombros. Tomó su chaqueta, que colgaba de un perchero, con cierta desgana.

—Fabiola y Laura saben todos los antecedentes, por si te surge alguna duda. —Tras una pausa agregó—: Te aviso el domingo en la noche si me presento a trabajar el lunes.

Si podía evitarlo, Juan Carlos se mantenía alejado de los centros comerciales. Prefería ocupar el esfuerzo, planeación y riesgo de desilusiones o malos ratos para vivencias más valiosas, como una visita al teatro, un concierto o incluso un evento deportivo. Muchas de sus compras las realizaba por internet y cuando esto era una imposibilidad, recurría a un encargado o buscaba otras opciones, como el sastre que lo visitaba cada seis meses para surtirlo de trajes y camisas.

Sin embargo, en esta ocasión decidió aventurarse en la plaza que se encontraba frente a sus oficinas, tan solo al otro lado de la avenida. Era enorme y tenía accesos para sillas de ruedas; además, con la gran variedad de tiendas que allí había, resultaba una buena opción para conseguir el regalo de cumpleaños de su madre, que era el domingo.

No era fácil encontrar algo para ella. Mil y una veces Juan Carlos le había

explicado que atrás habían quedado los días de ropa de supermercado o la búsqueda de telas baratas para hacerse sus propios vestidos, pero ella el tipo de mujer que consideraba un desperdicio gastar miles de pesos en una prenda que, colmo de los colmos, debía lavarse en seco y seguía sintiéndose incómoda con marcas de diseñador. Era una mujer práctica que pasaba menos de diez minutos diarios frente al espejo y que, forzada a salir, prefería tomarse un café con su hermana y sus amigas en un restaurante de cadena a visitar un restaurante cuyo chef hubiera sido elogiado en alguna guía Michelin.

Cada vez que la veía entusiasmada por una falda o una blusa que había encontrado rebajada y solo necesitaba un «pequeño ajuste», Juan Carlos se desesperaba; sentía que no estaba cumpliendo con su responsabilidad de proveer para ella. Aunque al final tuvo que aceptar que no iba a cambiarla y se conformó con llegar a un acuerdo por medio del cual se comprometía a buscar prendas de material durable y corte clásico, lavable en casa, por supuesto; a cambio de que Mercedes no intentara averiguar cuánto le habían costado, se comprometiera a usarlas con cierta regularidad y a no guardarlas para «ocasiones especiales».

¿Qué comprarle, pues?, se preguntó mientras conducía a su destino a pesar de la corta distancia que había entre ambos conjuntos de edificios. No había manera en que alguien en sus circunstancias pudiera hacer uso del lejano puente peatonal, mucho menos cruzar seis carriles donde automovilistas estresados se apresuraban a llegar a su destino.

Se estacionó justo enfrente de una de sus tiendas departamentales favoritas — muy bien surtida de artículos de calidad y buen gusto—, en el nivel en el cual sabía estaba la sección de damas. Pasó por el departamento de zapatos donde una mujer mayor se probaba unos tacones demasiado juveniles, luego llegó al pasillo circular que llevaba a los otros departamentos: ropa interior, vestidos de noche, ropa casual, ropa de playa, bolsas y accesorios.

Empezó a pasear sin ton ni son. Observó sin mucho entusiasmo las prendas que lucían los maniquís, palpó un bolso de mano para saber si estaba hecho de piel auténtica o de algún material sintético, ignoró las miradas rápidamente desviadas de varios transeúntes y aceptó de manos de una dependienta un cartoncito con una fragancia demasiado dulce que no llegaba ni a los talones a la

de Lucía. Diablos, ahí estaba otra vez ese nombre que tanto daño le hacía. ¡Maldita la hora en la que se reencontró con ella! En vez de cerrar círculos, lo único que había logrado era remover el pasado, desecharla como un estúpido, portarse como el peor de los tontos y salir lastimado.

«¿Por qué no me lo dijo?» Pregunta que rebotaba en su cabeza con tanta frecuencia que lo tenía hartado.

Ella no lo había llamado y, por supuesto, él había ahogado la tentación de buscarla. ¿Para qué? Había demasiado dolor entre ellos. Su revelación le había traído a la memoria viejos sueños y al mismo tiempo los había derrumbado. Sí, le habría encantado hacer una familia con ella. Y a pesar de que su mente racional le decía que en las circunstancias de aquel entonces era muy posible que la carga de un hijo habría dado al traste con las ambiciones de ambos, que los habría dejado amargados o resentidos, otra voz le decía que juntos habrían podido sortearlo todo.

¡Qué bueno que Ricardo había insistido en que hablaran! Ahora podría romper el último eslabón que lo ligaba a *AIR* y concentrarse en retomar las riendas de su vida. Sintió una punzada de inquietud. ¿Cuánto tiempo requeriría para recuperar el equilibrio? Tal vez debería sacar una cita con Diana. Por mucho que se sintiera terriblemente incómodo de «airear sus trapos» con otras personas, sabía por experiencia que encontrar las palabras para explicarle a alguien más lo que tenía dentro le ayudaba a encontrar claridad. Y una vez que tenía claridad podía empezar a trabajar con objetivos concretos...

Cuando pasó por los vestidos de cóctel, una idea tomó forma en su cabeza. En menos de tres semanas iría con su madre a un concierto de música clásica en el alcázar del castillo de Chapultepec y ella había mencionado que no sabía qué ponerse. Esta sería la excusa perfecta para obsequiarle algo elegante. Quizás un discreto juego de aretes y collar también...

De pronto, por el rabillo del ojo percibió una figura familiar. Alguien a quien no había visto desde hacía más de una década. La mujer en cuestión tenía varios kilos de más y la piel se había aflojado en la zona de su cuello y abultado bajo sus ojos, pero era imposible confundir la nariz aguileña o los rizos que su hija había heredado de ella. ¡Qué ironía! Tanto tiempo viviendo en la misma ciudad

sin tener idea de su paradero, y, justo en el momento en que intentaba arrancarse a Lucía del corazón, se topaba con la señora Consuelo.

La mujer que tanto lo detestaba se hallaba tan solo unos metros más allá, concentrada en inspeccionar de cerca los bordados de un vestido de noche confeccionado en tela azul oscuro.

Juan Carlos permaneció largos segundos clavado en su lugar. Sabía que lo más atinado era alejarse de ella, irse a otra tienda, incluso. Pero la curiosidad, mala consejera, lo empujó en dirección contraria. A lo mejor no era necesario llamar a Lucía para saber cómo se encontraba. ¿Lo estaría pasando tan mal como él? Además, estaba la cuestión del orgullo: ¿estaría Consuelo finalmente dispuesta a admitir que él había jugado un papel trascendental en salvar el perfume de Lucía? Él, no el franchute.

—Buenas tardes, doña Consuelo —dijo en cuanto estuvo a poca distancia—. ¡Qué sorpresa!

La mujer abrió unos ojos enormes, se puso colorada, apretó las manos en la correa del bolso que cargaba. Tras un esfuerzo evidente pudo articular:

—Buenas tardes, Juan Carlos. ¿Qué haces aquí?

Él encogió un hombro. Docenas de recuerdos corrían por su cabeza, viejos y nuevos, buenos y malos.

—Busco un regalo —dijo sin dar más detalle—. ¿Cómo ha estado? ¿Más tranquila ahora que el perfume de su hija está a salvo?

Una vez más, la mujer que lo había tratado con tanto desprecio se puso roja.

—Por supuesto, estamos muy contentos. —Y entonces, con poca gracia, admitió—: Supongo que debo darte las gracias por ello.

—Se hace lo que se puede —respondió Juan Carlos con falsa modestia, los ácidos haciendo estragos en su estómago—. En nuestro despacho nos tomamos muy en serio nuestro compromiso con el cliente.

Una expresión, partes iguales de triunfo y de malicia, apareció en la cara de la que fuera su suegra. Mala señal.

—Muy cierto —empujó sus anteojos sobre el puente de su nariz—, Edmond no habría podido quedar más contento. De hecho, acabo de recibir un correo de su parte... —El cuerpo de Juan Carlos se tensó en espera del golpe—. Llega

dentro de unos pocos días con un anillo de compromiso que encontró en Los Ángeles. Mandó las fotos. Lo compró en una tienda que se llama Tiffany y ¡no sabes lo precioso que está! No me imagino cuánto pudo haberle costado. Además, mi futuro yerno comentó que le gustaría que la boda se realice dentro de poco. No sé si lo sabes, pero abrieron unas oficinas allá y quiere quedarse un tiempo por esos rumbos en lo que las deja encarriladas. Tal parece que ha extrañado mucho a mi Lucy y quiere que se vaya con él.

«¡Ahí tienes lo mucho que te extraña, imbécil!»

El golpe de gracia. ¿Por qué razón dolía tanto? Juan Carlos imaginó que el recibir un acero en el cuerpo no podía sentirse muy distinto a lo que estaba experimentando en ese momento. Ese último empujón le robó la voluntad de levantarse, de enfrentar lo que fuera. Necesitaba volver a casa. Tal vez una semana fuera de circulación lograría renovarle los ánimos, aunque lo más probable es que necesitara tomar las porquerías contra la depresión que había usado años atrás.

Tras un heroico acopio de voluntad atinó a responder:

—Qué bueno, doña Consuelo. Me da gusto por ustedes. Edmond y Lucía están hechos el uno para el otro. La dejo con sus compras, yo todavía no encuentro qué llevarle a mi mamá.

Se alejó sin fijarse siquiera si le había respondido; las ruedas de su silla de pronto pesaban toneladas. Sin ánimo para hacer otra cosa, regresó a la zapatería y compró unas botas. No estaba seguro de que Mercedes las aprobara, pero al menos le hicieron el cuarenta por ciento de descuento por ser de la temporada anterior.

Llegó a las siete de la mañana. Venía directo del aeropuerto, ojos rojos y cabello ligeramente revuelto.

—¡Edmond! ¿Qué haces aquí?

Los labios del francocanadiense se posaron sobre los de Lucía, cálidos y

efusivos. Olía a restos de su colonia, desodorante y también a sudor.

—Sé que debí avisarte antes, *chérie*, pero tenía tantas ganas de abrazar a mi novia que preferí pasar a verte antes de dormir un poco y tomar una ducha.

Dicho esto le estrujó contra su pecho. Lucía estaba tan sorprendida que sus manos empezaron a temblar. A pocos pasos de ambos, sobre la repisa de la entrada, la corbata que Juan Carlos había dejado olvidada el día que perdieron la cordura yacía enrollada junto al recipiente de las llaves. Todos los días se prometía a sí misma que la devolvería, pero todavía no reunía el valor para hacerlo y ahora no encontraba la manera de esconderla sin llamar la atención.

En ese momento, Cecily salió de su recámara con pasos rápidos. Estaba lista para salir al trabajo. Traía puestos unos zapatos de piso y en una maletita llevaba los tacones que usaría en el trabajo.

—¡Mira quién nos cayó de sorpresa, amiga! —exclamó Lucy con una sonrisa incierta.

—¡*Goodness*, de verdad que es una sorpresa! —dijo Cecily—. ¡Bienvenido de regreso, Edmond! Te ofreceríamos algo de tomar, pero si no salimos ahora, se nos hará tarde para llegar a la oficina.

Edmond dio un cariñoso apretón al hombro de su novia.

—Quédate a desayunar conmigo, *love*, estoy seguro de que tu jefe entenderá.

—OK —dijo Cecily disimulando una sonrisa—, los dejo para que se pongan al día. Nos vemos al rato.

Tomó su bolso del perchero, buscó sus llaves en el recipiente de la repisa y soltó un gritito de sobresalto.

—¿Qué pasa? —preguntó Edmond dando un paso hacia ella.

—¡Nada! —aseguró la evaluadora deteniendo su avance con una mano, mantenía su espalda hacia ellos. Abrió el bolso entonces y soltó algo en su interior. Lucy no tuvo que verlo para saber que le había ayudado a esconder la corbata. Su amiga sabía perfectamente de quién era y las circunstancias por las que estaba allí.

Aquella noche llegó flotando en una nube tras su cita con Alex, quien la había llevado al teatro y a cenar. Luego se habían dado una vuelta por su casa y su velada terminó de una manera muy similar a la de Lucía y Juan Carlos. Le contó

todo con lujo de detalles, y fue hasta que le preguntó a Lucía cómo había estado su tarde que esta dejó de sonreír, sus ojos se llenaron de agua. Lucía decidió contarle todo. *Necesitaba* hablar con alguien, desahogarse, comentar sus dudas y sus temores. ¿Y quién mejor que una amiga que había demostrado ser incondicional para hacerlo?

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Cecily, minutos o siglos después cuando le trajo un té para los nervios y una caja de pañuelos desechables.

—No tengo la menor idea —respondió Lucy enjugándose los ojos.

Eso había sido una semana atrás, antes de que el idiota de Juan Carlos se plantara en la recepción de la empresa para demandar un diálogo. «¡Y mira dónde fuimos a parar!» Esta vez no necesitó pedirle que no la buscara. El rostro de Juan Carlos a lo largo de los últimos kilómetros del trayecto lo dijo todo: su enojo, su desprecio, su desesperación. Para rematar, sus palabras de despedida fueron un murmullo terrible:

—Jamás te lo perdonaré, Lucía.

Aquella frase, pronunciada a pocos metros del edificio donde vivía la sacó de su insensibilidad. «¿Qué? ¿Perdonarla a ella? ¿Qué creía ese idiota que le tenía que perdonar?» Perdió la paciencia, alzó la voz, él también lo hizo, hasta que llegó el punto en que Juan Carlos advirtió en tono peligroso:

—Por favor, baja del coche ahora mismo. No quiero hacer algo de lo que pueda arrepentirme.

Se bajó dando un portazo. La rabia la sacudía de pies a cabeza. ¿Quién diablos se creía que era? ¿Cómo se atrevía a juzgarla por lo que hizo? No le dejó otra opción, sus prioridades estaban bien claras: la salud de Mercedes por encima de todo lo demás. ¡Ella no habría podido hacer otra cosa!

¿O sí? Más de diez años Lucía vivió odiándolo, convencida de que la había abandonado, que la había dejado sola con su bebé. ¿Qué habría hecho si se hubiera enterado? Juan Carlos era un hombre con principios y fuertes instintos de protección. ¿Habría buscado la manera de apoyarla a ella y a su madre al mismo tiempo? ¿Cómo hubiera podido lograrlo?

Como si eso fuera poco, a pesar de todos sus esfuerzos por no pensar en él, varias veces al día la asaltaban los *buenos* recuerdos de los últimos meses: cada

una de sus sonrisas, sus ocurrencias, sus llamadas, su insistencia de estar cerca de ella. Cada buena experiencia provocaba que el rechazo que ahora le mostraba doliera más. ¿Cómo era posible que lo extrañara? Estaba más que claro que lo mejor para ambos era estar separados. Pero algo retorcido dentro de su ser le hacía añorar su presencia.

Las dudas la mantenían despierta. ¡Cielos! ¿Hacía cuánto que no tenía una reparadora noche de sueño? Su cuerpo empezó a resentirlo. Empezó a tomar sus precauciones contra otro ataque de migraña. Sumida en toda esa confusión, las horas se habían convertido en días y ahora Edmond estaba de vuelta y la oportunidad para ver a Juan Carlos de nuevo se complicaba.

Tal vez era lo mejor. Dejar el pasado atrás y mirar hacia el futuro con su novio, su trabajo, sus creaciones. Porque estaba segura de que intentaría hacer otro perfume.

—¡No sabes cómo me hiciste falta! —murmuró apoyando su peso sobre él. Inspiró hondo y recuperó algo de paz. La ecuanimidad, la paciencia, la calma de Edmond Doudelet eran lo que necesitaba.

Edmond la miró con cariño. Le dio un beso fugaz. Cecily se aclaró la garganta.

—*Yes, well*, me pareció haber visto un bicho, pero ya no está —dijo con una sonrisa inocente. Acto seguido, le guiñó un ojo a Lucy—. Bueno, debo apresurarme. *See ya*.

Los siguientes quince minutos Lucía se mantuvo ocupada tostando pan, calentando agua y preparando un huevo pasado por agua.

—¿Quieres jugo natural? —preguntó mientras Edmond tomaba con evidente satisfacción un bocado de pan con mantequilla—. No tengo naranjas, pero hay toronjas.

—Lo que quiero, Lucy —dijo él palmeando un sitio junto a él—, es que vengas y me hagas compañía.

Lucía deseaba hacerlo, pero también se sentía avergonzada. Lo había traicionado. Le parecía que cada beso de Juan Carlos, cada caricia, había dejado una marca visible sobre su piel.

—¿Y cómo van las cosas en la oficina? —preguntó él, mientras retiraba con

cuidado el cascarón en la parte superior de su huevo.

—¡Bien, muy bien! —dijo ella con forzado entusiasmo—. Las ventas de *Eclipse* están por encima del promedio de nuestras otras fragancias. Aunque eso es de esperarse con una novedad.

Edmond masticó satisfecho.

—Eso había escuchado, felicidades *chérie* —se limpió los labios con delicadeza—. ¿Sabes?, a veces pienso que todo el escándalo alrededor de tu perfume logró generar curiosidad en el público y eso los acercará a él. Parece que, después de todo, algo bueno salió de todo esto.

Era posible. Lucía hubiera querido sentirse más contenta, pero la culpa se empeñaba en perseguirla. No solo le había fallado a Edmond, también lastimó a Juan Carlos: su aflicción al enterarse de la desaparición de ese niño había sido desgarradora.

—¿Te sientes bien, Lucy? Estás muy callada.

—Sí, claro, solo un poco cansada —aseguró ella. Pasó saliva, le estrechó la mano—. ¡Ahora, cuéntame! ¿Cómo van las cosas en los Ángeles?

Escuchó el recuento de Edmond sin poner demasiada atención. Parte de ella se sentía obligada a confesarlo todo, mientras que la otra quería evitarle esa decepción.

—Pero bueno, suficiente de negocios, Lucy. Me temo que ya te aburrí. De hecho, hay algo muy importante que quiero hablar contigo.

Para sorpresa de la perfumista, las pálidas mejillas de su novio se habían teñido de rosa.

—¿Qué pasa? —cuestionó inquieta.

Edmond le sonrió dulcemente.

—Nada malo, *chérie*. Te lo aseguro. Tan solo... —Pasó los dedos por su cabello y no alcanzó a sostenerle la mirada. Soltó una risita—. ¡Mon Dieu! Tenía todo esto ensayado, pero nada está saliendo como debía. —Inspiró hondo, se puso de pie y fue a buscar algo a su maleta de mano—. Tal vez esto me ayude a explicarme.

Frente a los atónitos ojos de Lucía puso una caja de terciopelo, que luego depositó entre sus manos. El suave material la quemaba, el pequeña objeto

pesaba como si fuera de plomo; él le ayudó a levantar la tapa, dejando al descubierto un anillo espectacular. Era perfecto, exquisito, elegante, refinado. Edmond empezó a hablar, su voz parecía llegar de lejos.

—Desde que te conocí, Lucía Durán, sacudiste mi mundo. No esperaba enamorarme en este país, mucho menos sentar cabeza. Pero tú eres una mujer tan especial, tan talentosa, tan bella, que sería un tonto si no quisiera retenerte a mi lado para siempre. Yo...

Para su consternación, Lucía rompió a llorar.

—Edmond, por favor no sigas. No puedo... Es decir, hay algo que tienes que saber primero.

18 Se refería al programa de televisión norteamericana con el que dicho psicólogo se hizo famoso una década atrás.

CAPÍTULO 21

Escuchar la verdad fue un duro golpe. Especialmente porque a Edmond le parecía inaudito que Lucía, su perfecta Lucía, hubiera podido ser la novia de ese... *lisiado*. Pero Lucy le contó la historia de forma cronológica y así se enteró de que Juan Carlos Legarreta no siempre había estado en una silla de reudas. La estupefacción se trocó en enojo.

Fuck! Una cosa era que él se hubiera rehusado a intervenir cuando creyó que el abogado era ojo alegre¹⁹. Después de todo, era entendible que alguien en su situación se sintiera fuertemente atraído por una mujer como Lucía. Pero su reacción habría sido bien distinta si hubiera sabido desde un inicio que entre ellos hubo un amorío de juventud. Peor aun: que el licenciado Legarreta era el hombre que había lastimado a Lucía; que fue él quien la había dejado tan marcada que le había costado todo un triunfo lograr que ella lo aceptara. Y todavía había más: que tuvo el descaro de buscarla hasta que logró convencerla de que lo dejara llevar el caso.

Merde. ¡Por una situación así él habría enfrentado, sin lugar a dudas, la cólera de su padre! Pero no, Lucía no le tuvo la confianza para contarle aquellos «detalles» trascendentales. Y esa era otra cuestión: todas esas semanas ella le estuvo mintiendo, o al menos le ocultó la verdad, ¡y él nunca se enteró! ¿Cómo era posible?

Se puso de pie, echando su silla hacia atrás con brusquedad. ¡Le habían visto la cara de estúpido! Tenía ganas de romper algo, de gritarle, de reclamar...

Entonces la miró: hermosa, angustiada, nerviosa, arrepentida, quebrada, y una parte de su coraje se disolvió. Lucía era una persona íntegra, por eso, en vez de quedarse callada, le estaba diciendo la verdad. Además, la estaba alterando, al igual que su padre lograba alterar a su madre, a pesar del sereno temperamento de aquella.

Pero, ¿por qué no le tuvo confianza? ¿Por qué actuó a sus espaldas? Y eso de que «estaba confundida» era un golpe bajo. Apretó con fuerza el puente de su

nariz. Respiró hondo.

—A ver, Lucy. Hagamos un alto. Necesito calmarme. Voy a preparar más té.

Aquel reconfortante ritual le brindó la oportunidad de reflexionar en otras cosas. Por ejemplo: a causa del dichoso asunto del perfume, Lucía había tenido que soportar una época muy difícil. Estaba presionada, enferma, vulnerable... y después de todo, él la había dejado sola. Necesitaba apoyo y él no había podido brindárselo.

Y el condenado de Legarreta aprovechó la situación. Se hizo, por un lado, la víctima; por el otro, el héroe, el amigo comprensivo. Se coló por las defensas de Lucy, quien tenía un *soft spot*²⁰ para las personas en silla de ruedas a causa de lo que vivió con su padre, a tal grado que le hacía dudar ante una propuesta de matrimonio que poco antes habría sido recibida de otra manera.

Las manos de Edmond apretaron con fuerza el borde del fregadero. ¿Cómo no se dio cuenta del tipo de hombre que era el abogado? Ya Michelle le había advertido que no se dejara absorber por completo en el negocio, que a veces perdía de vista todo lo demás. ¡Pobre de su madre, quien había vivido ese abandono a lo largo de todo su matrimonio! Afortunadamente, había sabido llenar el vacío que dejaba Charles con sus caridades y actividades sociales. Pero él no sería así. Él sería mejor esposo y mejor padre. Sirvió su té, aspiró el consolador aroma de lavanda y vainilla. Y por fin se sintió lo suficientemente tranquilo como para regresar a la mesa.

—Entonces, Lucy, dices que este hombre te ha hecho dudar de nuestra relación. ¿Salieron juntos? Me refiero a un plan personal, no profesional.

Ella se enjugó los ojos y luego limpió la nariz en un pañuelo desechable.

—Unas cuantas veces.

Edmond apretó las quijadas. ¡Con razón el muy cretino estaba tan interesado en la vida íntima de ellos! ¡Cómo se habría burlado de su ingenuidad!

—¿Se besaron? ¿Llegaron a algo más? —Las mejillas de Lucy flamearon. Desvió la mirada—. ¿Sabes qué? Mejor no me digas. No quiero saberlo.

Pareció que Lucía iba a replicar.

—¡*Non*, Lucy! Es mejor que no hables. No gano nada sabiéndolo. Cualquier cosa que compartas ahora será una imagen imborrable en mi cabeza. No quiero

que en cinco años o diez o veinte el recuerdo de este día tan especial, el día en que te propuse matrimonio, esté asociado con algo negativo. —Asió sus manos. Lucy empezaba a llorar de nuevo. Era extraño verla así, cuando antes del problema con *Eclipse* siempre había sido fuerte—. Yo sigo queriendo tener un futuro contigo, *chérie*. Salvo por lo que acaba de suceder yo calificaría nuestra relación como excelente. Todos esos días y todas esas noches son lo que quiero salvar. Legarreta se aprovechó de tu momento de fragilidad, de tu buen corazón, pero ya no tendrás que verlo. Te lo prometo. Y también te prometo que no te dejaré sola. Podemos organizar una boda sencilla y partir a Los Ángeles en cuanto mi reemplazo esté listo. Allá podrás olvidarte de todo.

—Ay, Edmond, no sé qué decir. La verdad es que creí que no me perdonarías haberme llamado la verdad...

Edmond sonrió y se acercó a ella para darle el abrazo con el que cerraría su perdón. Luego la besó. La respuesta de Lucy fue tentativa.

—Hoy te haré otra promesa, Lucy —murmuró contra sus labios—: nunca más volveremos a sacar este tema. En lo que a mí respecta, todo este episodio quedará olvidado para que podamos concentrarnos en nuestra boda.

Por eso se sorprendió de nuevo cuando ella se alejó un poco. Parecía mortificada y contrariada y desdichada y tensa.

—Perdóname —pidió con voz temblorosa—. Me encantaría decir que sí y dejar todo esto atrás, como tú dices. Pero no es tan fácil. Empezando porque en las oficinas de Los Ángeles no hay un departamento de R&D²¹, al menos no ahora, y yo no tendría mucho que hacer. También está mi mamá, yo sé que es una persona difícil, pero me necesita. ¿Y mi departamento? Todavía no termino de pagarlo y la verdad es que no me gustaría perderlo...

En un principio Edmond Doudelet rebatió una a una las objeciones de Lucía. Hasta que incluso él pudo darse cuenta de que estaba sonando condescendiente y de que no llegaría a ningún lado si seguía discutiendo. No en ese momento.

Cansado, se talló la frente, deseando bajar otra vez del miserable vuelo nocturno y haberse trasladado hasta su casa, dormido algunas horas y llegado al departamento de Lucía más despejado, más atento a las señales de su novia para no sufrir la humillación que estaba viviendo. El mal humor volvió.

—Por favor, Edmond, trata de entenderme. Todo esto es inesperado e implica demasiados cambios. Yo sé que es mucho pedir, pero necesito tiempo para pensarlo, para ver cómo podría resolver las cosas, para hacerme a la idea de volver a salir de mi país por un tiempo indefinido, quizá para siempre. Tú mismo dijiste que sentías que tu ciclo en México había terminado.

Puesto así, Lucy podría tener algo de razón. Se irguió un poco, notando una vez más su corta estatura. ¡Tantas cosas maravillosas y también desquiciantes encerradas en un paquete tan pequeño!

—Está bien, Lucy. Tengo pensado partir a finales de mes. La oferta estará abierta hasta entonces.

Y ya sin esperar respuesta, se dio la media vuelta y se fue derecho a su cama, donde se quedó por el resto del día.

A lo largo de una semana, Lucy estuvo considerando la oferta de Edmond, quien por cierto la trataba de una manera fría allá en la oficina y se abstenía de buscarla. ¡Qué ironías de la vida!: los dos hombres que le interesaban estaban furiosos con ella por haberles ocultado cosas. Y por más horas que invirtiera en desentrañar sus sentimientos, no llegaba a ninguna conclusión.

Hasta que se dio cuenta de algo: ya fuera para aceptar o para rechazar a Edmond, necesitaba ver a Juan Carlos, al menos una última vez. Al abrigo de aquella certeza, el viernes se armó de valor y llamó a su departamento.

Mercedes tomó la llamada. Sí, él se encontraba allí. Sí, qué bueno que quisiera hablar con él, Juan Carlos había estado algo... decaído. ¿Cuándo quería darse una vuelta? ¿Ese mismo día? Perfecto, ella se aseguraría de que su hijo no fuera a ningún lado.

—Suerte, Lucy —murmuró antes de colgar—. Ojalá logren limar asperezas.

Juan Carlos abrió la puerta pero, en vez de que su mirada se iluminara como otras muchas veces ante su sola presencia, ahora se endureció como el bronce o el acero. Una vez antes le había dado una recepción similar, aunque en aquella

ocasión Lucy logró ablandarlo al calor de la sinceridad y la cordialidad. ¿Conseguiría esta vez lo mismo?

—Hola, ¿puedo pasar?

—¿Para qué?

—Para hablar, por supuesto. —Hizo un intento de valentía—. ¡Vamos, Juan Carlos!, ¿qué pasó con esa necesidad de hablar las cosas?

—La ignoré cuando me di cuenta de que lo que iba a decirse solo lograría que las personas involucradas en la conversación terminarían hechas jirones.

Lucía sintió aquellas palabras como un empujón hacia su auto. Aun así, persistió:

—Yo pienso que, si las personas involucradas, como tú las llamas, hacen un esfuerzo por ser civilizadas, pueden lograr un verdadero diálogo.

La incredulidad arqueó las cejas de Juan Carlos, pero, a pesar de ello, se hizo hacia atrás y la dejó pasar.

—Gracias —dijo ella al tomar asiento en la sala.

—¿Qué se le puede hacer? Mi madre me educó para ser un caballero.

La piel de Lucía cosquilleó de irritación ante su tono y su actitud, pero ignoró el intento de él por provocarla. Sabía que necesitaba ser ella quien conservara la cordura. ¿Cómo lograr, si no, exorcizar los recuerdos y los sentimientos que solo contaminarían su futuro? Decidió presionar un poco más, con vistas a ganar unos momentos para tranquilizarse.

—Perfecto, dime, ¿esa caballerosidad se extiende al extremo de ofrecerme un vaso de agua?

Juan Carlos clavó sus ojos de noche en ella y, tras un esfuerzo notable, asintió y empujó su silla hacia la cocina.

—Ya, Lucía —dijo en cuanto ella recibió el vaso—, dime por qué estás aquí.

—Obvio —replicó ella tras dar un pequeño sorbo—, no estoy conforme con la manera en que terminó nuestra última discusión. No sé si te habrás dado cuenta, Juan, pero ya tiene tiempo que te considero un —carraspeó— amigo. Y yo soy el tipo de persona que, cuando tiene fricciones con un amigo, busca componer las cosas.

Juan Carlos no dijo nada, de hecho, parecía aún más irritado que antes. Lucy se mordió el labio y comentó:

—Espero que ya estés más tranquilo, porque no vengo a pelear. Yo he estado dándole vueltas a todo esto y entiendo tu punto de vista, pero ¿te has puesto a pensar que quizá sacaste las cosas de proporción? ¿Que tu reacción, después de todo, fue un poco injusta?

Las manos de Juan apretaron los descansabrazos y ella sospechó que le gustaría estar apretando otra cosa, como su cuello.

—¿Injusta? Hablemos de injusticia, Lucía, estoy muy de acuerdo. ¿Acaso crees tú que fue *justo* que me quitaras mi única oportunidad de ser padre?

Ahí estaba de nuevo. Ya desde que planeó esa entrevista, Lucía supo que el tema iba a resurgir. Blandió el argumento que tenía preparado.

—¿Y cómo iba yo a saber que era la única? Lamento informarte que no tengo la habilidad para predecir el futuro. De haber sospechado siquiera que sufrirías ese horrible accidente, mis acciones muy probablemente habrían sido distintas. Ya lo dijiste una vez: en ese entonces yo tenía diecinueve años. Estaba asustada. No creí que aceptarías la responsabilidad de ese niño.

Juan Carlos se inclinó hacia delante; las llamas que brillaban en el negro de sus ojos no presagiaban nada bueno.

—*Ese* es el punto, Lucía. Nunca lo sabremos. Sinceramente creo que habría dado la cara, habría buscado el modo... ¡Pero tú decidiste por mí! ¡Me quitaste la opción de intentarlo!

—¡Como sea! Eso fue hace mil años y no hay forma de cambiar lo que pasó. Ahora, como yo lo veo solo hay de dos sopas: podemos aferrarnos a nuestros rencores y dejar que nuestra amistad se vaya al carajo, o podemos hacerlo a un lado y empezar a construir algo nuevo.

—¡No vengas a sermonearme acerca de los rencores! Tú guardaste el tuyo por más de una década. Por eso me trataste como me trataste, querías cobrarme la cuenta.

Las acusaciones de ambos lados subieron de tono, así como el volumen y el enojo. Una vez Mercedes abrió la puerta de su recámara, pero su hijo le pidió que les diera un poco de privacidad.

—Está bien, los dejo —dijo con ese aire resignado que la caracterizaba—; saquen todo lo que tengan. Pero nunca se olviden del respeto. Estaré en mi cuarto, rezando por ambos.

Fue una de las discusiones más amargas que Lucía había tenido en su vida; cuando Juan Carlos se ponía en ese plan era imposible llegarle.

—¡De acuerdo! —explotó lastimada por su tono abrasivo y su porfía—. ¡Lo siento! ¡Perdón! Me equivoqué y lo lamento. Tenías derecho a saber lo que estaba pasando. También siento no haberme tomado las pastillas y haber sido intransigente. —Su voz se quebró—. ¡No sabes cuánto me arrepiento de todo!

Su exabrupto cortó el embate de Juan Carlos, quien se desinfló ante sus ojos como un globo pinchado. ¿Se habría dado cuenta por fin de que se estaba portando como un verdadero patán?

—Ya no llores, Lucy —escuchó que le decía después de un rato. Sintió un empujoncito en el brazo; aquel hombre insoportable le extendía una servilleta—. Ten, sécate esos ojos... Te dije que esto no era una buena idea.

Ella se sonó, irritada como un gato que está apunto de usar sus afiladas uñas contra su contrincante.

—Pues yo opino lo contrario —anunció, levantando la barbilla—. Había que pasar por eso; hasta que no se cierran círculos no pueden abrirse otros nuevos.

Una vez más Juan Carlos tensó su postura.

—¡Cierto! Con todo esto me había olvidado de felicitarte. ¿Cuándo es la boda, señora Doudelet?

Lucía se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? ¿Quién te dijo?

—Tu madre. ¿Por qué la cara? ¿Acaso piensas negarlo?

—N-no, bueno... Todavía no es una decisión tomada.

Juan Carlos se talló la frente.

—¿A qué estás jugando, Lucía? —preguntó enfadado.

No iba a disculparse ni a dar explicaciones, no con la actitud que tenía Juan Carlos en ese momento. Con cualquier muestra de debilidad solo perdería terreno.

—¡No estoy jugando a nada! Yo solo quería...

—¿Cerrar círculos? —la cortó bruscamente—. Ya me lo dijiste. Está bien, Lucy. ¿Quieres mi bendición? La tienes. Te la ofrezco de corazón. —El desconcierto debió asomarse en su cara, puesto que Juan Carlos agregó—: Lo admito: hasta hace poco tiempo fuiste la mujer de mi vida. Nunca quise a nadie como a ti, quizá nunca lo haga. Pero tú tenías razón, somos tóxicos el uno para el otro y lo que más nos conviene es estar separados. Que tengas una buena vida. Y ahora, si me permites, tengo una clase que preparar.

Lucía sintió que sus mejillas ardían. Lentamente se puso de pie; cual reo camino al cadalso se acercó hasta la puerta.

—Te recuerdo que no todo fue malo en nuestra relación —alcanzó a replicar con voz ahogada.

—Por supuesto que no —aceptó Juan Carlos con tristeza—, por eso me costó tanto trabajo dejarte ir.

19 Hombre coqueto al que le gusta mirar a las mujeres.

20 Punto débil.

21 Siglas de Research and Development = Desarrollo e Investigación.

CAPÍTULO 22

En cuanto la puerta se cerró tras Lucía, Mercedes salió de su cuarto echando humo por las orejas. Estaba dispuesta a decirle a su hijo dos o tres verdades acerca del orgullo malentendido, la intransigencia y la necesidad de hacer concesiones cuando realmente se ama a otra persona... hasta que le vio la cara: pálido, labios apretados, mirada fija en un punto indefinido. Sus hombros estaban caídos y, por primera vez en muchos años, parecía derrotado.

Algo en su interior se encogió. No era momento oportuno para confrontarlo; necesitaba levantarle el ánimo. Lentamente se acercó hasta él y cuando tuvo al alcance sus cabellos, espesos y suaves, los acarició con cariño.

Juan Carlos tomó entonces su mano, inclinó su cabeza hacia su palma, la besó. De pronto, abrió la boca para decir algo. Un agradecimiento, tal vez. O una queja. Mas no pudo hacerlo; su cara se contrajo en una mueca de dolor y empezó a sollozar en silencio. Se abrazó al vientre de su madre, quien percibía en la propia piel los mismos temblores que lo atacaban a él. El corazón de Mercedes se rompió una vez más y ella se preguntó cuántas veces a lo largo de una vida puede una madre sufrir a la par que sus hijos.

Después de algunos minutos, él masculló:

—Ya no puedo con esto, *ma*.

—Shhh, tranquilo, mi amor.

Los segundos se iban apilando y ella no lograba calmarlo, así que cambió de táctica: lo dejó llorar todo lo que quisiera. Ríos de lágrimas que lo lavaran por dentro. Cuando lo sintió un poco más tranquilo, murmuró:

—Sé que todo parece negro en este momento, *mijo*, pero estoy segura de que una vez que aclaren las cosas como la gente...

Juan Carlos sacudió la cabeza con violencia.

—¡No! Mi felicidad no puede seguir dependiendo de Lucía. Este reencuentro fue un lapsus, un momento de confusión y de debilidad. Llevo diez años viviendo sin ella, contento, pleno. Puedo regresar a ser el mismo de antes. Voy a

lograrlo, *ma*. Te lo prometo.

A fuerza de mucho insistir, Laura le dijo que Juan Carlos estaba en el gimnasio, pero cuando pidió la dirección, regresó a su reserva de siempre.

—¡Vamos, Lau, no seas terca! —exhortó Fabiola. La secretaria le lanzó una mirada matadora—. Juan Carlos no está bien. Lleva tristeando demasiado tiempo y hoy lo vi muy apachurrado. Necesita alguien que lo distraiga, que lo anime.

—¿Y qué le hace pensar, licenciada, que usted puede ser esa persona?

—¿Y quién te dice que no? ¿Qué es lo peor que pudiera pasar? ¿Que sepa que tú fuiste quien me dio la dirección? Eso solo probaría que, como siempre, te preocupas por él. ¿Que me diga que su humor no es de mi incumbencia y me pida que me vaya? No se pierde demasiado. La verdad es que no creo que pueda ponerse mucho peor.

La celosa guardiana de Juan Carlos Legarreta le clavó una mirada larga y analítica. De pronto apretó los labios, asintió, arrancó una hoja de una libretita y anotó los datos.

—Suerte, licenciada. A mí tampoco me gusta verlo tan deprimido.

De modo que, allí estaba, en ese gimnasio de lujo. Cabello recién cepillado, labios retocados, perfume, ojos brillantes. Bajó del auto, cuidando que la grava esparcida en el estacionamiento no fuera a maltratar los tacones de sus zapatos nuevos. Avanzó por el largo pasillo, abrió las puertas y fue recibida por el tufo de cuerpos sudados y una música estridente con la que incluso ella, espectadora inocente, sintió la necesidad de golpear algo.

Sacó entonces su teléfono e intentó comunicarse con él. Nunca se imaginó que el dichoso gimnasio tuviera tantos salones y no tenía idea de en cuál de ellos podía encontrarse su jefe. Sin embargo, no tuvo suerte. Probablemente su celular estuviera metido en un casillero de los vestidores o yaciera en el fondo de una mochila, relegada a un rincón mientras él hacía su ejercicio.

De pronto, un hombre al que solo podría describir como gordo-fuerte salió del

área de las regaderas. Vestía ropa deportiva cara, su escaso cabello estaba húmedo. La miró de arriba abajo, sin disimular, tomándose su tiempo.

—Buenas noches, ¿puedo ayudarte? —inquirió.

Fabiola hizo un esfuerzo para que su semblante no reflejara su desagrado.

—Sí, gracias. Estoy buscando a Juan Carlos Legarreta.

Una vez que lo describió, el hombre le indicó cómo llegar al salón adaptado para personas en silla de ruedas, un logro más de su jefe, que había logrado que el espacio que su amigo había dispuesto para él fuera aprovechado por otras personas con discapacidad. Y ahí estaba él, haciendo abdominales sobre el piso con el auxilio de una gruesa barra que debía pesar bastante, pues los músculos de su tronco y de sus brazos se marcaban con cada movimiento. Una imagen más para el acervo que iba reuniendo.

Desde que lo vio jugar *handball* recordaba con frecuencia su actitud decidida, su foco, su fuerza, su agilidad. El sudor en ese hombre no le parecía repulsivo, todo lo contrario. Cuando Juan Carlos hacía ejercicio irradiaba poder y esa característica a ella le parecía irresistible.

Fabiola buscó entonces un lugar para sentarse a observar.

—¡Vamos, una serie más! —alentó el entrenador de su jefe, quien apretó la quijada y reinició el ejercicio.

Unos metros más allá, una mujer en silla de ruedas utilizaba un aparato adaptado para trabajar espalda y un joven, que no pasaría de los veinte años de edad, trabajaba brazo con mancuernas. Sus movimientos eran monitorizados de cerca por sus propios entrenadores. De pronto, uno de ellos reparó en ella.

—¿Señorita? Buenas noches. Lo siento, pero esta es una práctica privada. Tengo que pedirle que se retire.

Con cara de sorpresa, Juan Carlos intervino.

—Está bien, *Roger*, trabaja conmigo. ¿Puede alguien acercarme la silla?

—Fabiola, ¿pasa algo? —preguntó cuando estuvo cerca de ella, secaba su sudor con una toalla de manos.

—No exactamente. Disculpa, no sabía que no podía entrar. Termina tu entrenamiento. Te espero afuera.

Él frunció el ceño.

—No, prefiero saber de una vez de qué se trata. Vamos a la recepción.

Ella insistió en que no era un tema tan importante, pero, terco como siempre, Juan Carlos no le hizo caso. A cada paso que daba se sentía más apenada. El encuentro no estaba desarrollándose como imaginó.

—Bueno, que conste que no quisiste quedarte, Juan Carlos. —Inspiró hondo—. Estoy aquí porque estoy preocupada por ti. —Su jefe arqueó una ceja—. Debí decir estamos: Laura, Ricardo, yo. Creemos que estás algo... deprimido últimamente y que tal vez necesitas...

—Pensé que estabas aquí por asuntos de trabajo —la cortó, severo— y lamento informarte que has dado una vuelta en balde. Estoy perfectamente. Ahora, si me permites, me regreso a entrenar.

Antes de que se alejara, Fabiola asió las manillas de la silla de ruedas y lo detuvo.

—¿Qué te pasa, Fabiola? ¿Estás loca?

Su temperamento comenzó a arder.

—Oye, ¿por qué la actitud? Solo quiero platicar contigo.

Juan Carlos entrecerró los ojos queriendo intimidarla, pero ella se mantuvo firme.

—Mal momento, licenciada. Todavía me falta mi terapia física. Nos vemos mañana en la oficina.

—¡Ni creas que me iré de aquí hasta que no me digas lo que tienes, Juan Carlos! No cancelé la cita que tenía para que me salgas con estas pendejadas —amenazó.

En vez de seguir avanzando, hizo girar la silla para encararla.

—¡Qué agresiva, licenciada! ¿Si platicamos cinco minutos prometes dejarme en paz? —pero el tono que usó entonces fue menos rígido, parecía divertido con su exabrupto. Fabiola respiró aliviada.

—Depende. Anda, Juan Carlos, no te pongas en ese plan. Soy tu amiga, ¿recuerdas?

La abogada se acercó a él hasta que sus piernas casi se tocaban.

—Subiste de peso, ¿verdad?

—¿Y a ti qué te importa? —respondió altanera.

Un fugaz intento de sonrisa pasó por los labios generosos que llevaban meses fascinándola.

—Pobre Héctor. Porque es con él con el que tenías tu cita ¿no es así? Me avergüenzo de haberlo arrojado en tu camino de destrucción.

¡Diablos! ¿Cómo podía saberlo? Ese jefe suyo era demasiado intuitivo. Sin poder contenerse, ella sonrió también.

—Buen intento, Legarreta, pero no vine aquí a hablar de mi *inexistente* relación con Héctor Oleaga. El tema que ahora importa eres tú. ¿Qué es eso de andar llorando por los rincones? Pensé que ya no tenías contacto con Lucía, quien, en mi humilde opinión, es la única que te pone en este estado de ánimo.

En medio del silencio, escucharon al entrenador de los boxeadores dar por terminada la clase.

—¿Juan Carlos?

—Está bien. Sí, Ricardo me platicó de ella.

Fabiola torció sus labios. ¿Cómo era posible que alguien tan inteligente siguiera obsesionado con quien no lo valoraba? Se armó de paciencia para inquirir:

—¿Y cómo está?

Él se encogió de hombros.

—Bien, trabajando mucho. El caso contra Beatriz Yurrieta avanza espléndidamente.

Pasaron largos segundos sin decir nada más.

—¿Y piensas seguirla esperando por los siglos de los siglos? Porque, la verdad, creo que es una pérdida de tiempo.

Él se puso serio.

—No estoy esperándola.

Cruzándose de brazos, lo retó:

—¿Ah, no? Pruébalo. Dime: ¿con cuántas mujeres has salido desde que dejaste su caso?

Juan Carlos apretó la mandíbula.

—No sé para qué lo preguntas, si ya lo sabes. Yo no salgo con mujeres.

—Lo cual es una tontería que también debes remediar.

Un músculo brincó sobre el hueso de su quijada y Fabiola meditó sus próximas palabras mientras los alumnos del grupo de *box* pasaban frente a ellos. Iban riendo, empujándose y utilizando un lenguaje digno de delincuentes.

—Míralos —invitó Fabiola—. ¿No les envidias ni tantito su despreocupación? Me preocupas, Legarreta. ¿Qué está pasando contigo? ¿No crees que una pareja podría ayudarte a recuperar la ligereza de espíritu? Alguien joven, divertida, sin complicaciones...

—¡Ah, no! No más mujeres. Parece que cargo con la maldición de ser de los que se enamoran una sola vez en la vida. —Frustrado, pasó la mano por su cabello—. Lo comprobé desde que nos reencontramos y pude convivir con ella, abrazarla, besarla. Lucía es mi complemento perfecto. Jamás he sentido lo mismo con otra persona...

A pesar de que ya se lo imaginaba, escucharlo de su boca le retorció las entrañas.

—¡Porque no te das la oportunidad! —Alzó las manos en énfasis—. No pongas esa cara, Juan Carlos. Hablo muy en serio. ¿No crees que ya es tiempo de dejar de sufrir? ¿No te debes a ti mismo el echarle ganas y encontrar algo que te devuelva las ilusiones? —Para salvar el orgullo, agregó—: Puede ser cualquier cosa, no tiene que ser una mujer.

Él le pidió que le pasara una bebida para deportistas que traía en su mochila, la cual colgaba de la parte posterior de su silla de ruedas y dio un buen trago.

—Tienes razón —aceptó tras otra pausa—. No es sano vivir de recuerdos. Lucía está haciendo su vida, y yo tengo que hacer algo de provecho con la mía.

—¡Exacto! ¡Esa es la actitud, abogado! —asintió Fabiola con una gran sonrisa.

—Le prometo, licenciada —dijo, tomándola de la mano. Era la primera vez que la tocaba y ella sintió que la sangre burbujeando en cada vena— que voy a sacudirme esta melancolía. Voy a ser un hombre libre de remordimientos. Voy a recuperar mi buen humor y...

—¡Y si te la topas de nuevo vas a ser totalmente inmune a ella!

El entusiasmo de él se vino abajo.

—Eso no puedo garantizarlo. Prefiero hacer como los de Alcohólicos Anónimos y tomar un día a la vez.

Fabiola fintó y con su puño rozó ligeramente su quijada.

—¡Excelente!, ¿tienes planes para cenar?

CAPÍTULO 23

A partir del día en que su hijo y Lucía tuvieron aquel horrible pleito, Mercedes no podía sacarse una idea de la cabeza: tenía que hacer algo. Sabía, sin el menor asomo de duda, que Juan Carlos se pondría furioso sin intervenía, ¿pero qué otra opción le quedaba? La obligación de los padres es buscar el bienestar de sus hijos, aun cuando estos sean grandullones, orgullosos y más tercos que una mula. Llevaba ya varias citas con la licenciada Fabiola y, en vez de notarlo más alegre y relajado, cuando no se sabía observado parecía cansado, taciturno, como si su usual energía se desgastara en aparentar que las cosas iban bien.

Si alguna vez pensó que él necesitaba una mujer en su vida para sentirse pleno, ahora estaba convencida de que eso solo lo lograría con la mujer adecuada. Y esa mujer era, sin duda, Lucía Durán. Necesitaba hablar con ella.

¿Y qué si todo salía mal y Juan Carlos dejaba de hablarle por semanas? Cosas peores había vivido después del accidente y tenía la piel tan curtida como la de un cocodrilo.

—Al mal paso darle prisa —se dijo a sí misma tras apagar la veladora que le había encendido a San Juditas, el mero bueno para casos difíciles y desesperados.

Animada por un soplo de esperanza, aquella mujer, tan reacia a salir de casa y a hacer gastos extravagantes, llamó un taxi, se santiguó y le dio la dirección que Laura le había compartido.

El edificio de departamentos donde vivía Lucy estaba en una colonia céntrica y muy agradable. Pagó al conductor, sus pies tocaron la banqueta y en ese instante las dudas empezaron a asaltarla: ¿y si Lucía no estaba en casa? ¿Y si se negaba a escucharla?

Se arrebujo dentro de su capa y avanzó con pasos inseguros. Para su sorpresa, fue Consuelo la que atendió la puerta. El aroma de tocino y *hot cakes* suavizó el frío recibimiento de aquella mujer, que nunca quiso mucho a su hijo. Mercedes

se esforzaba en no tomárselo a mal porque podía entender que, a su manera, ella también trataba de proteger a su familia.

—¡Mercedes!, ¿qué haces aquí? —preguntó la señora en cuanto se repuso de la sorpresa.

—Hola, Consuelo. Vengo a hablar con tu hija, por supuesto.

—¿Y se puede saber de qué?

La madre de Juan Carlos perdió un poco de afabilidad.

—Me temo que no. Es un asunto privado.

—¿Quién es, *ma*?

Varias cosas pasaron al mismo tiempo: Consuelo dijo que nadie y empezó a cerrar la puerta, pero Lucía se asomó por detrás de ella, muy linda con una bata que dejaba media pierna al descubierto. Bonita, talentosa, buena persona. Con razón su hijo seguía loquito por ella. Otra cabeza apareció también por allí: la de una joven de piel más morena, guapa también, que tenía curiosidad en los ojos.

—¡Merci, hola! —exclamó Lucy de inmediato, lanzando a su madre una mirada de reproche—. ¡Qué sorpresa! Pasa, por favor.

Mercedes se sonrojó un poco cuando cruzó el umbral y se dio cuenta de que la otra muchacha también estaba en pijama.

—¡Qué vergüenza! Disculpen la hora, no quería interrumpir su desayuno, pero es que quería encontrarte en casa, *mijita*. Tengo algo importante que hablar contigo.

—Claro, te escucho. ¿Puedo ofrecerte jugo, café?

Las manos de Mercedes apretaron el asa de su bolso. ¡No podía sacar las intimidades de su hijo a relucir enfrente de todas ellas!

—Gracias, no. Si quieres te espero a que terminen para que platiemos con calma.

Las mejillas de Lucía perdieron un poco de color.

—¿Está bien Juan Carlos? —preguntó en un susurro.

—¿De salud? Sí, *mija*, todo bien en ese sentido.

Como la chica lista que era, Lucy captó que necesitaban hablar en privado.

—¿Sabes? La verdad es que no tengo mucha hambre. ¿Por qué no me pongo

cualquier cosa y me acompañas a la farmacia a comprar una medicina que necesito, de camino está esa tienda especializada en artículos de repostería que te conté una vez. Si gustas sentarte —invitó indicándole una de las sillas del comedor—, no tardo nada.

—¡Pero se va a enfriar el desayuno! —acusó Consuelo.

—Empiecen sin mí, no hay problema.

Y así fue como las dos mujeres terminaron paseando entre cafeterías y *boutiques*, casas antiguas, parques y un par de iglesias. Su conversación discurría en medio del ruido del tráfico, de las charlas de los transeúntes, los ladridos de sus mascotas y los gritos de los niños en los juegos. Se sentaron en un cafecito muy mono donde Lucy pidió un jugo mixto y ella un café. El mesero trajo también trajo una canasta con pan dulce.

—Muy linda la colonia —sentenció Mercedes—. Y tu departamento también es muy bonito.

—Merci, por favor —pidió Lucía estrechándole la mano—, ¿no le des más vueltas! Me tienes en ascuas.

La madre de Juan Carlos asintió.

—Tienes razón, mi niña, iré directo al grano. Solo que tengo que advertirte que tal vez no te guste lo que escuches —Lucía hizo un gesto de sorpresa—, pero soy una vieja entrometida, a la que le preocupa la felicidad de su hijo y, espero que me creas, la tuya también. —La miró a los ojos—. En primer lugar, quiero disculparme por lo que pasó hace tantos años. Ahora sé que de alguna manera fue mi culpa que se separaran. —Las protestas de Lucy no se hicieron esperar; estaba visiblemente apenada. Pero Mercedes no se detuvo en eso—. Créeme, siempre te quise mucho, y lo último que hubiera querido era afectar la relación entre ustedes. Si hubiera sabido cómo estaban las cosas, ten por seguro que habría buscado otro tipo de solución. Por favor, no digas nada, déjame terminar. —Tomó aire—. Sé que tienes novio, y por lo que cuenta Juan Carlos es guapo y rico. Lamentablemente, mi hijo no es lo que fue, pero si algo puedo decirte es que ese muchacho te quiere con toda el alma.

Lucy la miró con pena.

—Eso era antes, Merci. Las cosas han cambiado mucho. No sé si lo oíste: me

dejó ir. ¡Si hasta la bendición para la boda me dio!

Mercedes asintió con tristeza. Sus manos, nerviosas, comenzaron a rasgar la servilleta de papel que tenía al lado de su plato.

—Lucy, ese día Juan Carlos no dijo más que mentiras y tonterías, porque la mera verdad es que te tiene bien clavada en el corazón. Era el dolor el que hablaba, no él. Tú no viste cuánto le pudo que no lo aceptaras de regreso, ni las novias que tuvo porque le recordaban a ti de una u otra manera. Tampoco lo viste después del accidente llorando con una foto tuya entre las manos. —A ambas mujeres se les nubló la vista—. Cuando se reencontraron, *mija*, mi Juan Carlos estaba sorprendido, pero agradecido también y dispuesto a hacer lo que fuera para ganar un nuevo lugar en tu vida. Y luego se enteró de lo del niño —dijo con sofoco— y lo de tu boda casi al mismo tiempo. Fue demasiado fuerte y demasiado pronto, ¿sabes? No tuvo tiempo de asimilarlo.

Su exnuera no parecía convencida.

—¿Cómo sabes todo esto? ¿Te lo dijo?

—Sus acciones hablan más que las palabras, Lucy. La última vez que nos visitaste quedó deshecho y está arrepentido de haberte tratado como lo hizo, estoy segura. Pero es muy cabezota para admitirlo. ¡Ustedes no pueden estar separados, a leguas se nota lo mucho que se quieren!

Una risita sin ganas escapó de los labios de la joven.

—Merci, te agradezco en el alma tus buenas intenciones, pero lo que hubo entre tu hijo y yo ya no tiene arreglo.

La servilleta terminó desintegrada, y los dedos de Mercedes pasaron entonces a atacar un polvorón.

—¡Pero sí lo tiene, Lucy! Vengo a pedirte que lo busques otra vez. ¡Dale una oportunidad! Sé que puedes pensar que no la merece, pero debes entender que alguien como él a veces solo puede apoyarse en su orgullo. Sobre todo cuando se siente vulnerable.

Lucía sacudió la cabeza.

—¿Y qué hay de mi orgullo, de mi estabilidad, de mi futuro? Lo que me estás pidiendo, Merci, es arriesgarlo todo por una corazonada tuya.

—¡No es solo una corazonada! Bueno, a lo mejor en parte, pero también

conozco a mi hijo... y te conozco a ti. ¡Tienen que echarle ganas! —Un poco tarde, las palabras de Lucía la sacudieron—. ¿Por qué dijiste «mi futuro»? ¿Ya aceptaste al fuereño?

Lucía le mostró su mano izquierda donde lucía un espléndido anillo de brillantes. Con una mano temblorosa, Mercedes se cubrió la boca.

—¡No me mires así, por favor! Es lo mejor para mí. Ponte en mi lugar y dime con sinceridad quién te parece una mejor opción: el novio que te quiere lo suficiente para perdonar tus errores, que te da el tiempo que necesitas para decidir, o el que te exige respuestas y cuando no son de su agrado te empuja fuera de su vida advirtiéndote que no te perdonará. —Soltó un suspiro acuoso—. Creo que es tiempo de aceptar que Juan Carlos y yo no estábamos destinados a estar juntos.

Una losa enorme cayó sobre los hombros de Mercedes. Habló con desesperación:

—Yo te diría lo contrario. Si no les tocaba estar juntos, Lucy, ¿por qué razón se reencontraron después de tanto tiempo? En Ciudad de México hay cientos, tal vez miles de abogados. ¿Qué posibilidades había de que fueras a caer en su despacho? Te voy a decir algo: nunca he visto a Juan Carlos tan feliz con una mujer como cuando estuvo contigo. Y él todavía te importa. ¿Por qué si no fuiste a buscarlo?, me pregunto. —Nerviosa, retorció las manos. Se rehusaba a creer que todo estaba perdido—. Ya una vez el orgullo de ambos destruyó su relación. ¡Tienen que aprender de sus errores! ¿Vas a permitir que pase lo mismo? ¿No crees que vale la pena luchar por algo como lo que ustedes pueden tener juntos?

Cuando Lucía asentó su vaso derramó un poco de su contenido. Le dolía verla descompuesta, pero era imprescindible hacerla entrar en razón.

—Merci, sé que actúas de buena voluntad y te lo agradezco de veras. Pero conoces bien a tu hijo. ¡Es muy necio! ¿Qué te hace pensar que puedo hacerlo entrar en razón? Está enojadísimo conmigo, y lo veo decidido a olvidarme.

Mercedes dejó caer la vista al desastre que había hecho en la mesa.

—¡Porque el dolor lo tiene vendado de ojos, Lucy! Si he de serte sincera, no estoy segura de que ni siquiera tú lo logres, pero eres la que mayor oportunidad tiene de hacerlo entrar en razón. Mi hijo quedó en la lona la última vez que

terminó contigo. Esta vez, está sufriendo de nuevo. No dudo que volverá a levantarse, pero me da mucho miedo que algo dentro se le rompa para siempre. Llámame loca, pero creo que si te vas de su vida, mi Juan Carlos perderá su única oportunidad de ser realmente feliz.

Fue difícil despedirse de una Mercedes llorosa y regresar a casa a ser interrogada por Consuelo. Lucía intentó evadir muchas de sus preguntas hasta que llegó el punto en el cual aceptó la futilidad de la sutileza y tuvo que pedirle tranquila pero firmemente que cambiara de tema.

Como era de esperarse, Consuelo tomó a mal el comentario.

—No sé por qué te pones así —dijo, mientras atacaba con saña, esponja y detergente los trastos del desayuno—. Después de todo, lo único que estoy haciendo es preocuparme por ti.

Lucy y Cecily intercambiaron miradas, la de la primera era desesperada; la segunda, tolerante. Entonces Lucía exhaló en silencio y se acercó al fregadero para relevar a su madre.

—Lo sé, mamá, y te lo agradezco; pero no quiero hablar ni de Mercedes ni de Juan Carlos. Es más, me gustaría distraerme, ¿por qué no vamos al vivero a ver las plantas? La semana pasada dijiste que querías comprar unas margaritas para tu jardincito de enfrente. La única condición que pongo es que hablemos de otras cosas.

Pero Consuelo no solía ser empática ni comprensiva y se tomó muy mal la palabra «condición». Para alivio de las amigas, se marchó poco después. El plan de ver plantas, sin embargo, agradó a Ceci y ambas chicas se aventuraron hasta Coyoacán, donde se entretuvieron entre frondosas hortensias, rosas de distintas variedades, níveos alcatraces y dulces heliotropos.

Al terminar su visita a los viveros decidieron pasar a la plaza a tomar una nieve. Pero ni la deliciosa confección de melón, ni la fragancia de las flores, el bullicio de las calles, el colorido de los globos de los vendedores ambulantes, la

música del organillero ni las artesanías de los *hippies* lograron que Lucía se sacudiera la plática con Mercedes de la cabeza o la angustia del alma.

—Ceci —dijo Lucía mientras regresaba al mostrador de una tienda una bolsa con el retrato de Frida Kahlo—, lo siento, pero la visita de Mercedes me dejó tristeando. ¿Te importa si nos vamos? O si prefieres quedarte, yo me adelanto.

—¡Por supuesto que no! Solo deja que pague esto y nos vamos.

Una vez que Cecily recibió el collar de plata que había comprado, las dos salieron de vuelta al estacionamiento. Pasaron frente a la fuente, esquivaron a un grupo que contemplaba un acto de mimos y finalmente, Ceci se animó a preguntar a su amiga lo que había platicado con la señora Mercedes.

—Lo peor de todo —comentó Lucía al concluir su relato—, es que logró meterme la duda. Si Juan Carlos me quiere tanto como ella dice...

—Estarías dispuesta a terminar con Edmond —dijo Cecily más como certeza que como pregunta—. ¿No crees que eso habla mucho de tu relación con él? Si realmente lo quisieras...

Lucy dejó de enfocar su vista los árboles del camellón para voltear a verla.

—¡Pero sí lo quiero, ese es el problema! No los quiero de la misma forma, pero estoy segura de que con Edmond podría ser feliz.

El estacionamiento estaba unos metros más adelante. Cecily había sacado el boleto de su bolso y estaba buscando la cartera cuando las palabras de su amiga la dejaron inmóvil.

—Lucy, acabas de admitir que sigues enamorada de Juan Carlos.

Lucía abrió los ojos con sorpresa y se le colorearon las mejillas. Bajó la cabeza.

—Bueno, pues sí. Ese es gran parte del problema. Mi cariño por Edmond es profundo y sincero, pero entre Juan Carlos y yo hay algo fuerte. No puedo negarlo. Nunca ha dejado de gustarme, incluso cuando no quería ni estar en el mismo cuarto que él me atraía y cuando recuperamos nuestra amistad... Me sacudió, amiga. Me hizo preguntarme si ahora, más maduros, podríamos hacer que las cosas funcionen, si podría hacerlo feliz. Me hizo desear ser como antes, ¿sabes? Más despreocupada, más libre, dispuesta a abrirme a nuevas experiencias...

La mano de Cecily se posó sobre su antebrazo, sus ojos marrones desbordaban comprensión.

—¿Te estás escuchando, *friend*? Puede ser que le tengas afecto a Edmond, pero lo que sientes por Juan Carlos va mucho más allá. *I've seen you together, remember?* Cuando estás con él eres... distinta, irradias una luz especial. No sé cómo explicarlo, es como si estuvieras más ahí, más presente. Si no te lo había dicho, fue justamente para no meterte más ruido en la cabeza.

Lucía se mostró apesadumbrada.

—Es que eso es lo que me aterra —aceptó en un murmullo. Echó un rizo rebelde detrás de su oreja con cierta irritación—. No tengo duda de que podría llegar a querer a Juan Carlos tanto o más que antes, pero, en mi experiencia, cuando quieres así te haces demasiado vulnerable.

—Puede que sea cierto —respondió Cecily tras pensar un poco—, pero en todos los demás aspectos de tu vida no eres de las personas que se conforman con algo que *medio* les satisface. ¿Por qué habrías de hacerlo con tu pareja? *Besides*, ¿crees tú que sea justo que a Edmond no puedas ofrecerle más que un tibio cariño? Además, hay algo que todavía no sabes...

En su recámara, Edmond miraba, aburrido, la televisión mientras contaba los minutos que faltaban para que estuviera lista la pasta que le había encargado a la cocinera. Llevaba más de dos horas cambiando de un canal a otro, pero nada había logrado llamar su atención. Extrañaba a Lucía. Su plática, su compañía. Entendía que quisiera pasar gran cantidad de su tiempo libre con su madre antes de su partida y suponía que podía ser generoso y compartirla, sobre todo a sabiendas de que Consuelo no se iría con ellos a los Estados Unidos, a Dios gracias.

Miró con satisfacción las maletas que ya tenía empacadas y también las cajas con las cosas que pensaba llevarse. Cada una de ellas era un paso más hacia su partida. Le urgía estar en Los Ángeles. ¿Podría convencer a Lucy de adelantar la

salida? La oficina de allá seguía dando tropezones y, la verdad, preferiría empezar a supervisar de una vez su más reciente inversión que hacer tiempo en México, en vista de que su reemplazo, un hombre con mucha experiencia, estaba listo para cubrirlo.

Empezó a hacer planes. A primera hora del lunes podía llamar a la agencia de viajes para adelantar los vuelos y también podía encomendarle a su asistente que lo apoyara con el embalaje de algunos muebles y la venta de todas las cosas que ya no se llevaría. ¡Qué bueno que había tenido la previsión de comprar los que admitían cambios! Porque esta vez no pensaba viajar solo. Semanas antes o después, Lucía y él viajarían juntos hacia su nueva vida.

De pronto, una de las señoritas del servicio, que vestía el uniforme que su madre había sugerido durante su última visita, tocó a su puerta para informarle que la señorita Lucía Durán lo esperaba en la sala. A Edmond se le iluminó la cara. Se levantó apresuradamente.

—¿En serio? ¿Por qué no la dejaste subir? —inquirió mientras revisaba su imagen en el espejo y dudaba si cambiarse de camisa, pues la que llevaba se había arrugado demasiado.

—Es que la señorita me dijo que lo esperaba abajo, señor Edmond.

—*Bon*, no hay problema, Carmen. Dile que estaré allí en dos minutos.

Durante el lapso estipulado, Edmond se lavó los dientes, se pasó el peine, se puso loción y se tomó un minuto más para cambiarse la camisa. Todavía era temprano. Tal vez su prometida querría salir después de la comida.

Sonrió para sus adentros, satisfecho. Su táctica había rendido frutos: al darle tiempo a Lucy para pensar las cosas —como el hombre moderno, respetuoso y comprensivo que era—, ella pudo ver la abismal diferencia entre él y el licenciado Legarreta y pudo sopesar lo que el abogaducho no podía darle.

Abrió la puerta del cuarto y avanzó por el pasillo, dejando atrás amplias habitaciones, ahora semi-vacías. Empezó a bajar los peldaños de dos en dos pensando cómo vencer la reticencia de Lucy a mudarse cuanto antes. Sería más fácil si encontrara alguna actividad en la que ella pudiera ocuparse, algo que le llamara lo suficiente la atención como para querer involucrarse cuanto antes. Tal vez un curso en la universidad... o una gira promoviendo su perfume...

Además, el cambio a Los Ángeles le sentaría muy bien. Necesitaba espacio entre ella y el exnovio. El tiempo y la distancia serían un grandes aliados para que se olvidara finalmente de él. ¡Qué falta de profesionalismo de parte de Legarreta al aceptar el caso! Y Lucía se lo advirtió, no quería trabajar con él, pero le había faltado coraje para mantenerse firme frente a su padre, quien ya estaba al borde del paroxismo.

Por cierto, Charles era tan insensible que, a pesar de conocer la verdad, al menos en parte, seguía ensalzando el desempeño del despacho de abogados entre sus conocidos y amigos. Y hasta se había puesto feliz al enterarse de que la relación entre su heredero y la perfumista sin *pedigree* atravesó por un momento crítico.

Todavía no sabía lo del compromiso. Ahora se iría de espaldas.

Finalmente tuvo a su novia frente a él. Se veía hermosa con sus pantalones de mezclilla y su blusa de colores diseñada con un hombro al descubierto. Edmond la estrechó en un apretado abrazo. La fragancia y sedosidad de su pelo bajo su mejilla lo hicieron sentir en casa.

—*Ah, ma belle*, justo estaba pensando en ti. ¡Qué bueno que vienes a verme! Estaba por sentarme a la mesa. ¿Tienes hambre? Deja pido que pongan otro servicio. ¡Carmen!

Fue mientras esperaba que la señorita del servicio regresara de la cocina o de donde fuera que se hubiera metido, que Edmond miró a Lucy con detenimiento. Realmente la miró. Hasta entonces entendió su expresión.

—¿Sí, señor? —dijo la muchacha.

—Nada —respondió el canadiense, esforzándose por parecer tranquilo—, olvídale.

En cuanto ella se fue, Lucy abrió la boca y él cerró los ojos. Quería posponer, al menos unos segundos, el momento de escuchar que la había perdido.

CAPÍTULO 24

Era un domingo espléndido en Valle de Bravo y Juan Carlos estaba al lado de la alberca, libro en mano, disfrutando las cálidas caricias del sol. Sin embargo, no leía. Fingía dormir, ignorando los chillidos de contento de las hijas de su amigo, que saltaban al agua o correteaban por el jardín con los primos, perseguidos por la mascota de la familia: un labrador dorado llamado Max.

Y es que, por más que quisiera enfrascarse en la lectura de *La Fiesta del Chivo*, su mente traicionera volvía una y otra vez al mismo asunto: necesitaba enterrar sus sentimientos por Lucía cuanto antes. Por esa razón había invitado a Fabiola a pasar con él el fin de semana. Por eso le permitía untarle bronceador y compartía bebidas con ella. Por eso había aceptado los besos que lo dejaban sintiéndose vacío, arrepintiéndose de haber empezado algo que no se sentía con fuerzas de continuar.

Según Fabiola, lo que él necesitaba era mantenerse en una relación el tiempo suficiente para llegar a sentirse cómodo con ella. Era ruda, como él, cínica, y podía hablarle con la verdad. No intentó dorarle la píldora, ni maquillar sus sentimientos: no la quería, y aun así ella había decidido arriesgarse.

De pronto, se escuchó un fuerte ¡*plas!* y sintió agua fría cayéndole en la cara y en el vientre. Fabiola soltó un grito y se puso en pie de un salto. El bikini se le había desacomodado y dejaba ver más de lo que el diseñador había tenido en mente.

—¡Mateo! —gritó Karen, hermana de su gran amigo—. ¡¡Saca a tu perro de la alberca ahora mismo!!

Juan Carlos tomó su toalla y empezó a secarse y a absorber los goterones que adornaban la portada de su libro, mientras el perro insurrecto se escabullía hábilmente entre Mateo y los demás críos. Fabiola, rezongando por lo bajo, hacía lo propio y reacomodaba sus curvas dentro de aquella diminuta creación de poliamida y elastano. Alguien llamó a la puerta y doña Remigia, o Remi, como le decían de cariño, fue a abrir. Era un pacto que los Elizondo tenían con el

cuidador y su esposa: cuando la familia utilizaba la casa, ellos los atendían y podían tomarse su descanso entre semana.

—Ay, chicos, ¡qué pena! —se disculpó Karen. Traía a una preciosa nena en los brazos—. Nunca debí de haber permitido que trajeran a ese animal del demonio.

Juan Carlos sonrió de oreja a oreja mientras el esposo de Karen se unía a la caza del elusivo can. Extendió los brazos pidiendo que le permitiera cargar a la pequeña.

—No te preocupes, no pasa nada. Así son los niños y los perros. Me gusta el alboroto...

—¡Qué bueno, Juan Carlos! ¿Qué piensas de la adopción?

La dura voz de la recién llegada lo sacudió de pies a cabeza. No sabía cómo era posible, pero, a menos que una insolación le estuviera causando alucinaciones, Lucía estaba allí, a unos cuantos pasos.

Sin darse cuenta de lo que pasaba, Doña Remi anunció plácidamente:

—Don Juan Carlos, aquí llegó su mamá, con esta señorita. —Luego se volvió hacia Ricardo y preguntó—: ¿Las pongo en el cuarto del fondo?

Juan Carlos seguía boquiabierto, congelado en el instante. La bebida colgaba cerca de sus manos, olvidada por un momento; sus piernas regordetas se balanceaban en el aire. Comenzó a gimotear. Karen la regresó a la protección de su abrazo al tiempo que Fabiola lanzaba una mirada cargada de veneno hacia las recién llegadas.

Ricardo, el eterno buen anfitrión, se puso de pie, cerveza en mano. Caminó torpemente hacia ellas, sorteando los juguetes esparcidos por el pasto y solo lanzó el más mínimo vistazo en dirección de su amigo antes de comentar:

—¡Lucy! ¡Doña Meche! ¡Bienvenidas! ¿Qué las trae por aquí?

Fue Mercedes quien respondió a pesar de que odiaba ser el centro de atención.

—Bueno —dijo sonrojada. Sus ojos, ansiosos, saltaban entre Fabiola y Lucía —, lo que pasa es que... Lucy tenía una duda legal, y yo tenía ganas de salir de la ciudad y se me hizo fácil...

—La verdad es que quería hablar con Juan Carlos y Mercedes me hizo el

favor de acompañarme —repuso Lucía, mitad desafío, mitad altivez—. Por cierto, tu casa sigue tan linda como la recordaba.

Saludó de lejos a Inés, quien respondió sin poder borrar la sorpresa de su cara. Su entrecejo fruncido parecía preguntar: «¿Y ahora?»

Toda la familia Elizondo los observaba en silencio, hasta el dichoso perro se había quedado quieto, extrañado de que sus humanos hubieran abandonado el juego abruptamente.

La mujer a la que amaba desde siempre estaba preciosa, en un vestido sin mangas y sandalias. Parecía una diosa griega, una furibunda diosa griega, eso sí, dispuesta a fulminar al primer mortal que osara contrariarla. Fabiola y él, al parecer, ocupaban los primeros puestos de la lista.

En su interior, Juan Carlos sintió que una burbuja crecía. Algo parecido a la felicidad. Días antes, en medio de sus dudas, había pedido una señal al universo. Cualquier cosa que le ayudara a saber si estaba en el camino correcto o si debía someter su orgullo y buscar a Lucía para suplicar su perdón. Y por primera vez en la vida, el universo le había respondido. Lucy estaba allí, sin Doudelet, acompañada por su madre. ¿O acaso estaba malinterpretando todo?

Carraspeó y dijo a Fabiola por lo bajo:

—Lo siento, supongo que debo hablar con ella.

Fabiola se escudó detrás de unas enormes gafas de sol.

—Adelante —masculló con frialdad.

—¡Bueno! —exclamó Ricardo con forzado entusiasmo—. Juan Carlos, ¿por qué no pasan Lucy y tú a la casa mientras Inés y yo organizamos la comida? El carbón ya está listo. ¿Quién quiere una carne?

Todos fingieron olvidar al mismo tiempo el drama que acababan de contemplar. Inés fue a la cocina por guacamole y queso, los chiquillos empezaron a saltar pidiendo a gritos sus preferencias: *quesadilla*, *carnita*, *salchicha de la gorda*. Karen empezó a arrearlos para que se lavaran las manos. Lucía, perdida en la contemplación de aquella escena, se olvidó un par de segundos de disimular su tristeza.

Juan Carlos acercó su silla hasta ella. Gracias a la solidaridad de los Elizondo, la casa estaba equipada con rampas y superficies planas, como aquella terraza

para tomar el sol desde la cual alcanzaba a verse el lago.

—¿Lucy? —dijo suavemente—. La sala está por acá.

Los ojos que se posaron sobre él fueron al mismo tiempo terribles y maravillosos. Un tornado azotaba sus profundidades. Y él, que la conocía tan bien, no tuvo duda: estaba sumamente molesta por haberlo encontrado con Fabiola. Señal número dos. Nunca antes los celos le parecieron tan maravillosos.

Lucía estaba furiosa, dolida. Solo gracias a la práctica que tenía en mantener una apariencia ecuánime pudo seguir a aquel desgraciado más allá del asador y de las macetas con margaritas y malvones hasta llegar a la sombra del porche. Cruzaron la estancia todavía en silencio. Esta lucía pisos de barro, muebles rústicos, alebrijes²² e infinidad de plantas. Pero no se detuvieron allí, continuaron hasta una de las recámaras que tenía vista al jardín de enfrente, un cubrecamas blanco y lámparas de buró a juego elaboradas en latón.

Ella se volvió un instante para echar llave a la puerta. No iba a tolerar ningún tipo de interrupciones.

—No hagas eso —pidió Juan Carlos, medio en serio, medio en broma—. Empiezo a ponerme nervioso.

Ella apretó los puños.

—¡Haces bien, porque estoy a punto de agarrarte a cachetadas! —Se apretó las sienas, luchando por recuperar un poco de calma—. ¡Muy bonito, Juan Carlos! Ahí tienes a tu mamá, preocupada por ti, pidiéndome que venga a buscarte, que te dé otra oportunidad y qué se yo, y a mí, la muy pendeja, cortando a mi novio y preocupándome por haberte lastimado, queriendo componer las cosas. ¿Para qué? —En este punto había alzado la voz e incluso a sus propios oídos sonó un poquito histérica; con el dedo señalaba hacia el jardín—. Para que el *señorito* venga a Valle de Bravo con *Miss Tetas al Aire* a tomar el sol y ya me imagino qué más. ¿Sabes una cosa? Tengo ganas de atropellarte, revivirte, cortarte en cachitos y pasarte por un picador de carne. *I swear to God!*

En vez de fingir al menos un poco de alarma, el muy cínico avanzó hasta ella y le tomó una mano.

—Preferiría si nos comunicáramos en español, Lucy. Y no, no creo que puedas aplicarme todos esos castigos que dices. Al menos, eso espero. Soy tu abogado, ¿recuerdas? ¿Quién te defendería?

Lucía se zafó con brusquedad.

—Ricardo, y si él no quiere hacerlo, mi madre tiene una larga lista de despachos jurídicos. Alguno querrá tomar mi caso. Solo necesito declararme en locura temporal y me salvo de la cárcel. Además, hay circunstancias atenuantes.

Juan Carlos le dirigió una mirada intensa; tenía un brillo peculiar en los ojos. ¿Acaso la situación le parecía graciosa?

—No —respondió él rozando su antebrazo con las yemas de los dedos, provocando que se le pusiera la carne de gallina—, por esta vez te abstendrás de matarme por una sola razón: tú me amas —aseguró con una sonrisa que derretiría a la más frígida de las mujeres.

Pero no a una tan enojada como ella.

—¡Claro que no, maldito engreído! —Lucy dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—¿Qué pasó con eso de no decirnos mentiras, chaparrita?

—¡No me digas así!

Sin contar con ningún tipo de autorización, las lágrimas corrieron sin freno por sus mejillas. Lucía las secó con violencia con el dorso de su mano. Estaba a un segundo de derrumbarse. Podía disimular bastante bien la tristeza, la frustración, el fastidio, la melancolía, la irritación y muchos otros sentimientos; pero no cuando eran tantos y tan intensos. De alguna manera, Mercedes le había hecho creer que Juan Carlos la amaba y que una relación entre ambos podía traerles una felicidad auténtica, que valía la pena luchar por él; pero todas las buenas intenciones se tambalearon al verlo al lado de aquella mujer.

Él, que no le quitaba la vista de encima, debió presentir algo, puesto que perdió su aire travieso y, con un jalón, la sentó sobre sus piernas. Inmediatamente la envolvió en un abrazo implacable para mantenerla ahí mismo, con los brazos aprisionados.

—¡Suéltame! —exigió Lucía retorciéndose y mascullando obscenidades—. ¡Suéltame ahora mismo!

—No puedo hacerlo, chaparrita. Necesito que te calmes primero.

—¿Para qué? ¿Acaso temes por tu miserable pellejo?

—Por una parte y por otra me da nervio que vayas a hacer un desastre en este cuarto. Es el de don Ricardo, o qué, ¿no lo reconoces?

Lucía dejó de forcejear por un momento y detrás de sus lágrimas pudo notar por primera vez los detalles de sus alrededores. Reconoció al instante los preciosos dibujos a lápiz que la madre de Ricardo había hecho de sus mascotas favoritas: un caballo, un gato persa, una perra pastor alemán, la cual, si no estaba equivocada, se llamó Sherezade. A la izquierda de la cama estaba el librero que contenía varios libros autografiados por sus autores, una mecedora y un espejo decorado con un precioso marco de plata.

—¿Por qué nos metiste aquí? —siseó—. Pensé que iríamos a tu habitación.

—Porque este era el lugar privado más cercano, amor. Además, creo que es un ambiente menos propicio para que hagas un desastre. Si mi memoria no me falla, cuando te pones celosa, eres de armas tomar.

Lucy se puso tiesa como un palo. Apretó los dientes. Le había dicho «amor», pero no iba a ablandarla con eso. Ese día correría sangre.

—¿Celosa? ¡Te voy a dar tu celosa! ¡Suéltame!

—No.

Ella se puso muy seria y volvió el rostro hacia el lado opuesto de donde estaba Juan Carlos.

—Vamos, Lucy —suplicó él pasando la nariz por su cuello—, déjame disfrutar este momento. ¿Sabes cuánta bilis me tuve que tragar cada vez que te veía con Doudelet?

Eso la tranquilizó un poco. Si él realmente la quería, no pudo ser fácil verla al lado de otro hombre. Recordó algunas de sus miradas, reinterpretó otras tantas expresiones... Una vez que observaba las vivencias de los meses anteriores con otra óptica, era evidente que Juan Carlos también lo había pasado mal. Y a pesar de todo, él le había ofrecido una y otra vez su apoyo, su paciencia, su tolerancia. ¡Cielos! Para un hombre enamorado algunas de las cosas que le dijo y que le

hizo fueron demasiado duras e hirientes.

Se sintió avergonzada. Influenciada por *su* versión de los hechos, por la historia que se había contado a sí cientos de veces para justificar sus acciones y sus decisiones, no quiso ver la realidad. Fueron meses muy difíciles para ambos. Y a pesar de todas las lágrimas y los momentos oscuros, no fue hasta que él regresó a su vida que experimentó momentos de conexión absoluta, de esa felicidad que te desborda y que empuja a ser compartida. Ese era el amor del que hablaba Mercedes, el que percibió Cecily, el que hacía que la lucha diaria valiera realmente la pena.

—Estabas celoso, ¿verdad? —dijo con malicia, secándose los mocos con el dorso de la mano.

Juan Carlos giró los ojos al cielo.

—¡Como si no lo supieras! No por nada llevo tomando antiácidos desde nuestro reencuentro.

Finalmente, Lucía sintió que respiraba mejor. Las comisuras de sus labios se curvaron en la más tenue de las sonrisas.

—Sí, bueno, Edmond era un buen partido.

Juan Carlos sostuvo la cabeza de Lucy entre sus manos, como para impedir que pudiera voltearse. Escrutó su cara con la clara intención de desenterrar secretos.

—¿Era? ¿Estás segura? —murmuró mirándola a los ojos con tanta vulnerabilidad que a ella se le estrujó el corazón.

Lucía asintió levemente y bajó su mirada hasta sus manos, en las cuales, por unos cuantos días, había lucido un espectacular anillo de compromiso.

—¡No sabes cuánto me alegro, chaparra! —Sus dedos se enterraron en su pelo y la atrajo hacia sí para darle uno de sus besos de película.

Lucy alcanzó a reaccionar a tiempo. Tras un breve roce de labios se alejó lo suficiente para preguntar:

—Entonces, ¿con la fulana esa?

Juan Carlos le besó el hombro.

—¿Te refieres a la abogada que te apoyó en el caso de tu perfume?

—No le muevas, Juan, todavía estoy muy encabronada.

—Está bien, tienes razón. Con Fabiola no pasa nada, es una amiga y nada más.

—Pues no me lo pareció. Tú le gustas, eso es obvio.

Él se encogió de hombros.

—Eso es irrelevante. Para mí no hay más mujer que tú. Nunca la ha habido.

—¿Entonces, qué hace aquí?

—¡Fue un intento desesperado, Lucy! Yo te daba por perdida. Estaba ahogándome y no sabía cómo regresar a la superficie.

—Así que buscaste unos flotadores —comentó con sarcasmo—. ¡Eres un idiota!

—Lo sé, chiquita... Pero aun así, tú me amas. Ahora estoy seguro.

—No se necesitaba tanto drama para saberlo. Podías haberme preguntado; así de fácil. Ese día que fui a tu departamento quería decírtelo, pero tú...

—Me porté como un idiota. Ya sé. Esa limitación mía está más que comprobada. —De pronto, una gran preocupación vino a aplastar la ligereza de su ánimo—. Hablando de limitaciones, Lucy, la vida al lado de un parapléjico no es fácil. Habrá lugares a los que no pueda acompañarte, miradas indiscretas, comentarios incómodos...

—Lo sé. Hemos pasado juntos el tiempo suficiente para que me diera cuenta. Puedo manejarlo.

Él la estudió unos momentos, luego sonrió a medias.

—Te advierto que, aunque gano bastante bien, no creo que mis cuentas bancarias estén tan infladas como las de tu exprometido.

Lucía se encogió de hombros mientras pasaba su dedo a lo largo de su mandíbula y cuello, decidiendo cuál sería el lugar que probaría en unos segundos.

—No importa. Siempre y cuando me prometas que los servicios de asesoría legal serán gratis de por vida.

Cuando sus labios rozaron la piel recientemente afeitada, él se estremeció. Era una suerte que estuviera sin camisa, le ahorraría el trabajo de quitársela. Juan

Carlos cerró los ojos y ladeó la cabeza para darle mejor acceso.

—Me encanta que me toques —exhaló.

Lucía sintió un choque eléctrico recorriéndola de pies a cabeza. Continuó explorando con manos y boca, probando la sal de su piel y deleitándose con su sabor y con la respiración entrecortada de ese hombre espectacular, que era todo suyo.

De pronto, como de lejos, llegó a sus oídos la voz masculina.

—Mis horarios son complicados, podría dejar las clases, pero me preocupa la fundación. Necesitan de todo el apoyo que...

Ella frunció las cejas.

—¿Juan?

—¿Sí, chaparrita?

Ella se inclinó sobre él y susurró en su oído:

—Quiero que guardes silencio y que uses esa boca que tienes de un modo más creativo, y luego, cuando me hayas compensado por cada uno de los horribles momentos que me hiciste pasar, quiero que me digas qué puedo hacer para dejarte más que satisfecho, ¿entendido? De otro modo me veré forzada a amarrarte, amordazarte y echarte al fondo de la alberca²³ del jardín.

—¡Otra vez con los instintos asesinos! —dijo él, complacido—. Está bien, yo hago lo que quieras, pero antes, por favor, dime que me quieres. Me muero por escucharlo.

—Te amo, Juan Carlos Legarreta —le dijo con ojos y voz desbordados de emoción—. No sé por qué demonios, pero tú eres el hombre de mi vida.

22 Figuras de animales, usualmente fantásticos, pintados en colores vibrantes.

23 Piscina.

EPÍLOGO

Consuelo Gutiérrez de Durán no había visto a su hija tan contenta desde... bueno, tal vez nunca la había visto tan contenta; razón por la cual, después de largos meses, había doblado las manos. En todo ese tiempo, el fulano ese se desvivía por tener contenta a su «chaparrita», y lo que uno quiere es la felicidad de los hijos, ¿no?

En serio, Juan Carlos parecía estar en campaña constante para probar lo mucho que la amaba. Aparte de las miradas de bobalicón y la sonrisa perenne, se las arregló para que la bruja de Beatriz Yurrieta pagara en la cárcel todo el daño que había hecho y para que tanto el nombre de su hija como el de la compañía quedaran tan limpios como el aire del campo.

Los Doudelet habían quedado tan contentos que le perdonaron el haberse robado a la novia y hasta mandaron nuevos clientes al despacho. ¿Quién habría pensado que Edmond tenía atole en las venas²⁴? ¡Tan buen partido! Ese era su único defecto. Pero ¿qué se le iba a hacer? Lucía solo tenía ojos para Juan Carlos Legarreta, y la verdad sea dicha, nunca había dejado de quererlo.

Por otra parte, las cosas estaban resultando mejor de lo que se atrevió a esperar. La pareja llevaba una vida muy activa: continuamente estaban en restaurantes, museos y conciertos acompañados de sus amigos. Juan Carlos se la llevaba de viaje, le compraba todo lo que quería y hasta le contrató un chófer enorme que más bien parecía luchador de esos que salen en la tele. Lucía protestó, pero él se impuso porque, según sus propias palabras: tenía que cuidar lo más importante en su vida y sin ella no sobreviviría.

Consuelo giró los ojos al cielo. ¡Siempre tan exagerado!

Pero no todo era felicidad. ¡Esos muchachos insistían en darle preocupaciones! ¿No habían ido a tirarse en el dichoso parapente? ¡Semejante irresponsabilidad! Parecían dos adolescentes dispuestos a romper todas las reglas. Y se lo dijo en su cara: «Se comportan como chiquillos». Porque era cierto. Se la pasaban riendo, bromeando y estaban juntos cada momento que sus

obligaciones les dejaban libres. Incluso, para pasar más tiempo con él, Lucía entró a apoyar a la asociación Camina.

Y bueno, de alguna manera su hija la convenció de participar como voluntaria en algunos eventos en pro de las personas con capacidades diferentes. Dio tan buenos resultados que la coordinadora le ofreció un puesto fijo, con sueldo y todo. No por nada, ella siempre fue buena trabajadora y a pesar de la edad todavía tenía mucha energía. El ingreso extra fue bien recibido, pero no era tan importante como la satisfacción personal; todavía había mucho descuido e indiferencia hacia el tema y se necesitaba gente eficiente y dedicada para mejorar las cosas.

¿Por ejemplo? No todos aceptaban la relación entre un parapléjico y una caminante, pero a Lucía y a Juan Carlos les tenía sin cuidado. Al menos esa fue la impresión que dieron en la boda de Cecily y Alex, cuando Lucy, guapísima en un vestido púrpura con pedrería, movía los pies con deleite, como sobrevolando a su novio, quien hacía girar su silla al ritmo de la música.

Pero ni todos los arrumacos ni todos los detalles lograron que aceptara al hombre que le rompió el corazón a su Lucía hasta que ocurrió un pequeño gran milagro: ¡Su hija estaba embarazada! Juan Carlos y ella iban a regalarle una nietecita.

En ese momento, Consuelo decidió que no venía al caso aferrarse al pasado. Ella quería estar muy cerca de esa bebé y no podría hacerlo si seguía provocando a sus papás. ¡Una nenita! ¡Qué tonta! Cada vez que pensaba en ello los ojos se le llenaban de lágrimas. Gracias a Dios y a la reproducción asistida, Lucía llevaba en el vientre a una preciosa niña que seguramente sería igualita a ella.

Y que no le dijeran lo contrario, porque en las ecografías de cuatro dimensiones uno puede darse cuenta de si la criatura es agraciada o no y a leguas se notaba que tenía las facciones finas de su hija.

El día que se enteraron, Juan Carlos lloró de alegría y habría que tener un corazón de piedra para no conmoverse con la escena: puso la mano sobre el estómago de Lucía, acercó la cara y le dio la bienvenida al bebé, diciéndole lo mucho que lo amaba y que siempre lo protegería. Besó entonces a su mujer como si fuera el ser más precioso del universo y le pidió que lo acompañara a la

calle.

—Para que escojas tu anillo de compromiso, Lucy. Ve pensando la fecha de la boda, porque no puedo pasar un día más sin tener el privilegio de llamarte mi esposa. También me gustaría que me acompañaras a un lugar donde pongan tatuajes. Quiero grabarme aquí —dijo poniendo un puño sobre su corazón— mi eterno agradecimiento al dios de las segundas oportunidades.

24 Dicho popular que implica que alguien alguien es demasiado tibio.

Si te ha gustado

Desde que te dije adiós

te recomendamos comenzar a leer

El sabor del último verano

de Emma J. Care

Selección RNR

Emma J. Care

EL SABOR
DEL ÚLTIMO
VERANO



Romance y Viaje en el tiempo

PRÓLOGO

Verano del 2001

Corrí por el largo pasillo de la casa de mis abuelos huyendo de mí misma; de todos; de él; de las palabras que acababan de asestarme un disparo mortal. A cada paso, una lágrima se desprendía de mis ojos, se deslizaba por mis mejillas abajo hasta perderse en algún sitio. Mis bailarinas chocaban contra el suelo de madera rompiendo el funesto silencio que me rodeaba; mis pisadas, atronadoras, retumbaban en las paredes como los truenos resonaban en la tormenta.

Escapaba de la destrucción que asoló mi vida en cuestión de segundos, que destruyó mi mundo empujándome a un abismo donde solo se sobrevivía a base de un dolor cada vez más punzante, lacerante hasta extremos indecibles.

Sentí en mis propias carnes cómo el amor se transformó en sufrimiento.

Mi pecho se abrió en canal para que un puñal de acero hirviente se clavara en mi corazón y lo descuartizara en mil pedazos imposibles de recomponer. La sangre, congelada en mis venas, me heló el cuerpo que, aun corriendo, estaba frío. En realidad, aunque estuviese viva, ya era un mero cadáver, víctima del dolor infligido. ¿Y mi alma? No tenía. Me la arrebataron; la apalearon con el único fin de no dejar rastro de su existencia.

Corría cada vez más rápido con la sensación de que algo, o alguien, estiraba el pasillo sin permitirme llegar a donde quería. Me movía a cámara lenta.

Cuando por fin lo conseguí, empujé la puerta de la biblioteca y fui directa al teléfono. Ni cuenta me di de que lo había cogido, no era consciente de lo que hacía. Mis dedos, temblorosos, marcaron los números. Al oír el primer tono, colgué; pensaba que me había equivocado. Rápido, pulsé de nuevo los botones. Nerviosa, contrita también, esperé hasta que saltó el contestador. La voz tranquila y pausada de mi padre me derrumbó más. Me mordí el labio inferior esperando a la señal.

—Papá... —tomé una bocanada de aire—, papá, por favor, quiero regresar a Madrid —le pedí lacrimosa y con la respiración agitada—, no quiero estar aquí. —Hipé—. Por favor, papá, por favor, déjame marcharme hoy...

No pude continuar. El auricular se me escurrió de entre las manos y se estrelló contra el escritorio, aviso del inminente final. Sumida en un ataque de nervios, carente de fuerzas, caí de rodillas en el suelo. Me tapé la cara para ocultarme; así, lloré la pérdida acaecida.

Hecha un ovillo en el suelo, en un absurdo intento por hacerme invisible, esperé la respuesta de mi padre.

1ª PARTE

El amor es la cosa más dulce

Love
Love is a sweet thing
I sang, love, love, love
Love is a sweet thing
Love
Love is a sweet thing
Oh yes it is.

Capítulo 1

Empezamos bien

Un año antes. Verano del 2000

—Voy a la playa. —Asomé la cabeza por la puerta de la salita, donde mi abuela estaba sentada en su butaca orejera, leyendo.

—Ten *cuidadiño*.

Su voz maternal me hizo sonreír. Era lo más parecido que tenía a una madre. Giré contenta sobre mis pies para salir y aprovechar el sol de media tarde.

—Espera. —Me volví hacia ella, estaba reclinada sobre el reposabrazos. La vi entrecerrar los ojos detrás de sus gafas de pasta oscura—. ¿Llevas reloj?

—Sí, ¿por?

Ladeó la cabeza como si fuese obvio.

—Tina, cuando lees, pierdes la noción del tiempo. —Estiró los labios en una de sus extrañas muecas, con las que expresaba su buen atino. En este caso no le hizo falta intuir mucho: en mi mano derecha sujetaba una novela.

Sin perder la sonrisa de la cara, se la mostré.

—Abuela, no sabría decirte de qué rama familiar me viene el amor por la lectura.

Hizo un gesto con la mano pasando de mi broma.

—Venga, vete ya.

—Hasta luego.

Apurada, como si la playa se marchara de su sitio, recorrí el pequeño pasillo de paredes blancas impolutas y suelo de castaño que desembocaba en el gran recibidor, donde durante todo el día se mantenía abierto el gran portón. De aspecto pesado, para nada deslucía su antigüedad, al contrario: las tallas, delicadamente trabajadas, sus remaches de metal y el picaporte en forma de cabeza de león le conferían cierta fineza que, a simple vista, parecía no tener. Me resultaba fascinante cómo en Galicia, tierra que me vio nacer, convivían lo antiguo y lo moderno sin importunarse. El primero no restaba importancia al segundo, mientras que este se embebía de la riqueza de lo antiguo. Mi abuelo, gallego de pura cepa, repetía hasta la saciedad: «Toda piedra tiene su historia». Esa vieja casona, en la que veraneábamos desde siempre, era un ejemplo, un reflejo de aquellos tiempos en que las familias pudientes se diferenciaban, las

unas de las otras, mediante sus propiedades. Así lo hicieron los Ulloa-Castro en su momento.

—¡Tina!

La voz de Rosario, la señora que nos cuidaba a todos, me sacó de mis pensamientos, y esperé a que saliera de la cocina.

—Toma un pisolabis. —Me tendió una pequeña bolsita de merienda.

—Rosario, no necesito un...

—Es fruta recién cogida del árbol —me interrumpió, corrigiendo mi error.

—¡Ah! Trae. ¡Gracias! —Le di un beso en su regordeta mejilla y salí feliz afuera.

La luz del sol resplandecía por doquier. Caminé por el mullido campo inspirando ese aroma inigualable a tierra, salitre, hierba cortada, ya que en alguna parte estarían a ello Alfonso, el marido de Rosario, y mi abuelo. Atravesé todo el jardín hasta el borde del acantilado: allí había unos estrechos escalones contruidos en la propia roca. Debía andar con tiento, pues si pisabas mal podías resbalar.

Me encantaba estar allí. Me sentía libre, mi humor irradiaba una alegría inusitada, aunque lloviese y el cielo cayera sobre mí en forma de gotas de lluvia. Nada me parecía imposible, era mi lugar para recargar energías; alejada del calor asfixiante de Madrid en verano; lejos del asfalto abrasador, de la polución. El aire puro procedente de los centenarios carballos, castaños, pinos, que mis ancestros fueron plantando en nuestra finca, como los eucaliptos del bosque aledaño eran un verdadero baile aromático. Levantarse y ver ese color verde, único, de sus montes y praderas; escuchar el canto de los gorriones entre la llamada del cuco, el graznido del cuervo, mezclado con el grito de la gaviota, o de cuando en vez observar el vuelo sigiloso del águila que surcaba los vientos, a veces ligeros; otras el *nordés* agitaba con toda su fuerza la tierra, acariciaba el mar, te golpeaba la cara y rozaba fresco tu piel. Ese espectáculo solo lo podías encontrar en estas tierras de relieve ondulante, suavizado a través del tiempo y con ese toque agreste que tanto me apasionaba.

Siempre fui una loca enamorada de mi tierra.

Galicia tenía un extraño poder sobre mí, consecuencia de la magia que los

viejos decían que emanaba esta tierra.

En el último escalón me saqué las chancletas y hundí los pies en la ardiente arena. Rápido, puesto que la sensación de quemazón era muy intensa, me dirigí hacia la gran sombra proyectada entre dos salientes rocosos. Ya en el fresco me senté en una roca, me re Coloqué el sombrero de paja y abrí la novela donde la había dejado. El murmullo del mar, las olas rompiendo en la orilla, me ayudaron a concentrarme más, a adentrarme por completo en la historia. Me convertí en la propia Tatiana de Pushkin, mientras le escribía la famosa carta a su amado Oneguin. Me sumergí tanto en las letras, en las palabras que un joven corazón recitaba en un papel, que ni cuenta me di de la presencia de otra persona.

Alguien se me acercaba por el flanco izquierdo.

—¡Oye! ¿No sabes que esta playa es propiedad privada? —me llamó la atención una voz masculina a mis espaldas.

Alcé la vista al mar, atónita y, al mismo tiempo, clavada en la roca, cual estatua de sal. Era la primera vez que me echaban de mi propia playa.

—¿Es que estás sorda? —prosiguió el grosero de turno.

Con aparente tranquilidad, me levanté, cerré la novela tan fuerte que retumbó en la roca y la estrujé entre mis manos para encararme con ese ser impertinente, pero la impresión frenó mi cometido. Incluso me mordí la mejilla por dentro en un intento de que mi mandíbula no se precipitara al suelo, porque delante de mí estaba el chico más guapo del mundo. Mi mejor amiga, Noa, diría: «Está para mojar pan». Su gesto de mala leche le restaba belleza a su rostro de frente amplia con unas cejas muy bien definidas que casi se juntaban en el centro, debido al ceño fruncido que se gastaba, aunque no oscurecían sus rasgados ojos marrones. Pómulos altos y nariz larga daban paso a una boca sugerente de gruesos labios, de los que sobresalía el inferior. Su rostro terminaba en un mentón estrecho, sombreado por una incipiente barba que recubría la sinuosa línea de su mandíbula, ahora tensada, y le daba un aspecto de chico duro. Aun así, era, más o menos, de mi edad.

—No debes estar aquí.

Su voz era un cautivador susurro lejano para mis oídos, ya que, por mucho que quisiera darle una contestación, no podía. Tenía las palabras atrancadas en la

garganta; mi corazón brincaba de emoción en mi pecho; sentí las mejillas encendidas, no por la acción del sol. No era capaz de separar la vista de él. Era demasiado atractivo.

—¡Fuera! —Señaló las escaleras con su dedo índice.

—Me estás echando —afirmé, petrificada por su orden.

Fue lo único que pude articular. Sí, también lo más ridículo que dije en mi vida.

—¡Anda! Si hablas y todo —se chanceó irónico—. ¡Fuera!

Pegué un brinco asustada. Su voz no era ni un mero reflejo del gesto crispado de su rostro: sus labios fruncidos, las alas de la nariz abierta, sus ojos entrecerrados, confirmaría que inyectados en odio. ¡Claro que me fui! No quería estar cerca de ese loco.

Pero aquello no había terminado. La batalla no había hecho más que empezar.

Subí las escaleras descalza, sin preocuparme un ápice la posibilidad de despeñarme barranco abajo. Me daba igual ese detalle. La furia corría por mis venas a toda velocidad, la sangre me hervía hasta tal punto que me consumía la piel, y todo por mi falta de reacción ante ese energúmeno. Estaba cabreada conmigo misma. No era de las que se amilanaban, tenía el arrojito suficiente para enfrentarme a cualquiera, sin embargo, en esta ocasión, su belleza jugó en mi contra.

—Esto no va a quedar así —bufé frustrada, subiendo un nuevo escalón.

Todavía más enfadada conmigo misma, llegué arriba con los dientes tan apretados que la mandíbula me dolía, los labios apretados, al igual que mis puños. No recordaba haber estado tan cabreada como en ese momento. A un lado del jardín, se dibujó la silueta de mi abuelo.

—¡Abuelo! —lo llamé.

Eché a correr hacia él, nerviosa. Era mi oportunidad, una señal del Destino que no debía dejar pasar si quería hacer justicia para que ese tío no quedase

impune.

Se detuvo mirando en mi dirección. Su rostro alargado, que aún mostraba el atractivo de antaño, se tornó preocupado a medida que me acercaba. Llegué junto a él casi sin aliento. Él me sujetó por los hombros, escrutándome alarmado.

—Tina, ¿qué ha pasado?

—Hay un chaval en la playa que me acaba de echar —le resumí todo en esa frase.

Alzó las cejas sorprendido. Me soltó y dio un paso hacia atrás más relajado. No era lo que esperaba.

—¿Al menos le dirías que la playa te pertenece?

—No, no lo hice, preferí callarme. Estaba muy molesto con mi presencia —le mentí.

Mi abuelo, con las manos apoyadas en las caderas y una sonrisa ladeada, asentía como si estuviese procesando la información. De inmediato me arrepentí de mis propias palabras. Tragué saliva mezclada con un extraño resabio. Tenía lo que me merecía por idiota. Avergonzada, bajé la mirada, así, escondía el poco orgullo que me quedaba.

—Espera aquí un momento.

Levanté la cabeza hacia él cuando se daba media vuelta. Asustada, lo agarré por la vieja camisa que vestía.

—Abuelo, no hace...

—Tranquila, creo que sé cómo solucionar este malentendido.

«¡¡Disculpa!!» grité para mí misma. ¡Malentendido! ¡¿En serio?! Si era broma de mi abuelo, era de muy mal gusto.

Me dio unas palmadas en la cabeza, a modo de caricia, y siguió su camino hacia casa; mientras, yo, en medio del jardín, trataba de encontrarle sentido a esa palabra. No había ningún malentendido: verlo de ese modo era tener mucha imaginación, algo de lo que mi abuelo carecía, o eso creía.

A los pocos minutos salió de casa con ese ademán, típico en él, que lo hacía parecer superior a los demás. Quizá su casi metro noventa de estatura ayudaba a ello. Sin embargo, no era tan fiero como aparentaba. Al tratarlo era el hombre

más amable, generoso, que conocía. Siempre tenía las palabras adecuadas para ese instante en el que te sentías zozobrar, o un sabio consejo cuando se lo pedías. Escuchaba pacientemente los problemas; era justo y cavilaba sus decisiones al detalle. De hecho, todavía mi padre, así como Santiago Hernández de Huría, acudían a él en busca de su opinión a pesar de estar retirado hacía ya algunos años. No me costaba reconocer que lo admiraba desde niña.

—Vamos. —Me hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

—¿Adónde?

—A la playa, ¿adónde va a ser? —contestó en tono simpático.

¡No podía ser verdad! De repente, comprendí sus intenciones: enfrentarse a ese fulano. Cerré los ojos pidiendo que la tierra se abriese y me engullera entera. Iba a quedar como una niña malcriada a ojos de él.

Un escalofrío me recorrió entera.

Tuve miedo. No miedo por mí, sino por mi abuelo, a que le sucediese algo malo por mi culpa. Pesarosa, asustada, bajé las escaleras detrás de él.

Cuando llegamos, el consabido fulano, que lo que tenía de atractivo lo tenía de gilipollas, estaba con un hombre mayor al que reconocí enseguida: Lucas Hernández de Huría, el mejor amigo de mi abuelo, además del fundador del banco en el que mi familia contaba con más de la mitad de las acciones. Sí, los Ulloa-Castro y los Hernández de Huría siempre estaríamos unidos por el trabajo. Un destino, en mi caso, impuesto por nacimiento del quería huir corriendo si pudiese.

Lucas es también propietario de esta playa, al igual que nosotros. Era propiedad de las dos familias desde hacía generaciones, ya que se ubicaba entre las dos propiedades.

Nada más verse, los dos se fundieron en un abrazo que seguía mostrando la camaradería compartida a lo largo de sus vidas.

—Álvaro, amigo.

—Hola, Lucas. Hace días que no te veo, estaba preocupado.

—Sí, lo sé y lo lamento, pero, ya sabes, hay veces que preciso de la soledad.

—Cabeceó un poco.

Mi abuelo, por su parte, chasqueó la lengua en disconformidad. La verdad, la

aparición de Lucas, aunque buena, reflejaba una pena que arrastraba con pesar. Desvió sus ojos marrones hacia mí y su tristeza se aflojó al sonreírme con ternura.

—Tina, cuánto tiempo, estás hecha toda una mujer. —Compartieron una mirada cómplice—. Tiene a quién parecerse.

Mi abuelo, orgulloso, asintió hacia mi dirección.

—Hola —saludé escueta.

—Pablo, acércate —le invitó Lucas a este encuentro.

«Así que tiene nombre», pensé irónica. Hasta ese momento se había mantenido en un segundo plano. Su cercanía tensó mi cuerpo y, para protegerme de él, pegué al pecho, a modo de escudo, el libro que aún no había soltado. Su presencia me hacía temblar las piernas. Me hacía sentir insegura.

—Tina, te presento a mi nieto, Pablo. —Lucas lo abrazó por los hombros. No podía disimular su orgullo.

—Pablo, ella es mi bien máspreciado, mi nieta, Tina...

—Valentina —corregí, dejando a todos estupefactos. Mi abuelo me dirigió una mirada reprobatoria sin comprenderme—. Para él soy Valentina. —Lo señalé sin importarme la educación.

—Lo lamento, no debí tratarte tan mal, no sabía quién eras...

«¡Vaya trola!», me dije. Desconecté; era la disculpa más falsa que escuché jamás. Parecía arrepentido, porque sus bonitos y atrayentes ojos marrones así lo mostraban, pero no me colaba. Todo era una farsa. Había creado esa pantomima por respeto a nuestros abuelos, estaba convencida.

—Sí, sí. —Le di la razón como a los locos.

—¿Eso es una disculpa? —me censuró mi abuelo, cruzándose de brazos.

Me encogí de hombros. No tenía por qué aceptar sus disculpas.

—Álvaro, son cosas de jóvenes, dejémoslos que solucionen sus cuitas. —Lucas metió las manos en los bolsillos de su pantalón al tiempo que alternaba su mirada, también marrón, entre su nieto y yo.

Era increíble el parecido entre ellos, salvo por un detalle: el nieto era algo más bajo que su abuelo. Me sorprendí a mí misma observándolos; no me

cansaba, sobre todo a Pablo, que lucía más tímido. Apenas me miraba.

—Tienes toda la razón.

—Mañana a la tarde te espero en casa. —Lo invitó.

—Hecho, así terminamos esa partida que quedó a medias.

Un apretón de manos y unas carcajadas fueron suficientes para cerrar el próximo encuentro.

—Me alegro de verte, Tina. —Lucas ladeó la cabeza, mirándome con cariño.

—Igualmente.

—Hasta la vista, señor Ulloa-Castro —Pablo le estrechó la mano a mi abuelo.

—Muchacho, hasta pronto.

Mi abuelo y yo volvimos sobre nuestros pasos. Por el camino recuperé mis chancletas y la bolsa, olvidadas en la arena.

Descubrir que el gilipollas de turno, en el futuro, se convertiría en mi inseparable compañero de trabajo me sentó como una bofetada. Los nervios me agarrotaron el cuerpo; el estómago me subía y bajaba en movimientos espasmódicos que acrecentaban las ganas de vomitar.

Me arrepentía de haber venido a la playa.

—Adiós, Tina —oí la despedida de Pablo a mis espaldas.

Su voz clara, dulce, al pronunciar mi nombre, tuvo su efecto inmediato: temblé. El nerviosismo inicial se transformó en una punzada de excitación que se asentó en mi bajo vientre. Mi corazón, músculo singular donde los haya, brincó de alegría en mi pecho, acelerándome el pulso. Así, abrazada todavía a la novela, una curiosidad malsana me llevó a girar la cabeza hacia atrás en el instante exacto en que Pablo hacía lo mismo. Nuestras miradas, sin rastro de rechazo o enfado, se encontraron, y a duras penas pude separarla de él, pues cada vez me resultaba más fascinante.